

Libros de Reinaldo Arenas
en Tusquets Editores

ANDANZAS

Antes que anochezca
El mundo alucinante
El color del verano
Celestino antes del alba

FÁBULA

Antes que anochezca

REINALDO ARENAS
EL PALACIO DE LAS
BLANQUÍSIMAS MOFETAS

TUSQUETS
EDITORES

Índice

1.ª edición en colección Andanzas: enero 2001

© 2001 Estate of Reinaldo Arenas

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
ISBN: 84-8310-156-4
Depósito legal: B. 775 - 2001
Fotocomposición: Foinsa - Passatge Gaiolà, 13-15 - 08013 Barcelona
Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. - Guipúzcoa
Liberdúplex, S.L. - Constitución, 19 - 08014 Barcelona
Impreso en España

Primera Parte: Prólogo y epílogo	11
1. La mosca	25
Segunda Parte: Hablan las criaturas de queja	27
Primera agonía	47
Segunda agonía	111
Tercera agonía	151
Cuarta agonía	183
Quinta agonía	239
2. La mosca	317
Tercera Parte: Función	319
Sexta agonía	355
3. La mosca	365

Para Rita Molinero,
con amistad y agradecimiento.

A Tomás Fernández Robaina y
Paco Chavarri, empleados
(entonces) de la Biblioteca
Nacional, gracias a quienes
pude consultar las revistas y
periódicos aquí citados

Primera parte
Prólogo y epílogo

La muerte está ahí en el patio, jugando con el aro de una bicicleta. En un tiempo esa bicicleta fue mía. En un tiempo eso que ahora no es más que un aro sin llanta fue una bicicleta nueva.

Y yo me paseaba en ella por toda la calle de la loma colorada.

Y yo me despeltroncaba en la bicicleta.

Y las rodillas se me llenaban de ñañas.

Y yo me tapaba las rodillas para que nadie me las viera. Las tapaba con fango para que la gente creyera que lo que tenía era churro y no ñañas. En un tiempo esa bicicleta tenía las dos ruedas y todos los muchachos del barrio querían montarla.

Pero a todos les decía yo que no.

Y yo solo me paseaba en ella.

Mamá me llamaba corriendo y dando gritos para que fuera a comer.

Pero yo ni caso le hacía y seguía paseándome en la bicicleta: calle arriba, hacia la loma colorada. Calle de la loma colorada hacia abajo. Y algunas veces me botaba de guapo y me iba hasta la carretera y todo. A la verdad que no me explico cómo es que no me han arrollado en esta bicicleta. Mírenme aquí, paseándome en ella y las máquinas pasándome casi a rente. Muchacho. Muchacho. En un tiempo yo no pensaba en otra cosa que en poder tener una bicicleta.

Y la tuve.

Mi madre no sé cómo se las arregló para juntar el dinero y comprarla. Y yo no sé lo que sentí cuando vi la bicicleta. Y me dijeron móntala. No sé ni siquiera lo que sentí. Me paseo en ella por sobre el techo de la casa. Y algunas veces más arriba del techo. En un tiempo ese pedazo de goma con dos o tres rayos era una bicicleta. Y yo cruzaba por el borde del puente de madera

vieja que hacía chirr, chirr cada vez que alguien pasaba por él. Y yo cruzaba por sobre el puente y casi tocaba el vacío. Y nunca me caía. Y nunca... Y hubo veces en que me paseaba por el parque Calixto García. Por el centro del parque sin poner los pies en los pedales ni nada. Voy por el centro del parque sacándole la lengua a Calixto García y con los pies en los manubrios. Miren, miren. Eso sólo yo lo sé hacer. Miren, miren. En un tiempo. En un tiempo... La muerte está ahí en el patio jugando con el aro mojoso de mi bicicleta. Digo, de lo que era mi bicicleta. Está ahí afuera día y noche sin salir del patio y sin descansar ni un momento. Coge el aro, lo echa a rodar y con un palo lo va impulsando. Y el día y la noche y lo que no es ni el día ni la noche lo pasa la muerte con el palo y el aro: dándole vueltas al patio. Dándole vueltas al patio. La primera que la vio fue mi abuela. No sé cuándo. Salió una noche para ir al baño, pues ella es de las que se pasan la noche con pujidos. Salió. Dio un grito. Entró y se tiró de rodillas delante del fogón. Yo, que por entonces me había dado por cazar murciélagos con un mosquitero, oí el grito desde la cumbreira, pues por allá andaba encaramado persiguiendo a un murciélago para enseñarle a fumar. Oí el grito y sin saber por qué era supe por qué era. Porque tenía que ser lo que era para que mi abuela gritara de esa forma. Porque a esas alturas qué cosa podía importarle a ella fuera de la muerte. Entonces todos dejaron el sueño o lo que estaban haciendo y vinieron hasta el fogón para ver qué le pasaba a mi abuela. Y ella dijo: ahí, ahí. Y apuntó para el patio. El segundo que la vio fue mi abuelo. Se asomó a la puerta del patio. Sacó su cabeza pelada como la de un aura y la volvió a meter sin decir ni media palabra. Después se fue para la sala y puso el radio. Pero el radio no habló porque era de madrugada y no había estaciones andando. Mi madre, Adolfiná y Digna se asomaron al mismo tiempo. Y enseguida que la vieron empezaron a bailar. A bailar. A bailar. Y todavía están bailando... Muchacho, muchacho: te vas a desbocar en esa bicicleta... Mis primos, Tico y Anisia, también la vieron. Y la llamaron. Pero ella parece que no les hizo caso pues siguió con el aro de la bicicleta: ronda que ronda, ronda que ronda, por todo el patio. Yo, desde el techo de la casa, la miraba y la miraba. Y olvidándome de los murciélagos cogí el mosquitero y se lo tiré a la muerte.

El mosquitero le cayó encima y se le enredó entre los brazos y la cabeza. Y por un momento el aro de la bicicleta salió rodando sin que ella lo pudiera controlar con el palo. El aro vino rodando casi hasta la misma puerta de la cocina mientras ella forcejeaba con el mosquitero. Hasta que al fin pudo desembrollarse. Entonces, muy despacio, caminó echando mil chispas hasta la puerta. Y cogió el aro. Y siguió dándole vueltas y más vueltas. Muchacho, muchacho... El viejo está sentado en el balance y la vieja se ha tirado de rodillas en la sala. El viejo la mira y la vieja reza. Tico y Anisia se sueltan y empiezan a hacer adivinanzas: dime en qué estoy pensando ahora, dime qué cosa pienso. El viejo no habla porque no le da la real gana. Por qué no habla el viejo. Por qué no habla abuelo. Dime en qué cosa pienso. En una jicotea con ocho patas. Acertaste algo, pero no todo: con ocho patas y un diente de oro.

Acertaste algo, pero no todo.

Con ocho patas, un diente de oro y un narigón en el rabo. El viejo se ha quedado dormido. La vieja se aburre de rezar y se acuesta. No acertaste, no acertaste: pensaba en una jicotea con ocho patas, un diente de oro, un narigón en el rabo y una estaca clavada en mitad del carapacho. Qué barbaridad, es que tú piensas cada cosa. A ver, ahora te toca adivinar a ti, Adolfiná entra en el baño y tranca la puerta. En el baño está la botella de alcohol. Adolfiná, que no se olvida de nada, lleva los fósforos bajo las tetas. Yo ya no sé qué hacer con mi vida. Yo sí que ya no sé qué hacer con mi vida. Querido hijo, son mis deseos al recibir de esta carta te encuentres bien. Adolfiná se quita la ropa y se mete en la bañera. Adolfiná se mira en el espejo y grita. Y no grita. Y grita. Qué se puede esperar de una familia de isleños. Qué se puede esperar de quien vive entre las bestias. Nada, nada se puede esperar. Todo, todo se puede esperar. Adolfiná empieza a bailar desnuda en la bañera. Qué ves. Qué ves. Veo a una araña ahogándose dentro de una bañera seca. No seas bobo, dime la verdad, ¿qué ves? Veo a una bruja jugando con una araña dentro de la bañera. Guanajo, siempre me estás diciendo mentiras. Salgo hoy más temprano que nunca para el jial. Misael desnudo debajo de una mata de jía, me espera.

Misael desnudo.

Misael desnudo.

Misael desnudo.

Dios mío. Hijo de la Gran Puta. Dios mío. Dios. No creo en ti, pero me burlo de ti. Si existes, por qué no te acercas. Acércate, cabrón, para partirte la cara de una sola trompada. Salgo temprano en la bicicleta y lo primero que me pasa es que se me enreda un pie en la cadena y me destarro contra un fanguero. Acércate, para caerte a palos, Dios. Como es tanta el hambre, ya empezamos a comernos unos a los otros. La muerte sigue con el aro y a mí me parece que algunas veces lo deja rodar demasiado cerca de la puerta donde estamos nosotros, imaginándola. Y mientras tanto yo intento irme de la casa, pues ya no aguanto más vivir con estas mujeres y un viejo mudo por su real gana. Y mientras tanto, la muerte sigue con el aro. Da vueltas y más vueltas. Y mientras tanto, mi madre arregla los papeles después de mil años dando viajes a uno y a otro consulado y al fin puede irse para Nueva York. A trabajar como una burra.

A morirme de frío y soledad.

A limpiarle el culo a muchachos llorones.

A vivir como las bestias.

A ganar dinero.

A criar muchachos que no son míos para que el mío no se muera de hambre.

A.

A.

A.

La luna es terrible. Se cuelga por la ventana y me cae a trompadas. A mí no me puede dar la luna porque me vuelvo loco. Mi madre sabe que yo me vuelvo loco cuando me da la luna. Pero no se atreve a cerrar la ventana porque si la cierra ve a la muerte, jugando con el aro en mitad del patio. La ve, la ve. Ahora nadie se atreve a salir de la casa. Ni siquiera a mirar por una ventana. Nos morimos de miedo aquí dentro, encerrados, sin atrevernos a mirar para afuera por miedo a ver a la muerte. Yo, que ya no puedo aguantar más esa luna enorme me paro en la cama y trato de correr las persianas. Siento, a la verdad, un miedo terrible, y aunque me digo no voy a abrir los ojos, no voy a abrir los ojos, los abro.

Y la veo a ella, brillando bajo la luna, detrás de la ventana. La muerte, muerta de risa, me hace murumacas detrás de las per-

sianas. Yo corro y me emburujo a más no poder con todas las sábanas. Pero es por gusto: sigo viendo a la muerte muerta de risa haciéndome murumacas y más murumacas. La luna sigue colándose por entre las persianas. Tarde o temprano tendré que empezar a dar maullidos. Tarde o temprano tendré que salir a la calle dando gritos. Tarde o temprano tendré que degollarme. Qué se puede esperar, qué se puede esperar de quien vive entre las bestias. Todo, dijeron. Nada, dijeron. Estoy frente a la casa con los dos muchachos en brazos y el jolongo de ropa en la cabeza y quisiera que la tierra me tragara.

Estoy dejada.

Y ya más nunca volveré a disfrutar en la cama con un hombre.

Y ya más nunca.

Tierra: ábrete y trágame.

Tierra: ábrete y trágame. Tierra: ábrete y trágame... Dime qué estoy viendo ahora. A una viejita muy vieja jugando en el patio con el aro de la bicicleta de Fortunato. Adivinaste, adivinaste, casi... Ahora me toca a mí. Tico y Anisia hacen pedazos todos los platos. Mi hija, muerta es como un plato hecho pedazos. Yo trato de recoger los pedacitos y volver a formar el plato. Pero son tantos... recojo un pedazo y se me caen diez,

y así y

así

y así y

así. Mi hija muerta. Yo tengo una hija muerta. Ah, qué felicidad; yo tengo una hija muerta. ¿No es curioso que a pesar de que esté muerta pueda seguir diciéndome «tengo»? Ah, qué felicidad. Yo sí puedo decir ésta es mi desgracia. Yo sí puedo exhibirla. Yo sí puedo disfrutarla. Ah. Tico y Anisia. Qué será de Tico y Anisia. La fábrica cierra; yo, que me buscaba una que otra peseta en ella. La fábrica abre; el ruido de la fábrica nos vuelve locos. El ruido y la peste terrible de las guayabas podridas. Pero menos mal que tenemos esa fábrica en el barrio. Aquí, en el patio de nuestra casa. Porque si no, de qué íbamos a vivir. La fábrica de Tomasico es «la vida del barrio». Yo salgo en la bicicleta y los muchachos dicen préstanosla. Y yo digo no. Y ellos quieren de todos modos que yo se la preste. Y yo no quiero de ningún modo prestársela y salgo a millón, dándole a los pedales. Dándole

a los pedales. Dándole a. Los muchachos me caen a pedradas. Pero ninguna de las piedras me abre la cabeza. Mi cabeza es más dura que la de un alcornoque, dice mi abuela. Y aunque yo no sé lo que es un alcornoque, creo que mi abuela tiene razón. Las piedras caen sobre mi cabeza.

Y rechocan. Y salen huyendo. En la bicicleta, me pierdo por toda la carretera. Las máquinas pasan pitando muy cerca y los chóferes me dicen verraco coge la derecha, coge la derecha. A mí qué coño, yo no sé cuál es la derecha, ni qué cosa es eso de cogerla. Las guaguas me pasan y hacen fuzzi y dejan una ventolera que casi me tira a la cuneta. Coge la derecha. Coge la derecha. Cabrón, me voy a desgraciar por tu culpa... Cualquiera día apareces muerto en la carretera, me dijo mi abuela. Cualquiera día... Y yo salí corriendo para la carretera. Mi madre antes de irse me dijo. No te preocupes, que yo te voy a reclamar en cuanto pueda.

Mi madre... Yo nunca he visto el mar y quiero verlo. Parece mentira, con lo cerca que está Gibara de donde yo vivo y que yo nunca haya visto el mar. Pero eso no es nada porque yo soy joven y puedo verlo algún día. Lo triste es mi tía Emérita la odiada, que horita cumple cincuenta años y todavía no lo ha visto. Los otros días llegó mi tía Emérita, la odiada, llorando hasta mi casa, o mejor dicho, a la casa del abuelo, que por cierto ella nunca visita, y llorando siguió recostada al tinajero. Y así pasaban las horas. Qué gritos. Y cuando por fin mi abuela le preguntó que por qué lloraba, ella, la odiada, dijo: usted sabe lo que es que horita me muero de vieja y todavía no he visto el mar. El aro gira, gira y gira. Y la luna baja furiosa hasta el techo y me vuelve a golpear. Las palomas alzan el vuelo y yo sé que ya nunca han de volver.

Ahora debo dedicarme a otra cosa.

Ya sé: fabricaré vinos, me pondré a fabricar vinos, y me esconderé en el baño todos los días con cuatro o cinco botellas. El aro centellea, brilla: algunas veces parece que llora. Ahí está tu hija dejada y con dos muchachos a cuestas. Sal y mata a ese sinvergüenza. Sal, y al menos mátalos. Sal, so gallina. Sal. Las botellas llenas de vino podrido estallan debajo de la cama y las cucarachas borrachas empiezan a subirse al bastidor. Es terrible

esto de saberse preso en un sitio donde nada se resuelve con abrir una puerta y salir a la calle. Es terrible. Abuela llora y dice: si yo creía que estaba dormido. Si yo creía que estaba dormido.

Es terrible.

Despacio voy arrastrándome por el piso hasta llegar a la cama donde los viejos hacen cochinas. Allí está la cajita del dinero, Despacio me cuelo debajo de la cama y empiezo a meterme pesetas en los bolsillos. Mientras los viejos desfallecen entre esteriores encima de la cama, yo debajo los saqueo. Mientras dejen la cajita del dinero aquí, yo no tendré problemas. El baño se ilumina. El baño ha cogido candela. La bola de candela sale del baño. Ay, ay, dice la bola de candela. Querido hijo, querido hijo, querido hijo, querido hijo.

Queridijo.

Las cosas se ponen cada día peor. Las ventas en la venduta cada día son menos. La cosa cada día peor.

Mi hija

ya no me escribe. Mi hija ya no se acuerda de mí. Ay, padres, padres: críen hijos para que le saquen los ojos. Y, padres... Y esto es la vida. Hola don Polo. Cómo está. Pensando. Ya lo veo. Ay, Polo, la vida... Ahora siempre es de noche. Mi abuelo no habla y la fábrica está cerrada.

Nos morimos de hambre.

La abuela reza y se caga en Tico, en los santos y algunas veces en Dios, pero luego le pide perdón. A Digna nos la comimos ayer, pero hoy es hoy y no antier... Pero yo soy joven y a lo mejor algún día veo el mar. Coge la derecha, el mar. Coge la derecha, el mar. Coge la derecha, el mar. Si corro derecho, llegaré al mar. Si sigo por aquí, llegaré al mar. Llegaré al mar por cualquier camino que coja. El mar. Coge la derecha, zoquete. Y yo voy a llegar. A lo que no me adivinas en lo que estoy pensando. En una yegua vestida de blanco. El mar. Acertaste casi, pero no era de blanco, sino de lila. Mentira, lo que pasa es que tú cambias las cosas en cuanto yo las acierto. Mientras sudo, toso y espanto a los mosquitos, escribo. Mientras toso y toso, mientras sudo y sudo y palmeteo en el aire, escribo. No sé cómo me he hecho de una máquina de escribir y ya le he acabado al viejo todas las resmas de papel de la venduta. El viejo no dice nada porque no habla. Pero está que trina. Y abuela me quiere matar de la rabia

que le da ver que el viejo tenga que despacharle la mercancía en la mano a la gente. Mientras la vieja me pelea yo escribo y escribo. Y no duermo. Y no como. Hasta que al fin se me quitan los deseos de escribir y tiro todas las resmas de papel en la fosa del baño. La vieja me ve y cae con un ataque. Tico y Anisia juegan a no tocar tierra. El viejo no habla. Querido hijo. Adolfinina se pega candela: La vida es dura.

¡Alpargatas! A mí que me den alpargatas. Un par de alpargatas. Por ahí comienzan los estímulos. Culo. Culo. Voy a salir desnudo a la calle. Dios te salve María llena eres de gracia... A que no te atreves a pararte en la puerta de la calle y decir cojones. A que no te atreves. A que no te atreves. ¡Cojones! ¡Cojones! Qué barbaridad: se atrevió. Ahora se lo llevarán preso. Para mí que este muchacho no está bien de la cabeza, ahora le ha dado por freír babosas y comérselas con pan. ¡Qué asco...! Ahora siempre es de noche y Digna canta en el portal sin abrir la boca. Pobre Digna: sola y con dos muchachos. Pobres muchachos. Pobre Adolfinina. Pobre abuela. Digo, pobre abuelo. Digo, pobre mamá. Digo, pobre yo. En fin: pobre Digna.

La venduta cierra pues la fábrica cierra y ahora no hay quien disponga ni de un quilo partido por la mitad. La venduta quiebra. El viejo trata de ahorcarse sin obtener ningún éxito. La vieja deja de creer en Dios y le reza a la vitrina. Al fin he visto el mar. No es una gran cosa. No es lo que yo hubiera querido que fuera y lo que para mí era. Agua y más agua. Ojalá no lo hubiera visto nunca. El mar... Adolfinina en el baño. Y mi madre escribiéndome y escribiéndome.

Y escribiéndome.

Horita Tico y Anisia se hacen hombres. La venduta quiebra. Yo me aburro. Creo que lo mejor que hago es alzarme. Hay gente alzada. Hay gente alzada por dondequiera. El pueblo se ha quedado oscuro. La venduta quiebra. Querido hijo, no te metas en nada. La muerte juega y rejuega en el patio con el aro. La muerte se pasa ahora la vida ahí, en el patio. Esther, Esther. ¿Y Celia? Ahí, conversando con los ángeles y los demonios. Mi prima Esther y mi tía Celia. Esta noche he visto a Esther conversando con la muerte en mitad del patio. Esta noche, al levantarme para cerrar otra vez la ventana, he visto a Esther conversando con la muerte y proponiéndole sabrá Dios qué cosa. La muerte

subía y bajaba la cabeza como diciendo sí, sí. Y Esther al fin empezó a bailar. La muerte la miró, rápido, y luego se quedó con la cabeza muy baja. Esther siguió bailando y se perdió más arriba del techo. Esther es mi prima Esther. Yo tengo una prima muerta que se llama Esther. Celia lloraba muy bajo, y al fin cerró la puerta de la cocina y se fue para el portal y empezó a conversar con los demonios y con los ángeles

y con los duendes

y con las bestias. Yo me alzo.

Hace un calor terrible. Terrible. Siempre hace un calor terrible. Ya estoy hasta la coronilla. Qué barbaridad, qué barbaridad. Las guaguas pasan como centellas. Ya no puedo más. Paka paka paka pakapapakapakakkkkka. La vieja grita mientras le reza a la vitrina. Querido hijo. Yo me alzo. Yo ya estoy hasta la coronilla. Verraco. Verraco. Verraco. Verraco.

Yo me alzo. Hay rebeldes por todas partes. El pueblo está a oscuras. Hasta El Repello de Eufrasia está cerrado. Las putas se han ido para el monte o para otros lugares. Yo me alzo. Ni siquiera siento deseos de hacerme la paja. Me voy con los rebeldes. Ah, pero no traes armas, entonces para qué. Tienes que traer un arma. Y larga. Larga. Kaakakakakak ka ka, ka. En esta casa nadie se atreve a salir por miedo a tropezarse con la muerte

Tengo trece años y me siento más aburrida y cansada que nunca. Mamá lo único que sabe hacer es abochornarme delante de la gente... Y Baudilio no me miró en toda la noche. Alguien me dijo que tenía novia perdida. Y como si esto fuera poco, el refajo se me sale por debajo del vestido, y los muchachos de Digna gritan a más no poder. Me tomaría un pomo de trinina y me acostaría aquí,

en mitad del patio, y mientras tanto nos vamos muriendo aquí adentro. Y la muerte afuera, como si tal cosa. Pero yo he de salir, pero yo he de salir. El aro gira, gira, gira. Querido hijo. Esther, Esther. Qué luna tan terrible. Si viviéramos como antes, allá, en el monte... Todavía me queda la memoria. Todavía me parece que soy aquel que se pierde entre las yerbas altas de guinea y juega al escondido detrás de los cocales. Todavía... Todavía me parece que me estoy bañando en el río. Y el agua me tapa y me vuelve a tapar, y todas las matas

en la cama si no fuera porque ya lo hice, y estoy acostada.

me dicen bir, bir, bir, como aquella vez, ¿te acuerdas? Sí, yo sé que te acuerdas. Yo sé que no puedes negar que te acuerdas. Porque estás viendo de las cosas que no supistes que eran tú mismo. Porque está allí, tocando a la puerta de la misma noche, en el corredor grande, bajo la mata de lluvias, entre el rorr, rorr de los sapos y el brillo que llega no se sabe de dónde. Qué noche. Qué noche. Salgo al monte y sólo oigo miles de estruendos. Qué noche. Me baño en el agua que ha caído sobre el guaninal, y me restriego en él, y me sigo bañando. Y salgo corriendo para el potrero, y me tiro en la yerba, y veo miles de claridades cayendo. Qué noche, muchacho, qué noche. Y tú ahí, tirado, disfrutando de ella. Y tú ahí tirado sobre la yerba y la neblina transparente. Bocarriba sobre el mundo, mientras la noche llega y te deja húmedo y blanco. Así te vas quedando dormido y llegan los duendes. Qué noche, qué noche. Es casi como si soñaras. Es.

—Muchacho, qué haces ahí tirado. Te van a comer los abujes.

Pero las cosas cambian. Pero las cosas no son como uno cree que han sido. Pero las cosas no son más que inventos que uno hace para poder sostenerse. Para poder vivir luego y decir: *entonces, entonces*. Y ahora será entonces. Y ahora no es nada. Pero después será entonces. Y entonces es algo. Cuántas cosas... La vieja pelea y pelea y dice que no hay nada que comer. Adolfinia no sale del baño. Celia está llorando a su hija muerta y dice que ya no recuerda cómo era. Digna canta con la boca cerrada. El viejo se pasa la vida con el aparato de flit, matando mosquitos imaginarios. Y tú, y tú, y tú... Fui a El Repello de Eufrosia y estaba cerrado. Me voy a alzar. Esta noche. Ésta es mi noche. El viejo coge el aparato y empieza a regar flit por toda la casa. La vieja tose y tropieza con un taburete. Chilla: ¡mejor es que nos coman los mosquitos a que nos muramos de una intoxicación con tanto flit!

Todos están acostados.

El viejo guarda el aparato de flit bajo la almohada. La vieja se ahoga. El viejo no se duerme. La vieja tose. El viejo coge el aparato cada vez que cree sentir un mosquito cerca de la cama, hace fuzz y esparce el flit en el aire y en la cara de la vieja. La vieja mete la cabeza bajo la sábana y empieza a dar resoplidos.

El viejo guarda el aparato de flit. La vieja se destapa la cabeza y con un pie le roza un pie al viejo. El viejo pone su pierna encima de la pierna de la vieja. Un mosquito hace juiiiiiii y pasa volando por sobre la cama. Pero ni el viejo ni la vieja lo sienten. Afuera suena el tiroteo. Afuera hay una luna enorme que me quiere pasmar, que me quiere hacer añicos. Debes cerrar la ventana. Debes salir a la calle y alzar. Horita ganan los rebeldes y todavía tú estas encochado en la casa. Qué haces acostado a estas alturas. Zanaco, encerrado como una mujer. So babilencia, so faino, so marica. Mientras otros se juegan la vida, tú, ahí, perdiéndola sin jugártela. Sal. De todos modos como vives es igual que si no lo hicieras. De la otra forma a lo mejor... De la otra forma. Querido hijo. De la otra forma. Ya no puedo más. Quiquiriquí. El viejo no habla. No riegues tanto flit, coño, que me vas a matar de una intoxicación. Avemaría purísima, en esta casa lo único que se oye son indecencias. Tico y Anisia. Anisia y Tico. Qué muchachos. A Fortunato le ha dado ahora por comer lagartijas... Fuego, fuego. Oye ese tiroteo. Las botellas de vino explotan bajo la cama. Las cucarachas huyen. La luna se vuelve a colar por entre las persianas y te vuelve a golpear y te saca la lengua. Tú tratas de agarrarla y darle un trompón, pero la muy bicha sale huyendo. En cuando te quedas dormido, la luna se vuelve a colar por entre las persianas y te vuelve a golpear, y te saca la lengua. Tú tratas de agarrarla, pero la muy bicha sale huyendo. Y no puedes ni pegar los ojos. Ya no se puede. Qué tiroteo.

Todas las noches lo mismo. Lo mismo. Y los perros ladra que ladra, ladra que ladra.

La vieja y el viejo están roncando. Las cucarachas suben por el mosquitero. La vida es una bazofia. Qué será de mí dentro de diez años. No, no debo pensar en eso. Saco la cabeza por el mosquitero. La luna me mira fría y furiosa, alta, terriblemente cruel detrás de la ventana. Te vas a alzar. Querido hijo. En la finca está casi amaneciendo. Un millón de duendes salen huyendo de entre tus pies. Adónde vas con esas lagartijas. Qué noche, qué noche. Ahora mismo me voy a alzar. Llegas.

Llegas hasta la puerta del patio. Y la abres. La muerte está ahí en el patio, jugando con el aro de una bicicleta. La muerte juega y juega con el aro de mi bicicleta. Juega y juega. Yo abro la

puerta de par en par. Cualquiera día te vas a desbocar... La luna baña a la muerte que casi parece una estrella blanca, centelleando en mitad del patio. El aro rueda y rueda, impulsado por el palo que lleva la muerte. La puerta está abierta de par en par. El patio brilla y brilla y la luna baja más y más. Las palomas en el techo hacen rurr rurr. La luna baja y baja. La muerte brilla y brilla. Querido hijo... La muerte, por primera vez, deja que el aro se le extravíe. El aro viene hasta mis manos. La muerte levanta los brazos y la luna se esmorece a carcajadas. La casa empieza a brillar y a brillar. La muerte levanta más los brazos como en un gesto de liberación total. Como quien acaba de cumplir un castigo. Como quien se desprende por fin de una responsabilidad insoportable. Las palomas: rurr, rurr. Querido hijo... Yo cojo el aro y empiezo a jugar con él en mitad del patio. Las palomas: rurr, rurr. El aro: rurr, rurr. El patio: rurr, rurr. La muerte: rurr, rurr.

Tico y Anisia se asoman a la puerta y empiezan a reírse a carcajadas como si fueran la luna.

La mosca tiene seis patas grises, pequeños garfios inquietos y mínimos que suelen estar siempre en movimiento, detectando. Los ojos de la mosca, formados por millones de ojos microscópicos, carecen también de párpados, y, a mi escaso entender, no son decisivos en la hora de las búsquedas. Con su cuello corto, con sus cortas alas, con sus seis patas-garfios que a su vez se subdividen en infinitos minigarfios, con su vuelo preciso y somnoliento, y con indiferencia ante las palabras, la mosca ha logrado adaptarse a las grandes temperaturas, al frío, a la humedad, a lo oscuro, a los bruscos cambios y a los sucesivos estragos del hambre. Pero vista bocarriba, la mosca ofrece un espectáculo más desolador: millones de membranas, de pelos, de pequeñas púas, de aberturas rocosas, rosadas, húmedas, supurantes, hediondas, se agitan sobre aquel paisaje de coraza erizada, de ventosa oscilante. La mosca se reproduce a velocidad rítmica e impostergable. Una mosca puede poner al día más de doscientos huevos. Además, es incierto (como afirmaron muchos) que su vida se limite sólo a veinticuatro horas. Dos sentidos, dos instintos, tiene su existencia: revolver la carroña y fornicar.

Segunda parte
Hablan las criaturas de queja

Había una casa. Y en la casa, alguien se moría. Siempre alguien se está muriendo en las casas miserables. *Siempre todos nos estamos muriendo en las casas miserables.* Había también el viento, siempre el viento, entrando por las paredes descuartizadas, por las rendijas que de tan grandes se confundían ya con las puertas. Una casa, alguien que se muere, y la tierra reseca, árida, intransigente con los sueños. La tierra sucia y reseca, salobre y reseca, obligando a inclinarse, llamando para humillar, cargando con todo. La tierra... El muchacho —y entonces sí era un muchacho, aunque ahora a él mismo le parezca increíble, irónico y hasta ofensivo— llegó de la tierra, del viento, y vio, otra vez, a la madre agonizando —*siempre agonizando*—. Se acercó, se inclinó ante ella y le clavó los dientes en una oreja. Por primera vez la madre no protestó. No cabía duda: ahora sí se estaba muriendo. Rápido había que hacer un hueco y entregar algo más a la tierra. Rápido había que tapar y luego seguir escarbando sobre la tierra. Pero más rápido había que irse, había que dejar aquellas condenadas rocas, aquel sitio hecho sólo para encorvarse. Entró, volvió a salir. *Aquí el terruño, aquí el infierno.* Pero más allá, el mar, el mar ondulando y centelleante. Las abultadas y tersas aguas del Atlántico parecían ofrecerse para llevarlo al África, a Australia, o a esa isla donde, dicen, que no es necesario cargar agua para regar las cosechas; donde, dicen, que se pue-

de vivir abriendo sencillamente un hueco y confiando en las nubes. ¿Podría ser cierto? ¿Sería posible que existiese un lugar tan extremadamente paradisiaco donde el que trabajara de sombra a sombra podía comer dos veces al día, y hasta beber agua cada vez que se le antojase? Existía el sitio. Muchos de sus amigos (conocidos, mejor, pues la amistad implica cierto lujo, cierto derroche cuando menos de tiempo, que él no poseía) se habían largado; y si era cierto que no había vuelto jamás a saber de ellos, eso era precisamente una prueba de que habían triunfado: comían todos los días. Sólo los que fracasan regresan. O no se van nunca... Allí estaba el mar, terso y centelleante, fluyendo siempre... Entró, salió; y vio el sitio reseco. Los árboles, pocos, mustios, eran también una prueba evidente del fracaso de la inmovilidad. Y el suelo cada vez más descascarado. Y todos huyendo, todos triunfando, quién sabe dónde. En la isla donde se tira una semilla y brota un árbol, allí donde el agua se puede coger con las manos... Finalmente, la madre se moría. Desaparecía aquel rostro duro de isleña bruta; las manos toscas de isleña bruta. Y el cuerpo, el único tesoro del miserable, se estiraba, se inflaba, comenzaba a dar testimonios de una serenidad, o de una mueca burlona que en vida nunca tuvo tiempo, o talento, para hacerla. El cuerpo que había arañado la tierra, que había hecho promontorios sobre la tierra, el cuerpo que se había visto siempre obligado a trabajar apresurado sobre la tierra, volvía ahora, deforme y hediondo a la tierra. Y la tierra que nunca gratificó con frutas, con agua, con algo palpable y útil, al cuerpo que se había consagrado a servirla, escudriñándola, ahora mostraba de pronto un insólito interés por aquella inmundicia, lo engullía, lo trituraba, lo disgregaba ya en su aborrecible extensión. La tierra... y más allá el mar, como una inmensa explanada para deslizarse. El mar, la única alternativa para quien

Guirindán
 Guirindán

padece la fatalidad de las islas. Rápido el muchacho entró, salió, vio a la madre agonizante (ifinalmente la madre agonizante!) y corrió hasta la cocina, agarró el guamo y se subió al árbol mustio del patio. Y allí empezó a tocar el guamo, anunciando, aunque aún no era cierto, que su madre había muerto... Los primeros en llegar fueron las vacas, escasas y sorprendidas, pues aquel toque lo hacía siempre el muchacho al oscurecer, llamándolas a dormir, y ahora apenas comenzaba la tarde... Y ese mismo día, Polo abandonó el sitio (en la casa, viejas con cara de roca se hicieron cargo de la muerta). Y ese mismo día llegó al mar. Y ese mismo día cogió (milagrosamente) un barco pirata (ya se les *llamaba* legalmente «fragatas de emigrantes») repleto de chinos, macaos, negros, rusos, italianos, portugueses; todos, gente como él, feroces y hambrientos, fugitivos y hambrientos, soñadores y hambrientos. Gente que por tal de abandonar su tierra empeñaba lo único que poseía, su cuerpo, y que para salir de la esclavitud se convertían legalmente en esclavos... Ese mismo día supo que el barco (la confluencia de olores y estruendos era aún intolerable para él) iba para la isla de los grandes árboles (centro de recepción de los emigrantes), para el gran verdor, allí donde, aunque aún no le parecía posible, el agua se podía coger con las manos. Y un mes más tarde, el viejo (entonces, un muchacho) saltó a la isla de Cuba (llegaron por Oriente), y comprobó que al menos lo de las aguas allí era cierto. Y se prometió, bebiendo ya, que jamás volvería a las aborrecibles Canarias.

Oigan ustedes. Y díganme si no es para volverse loca. Grapac. Grapac. Grapac. Grapac. Grapac. Grapac. Grapac. Grapac. Grapac.
 Grapac.
 Grapac. Grapac. Grapac Grapac...

Las estrellas hacen juiiii, juiiii cuando yo las pincho con la punta de la garrocha. Igual que los conejos recién nacidos cuando alguien les planta el pie y los estripa. Pobres estrellas. Cada vez que las oigo chillar así me erizo.

Pero ya estamos acabando.

De las Siete Cabrillas sólo quedan dos. Y eso porque no las hemos podido alcanzar. Pero deja que consigamos otra garrocha más larga, que ellas van a ver lo que es bueno. De La Cruz de Mayo queda solamente una. Y al Arado lo hemos arrancado por completo.

Cuando terminemos de recoger las estrellas nos dedicaremos a cazar codornices y después a pescar anguilas; y después nos sacaremos los granos de la cara. Y después nos oleremos los dedos de las manos. Y después tumbaremos cocos. Y después enlazaremos a la luna. Y después. Y después. Y después

después

después

Y después.

Y des.

Guirindán, guirindán, guirindán. Díganme ustedes si no es para volverse loca.

Qué haremos después.

Qué haremos.

Qué haremos.

Qué haremos.

Ahí llega tu hija dejada.

Cállate.

Ahí llega tu hija alocada.

Cállate.

Ahí llega tu hija espatriada.

Cállate.

Ahí llega tu hija quedada.

Cállate.

En fin, ahí está ya Adolfina.

Cállate.

Cállate.

Cállate.

Alta, flaca, autoritaria, ya había oído varias veces las tres palabras, repetidas en su «honor», dichas para que ella las oyera. *Alta, flaca, autoritaria* y ahora *quedada*. Porque también a veces oía el chicheo de sus padres. Él, sobre todo, diciendo: *Con ésa ya no hay quien cargue*. O: *Tenemos también una hija quedada*. O: *Eso es lo que nos faltaba para completar*. Pero ella iba todas las semanas con un saco hasta el potrero de tierra blanca. Escarbaba. Llenaba el saco. Regresaba. Baldeaba toda la sala. Y luego, con la escoba, esparcía por el piso la tierra blanca. Y después, con las manos, iba como pavimentando de blanco el suelo, cubriendo con aquella mezcla blanca todo el piso. Así cuando ellos llegaban y pisaban firme aquella fina, frágil capa de barro blanco, aquella «costra» que se estremecía cuarteándose (a veces) pedían disculpas, y hasta elogiaban (a veces) el trabajo, enterándose entonces que había sido ella quien había hecho aquella «maravilla». Quizá eso los ayudaría a decidirse... *Alta flaca, autoritaria* y de contra la mayor, la hija mayor, a la que desde luego, como sucede siempre, le había tocado criar a los demás hermanos. Y la que, desde luego, ya no era considerada por ellos como una hermana, sino como una segunda madre, es decir como algo útil, digno de odio y falso como toda sustitución. Como era la mayor, se podía dejar sola en la casa e irse para la estancia a desyerbar: ella cocinaría, ella se haría cargo de todo. Y ella, además de la cocina, el fregado, los niños, mudar los animales, cargar agua, leña, y aguas y palmiches (los trabajos menos pesados, decía la madre) aún tuvo tiempo para poblar todos los alrededores de la casa con matas de hojas brillantes, con altas yerbas finas y olorosas, que

si bien era cierto que nada producían, como bien decía el viejo, al menos también era cierto que tapaban el enyaguado (su vergüenza) y hasta los huecos que las bestias (puercos, gallinas, chivos, guanajos y hasta terneros) habían hecho en las paredes. Además, cuando llegaba la primavera se veía tan bien el corredor lleno de flores, de hojas de colores, que valía la pena sacrificarse. Y los jóvenes que llegaban de visita a la casa elogiaban también aquellas plantas o arrancaban al azar una hoja, llevándosela a los dientes. Y era precisamente ella quien las había sembrado... Ella quien agradecía aquel elogio, casi apenada. *Alta flaca, autoritaria*. Autoritaria, pero no con ellos, los hombres que llegaban a la casa, pisando el suelo que ella, con la palma de la mano, había pulido, o que arrancaban una hoja de las plantas que ella, con mil trabajos (había también chivos) regaba y protegía... Pero además de estas labores y de sus viajes incesantes al potrero de tierra blanca, y de la mudanza de los animales, aprendió a coser. Había que ser previsora: un hombre siempre se interesa por una mujer que sepa coser. Y aprendió. Pero *alta flaca, autoritaria*, los hombres venían, pisaban su piso, arrancaban sus hojas, algunos hasta le encargaban la hechura de un pantalón, y terminaban enamorando a sus hermanas, que nada sabían hacer. Y ella, *alta*, era la primera en divisarlos bajando la sabana y ella, *flaca*, era la primera en deslizarse y recibirlos, y ella, *autoritaria*, debía sentarse en el balance (ellos en el sofá) y cuidar de los novios mientras el viejo, en el patio, gruñía, y la vieja, preparando algún turrón, rezaba y maldecía ante el fogón. Pero siguió dando viajes al potrero y regando las flores. Una mañana acorazó los extremos del corredor con fondos de botellas verdes (robadas en los patios vecinos) que semienterró alrededor de los troncos. Y en verdad se veía bien aquel contraste de tierra blanca y cristal verde, tras el cual se alinea-

ban malangas, san-romans y sandovales. Y los hombres, desde luego, elogiaron aquel trabajo, pero se sentaron como siempre al lado de sus hermanas. Entonces le dio por llenar la casa de papeles, por cubrir todo aquel vasto y destartado enyaguado con mil postales, con portadas de revistas que con indescriptible trabajo pedía o se llevaba de casa de sus amigas. Sustituyó el tubo del quinqué por uno de color rosado. Le dio por hacer cortinas con cajas de fósforos. Compró una radio de pilas y se dejó el pelo suelto hasta la cintura. Pero ellos, sonrientes, olorosos, brillantes, amarraban los caballos en la manguera o en el mismo cantero de las flores (algunos se comían las verbenas) y venían y se sentaban junto a sus hermanas. Finalmente, uno cargó con Celia. Entonces Adolfina se recogió el pelo que ya le llegaba casi hasta los tobillos, y se hizo dos inmensos bucles que salían proyectados desde la frente, semejantes a dos cuernos de un peligroso buey, alerta para embestir (en la caja de los retratos hay una foto de esa época). Con mil sacrificios pintó toda la casa, la empalizada del jardín y hasta los tallos más largos de los itamorreales y los troncos de la arboleda cercana. Fue por aquella época cuando otro de *los risueños* comenzó a darse cita con Onérica, un poco más allá de los mayales. Entonces Adolfina obligó a Polo a que reparara el techo de la casa, tumbó ella misma el enyaguado y, casi sola (la vieja maldecía) revistió los cujes con yaguas nuevas. La noche que terminaron la reconstrucción, ella colgó cintas del techo y se hizo un gran dulce. Esa misma madrugada uno de los *olorosos* cargó con Digna. Al otro día Adolfina sembró la gran enredadera de lluvias en la esquina del corredor. Hizo construir un pozo con brocal cerca de la casa, comenzó a prepararse una complicada mezcla de tierra blanca y limón y se embadurnaba la cara y los brazos, y le dijo a su madre que no se apareciese más por la sala cuando hubiese alguna

visita. Jacinta la maldijo y hasta intentó lanzarle a la cabeza la piedra de pilar las especias, pero por aquellos tiempos ya Adolfinia sabía manejar con extraordinaria habilidad las tijeras. Por lo demás, pocos fueron desde entonces los hombres que visitaron la casa. Y cuando alguien llegaba era alguno que desde hacía mucho tiempo no los visitaba y sólo hacía preguntar por las hermanas. Pero ella estaba siempre lista para recibirlos aun cuando vinieran por equivocación. Con sus grandes bucles, con su mejor vestido, los altos tacones y la cara extremadamente empolvada y pintada por encima de la máscara de tierra blanca era realmente capaz de ahuyentar a cualquiera... Ellos de pie, en la puerta, sonrientes, pero recelosos. Y ella riendo, hablando, haciendo mil gestos para demostrar sus aspiraciones sin caer, por ello, en ninguna impostura. Simulando inocencia, chillaba con voz ahogada por cualquier tontería. Mientras tanto, Jacinta, sólo para fastidiar, entraba en la sala, con una mano empantallándose los ojos para averiguar quién era el visitante y con la otra rascándose una nalga; a veces escupía o se marchaba maldiciendo y hablando sola. Adolfinia seguía riendo, chillando, haciendo complicados arabescos con los brazos (ella se creía elegante). Algunos llegaban a entrar. Enseñando las fotos de familia se comportaba como una niña, y era entonces extremadamente ridícula. Hablando del matrimonio se volvía seria, razonable, juiciosa, tomaba cierto aire entre azorada y ofendida, y era entonces francamente insoportable. A la hora de traer el café siempre pedía disculpas por la taza, por el platillo, por lo frío, por lo claro, y todo con aire de gran señorita, cosa que la hacía verdaderamente intolerable. Y ellos, brillantes y olorosos, pero serios, arrancaban alguna que otra hoja al azar, y se largaban... Ya por aquella fecha comenzaron a arribar las hermanas dejadas, pero con hijos, con recuerdos, con algo a que aferrarse para no estallar; y con

alguien en la memoria a quien odiar. Entonces ella se volvió intransigente con los hombres (hombres que por lo demás ya no existían). Se volvió extremadamente escrupulosa, moralista, honrada. Ella era el ejemplo de la familia. Cuando iba al pueblo y alguno, al azar, la miraba, ella enrojecía de cólera. Si uno le hablaba, sin duda para preguntarle por su familia, ella, llena de pudor volvía el rostro o contestaba con monosílabos. Así, poco a poco, se fue olvidando del jardín (la enredadera se mantuvo en pie gracias a su gran vitalidad), del piso de la sala, del techo, de su pelo. Y se dedicó a criar los hijos de sus hermanas, a coser y a pelear. A educar como se debe educar a los muchachos para que después no sean burros, decía. Entonces fue cuando llegó Moisés con la idea de vender la finca. Entonces fue cuando descubrió, o creyó haber descubierto, que aún podía empezar, que si en el campo los hombres eran unos mulos (esas eran sus palabras) que no apreciaban su valor, sus méritos, en la ciudad sería distinto. Entonces fue cuando también empezó a inculcarle a Polo la idea de la venta. Entonces fue cuando vino para Holguín con sus padres, hermanas y sobrinos, y se dedicó a coser pago, a visitar los parques, a sentarse en el portal y esperar. Entonces fue cuando se suicidó la hija de Celia. Y ella, Adolfinia, se prometió que no llegaría jamás a eso. Y se dijo que siempre tendría que existir otra posibilidad. Y finalmente, ya desesperada, decidió hacer algo. Y una noche (había como siempre, una guerra) se lanzó a la calle con todos sus andariveles, a buscar un hombre que aunque fuese por unos minutos justificase toda su existencia. Y salió a la calle. Y buscó. Y regresó. Entonces:

Ya yo no sé ni qué hacer con mi vida. Ya yo no sé ni qué hacer con mi vida.

La retuerzo, la viro al revés, la tiro contra el suelo. La pico y la repico, la mastico. La hago añicos y la vuelvo a picotear. Hecha trizas la cojo entre las manos y la huelo. Pero ya yo no sé qué hacer con mi vida, pero ya yo no sé qué hacer con mi vida. Al sol, la tiendo en el patio. La encaramo en el techo, la tiro en la taza del inodoro y halo la cadena. Le echo sal y limón y me la trago de un bocado. Y nada. La vomito. Y nada. La mezclo con agua caliente y me la sirvo en un cubo. Pero nada. Con las manos la apurruño y la hago bolitas y con ellas me taponeo los oídos. Pero nada. La golpeo y la escupo. Pero nada.

Así entro en el baño.

Y pienso, y pienso. Y empiezo a desnudarme. A quedarme en cueros lo más rápidamente posible. Antes de que a cualquiera le entren deseos de cagar. Porque aquí la gente no hace otra cosa que eso. Como si hubiera tanta comida para estarse vaciando la barriga a cada rato. Como si no nos estuviéramos muriendo de hambre todos para estarse desinflando así como así. Dios mío, no estamos muriendo de hambre. Qué bueno Dios mío. Pero, qué Dios ni qué carajo. Vaya Dios a freír tuzas. Ya estoy aburrida y cansada. Ya estoy rejodida y recondenada.

Sola y vieja.

La vida me ha ido desgajando como una mata de toronjas que ha parido demasiado y ya no puede más. Peor aún que la mata de toronjas, porque ni siquiera llegué a parir. Porque me desgajé sin saber ni cómo. Sola y más flaca que una vara de jargar gatos. Sola y como la puta del cantillo, cosiendo de gratis y poniendo el hilo. Y teniendo que estar aguantando las jerigonzas de mamá que lo mismo reza que se caga en Dios. Sola y teniendo que estar aguantando a los muchachos de Digna que no cierran el galillo ni después de acostados. Sola y recondenada con este viejo mudo. Este viejo haragán y ratón que no habla porque no le da la gana. Con este viejo que por una desgracia terrible es mi padre. Mi padre, ese viejo. Y atenido a que es mi padre todavía quiere darme de vez en cuando una trompada. Pero ya esos tiempos se acabaron. Si tengo que seguir viviendo con él y con toda esta gente, si tengo que pasarme la vida aguantando los disparates de mi hermana loca, las oraciones de mi madre chocha, los inventos de mi sobrino atarantado, los escarceos de esa fábrica maldita, y todo lo demás. Si tengo que aguan-

tar todo eso, y, lo que es aún más insoportable, aguantarme a mí, los golpes de ese viejo maldito sí que no. Eso sí que no. Ya está bueno. Qué caramba...

—Pero mujer, es que no piensas salir del baño.

Ya está la vieja llamándome. Ya está tratando de buscar la manera de incomodarme. Desgraciada. Qué madre me he sacado. Para mí que me persigue. Sí, me persigue. Si voy a la cocina se me queda mirándome, como un perro mira a una persona que está comiendo. Y enseguida me entra una incomodidad que me dan ganas de tirarle el caldero a la cabeza. Si entro en el cuarto me pregunta qué quiero, que si se me ha perdido algo. Me lo pregunta así, como si fuera una gatica que no quiere hacer daño. Vieja cabrona, como si yo no tuviera con lo que tengo para soportar, de ñapa, que me vigilen. ¿Es que piensan que me voy a ir con un hombre? Ojalá. Pero no sé quien va a cargar conmigo, si ya estoy que ni el amolador de tijeras me piropea; y antes, por cierto,

Por las mañanas, en el campo, las muchachas se levantaban y se iban para el guayabal a recoger guayabas. Con esas guayabas (a medio cada lata) podían comprarse un vestido. Así que las cuatro descalzas, jóvenes, riéndose, saltaban la cerca, se metían en la otra finca; comenzaban a sacudir los gajos. Y las guayabas llovían. Y no solamente podían llenar las latas, sino hasta comerse algunas, las más dulces, y llevarle un centenar a Jacinta para que hiciese cascós. Así, por la noche, habría un dulce para brindarle a los visitantes.

hasta me sacaba conversación y todo. Aunque primero muerta que casada con el amolador de tijeras. Pero, en fin, el caso es que ya ni siquiera me mira. Y el vendedor de helados hace un siglo que ni pasa por aquí. Ése era otro de mis pretendientes...

—Pero es que no piensas salir. Ya las tripas están al reventarseme.

Ya voy. Ya voy. Qué desgracia, Dios mío. Pero que aguante. Que reviente, que reviente la maldita. Porque ahora me voy a poner a bailar; a bailar dentro de la bañadera. Y cuando termine de bailar haré dos o tres ejercicios que aconseja la última revista de belleza que leí. Que ni piense que voy a salir que ni lo piense... A ver: cómo era el primer

movimiento. Creo que tenía que bajar los brazos; sí, bajar los brazos y toparme con ellos la punta de los pies. A ver. A ver.

—Mujer, mujer.

Qué va. Ni pensarlo. No puedo toparme, no digo yo la punta de los pies, ni la punta de las rodillas siquiera. Es que ya casi estoy tullida. Cómo no voy a estarlo, si me paso el día entero frente a la máquina de coser. Cómo no voy a estar tullida, si era para que estuviera muerta. Qué va: ni lo intentaré de nuevo, porque a lo mejor hasta me desentangulo algún hueso. Y con ese escándalo de mamá ahí en la puerta, no puedo ni concentrarme siquiera. Ay, vieja, ay vieja, cualquier día te voy a dar un tijeretazo que te voy a sacar el mondongo para que dejes de cagar... Pero de todos modos, voy a bailar en la bañera. Y hasta que no me quede muerta de cansancio, hasta que el sudor y el calor ya me vayan ahogando y no pueda ni respirar; hasta entonces, no voy a dejar de bailar. Y que se desgañite mamá, y que se cague en el pasillo; porque ya yo estoy aburrida de todo y me importa un pito el mundo... A bailar. A bailar. A bailar.

A bailar.

A bailar.

A bailar.

Qué calor. Si pudiera abrir la ventana. Pero la gente puede verme.

Pero no importa. De todos modos bailo. Aunque me ahogue, bailo. Aunque no pueda más, bailo. Mírenme bailar dentro de la bañera. Miren que bien lo hago. Miren. Miren.

Miren.

Ésta soy yo. Este pedazo de pellejo brincando soy yo. Yo. Qúitenme los espejos. Qúitenme los ojos.

Yo soy ésta. Yo, ésta.

Yo. Qué horror.

Mírenme, mírenme. Mujer sola. Mujer sola y con granos en la cara. Mujer aburrida del mundo. Mujer condenada. Mujer costurera y solterona. Ay, mujer muerta... Mírenme bailar. Mírenme bailar. Horita piso el jabón y me hago trizas la cabeza. Písalo. Písalo. Estoy bailando. Mírenme: bailo. Bailo.

Dios mío, será posible que Adolfinia no piense salir hoy del baño. Será posible que tenga que pedirle permiso a algún vecino para meterme en su baño. Dios, si le cuento esto a alguien no

me lo creería. Esto nada más pasó en esta casa maldita. Oh Dios mío, en esta casa donde yo soy la única que se acuerda de ti. En esta casa donde yo soy la única que se sacrifica, y sube descalza la loma de La Cruz por ti. Pero, ¿he hablado de sacrificios? Oh no, Virgen santísima, tú bien sabes que eso no es ningún sacrificio para mí. Tú bien sabes, oh Dios mío, que si yo no subo más veces, descalza y de rodillas, la loma de La Cruz es porque tengo los riñones hechos trizas y no puedo hacer ese sacrificio. Ay, ya volví a mentar la palabra sacrificio. Pero ustedes bien saben que si no fuera por estos condenados riñones, yo me pasara la vida subiendo y bajando. Subiendo y bajando la loma de La Cruz. Subiendo y bajando. Subiendo y bajando. Subiendo y bajando.

Termino de bailar. Pero no he quedado satisfecha. Esta bañera es tan chiquita que apenas si puedo dar dos brincos en ella. Si yo tuviera una bañera más grande... Que fuera así como una de esas piscinas donde se baña la gente que puede. Así como esas piscinas, pero sin agua. Seca. Y yo dentro, bailando y bailando. Qué maravilla. Yo desnuda y joven.

Yo desnuda.

Y joven. Y joven.

¿He dicho joven? ¿He dicho joven? Es posible. Pero no estoy muy segura. Además, si lo he dicho, nadie me lo ha oído decir y por eso es como si no lo hubiera dicho. Joven... Si merezco que me esmorezca de la risa. Si ahora mismo debería sentarme en la taza y empezarme a reír, y a reír. Y no terminar nunca... Joven.

—Adolfinia, Adolfinia. Padre mío, hasta cuándo. Qué destino tan triste el mío. Qué vejez más desgraciada. Ay, perdóname, Dios; perdona que reniegue. Pero es que muchas veces no me queda más remedio. Dios mío, haz que esa mujer salga del baño. Haz que esa mujer termine ya. Y salga.

Ahora la primera danza va a ser por mí. Sí, por ti, Adolfinia. Adolfinia la quedada, Adolfinia la muerta de hambre. Adolfinia la

costurera. Adolfin a la no-marido, Adolfin a la no-maestra. Sí, porque yo iba a ser maestra. Ésos eran mis deseos. Y bien que pude haberlo sido, pues inteligencia no me faltaba. ¿Quién hacía todos los apuntes cuando el viejo iba al pueblo? ¿Quién llevaba la cuenta de las vacas preñadas?... Pero, que va, con unos padres como los míos cómo iba yo a ser maestra. Cómo iban a dejar ellos que su hija se «pervirtiera en el pueblo». Que se quede en la casa, que se joda cargando agua y leña y siguiendo gallinas. Que se ase al sol la maldita sin esperanzas de encontrar un hombre que valga la pena. Viejos desgraciados, lo que nunca les perdonaré no es que me hayan traído a este mundo, sino que me hayan obligado a quedarme en él.

¿Será posible que tenga que llamar a Polo para que saque a esta mujer del baño? Pero a la bestia de mi marido le da lo mismo que yo explote o que no. Y ni caso me haría, pues ya hace más de un año que ni habla. Para mí que eso es un bilongo que le han echado, pues nadie deja de hablar así, por su gusto. Pero yo no me atrevo a decírselo: con lo salvaje que es, sería capaz de romperme un racimo de plátanos en la cabeza si le menciono nada más la palabra bilonguería. Qué marido me has deparado, Dios mío. No cree ni en la madre que lo parió. Si se acostó conmigo y así lo ha seguido haciendo es porque no le ha quedado otra escapatoria, que si no... Y la prueba está en que cuando vendimos la finca y nos mudamos para este pueblo maldito, él ni siquiera me miró mientras le quedó un quilo en el bolsillo. Y aunque eso no me importó mucho, pues ya yo estoy muy vieja para esas cosas, es verdad, no deja de ofenderme que ni siquiera me haya mirado durante todo ese tiempo. Nunca debimos haber vendido la finca, pero a él se le metió en la cabeza vender. Quién ha visto guajiros viviendo en el pueblo, le decía yo. Y él seguía con la idea metida en la cabeza. Qué sabes tú hacer para poder vivir en un pueblo, le decía. Y él con la idea janeada en su cabeza. Y yo tratando de que cambiara de idea: aquí nacieron mis tatarabuelos, mis bisabuelos, mis abuelos y mis padres y aquí murieron; así que aquí debemos morir nosotros. Pero nada, él, como no ha sido siempre más que un aventurero, seguía con su idea. Y yo, que siempre he presentado las desgracias, presenté

ésta. Presenté ésta de quedarnos sin un quilo y pidiendo agua por señas. Presenté esta desgracia maldita de ver cómo el tiempo pasa y uno se desfallece rezando, sin que nada se le sea concedido, a no ser más tristezas. Pero éstas yo nunca las he pedido; llegan solas y después ya no hay quien las espante.

Presenté todas estas desgracias. Y también presenté las que no han pasado. Pero han de pasar.

Una mañana cuando el viejo salió, furioso, como siempre, rumbo al monte, se encontró a Fortunato, garabateando el tronco de un árbol. Condenado, le dijo, retorciéndole una oreja. Y siguió rumbo al monte.

Adolfina

Irrumpió el estruendo. Una bandada de pájaros rajaron rápidos el aire y él los vio, lejanos y centelleantes, adentrándose en el cielo, mientras un ardor, un escozor, una sensación de que ya, de que ya, se adentraba en su piel, iba posesionándose de su cuerpo, penetraba hasta en las regiones más profundas, quemando, luego de haber atravesado el aire como figuras resplandecientes y rápidas, también inapresable, igual que aquellos pájaros. Lo había alcanzado la ráfaga; iba a morir. Pero si tan sólo pudieras, óyeme, llegar hasta allí, donde comienza el cercado; termina el camino y hay una explanada y luego un bajío; pues ya ellos, seguros de que lo habían liquidado, no lo perseguían, se limitaban simplemente a ver dónde caía. Por primera vez era libre: podía correr. A nadie le interesaban ya sus intenciones o sus locuras. Por primera vez al caer tambaleándose descubrió en el contacto de la yerba una nueva relación, una complicidad para con él, y hasta un olor diferente. Y al apoyar sus manos para incorporarse sintió en la tierra un nuevo tipo de latido, un nuevo tipo de agitación, de respiración, de tibieza. Y por primera vez, incorporado ya, percibió en la luz que caía a raudales eso, que caía a raudales, y descubrió nuevos matices en su brillo, y registró, en ese preciso momento, nuevas resonancias en el aire, nuevos tonos, nuevas voces lejanas y nuevos susurros, nuevas transparencias además de las que, desde hacía tiempo, él había ido registrando. Pues en él no eran acontecimientos los que ocurrían, sino sensaciones. Qué acontecimientos podían ocurrir en aquel sitio aislado con un arroyo que se secaba todos los años, una casa siempre cayéndose y una familia que aún realizaba las siembras de acuerdo a las profecías de las cabañuelas, o descubría el mes de julio cuando llegaba el verano de San Juan que, por otra

parte, algunas veces se presentaba en junio, otras, en agosto, y otras, no hacía su acostumbrada aparición... Qué acontecimientos podían ocurrirle a él desconcertado, joven, pobre, en un pueblo cuadrado y comercial, de calles simétricas y gente invariablemente práctica. Dios, sensaciones, sensaciones, sólo sensaciones podían ocurrirle. Dios... y ésa fue precisamente su primera sensación memorable-insoportable. El descubrimiento de que Dios no existía o existía sólo en el engaño de los otros, en sus estafas sucesivas. Dios o los otros. Dios, dulce, distante, con sus imposibles promesas, con su improbable presencia. Los otros, cercanos, agresivos, con sus cuerpos palpables y sudorosos, con sus voces chillonas y también palpables. Dios, olvidando siempre las más angustiosas peticiones; los otros, cumpliendo invariablemente hasta las amenazas más mínimas. Dios, ahuyentándose cuando él lanzaba algún grito; los otros, presentándose inmediatamente para decirle que se callara la boca. Dios o los otros. He aquí, quizá, la primera alternativa, la primera agonía, que le impuso, seguramente, la vida... Al menos entonces, antes, contra la frustración de no haber podido reunir (vendiendo huevos de pimeas) los seis reales para comprar el apunte de Navidad, Dios. Ante el cuarto que se agranda, Dios. Contra el viaje en la noche hasta la mata de tamarindos, pues alguien (uno de los primos) le dijo «a que no te atreves», Dios. Contra el pánico nocturno, Dios... Había una fiesta. La gran fiesta de fin de año. Y él, desde mucho antes, ya percibía en el aire los diferentes cambios que anunciaban tal acontecimiento. Y, a medida que se aproximaba el día, los mayales llenos de campanillas, el fondo verdo-so y quieto del pozo, el insólito florecer de los úpitos en invierno le anunciaban ya aquella culminación. Esa mañana él había recorrido el campo. Había traído yerbas, flores, pequeñas piedras, hojas, y todo lo había depositado en el marco de las imágenes descoloridas, aún divinas. En la noche, cuando la casa estaba repleta de parientes lejanos, cuando ya todos bebían, comían, bailaban (alguien había traído un radio), alguien cantaba, alguien borracho gritaba que quería morirse pero que no lo enterraran, él se escurría hasta la arboleda y allí bajo el resplandor del cielo y la sombra de los grandes, escasos árboles, veía, escuchaba, cerraba los ojos y oía. La gran casa llena de ruidos, de voces de músicas. La inmensa casa (la formaban tres ranchos) de

guano, yagua y tabla, estivada de gritos, de gente que comía, de figuras que se paseaban entre los matorrales del patio. Dios, Dios, y él allá bajo los árboles, oyendo aquel estruendo, aquel continuo danzar. Alguien, uno de los primos, había traído una bicicleta, y él había tomado aquella bicicleta y había ido hasta el corral de las vacas, y había cogido impulso al bajar la loma; y era ahora la sensación, el nuevo éxtasis, la otra dicha, de sentirse deslizándose con los ojos cerrados por entre el estruendo, hacia abajo, hacia abajo, hasta donde nacía la música... Dios, Dios, cómo iba a concebir él entonces que tú no existías, que todo aquello no era más que un ficticio despegue de la realidad, un hechizo, una improvisación fugaz que, precisamente por eso, luego el tiempo cubriría de prestigios... A pie y conversando, en grandes carretas rojas, en caballos que se encabritaban, y hasta en un camión que milagrosamente pudo bajar por entre la tronquera, llegaban las familias. Y era el despliegue de catauros repletos de turrónes; eran las tías, portando cajitas de pasas y saludos; era los altos y espléndidos hombres convirtiendo los brazos en ramalazos de afectos. Y todos ellos, los muchachos, en la mesa grande, en el estruendo del picador de la cocina, en la talanquera, recibiendo, en el amplio corredor, saltando, superando ya con sus voces los incesantes ladridos de los perros. Seguían llegando, seguían llegando. Un tío había traído un barril que fabricaba helados, y ya instalado en una esquina, bajo las canales, daba vueltas a la manigueta, y la crema roja borboteaba. La mayor de las hermanas de la abuela, la gran tía, sostenía con más de veinte personas una amplia y apasionada discusión sobre el modo en que debe comerse el casabe, si seco, si mojado, si ligeramente asperjado de aceite; un grupo de primos más pequeños se dedicaban a amontonar botellas vacías para estrellarlas contra el tronco de la ceiba. Y él mirando, él escuchando, él percibiendo, él rodando loma abajo, él prolongando, aumentando, movilizándolo aquellas voces y aquellas figuras; él inventando aquellas figuras. Sensaciones, sensaciones. Sólo sensaciones. Porque lo cierto es que nunca habían celebrado allí fiestas de tales dimensiones. Porque lo cierto es que la realidad siempre era otra. Y él estaba siempre en otra realidad, en otra que no era precisamente aquélla, la que ellos llamaban *la verdadera*. La única que ellos conocían. Sensaciones, sólo sensaciones sucedían en él. A veces,

sobre todo en aquella exclusiva y breve época que precedía a las lluvias, tenía la segura impresión de que alguien, un viajero, un caminante venido no se sabe de dónde, se detenía en aquellos parajes y por un tiempo le pedía a él —a él— ser su intérprete. Y por un tiempo el visitante lo acompañaba, lo protegía, le mostraba senderos, sitios y acontecimientos para otros inconcebibles. Pero otras veces era la sensación de que el viajero lo abandonaba, se marchaba de pronto sin dar ningún tipo de explicaciones, y sin decir si regresaría. Y él quedaba tras la polvorienta alambrada, y tan sólo mirar el corredor o la mata de tamarindos era suficiente para sentir cómo el mundo, y él con él, se iba pudriendo, pudriendo. Eran entonces los días inútiles, interminables, en que ni siquiera un espanto decisivo llegaba, aunque fuese para comunicarle una pasión repulsiva. Días iguales, largos, asfixiantes, donde el viento bate el enyaguado y se descubre esa necesidad, ese deseo, urgente, latente, que tenemos todos de morirnos. Fue entonces cuando comenzó a celebrar sus primeras sesiones privadas de llanto. Fue entonces cuando, escondido tras de la prensa del maíz, comenzó a imitar a Adolfinia, comenzó a engolar la voz y a protestar como el abuelo, y comenzó a pelear con el tono apretado y rabioso de la abuela. Un día cogió un palillo de guano y se lo metió en el culo tan sólo, quizá, para experimentar una nueva sensación de dolor. Esa vez lloró como Adolfinia... Pero el que sostenía la linterna aún lo perseguía con la inquieta luz que algunas veces se le adelantaba, se extendía ante él, oscilando, breve, como señalando el sitio por donde debía seguir corriendo... Caballos, ahora sólo quería ver caballos. Altos, briosos, brillantes, rompiendo el horizonte. Caballos gigantes e inapresables como peces aéreos, caballos de piel, apretada y sudorosa, de virilidad tensa e irrefutable, cabalgando. Y al instante una reluciente tropilla irrumpió al trote, en la explanada por la cual él, sangrante, corría... Su madre trataba, al principio, de consolarlo. Un poco sorprendida lo miraba y le pasaba la mano. Era tan absurdo, tan poco común para ella, que un muchacho de menos de ocho años gritara que quería morir. El domingo, sin duda, era el día más horrible. Los domingos había que ir al juego de pelota en el centro del barrio, o llegaban los enamorados de tus tías y él tenía que vestirse de limpio y no podía jugar ya con tierra, no podía treparse a algún árbol y que-

darse allí, suspendido todo el día... Crecía. Y para sobrevivir tuvo que irse construyendo otros refugios, tuvo que darse a la tarea de reinventar, de cubrir de prestigios, de mistificar algún hueco, algún sitio predilecto por la frescura, por la sombra, tuvo que inventarse un amigo, nuevos terrores. Había una enredadera. Había una *mata de lluvias*, plantada por Adolfinia a un costado del jardín. Había, en el potrero, la cueva de las codornices, y en el primer caserón el quicio donde los «carneros» construían pequeños montículos con tierra refinada por sus garras. Y por las noches, cuando el aguacero estallaba en el corredor de cinc y todos dormían, ahí estaba el incesante tráfigo de jinetes encapotados, cruzando por sobre el cantero de los lirios, pisando fuerte el charco donde sobrenadaban begonias, copetúas y espuelas-de-gallos... A veces, una sensación de odio, de extraña dicha, de muerte, estallaba, así, de pronto. Y él borraba de un golpe todos los montículos donde se alojaban los «carneros», tiraba gatos y piedras al aire, y abría huecos en el patio rellenándolos falsamente con tierra, para que alguien de la familia se cayese y se rompiese una pierna. Y aullaba... Pero, otras veces, cantaba. Sí, algunas veces por la mañana, o al oscurecer, se iba para el saó cercano y comenzaba a desarrollar una canción inventada por él que hablaba de todo, que lo decía todo. Una canción que podía durar dos o tres horas y que variaba de acuerdo al viento, al calor o al tramo de camino por el cual pasase en ese momento. La canción comenzaba siempre con el mismo tono y las mismas palabras, pero luego tomaba giros, tonos, argumentos totalmente distintos hasta terminar con una resonancia insólita en proporción al pequeño cuerpo que la producía. Fortunato extasiado, completamente embriagado, imaginaba torrentes de aplausos, y se revolvía sin dejar de cantar, pero ya terminando, por sobre el saó y las cagarrutas de los ovejos... Fueron aquellas canciones, infinitas, delirantes, dichas al viento, irrecuperables desde luego, la única verdadera creación (y así lo pensaba él) que a lo largo de toda su vida hubo de lograr... Una tarde, mientras permanecía tirado bajo la mata de lluvias, descubrió otra sensación: el placer que produce el frotarse el sexo con las manos. Lo descubrió solo, por azar, sin que nadie le dijera qué era aquello ni por qué y cómo se hacía. Aterrado, luego de la primera experiencia, corrió hasta el excusado. Allí lo repitió siete veces seguidas.

Y fue tanto el desfallecimiento que pensó que lo que acababa de hacer era algo monstruoso algo que, de tan horrible, nadie seguramente conocía. Y dedujo que, lógicamente, moriría de un momento a otro. Luego, al ver que no se moría, lo que más le aterró fue la idea de que Dios seguramente se había enterado. Y cuando, el viernes siguiente, en el templo de Arcadio Reyes, donde madre lo llevaba todas las semanas, una de las médiums mientras lo despojaba, cayó, posesa, él pensó que Dios hablaría para decir allí, ante más de trescientas personas, y casi todas conocidas, lo que él se había atrevido a hacer en el excusado y bajo la mata de lluvias. Fue por aquella época cuando comenzó a celar a su madre con el abuelo; y su odio hacia él aumentó en tal forma que un día decidió matarlo. Fue hasta el último rancho, donde estaba la leña seca, y tomó el hacha. Como algunas tardes, el abuelo, luego de haber trancado las vacas, se tiraba varios cubos de agua detrás del pozo. Fortunato arrastró el hacha hasta colocarse detrás de la mata de ceiba; desde allí sintió el chapoteo del agua y los resoplidos del viejo. Caminó un poco más; llegó hasta el brocal y contempló el cuerpo inmenso y peludo del abuelo. Y al éste volverse, Fortunato vio el enorme sexo balanceándose en medio de dos bultos enmarañados (Fortunato ignoraba que Polo era quebrado). Y no miró más, soltó el hacha y echó a correr aterrorizado... Corría, mientras aquella figura inmensa y peluda, aquel terror que ahora él mismo inventaba y, sin embargo, no podía afirmar que no fuera cierto, lo perseguía, se plantaba ante él, se adelantaba un poco en el trayecto, y lo aguardaba. Pero era a su madre, a la madre de Fortunato, era a ella hacia donde se dirigía rápida la inmensa figura. Y él ya veía el grueso instrumento alcanzándola, tumbándola, traspasándola. Y ella sin protestar, casi riéndose, soportaba la agresión, mientras él seguía sin poder hacer nada, contemplando. Qué era aquello. Qué nueva sensación, qué nuevo Dios, qué nuevo tipo de amor. Porque sin duda aquellos celos no podían ser más que la consecuencia de un amor monstruoso, es decir puro, insólito; de un deseo violento e inaplazable de poseer a su madre, así como en su imaginación la poseía allí, a un extremo de la explanada por donde él sangrante corría, su abuelo. Y fue en ese momento cuando comprendió, o quizá lo había sentido siempre y sólo en este instante decisivo, definitivo, se atrevía a aceptarlo, que

allí estaba su redención, pues allí radicaba su maldición. Allí y no en las intenciones que lo habían conducido a este reventar incierto, estúpido, allí y no en esta sensación de escozor que le taladraba la espalda. Allí, en aquella figura siempre taladrada por otro que no era él —y que debía ser él—, allí era donde radicaba el origen de su verdadero infierno, su meta definitiva. Su liberación. Y, ahora, totalmente seguro, corrió hacia ella. Pero algo se interpuso, algo gigantesco, zumbante, azul, peludo, le cubría la vista. Algo, una bestia húmeda, ronroneante, saltaba, quería sin duda, obstaculizar su carrera, su meta. Era una mosca. Una mosca azul, seguramente joven que, desechando la sangre, se había encaprichado en posarse solamente en la punta de su nariz... Revoloteaba, se alejaba en el aire traspasado por otra luminosidad —la linterna— cada vez que él hacía un intento desesperado por eliminarla pero luego volvía, azul, terca, impertinente a posarse en el sitio seleccionado.

Vida de los muertos

Vengo con la cabeza bajo el brazo a pasearme por todos estos lugares. A mirar cuántas matas de anones se han secado y cuántas están ya por secarse. Con la cabeza bajo el brazo. Yo, que nunca llegué a ser hombre ni muchacho. Paseándome ahora por sobre las cosas que una vez quise que fueran eternas. Bobo que fui, el único eterno soy yo, tú... Se seca el mundo. El pozo se desborona y los culantrillos ya lo ahogan. A cada rato un espíritu sale huyendo. Pero yo debo quedarme para despedir a los que huyen. A los que se les vence el plazo. «Pobre muchacho», y algunas te buscan. Me buscan. Te buscan, «Pobre muchacho». «Pobre muchacho.» Oye, oye cómo te gritan. Todavía me parece estar escuchando esas voces entre la algarabía de la música, y un largo tiroteo. Qué ridiculez, morir así, tan joven, cuando ni siquiera se ha tenido tiempo para temerle a la muerte. Ni a la vida pobre muchacho. Pobre muchacho. Pobre muchacho.

Pobre.

—¡Adolfina, por el amor de Dios...!

Entonces llegó el momento en que debía realizar la primera confrontación entre sus aspiraciones y la realidad. Ahí estaba la tierra, fértil y penetrable (no como aquella que acababa de abandonar), ahí estaban sus manos y sus ambiciones. Pero por sobre la tierra y sus manos, por sobre sus sueños, estaban los demás; y los demás hacían las leyes; los demás ordenaban y disponían. Eran los dueños. Tenían, además de los títulos que los acreditaban como propietarios, ese aire, ese don, esos ademanes, esas voces, esas apariencias y gestos de propietarios, de señores. Tenían esa forma de ser, de estar ubicados, como si hubieran nacido (hubieran sido elegidos) para ordenar y para ser, obedecidos. Y él asustado, torpe, joven, con ese miedo que se transformaba en violencia, pero que no dejaba de ser miedo. Bruto, y sin un papel que garantizase su procedencia, que lo justificase, que dijese «éste es él»: qué podía hacer contra esos gestos seguros, contra aquellas figuras ubicadas. Empezó a trabajar. Los mismos dueños del barco que lo habían traído a la Isla le buscaron el trabajo. Siempre había algo pesado que remover, que trasladar; siempre había un barco que cargar, un barco que descargar, una caja, un bulto, una barra de hierro, un saco, algo pesado, grande, hediondo, ajeno, que había que echarse a cuestras y cargar. Así durante todo el día, a veces también por la noche y por la madrugada, Polo tenía que permanecer en el muelle, cargando, descargando, corriendo siempre con algo enorme y valioso a cuestras. Al fin de semana (o de jornada), los empresarios del barco se encargaban de cobrar su jornal y de quedarse con él, como amortización del importe de su viaje. Eso sí: hambre no pasaba. Grandes cantidades de mabinga (tasajo, en otros sitios) para los negros de los centrales, eran introducidos en la Isla, y él podía comer la que quisiese. También sus manos, cuando tenían tiempo, podían coger un poco de agua, sólo

que él no poseía alguna planta que pudiese regar, además, en aquel sitio, el agua era salada. Se fue. Agarró un saco, lo llenó con aquella mabinga hedionda, y se largó. Dejó aquella ciudad de negros hediondos, y de blancos rojos, amarillentos y orgullosos, y de otros que no eran ni negros ni blancos, sino una mezcla de todas las razas, gente turbia, confusa, que por lo mismo se creía con derecho a participar en todas las costumbres y a hablar mal de todos. Dejó aquella ciudad calenturienta donde todos (*todos*) danzaban, chillaban, ofendían y se las arreglaban siempre para endilgarle a uno (*a él*) los trabajos más aborrecibles, mientras ellos no hacían nada. Se fue para las afueras, junto a los grandes basureros, resplandecientes como el mar. Y se estableció en una colonia de Chinos Independientes. Aquellos chinos se llamaban «independientes», aunque jamás podrían salir de la Isla y, al igual que él, no tenían siquiera un papel que los identificase, porque habían abandonado el trabajo en la Compañía que los había traído y se habían ido a trabajar por su cuenta, sin tener que pagar deuda alguna, como pensaba hacerlo él... Sin embargo, por entonces —recuerda ahora— eran tan miserables, tan miserables, que estaban completamente libres. Sin mujer, que ata y exige; sin hijos que frustran y limitan; sin propiedades, que esclavizan y destruyen; tan sólo con sus manos, quién podía exigirles, quién podía estafarlos, qué pasiones, fuera de la pasión elemental de comer y dormir, podía atormentarlos... Aquellos hombres se levantaban de madrugada y comenzaban a resembrar, a escarbar, a regar, a recoger las hortalizas (y él con ellos), de modo que cuando amanecía, todos (y él con ellos) inundaban los pueblos, vendiendo todo tipo de verduras. Del producto de aquella venta los chinos hacían un fondo común, intocable, que, lentamente, aumentaba cada día. Para alguien que no fuera Polo y que no viviera como ellos, quizá hu-

biese sido emocionante (hasta, «edificante») ver cómo aquellos miserables se las arreglaban para vivir prácticamente sin nada. Un pedazo de tela amarrado a la cintura, un sombrero recogido en algún basurero cercano, una madera amarrada con cabuyas a los pies, ésa era su indumentaria; una especie de cueva hecha con latas, tablas y cartones, constituía la vivienda. Todo el producto del trabajo era minuciosamente contado noche tras noche y confiado al que hacía de tesorero, a quien, desde luego, y no sin razón, se le respetaba y se confiaba como un dios. Éste era el encargado de que algún día, redondeada la suma, realizase el contrato con la empresa para que todos ellos pudieran volver a su país, al otro infierno. Pero Polo sabía (y los chinos también) que por mucho que trabajasen jamás podrían, vendiendo aquellas yerbas, reunir la cantidad necesaria para un pasaje de regreso. Una noche, Polo comenzó a calcular trabajosamente el tiempo que debía trabajar un chino para poder reunir el importe necesario para un pasaje de regreso. Doscientos años justos, dijo en voz alta al amanecer... Y la mayoría de ellos eran viejos, estaban enfermos, morirían pronto; todo aquello era absurdo. Sin embargo él era joven. Él podía darse el lujo de soñar. Él era joven (aún un muchacho), tenía muchos años por delante, y podía darse el lujo de perderlos de un golpe antes de gastarlos en forma monótona, inútil y humillante. Él era joven. Podía arriesgarse, podía soñar, aventurarse. Era joven... por lo tanto tenía el privilegio de ser audaz, cruel, egoísta, criminal: absolutamente humano. Esa misma noche entró en la vivienda del tesorero. Lo estranguló (o creyó haberlo hecho). Cargó con todo el «tesoro» (una lata repleta de perras y algunos luses) y se largó para siempre de aquel inmenso basurero que en las noches de luna ondulada resplandecía como el mar... Fue entonces, ya de huida, cuando le vino a la memoria la imagen

de su padre, colgando del árbol mustio de su casa, allá, en la otra isla infernal. Y quizá porque andaba huyendo, quizá porque de un momento a otro podía encontrarse en la misma situación, por primera vez no sintió odio al ver aquel hombre viejo y flaco, barbudo, de lengua extremadamente morada y larga, guindando.

—¡Adolfina! ¡Adolfina! ¡Qué te has creído!

Era joven. Podía correr. Podía arriesgarse. Huyó. Llegó hasta el otro extremo de la provincia, y allí quiso establecerse. Realmente aquella lata llena de latas era poco dinero para comprar tierras. Pero eran los tiempos en que por un caballo, ya viejo, se podían adquirir dos o tres caballerías de tierra negra, gruesa, la mejor. Él no tenía el caballo. Era difícil robárselo además (no se podía guardar en un saco). Tenía las latas y las cambió por once rosas de tierra áspera, al norte de la provincia de Oriente. Entregó todo el dinero, cercó su terreno, y allí se estableció. El sitio era conocido con el nombre de Perronales. Pero, realmente, por su naturaleza, el que le venía más acertado era el de *Terronales*. Quizá, pensaba él, ése era su verdadero nombre y esta gente estúpida, de tanto machacarlo, lo han trastocado. Inmediatamente que se hubo establecido, la tierra arada, el bohío perfectamente enyaguado, Polo se dedicó a buscar una mujer. Era aquella una región tan miserable, eran todos tan pobres, que él, por aquellas lascas de cascajo, era considerado como uno de los hombres (al fin, un hombre) más afortunados de la región. Por eso le resultó fácil encontrar mujer. En menos de una semana ya estaba casado con Jacinta; y, en menos de una semana, también empezó a odiarla, al menos a aborrecerla, le dio el primer golpe y le hizo el

primer hijo que ni siquiera salió hijo sino hija. Y como él, secretamente aspiraba a llamarlo Adolfo, decidió que se llamase Adolfin. Inmediatamente después de Jacinta haber parido a Adolfin, Polo dijo: «Una puta más», e intentó, esa misma noche, seguir buscando el varón. Tuvo, sin embargo, que esperar algunos días, pues Jacinta, enfurecida, rechazaba sus intenciones con gritos y patadas. Por ese mismo año tuvieron otro hijo que resultó también ser hembra y que Jacinta, que confía en el calendario, decidió que se llamara Onérica. Pero esta vez, Polo, enardecido por ese segundo fracaso, no se contuvo ante los gritos y patadas de su mujer, y al día siguiente le hizo otro hijo que también fue hija, y que Jacinta llamó con el nombre de Celia, en honor a su bisabuela «muerta por un indio de un artero flechazo en la garganta», decía ella, Jacinta, no sin orgullo. Polo, que no quería saber más de mujeres, huyó al monte y dejó que Jacinta se las arreglara sola (en ningún momento había consentido en traer una comadrona a su casa), pero al cabo de una semana regresó, libidinoso y enfurecido, y de un golpe engendró a Digna, quien al nacer provocó el estallido de una rabia que se había trasladado de generación a generación, acrecentándose diariamente ante el avance, por lo visto irremediable, de la desgracia. Estaba cansado de trabajar solo la tierra. Aquella tierra que no esperaba que él la hubiese terminado de desyerbar por una esquina para empezar a enyerbarse por la otra y sus esperanzas estaban fijadas en la llegada de un hijo varón (uno aunque fuese) que le sirviese de ayuda; a quien pudiese esclavizar, utilizar, comunicarle su furia, hacerle ver el horror, que fijo, se cierne siempre sobre el miserable (de los otros no tenía noticias). Pero he aquí que el diablo, que al parecer se tomaba mucho interés en su persona, sólo le enviaba mujeres, «putas», gritaba. He aquí que el diablo (hacía mucho tiempo que

había mandado a Dios a la mierda, aunque Dios, al parecer, lo había enviado antes a él) se empecinaba en humillarlo y burlarse. Lográndolo, lográndolo. Dios o el Diablo, el Diablo o Dios (que para los efectos de su desgracia y de su impotencia eran iguales) se reían siempre de sus aspiraciones... Golpeó a Jacinta; (ella se supo defender propinándole un par de patadas y lanzándole al rostro un orinal lleno de sangre), derribó una mesa (la única en la casa), rompió los escasos platos de la cocina, mató de una patada al perro y salió, acompañado por el griterío de sus hijas, otra vez al monte. Pero no se atrevió a hacer lo que había pensado, no se atrevió a matar a las cuatro hembras que él (y se golpeaba enfurecido los testículos) había traído al infierno... Finalmente, cuando se detuvo se estiró, adolorido sobre la yerba, y hasta pudo llorar. Un cansancio, un letargo desconocido lo fue poseyendo. En su carrera había llegado hasta la costa.

Los guineos a dos por quilo.

Los plátanos a dos por medio.

Las naranjas a cuatro por peseta. Carísimas, pero no hay más remedio. Tengo que aprovechar la escasez que hay ahora, pues cuando venga la época de la abundancia voy a tener que darlas de ñapa.

Los tomates a siete por real. Los mejores déjame guardárselos a Tomasico que es el único que me paga al contado.

A los cigarros y a los fósforos no les puedo subir el precio. Y al azúcar y al arroz... bueno, en eso me defiende en el peso. Una onza de menos casi nadie la mira. Aunque éste es el barrio más muerto de hambre del mundo, y la gente se faja hasta por un mango pintón... Este año no me han traído ciquitruques, y ya se acerca la Navidad.

Las cremas de leche a tres por quilo si compra un quilo, a veinte por medio si compran el medio. En fin, tanto repasar y volver a repasar los precios, cuando aquí lo único que se vende es aguardiente. Por cierto, que el último que me trajeron sabe a

petróleo. Pero, qué caray, la gente se lo bebe como si fuera una zambumbia. Déjame probarlo... Ah.

—Viejo, ahí le dejo su mondongo.

—Virgen Santísima, ¿qué hace usted aquí con mi hija y los muchachos y ese llo de ropas, a mediodía en punto y con el sol que raja las piedras?

—Dígale a Polo que ahí le dejo su mondongo.

—¡Desgraciado! Si yo fuera un hombre no me diría eso. Pero prepárese que ahora mismo voy a llamar a Polo.

Los guineos a dos por quilo, sí. Pero si están muy podridos los puedo dar a tres. Total, si las ratas se los van a comer. Pero regalarlos no, de eso nada. El comerciante no debe regalar la mercancía. Si se echa a perder, se bota; si no se vende, se devuelve; si quiebra el negocio, se guarda. Pero regalarla, eso nunca.

—¡Polo! ¿Pero es que no has oído a ese hombre? Trae a Digna con los dos muchachos, dice que no quiere saber más de ellos. Y de contra me ha ofendido. Sal ahora mismo y pártete la cara. Sal y rómpete la crisma para que no sea fresco.

Los guineos a dos por quilo... Yo me imaginaba que esto iba a pasar. A tres por peseta los plátanos. Sí, a tres por peseta, pues seguro que ya están escaseando.

—¡Sal y pártete la cara! ¿O es que tú no eres hombre?

Qué sabrá esta mujer lo que quiere decir hombre... A dos por real los ajises. A cuatro por medio los boniatos de a libra. Ya me equivoqué por culpa de esta maldita.

—¡Maricón! ¡Viejo maricón! No tengo marido. Lo que tengo es un pedazo de carne con ojos. Tu hija ahí, dejada. Dejada, oíste. Tres bocas más tenemos ahora a cuestras. Tres bocas más y la vergüenza. Ay, la vergüenza de lo que dirá la gente ahora. Dios mío, ¿qué dirá la gente ahora?

Si piensas que te voy a contestar, so bruja, estás equivocada. Ahí te puedes desgalillar que yo seguiré contando... Las peras, pero qué peras ni qué carajo. Ya esta bruja me ha hecho equivocar otra vez. Los cocos si están secos, a peseta, si están zarazos o

son de agua, a veinticinco quilos. Te puedes ir largando porque yo ni te voy a mirar.

—¡Sinvergüenza! Debería darte pena. Si fueras hombre...

Y vuelve con lo de hombre. Claro, ella sabe que eso es una de las cosas que más me molesta. Al menos lo que más me molestaba en otros tiempos. Pero bastantes veces le probé que yo era hombre. ¡Demasiadas!

—Si tú no le das aunque sea una pedrada voy a llamar a los vecinos.

Pensando en pedradas, vieja condenada, todavía se cree que está viviendo en el monte.

—¡Dios mío! ¡Qué destino tan triste el mío! ¡Qué destino!

Dios, Dios, si alguna vez hubieras existido ya te hubieras muerto por haber tenido que oír a toda esta gente que cree en ti. Las peras... Y vuelvo con la matraquilla de las peras. Los mangos a quince por un medio, baratos pero no queda otro remedio. Es que los vendedores de carretilla van a acabar con mi negocio; no sé cómo se las arreglan para vender siempre más bajo que los venduteros.

El viejo valoraba las mercancías de la venduta con esa aparente tranquilidad que dan las derrotas sucesivas. Como en un descender de neblinas oyó voces y se imaginó sordo. «Ahí le dejo su mondongo.» Pero las neblinas siguieron descendiendo, y las voces le dieron varias trompadas en la cara. «Han dejado a tu hija, han dejado a tu hija.» El viejo se había prometido ser mudo hasta que ya no tuviera que prometérselo. Pero la agonía se alargaba y no parecía tener fin. «Si fueras un hombre.» Los guineos se transformaban en peras, y los precios subían y bajaban como si un duende le hiciera trastadas en la mente. Oyó un grito, y siguió contando. Aunque revientes no diré ni media palabra. Vio varias bestias cruzar rápidas sobre la báscula y revolcarse en el azúcar. Luego, la misma gritería. Esa vieja maldita, pero no le contestaré. «Come mierda, comemierda.» Las bestias le palmetearon

en la cara y, riéndose a carcajadas, se fueron corriendo por sobre los estantes de aguacates, dejándolo todo revuelto. Siempre hasta ahora hice lo que me salió de los cojones. Mentira, dijo una bestia y el viejo sintió tanta furia que por poco habla. Pensó lanzarse un plátano pintón por la cabeza, pero enseguida se dio cuenta de que iba a salir perdiendo un real, y se contuvo. Luego vino la idea del ahorcamiento. Si mi padre lo hizo, ¿por qué yo no? Pero enseguida desechó la idea y siguió pensando. «Lo que eres es un babiaca.» El padre colgaba de la llave del comedor donde él había armado su hamaca. Colgaba con la misma soga de la hamaca. Él lo vio balancearse y pensó enseguida en la hamaca perdida. «¡Ahí está tu hija! Son tres bocas más las que tenemos a cuestras.» «Sal y mata a ese sinvergüenza. Sal. Pórtate como un hombre, aunque sea una vez en tu vida.» Longanizas a dos por peso... Pero era muy temprano para despertar a su madre y darle aquella noticia de la pérdida de la hamaca. Por eso no hizo lo que iba a hacer, y ya cuando no pudo más, se orinó en la cama. Y ya cuando no pudo más, le tocó una oreja a su madre y le dijo: Mamá, papá está ahí en el comedor, ahorcado.

—Vaya. ¡Al fin! —dijo ella.

Qué sabroso es tocarle una oreja a mi madre. Así haga un calor que uno se achicharre, sus orejas están siempre frías, como si fueran grandes pedazos de granizos de esos que únicamente caen en los días en que las nubes se encabronan, y lanzan agua y rayos, y todo lo que les parezca. Qué sabroso es tocarle una oreja a mi madre. En cuanto ella se empieza a quedar dormida, yo me le arrimo y empiezo a tocársela. Primero, con la punta de un dedo; luego, con dos; y así, hasta que agarro toda la oreja bien agarrada con toda la mano, y me quedo prendido a ella, igual que hacen los chipojos en los días de trueno. Y así estoy, apretándole la oreja fría hasta que ella se despierta y me da dos o tres

trompadas por donde primero me coje. ¡Si tú no le partes la cara yo le voy a tirar una piedra aunque sea! Qué agradable... Los guineos a diez por real, las guanábanas de ñapa, pues ya se están pudriendo; los paniqueques a dos por medio los grandes, los otros... —¡Condenado muchacho! Otra vez estás arreguindado de mi oreja. ¿Es que te has creído que eres un chipoyo? Estás muy güebon ya para esas jaranas. En toda la noche no me has dejado pegar los ojos. ¡So faino!

Las uvas..., pero qué uvas ni qué rayos. Tú hija ahí dejada, so pedazo de carne con ojos. Tu hija ahí, en mitad de la calle, que da pena verla...

Entonces Adolfinia llega hasta la cocina. Procurando que Jacinta no la vea, toma el reverbero; vacía el alcohol en una botella. Toma los fósforos, los guarda entre los senos. Y regresa al baño.

Soy una palangana, soy una tinaja. Soy lo primero que me venga a la mente. Soy un excusado oscuro, donde la mierda no se ve, pero está ahí abajo, mirándonos a nosotros. Pero ya está hecho. Ésta será la última vez que yo me desnude en el baño. Éste será mi último baile. Voy a alzar el vuelo. Voy a terminar en cuanto termine y a decir *ya*. Y a decir, al carajo. En todo este tiempo lo único que he conseguido es ir alargando el plazo. Pero yo sabía que tenía que llegar. Y ya llegó. Ya está entrándome el deseo de que llegue; y si no llega yo le doy un empujón y lo hago entrar. Ahora a caerme a golpes; voy a revolcarme en el suelo sin gritar, o a gritar bien bajito, para que la vieja maldita que está en la puerta no forme un estruendo de esos que está acostumbrada a formar. Voy a arrancarme los pellejos y a hacer veinte murumacas. Bramaré, relincharé. Y luego voy a caminar con las manos y voy a hacerme cosquillas en las rodillas. Y después le meteré una mordida al inodoro. Y después daré un maullido. Y después lloraré por Fortunato. Y después me arrancaré el

pelo. Ya me lo estoy arrancando, ya me lo estoy arrancando. Ahora me picaré una oreja y me la comeré. Voy a caerme a mordida. Desgraciada. Toma, toma. Maldita. Así, así voy a hacerte pedazos. Si hubiera aquí un cuchillo me tasajeara. Pero ya sé: me voy a dar cien cabezazos contra la pared. Así. ¡Uno!

En el baño hay dos cubos (uno se sale), una goma para destupir el inodoro, algunos clavos para colgar la ropa; y allá, bien alta, una pequeña ventana, desde la cual, de no ser por el humo de la fábrica, se hubiera podido ver el cielo.

So maldita, so vieja aburrida, so guanaja. Y todavía te haces ilusiones. Cinco. Puta sin haber probado a los hombres. ¡Seis! Puta arrepentida. Siete. Puta frustrada. Ocho. Puta sin ballú. Nueve. Puta por sólo una noche. Diez. Te acuerdas, puta. Once.

Hay también, en el baño un pequeño aparador (ése es el nombre que le han dado todos en la casa) clavado en la pared. Sirve para guardar jabones, brochas de afeitarse, tubos de desodorante, etcétera. Su puerta de lata, muy pulida, hace la función de espejo.

Puta. ¡Veintinueve! Ten presente que si llegaste a vieja siendo señorita fue porque ningún hombre quiso acostarse contigo. Tenlo presente. Lo tengo, lo tengo presente. De eso me acuerdo día y noche. Ay, día y noche. ¡Treinta! ¡Treinta y uno! ¡Treinta y dos! ¡Treinta y tres!

No hay bañera. Aunque Adolfinia diga que sí y se crea bailar en ella. No la hay. El agua cae sencillamente en el suelo y se desliza por un tragante que carece de rejilla protectora. Es por

eso que a veces el tragante termina «tragándose» el jabón. Por ese mismo tragante, dice Fortunato que se le perdió una vez un anillo.

¡Sesenta y cuatro!... ¡Cabeza dura! Hija de yeguas. Campesiná bruta. ¡Sesenta y cinco! Maestra, dime tú, maestra. Qué ganas de reír. Así que la puta quería ser maestra. ¡Sesenta y seis!... Pero, qué se habrá creído esta guajira cerrera. Qué barbaridad. Ya eso es el colmo. ¡Sesenta y siete y sesenta ocho!

—Ven. Asomémosnos por la rendija del baño, para ver qué hace Adolfinia.

—Déjame asomarme a mí primero.

—Quítate que yo fui el de la ocurrencia.

—Déjame a mí.

—Quítate y déjame a mí que yo te cuento lo que vea.

—Si no me dejas a mí primero se lo digo a abuela.

—Díselo a quien te dé la gana. Abuela me quiere más a mí que a ti. Ella me lo dijo.

—Mentira, que a quien quiere de verdad es a mí. Ella me lo dijo.

—Cállate, que ahí llega.

—¡Desgraciados muchachos! Qué están tramando encaramados en ese taburete. A ver si se caen y se rompe el asiento. Si lo que merecen es que los estrellé contra el suelo. ¡Malditos! Qué desgracia la mía. Mira que después de vieja también tener que aguantar este paquete. Qué pelmas. Mejor fuera que se hubieran muerto. Ay, y esta condenada mujer no piensa salir de ahí. ¡Ay, virgen! ¡Adolfinia!

Claro, cuando cae mucha agua, el tragante se tupe, y el piso del baño, que es más bajo que el patio, se inunda. Ese espacio debe ser lo que ellos llaman bañera.

¡Ochenta y uno!

¡Ochenta y dos!

¡Ochenta y tres!... Ahí viene la quedada. Qué barbaridad, a la verdad que Polo tuvo poca suerte con sus hijas. Una dejada, otra quedada, la otra dejada y con una hija muerta. ¿Y la otra? Pues la otra ve a ver tú; también sin marido y con un muchacho medio bobo. ¡Ave María Purísima! ¡Qué suerte la de esa familia! Por eso yo siempre digo que el pobre no puede tener hijas hembras. ¡Qué va! Si me sale una hija hembra la cojo por el cuello y la ahogo. Es lo mejor. Es lo único que se puede hacer... Es un favor que me hubieran hecho. ¡Ochenta y cuatro!, y bien duro por no haberle pegado candela a la casa. ¡Ochenta y cinco! Y más duro todavía por no haberme pegado yo candela aún. ¡Ochenta y seis, y ochenta y siete, y ochenta y ocho!...

—Ay, Adolfin, mira que te lo suplico. Si todavía te queda algún rasgo humano, ábreme esa puerta.

Óiganla: «Rasgo humano». De qué novela habrá sacado esa frasecita. Rasgo humano... ¡Pero, qué horror! Ya perdí la cuenta. Ahora tendré que empezar de nuevo...

En un principio, ella, Celia, también tuvo su lata de guayabas, y su vestido nuevo, y un hombre. Y hasta una hija de ese hombre. Luego, como sucede siempre, el vestido se fue destiñendo, «se desbambaletó». Y el hombre se largó. Pero le quedó la hija, y la mata de almendras, acá (porque ya se habían mudado) en el mismo centro del patio. Y ella y su hija podían sentarse bajo la almendra, y aunque el guirindán de la fábrica llegaba también allí, era distinto oírlo en esa forma; sonaba distinto cuando se escuchaba bajo hojas y a la sombra, junto a su hija. Pero como lo que más se desea es siempre lo que perdemos (o lo que no llegamos a poseer), Esther, su hija, se envenenó y se murió, parece que por tanto quererla. Y entonces sólo le quedó la mata de almendra, que transformaba los guirindanes, y que le permitía recordar. Pero (y esto también suele suceder siempre entre la gente mise-

nable) el árbol fue tumbado y ella quedó sólo con ese tronco podrido sobre el cual ahora, en este instante, se sienta.

Cada vez que veo el tronco seco de la mata de almendras, tirado en mitad del patio, me parece como si estuviera viendo a mi propia alma. Mi propia alma tirada ahí, entre el pedregal del patio. En el basurero, llenándose cada día más de babosas.

Mi propia alma pudriéndose en mitad del patio, mientras Tico y Anisia juegan con ella y mamá le arranca alguna que otra astilla para ajuntar la candela.

Cada vez que veo ese tronco ahí tirado y cayéndole todos los aguaceros encima me entran una rabia y una tristeza tan grandes por dentro que hasta yo misma me asusto ante el tamaño de esa rabia triste. Me entra la tristeza porque sé que ya más nunca vamos a tener ni siquiera una mata de almendras en mitad del patio y ahora el estruendo y el calor y la soledad se harán cada día más fuertes. Cada día más fuertes, hasta que ya no podamos más y nos derritamos. Me entra una rabia insoportable porque pienso que si no fuera por esta desgraciada gente con la cual tengo que vivir, ese tronco estaría bien parado. Y lleno de hojas, y yo podría, como antes, conversar con él. Y yo podría, como antes, abrir la ventana de mi cuarto y ver allá, en el capullo de la mata a mi hija Esther, bailando entre las últimas hojas. Llamándome hasta desgañitarse. Mi hija Esther..., que desde que a esta gente se le ocurrió tumbar la mata de almendras no la he vuelto a ver. Y tengo miedo ya de no verla más. Tengo miedo de que no se me aparezca más. Y entonces tenga que irme conformando con mirarla ahí, pegada a la pared y detrás de un cristal lleno de telas de arañas, porque las arañas en esta casa campean día y noche... Qué furia la de esta gente contra la pobre mata de almendras. Qué daño le habrá podido haber hecho el pobre arbolito. Pero es que solamente con saber que yo lo quería, bastaba para que esta gente maldita lo quisiera arrancar de raíz. «Da hojas», decían. «Da demasiadas hojas y nosotros no vamos a pasarnos el día entero con la escoba en la mano, limpiando el patio.» «Da hojas, da hojas», decían. Y yo velaba día y noche a que las hojas se le desprendiesen para correr y recibirlas entre mis manos, para

no dejar siquiera que cayeran al suelo. Y no pudieran decir que por eso la iban a tumbar.

«Levanta la casa. Esa mata está levantando la casa con sus raíces», decían las bestias. ¡Es mentira, es mentira! Las raíces buscan el fondo, y la casa sale de la tierra, decía yo. «Levanta la casa, levanta la casa.» Y yo compraba cemento y arena y piedras y pavimenté todo el patio y sólo dejé un huequito de tierra junto al tronco donde pudiera por lo menos vaciarle un cubo de agua para que no se muriera de sed.

Pero nada: las bestias son terribles.

¿Saben ustedes lo que es vivir en una casa donde las bestias estén tropezando con uno día y noche? ¿Donde las bestias le saquen a uno la lengua por dondequiera que uno se asome, y, de vez en cuando hasta le tiren un cuchillo o un tizón encendido? Si no lo saben, yo quisiera que se pasaran un día conmigo para que vieran lo que es algo serio.

Y la mata de almendras fue tumbada.

Tanto dieron y dieron, hasta que yo misma un día cogí el machete y le caí a machetazos. Despacio. Así, bien despacio. Y cada vez que daba un machetazo sentía cómo me estaba cortando mi propia alma. Y cada vez que daba un machetazo los ojos me chisporroteaban de la rabia y de las lágrimas. Y las bestias reían y reían, asomándose desde el comedor. Reían y reían.

«Es un espíritu. Esa mata tiene el demonio en sus gajos», decían.

«El demonio.»

«El demonio.»

Y yo macheteaba y macheteaba. Hasta que se fue desbordando poco a poco. Y de pronto, vino al suelo. Tan rápido que no me dio tiempo ni a apartarme. Y uno de los gajos me cogió un hombro. Y ahora estoy así, como me ven: con un hombro allá arriba y el otro por acá. Que parezco un perchero mal entangulado. El gajo me calló así de pronto. «Páfata.» Y las bestias reían y reían. Y yo di un grito altísimo, por el dolor que me causó el gajo cuando me hizo astillas todo el hombro. Y las bestias se esmorecían a carcajadas.

Y ahora mi alma está ahí tendida en mitad del patio. Y ahora mi hija sabrá Dios por dónde anda... Es tan difícil controlar a los muertos. Llegan cuando les parece y cuando les parece se

vuelven a ir. Y uno se queda temblando de que ésa sea la última visita. Y uno se queda sin saber qué hacer, mientras todas las cosas siguen iguales. Y el reloj enorme de la pared: trac, trac, trac. Y los ronquidos de las bestias rorr, rorr, rorr. Y yo asomándome por entre los huecos, mirando y mirando. Sin ver nada.

Mirando ese tronco seco en mitad del patio. Ese tronco seco y podrido, que ya casi va cogiendo la forma de mi cara.

(Cabe suponer, como es lógico, que también ese tronco podrido desaparecerá.)

—iAdolfina, Adolfina!...

Trabajaba. Se levantaba antes que el día; y mucho después que éste se hubiese retirado, se retiraba él de la tierra. Arañaba, escarbaba, limpiaba, resembled. Jacinta lo ayudaba en todas sus labores; luego, también las hijas. Pero siempre era él el único hombre de la casa. Y ellas, las mujeres, por mucho que él las obligase (y las obligaba) a escarbar, poco rendían; y muchas veces lo que hacían era causar trastornos en vez de beneficios. Se cansaban enseñando, pisoteaban un semillero, se llevaban con el azadón algún renuevo, quizá hasta adrede. Y por mucho que él las golpeara y las obligara (como las golpeaba y las obligaba), nunca era como si fueran hombres, nunca aprendían a hacer las cosas como un hombre. Además, ahí estaba el llanto, lo que más lo irritaba. Eso era lo que él recogía al dar un consejo, al propinar un golpe, al dar una orden; el llanto, el lloriqueo, justificando siempre todas las inutilidades que ellas hacían y que él tenía que ir corrigiendo luego... Trabajaba, seguía arañando la tierra; escarbaba. Pero la tierra, como las mujeres, es cruel con quien no logra dominarla. La tierra sólo obedece a aquel que la golpea, al que la sabe con-

trolar, al que es capaz de arrasarla y volverla a poblar, eliminando piedras, yerbas, matojos, palos, y dejándola limpia, fresca, penetrable... De contra, las hijas crecieron. Y ya no se preocupaban mucho por ayudarlo en el desyerbe o en la recogida de tomates, sino en pintorretearse la cara, baldear el piso de la sala, y cultivar mil porquerías alrededor de la casa, tan sólo como adorno. Si al menos se consiguieran un buen hombre, pensaba receloso. Alguien que supiera trabajar la tierra, y no uno de esos que sólo saben parar caballos en dos patas y estirarse el pelo. Y seguía trabajando, en compañía de la vieja (ya él también era un viejo), mirando hosco, el desfile de los jóvenes, briosos sobre los caballos, que no parecían interesarse para nada en la tierra, y que muchas veces ni siquiera lo saludaban. Y las cosas, naturalmente, siguieron empeorando. Y la vieja se volvió cada día más peleona. Y las hijas se enredaron con «aquellos zánganos» que casi todos, inmediatamente, las devolvían barrigonas. Y uno de ellos le metió a Polo en la cabeza la idea de vender la finca.

Salgo amaneciendo a ordeñar las vacas y esta condenada de mi mujer ya me está peleando. No puedo ni siquiera tomarme tranquilo el trago de café dulce que me da. Y yo sé bien que lo hace dulce nada más que para joderme, pues ella bien sabe que a mí me gusta amargo. ¡Habrás visto qué destino el mío! Razón tiene mi yerno: lo que tenemos que hacer es vender la finca y mudarnos para el pueblo. Ya estamos demasiado viejos para estar en el monte, luchando con tantos animales y pasando tanto trabajo. Yo, por tal de que Jacinta se calle la boca soy capaz de regalar la finca. Y lo más bonito es que la muy bruta no quiere vender, y sin la firma de la mujer uno no puede deshacerse de lo que es de uno. Es que se han creído que la mujer es igual que el hombre. Lo que hace falta es que limpien al gobierno de esa pila de mariquitas para que las cosas no anden como andan. Que ya en esta casa no se sabe ni quién lleva los pantalones. Pero a mí sí que no me montan encima. A mí sí que no. ¡Vendo!

—Si vendes me pego un lazo.

—Entonces vendo.

—¡Salvaje!

—Mira mujer, estáte tranquila si no quieres que te caiga a plañazos.

—¡Salvaje! ¡Eres una bestia! Ahora mismo voy a llamar a mis hijas y a decirles lo que me has dicho. ¡Animal! Debí haberme pegado un lazo antes de casarme contigo.

—Bien que lo podías haber hecho.

—¡Cállate!

—¡Me callo cuando me da la gana!

—¡Dios mío! Ahora mismo se le contará a mis hijas.

—¡Vete a la porra!... Adiós en la bobera, se ha creído que se me va a poder montar encima. ¡Vendo!

Se paraba —el mediodía restallando, el mediodía devorando todos los contornos— en la ventana del pasillo. Así, los codos apoyados en el marco —el mediodía reventando, el mediodía anegando de claridades su rostro— se ponía a oír aquel estruendo, aquel infatigable chasquido de tachos y poleas. Baudilio ya la había dejado. Lo habían visto bailando con una puta en El Repello de Eufrosia. Pero, ¿era eso suficiente para que viera las cosas de ese modo? ¿Bastaba solamente con aquello para decirse a desaparecer? Había algo más; había algo más que ni ella misma podía descifrar, pero que estaba ahí, carcomiendo, latiendo, insultando. Había el levantarse y abrir los ojos, y mirar la claridad ya entrando, ya entrando. Allí estaban ya todas las horas del día, alineadas, minuciosas, tediosas, inútiles y planificadas. Había el caminar de un extremo a otro, el esperar. Pero aun cuando todo saliese bien (aquí empezaba el dolor, esa sensación de desabrimiento en un sitio no identificado), qué importaba, qué se podía contra aquella claridad, contra aquella

sensación de terror, contra aquella sensación de *para qué, de para qué*, o con la intolerable tristeza, inexplicable como todas las cosas auténticas, que causaba a veces el sólo mirar el oscuro, inmóvil follaje de una mata de pensamiento chino. Aun cuando se casase (tenía ya trece años) y tuviera hijos, y una casa, y el silencio (cosa por lo demás distante), qué importaba. Pues ella palpaba en medio de aquella claridad que anegaba, cegando, en medio de aquel calor, de aquel estruendo, de aquella gente chillona, las dimensiones de otra claridad aterradora, de otros estruendos que sí resultaban ineludibles. ¿Qué podía ser, qué podía ser aquello?... Y agosto llegaba con las lluvias. Y las lluvias restallaban en el techo de fibrocemento. Y las aguas corrían por los canales, inundaban el suelo, abarrotaban las calles. Había niños tirándole papeles y cáscaras de naranja a la corriente. Y la insoportable sensación creciendo... Y otra vez era el sol, el polvo, la llegada de la Navidad, como una justificación para que alguien, todo a veces, ella misma también, se emborrachasen, y llorasen y se insultaran... Agosto volviendo, la inmensa claridad fluyendo ahora desde el cielo. Sí, aun cuando se casara. Aun cuando tuviera una casa, hijos y el silencio (cosa por lo demás distante), de qué serviría aquello, qué podría hacer contra aquel cielo, contra tanto derroche de luz; qué podía hacer para que todo, incluso ella misma, tan blanca, tan ágil, tan de otro sitio, no terminase pudriéndose, no se estuviera siempre pudriendo. Qué podía toda la supuesta felicidad del mundo, contra aquella sensación perenne, contra aquella sensación de estafa y de insatisfacción, contra el inquebrantable grito del tiempo, fijo y brillante, colocado un poco más allá que esta otra claridad diaria, que este otro guirindán diario.

Tú dirás que no. Pero para mí que Esther, la hija de Celia, está bastante enferma. Fíjate que tiene la cara blanca como un

papel y que ni habla; y se pasa el día como una boba, medio dormida y medio despierta. Ayer mismo le puse la mano en la frente y estaba ardiendo. Y eso que le acababa de dar un despojo. La culpa de todo la tiene ese viejo que no cree ni en la madre que lo parió. Hay que rezar mucho y pedirle mucho a Dios. Esa muchacha no está nada bien. Mañana mismo te voy a conseguir unas hojas de rompezaragüey y de albahaca para que le des un baño. Son trece años los que tiene, y esa edad es peligrosísima. A lo mejor va a ser médium. Pero bueno, de todos modos, eso es una dura prueba que habrá que sobrellevar. Ahora se pasa la vida mirando por la ventana del pasillo. Como si hubiera algo que ver por esa ventana que no da ni a la calle... Cuando yo te digo que el demonio está en esta casa. Dime la verdad, ¿tú rezas todas las noches? Bueno, pues de ahora en adelante debes dormir menos. Mírale esa cara, si parece una muerta... Que Dios me perdone por lo que he dicho, y por lo que me falta por decir. Hay que luchar mucho. Yo le aconsejaría a ustedes que se mudaran de esta casa. Seguro que aquí hay algún mal enterrado... Un mal, o cualquier bilonguería. A lo mejor la cama de ella está encima de ese enterramiento. Cámbiale la cama, que al menos duerma con los pies para la cabecera. Mira esa cara, ¿qué es lo que parece?... Dale a beber mucha medicina espiritual. Mañana mismo vengo otra vez para llevarla al templo de Requene y darle un buen despojo... Yo le aconsejaría que se mudaran lo más rápido posible. Pero ya sé, a ese viejo cerrero no habrá quien lo convenza. Pero, de todos modos, deben preocuparse más por esa muchacha. Da pena verla esa cara tan flaca. Horita es una mujer y no va a encontrar quien la mire. Y yo sé lo que es eso...

Pero realmente era junio el mes de las flores. Junio y no abril como se decía en general. Ni siquiera mayo, quien se apodaba, precisamente, «el mes de las flores». Junio. Morir en junio. Morir en la época en que todo estalla y resplandece, y en el campo hay olores u hojas. Morir en junio, en la época en que cualquiera podía arrancar un millar de clavelones y tirárselos a la caja. Entrar en la

tierra en junio... Y sentir (si es que algo se sentía) sus huesos transformándose en tallos, en hojas, brotando... Huir en junio, antes de que llegaran, otra vez, los días de la gran claridad. Los días en que no hay oportunidad siquiera para quejarse. Los días en que donde quiera que uno se pusiese, siempre, también, estaba estorbando. Junio, y todas las flores sobre su cuerpo. Y todos marchando en fila detrás de ella, llena de flores. Y ella, entre las flores, riéndose ya de todos. Ella por primera vez convertida en el centro de atracción de las miradas, marchando bajo las flores como algo respetable. Ella burlándose de todos... Pero había que darse prisa. En sus cavilaciones había desaprovechado ya los mejores días del mes. Apenas quedaba una semana para que junio terminase.

Yo me dije: no puede ser y la gente necia insistía en que sí, en que era verdad. Yo salí al patio y le caí a patadas a unas botellas que nada tenían que ver con eso que la gente decía. Pero a alguien tenía que patear. Y me decía: no puede ser, no puede ser. Y ni siquiera sabía lo que quería decir eso de no puede ser. Pero ya no se lo digo a nadie. La gente, necia, siempre está contrariándolo a uno. Si yo digo que no es, es porque sé muy bien que no puede ser. Ay, que no puede ser que no que, ino!

¡Junio! ¡Junio! La gente venía. Se acercaba. La miraba. La misma gente miserable de siempre. Y ella en el gran catafalco negro. ¿Había una abeja entre las flores? No; era una mosca. Una mosca ceremoniosa y azul que revoloteaba de corona en corona, chocando a veces con el cristal tras el cual ella reposaba, atenta. Y allí se ponía a zumbiar desesperada, tratando de salir, prisionera entre los

bordes de la caja; hasta que alguien venía y la espantaba... Ah, si hubiera habido grandes cortinajes. Si ella en vez de estar en aquella habitación hubiese podido reposar ahora en un salón inmenso, alfombrado, abierto a un campo apacible por una sucesión de magníficos ventanales... Dónde había visto todo aquello; cómo imaginaba tales imposibles... Pero a pesar de todo, las flores estaban allí, y el murmullo de la gente se elevaba en la tarde. Y junto con el olor y el murmullo, más allá de la otra claridad, otra especie de luz, inundando. Era junio, era junio que entraba también en el miserable cuarto donde ella estaba tendida. Era junio, esparciendo sus últimas opulencias sobre aquellas cabezas peinadas, sobre aquella gente flaca y torpe, prematuramente envejecida, ultrajada siempre, como temerosa siempre, y reunida allí (todos con las almidonadas ropas del domingo) para rendirle homenaje a ella, la muerta.

Yo me digo: no puede ser. Y la gente necia me coge de las manos, como si yo no supiera que no puede ser. Y la gente necia me lleva hasta el cuarto... Y allí está ella, brillando entre las velas, y más blanca que nunca entre tantas flores blancas. Más blanca que la neblina, que la misma vida que es blanca de tan vacía. Blanca, y toda brillando. Y yo, tan fea y sucia, cómo iba a tocarla. Yo, llorando por gusto. Acercándome y saliendo a toda carrera, rompiendo botellas y dando saltos. Diciendo no puede ser. Y las botellas se hacían trizas, y lloraban. Y la gente necia otra vez cogiéndome las manos y llevándome hasta donde estaba la blanca, pues ya era hora, dijeron, de llevársela... Y yo me decía: no puede ser, no puede ser. Y me daba pena verme entre tanta blancura. Yo, tan hosca y tan prieta, que parezco un tizón cuando le han tirado un cubo de agua encima. Tan prieta que me daba vergüenza estar al lado de ella tocándola casi, si no hubiera sido porque alguien, muy inteligente, puso un cristal muy fino entre las dos. Un cristal muy fino que no impedía que yo la besara rápido, sin ponerla prieta. Un cristal.

Estaba ahora en el centro de la sala (el cuarto se hizo pequeño para tantas coronas), y todo era un abejo y un constante y variado olor a flores. Y todos llegaban y miraban su rostro joven, y se persigaban, muy serios. Y ella tras el cristal, pensando, porque pensaba, *así me han de ver siempre; joven y entre las flores*. Y los muchachos venían y se quedaban fijos. Y las mujeres, entre coronas, cuchicheaban mientras tomaban el café. «Qué lástima, tan linda.» Y ella, triunfante: *así quedaré ahora para siempre...* Y, allá lejos, la tierra abierta y olorosa, aguardándola... Sintió que la alzaban, que cuatro hombres la tomaban por sus cuatro esquinas; y ella alta, llena de flores (la mosca ronroneando entre los lirios) comenzó a deslizarse triunfal por sobre las cabezas de los otros. Junio, junio. Lo había logrado en junio. Y alta, triunfal, llena de flores, salió a junio.

—Qué ves, qué ves ahora.

—Veo a una cucaracha ahogada flotando sobre una bañadera.

—También tú estás con el brete de la bañadera. No seas guajajo y déjame ver a mí.

—Asómate para que veas que es verdad.

—A ver.

—¿Ves?

—Qué comemierda eres: ¿quién te dijo a ti que eso era una cucaracha? Además, no está flotando.

Lo que se conoce con el nombre de Perronales es un «cuartón» (unas treinta caballerías de tierra) que pertenecen al «barrio» (unas trescientas caballerías de tierra) de Sao Arriba. Perronales es una sabana que no da al mar. Lugar chato, donde no hay lomas, pero tampoco hay llanuras. Situado al norte del municipio de Holguín, es tierra de cascajo; sitio

pedregoso, árido, donde la llegada de las lluvias resulta imprevisible, así como el fin de las mismas. No hay grandes ríos en Perronales, sino arroyos; multitud de arroyos efímeros que en la época de los vendavales, cuando sobran las aguas, todo lo inundan, y en la época de la sequía, cuando sólo salva una corriente potente, desaparecen. No hay grandes árboles en Perronales, aun cuando sus habitantes digan que sí; los hubo quizá en un tiempo, en la época en que la Isla era un mito y cualquier cosa podía suceder, y todo resultaba «maravilloso» (más al norte desembarcó el Almirante). Ahora hay sólo árboles de escaso resplandor y follaje; árboles que no sirven para protegerlo a uno de las llamas del sol, pero sí para que uno tropiece con ellos, y, si carece de cautela, se saque los sesos... No hay grandes caminos, pero hay, sí, innumerables trillos, veredas, senderos que no conducen a ningún sitio. No hay naturalmente, pueblos ni ciudades en Perronales, no hay caseríos ni establecimientos, pero hay en cualquier sitio, en el lugar más impensado, un bohío de yaguas desfleadas habitado por gente miserable, curiosa, desconfiada, que vigila, que le impide hacer a uno sus necesidades en el primer matojo, que se roba las gallinas del vecino más cercano. Gente que critica, que odia, que envidia; gente a la que hay que saludar todos los días, que nos visita sólo para tomarnos el café, y aguarda nuestro menor tropézón para devorarnos... Jacinta siente un amor inconsciente (como todo amor verdadero) por esta región apartada y abrasante. Jacinta sólo conoce esta región, pero presiente, quizá con razón, que hay otras peores, y que es casi una dicha, un privilegio, un perdón, una gracia divina, estar aquí y no en aquéllas. Aunque a veces la patee y la maldiga, Jacinta quiere esta tierra miserable y raquílica; aunque generalmente los derriba con el machete (si es más grueso con el hacha), Jacinta ama esos árboles de troncos retorcidos, de duras hojas, de ningún

fruto. Y aunque constantemente reniega de la esterilidad y aridez de este sitio, Jacinta ha salido esta mañana, como todas las mañanas, al monte. Ha tomado al azar alguna yerba, y ha resollado fuerte cuando el rocío, el efímero rocío de esta región, le ha humedecido los muslos. Y ha seguido sola. Y ha orinado de pie, hablando. Y ha maldecido, dueña, «dueña y segura». Y se ha arrodillado en la parte más alta del saó.

Me voy a arrodillar aquí mismo, debajo de la mata de guásima boba, para pedirte, Dios mío, que este maldito viejo que por desgracia me has deparado por marido no pueda vender la finca. Ilumínalo, Dios mío: que no venda. Que se le quiten esos deseos o que no pueda vender. Si hemos vivido aquí siempre, aquí debemos seguir viviendo. Que no venda. Pues tú sabes que yo presagio las desgracias, y veo cosas terribles... Qué será de nosotros allá, en el pueblo, donde la gente que vive al lado de uno no se conoce ni se sabe quién es. Padre nuestro que estás en los cielos, que no venda, que se le aparte ese demonio que no lo deja creer en ti; que se aparte también el condenado de Moisés que es quien le ha metido esa idea en la cabeza. Dios, yo nada puedo hacer, pues hay veinte artimañas, yo lo sé, y el viejo ya también lo sabe, para que el desgraciado venda la finca sin que yo tenga que ver ni en arte ni en parte. Ay, Dios, sabrá Dios lo que trama a estas alturas... Que se le despeje la mente. Dios: qué tales hemos de ser allá en el pueblo si aquí somos como somos. Qué tales, Dios mío... Que no venda. Que se alejen esos demonios o que se muera. Perdón, Dios mío. Pero es preferible. A ti no te debo ocultar lo que pienso porque de todos modos lo sabes. Y no puedes castigarme porque si tú eres quien me has hecho, tú eres también quien me has dado esas ideas. Por lo tanto, tú quieres que él termine sus días... Porque yo lo quiero. Oh Dios: y deben ser cumplidos tus deseos. Protégenos del mal. Santa María, que el viejo se muera, pero que no venda. Madre de Dios, protégenos, ilumínanos. Santa María... Cabronas hormigas, ya me están subiendo por los muslos. Esta mata maldita siempre está repleta de hormigas raúas. Protégenos, Señor. Desgraciadas. Amén.

Vendieron la finca. Moisés, Digna lo sabía, se quedó con la mayor parte del dinero. Los viejos pusieron una venduta y compraron una casa de fibrocemento, hecha para guardar el calor, las cucarachas y los olores más intolerables. La casa que compraron, por orientaciones de Moisés, estaba situada junto a una fábrica de guayabas, de ese modo (y el viejo aprobó la idea) las ventas serían más numerosas. Pero ellos, Digna, Moisés y los muchachos, compraron una casa mejor (zinc, tabla, piso de cemento) en el otro extremo del barrio, lejos de aquel guirindán que a ella (y eso que sólo iba los domingos por la tarde a visitar a la familia) le parecía insoportable. Al principio, y por insistencia de ella («Siempre un negocito es lo que nos puede salvar»), instalaron una guarapera en la sala. Al principio, Moisés le ayudaba, inclusive, a pelar las cañas, a molerlas y hasta despachar. Al principio, Moisés, inclusive, le pellizcaba un muslo mientras ella servía el guarapo. Y ella sonreía, y seguía atendiendo a los clientes... Esto quizá ya ella no lo recuerde, pero así fue. Al principio ella, inclusive, podía darse el lujo, ostentar el orgullo, de llamarle la atención a Moisés cuando éste dejaba una caña mal pelada, o cuando no echaba a andar a tiempo la guarapera. Una vez tuvo la audacia de insinuarle, amablemente, desde luego, que la dueña de la guarapera era ella, pues era su padre quien había puesto el dinero... Pero luego, Moisés comenzó a llegar tarde (debía salir sólo una vez a la semana, a buscar un carretón de caña). Y luego comenzó a llegar tarde y borracho. Y después, muchas veces, no llegó. Y luego supo que Moisés andaba con otras mujeres, en el mismo barrio. Entonces, naturalmente, fue cuando comprendió cuánto lo quería... Moisés llegaba. Los muchachos dormían ya. Y ella, sentada en la sala, esperándolo. Moisés se incómodaba al verla despierta. Ella nada le respondía. Moisés se incómodaba más entonces al verla

tan seria. Ella empezaba a llorar. Moisés, que no toleraba las lágrimas, se incomodaba más entonces. Empezaba a maldecir, daba una patada en la mesita de centro. Inmediatamente iba a la cocina y hacía trizas todos los platos. Regresaba y empezaba a golpearla a ella en la cara. Así llegaban a la cama. Los muchachos, que ya estaban acostumbrados a aquellas tropelías miraban divertidos, o no se molestaban en despertarse. Al otro día, Digna retiraba alguno de los fondos de la guarapera y reponía algunos platos. Por un tiempo las cosas marcharon del mismo modo. Sólo que los muchachos crecían; los zapatos eran más caros, se necesitaba más tela para vestirlos. Digna sentía un secreto, extraño orgullo cuando, por las mañanas, luego de haber sido golpeada, oía a las vecinas cuchicheando: «Otra vez rompió toda la vajilla», decían. Y ella escuchaba, riéndose por dentro. *La vajilla, la vajilla.* Qué graciosa era aquella palabra... Digna sentía una extraordinaria sensación de triunfo cuando, los domingos por la tarde, iba con Moisés y los muchachos a casa de sus padres. Y saludaba a todos los vecinos. Ella, con su hombre. Era cierto que aquellas visitas terminaban siempre en bronca. Adolfinia no podía tolerar la presencia de Moisés (él se las arreglaba siempre para cuquearla) y al final terminaba amenazándolo con las tijeras. Pero, ¿aquellos estruendos no eran también parte de su triunfo? Detrás de las palabras ofensivas de su hermana, detrás de aquella violencia, se ocultaba la envidia. Ella, con su hombre... Pero un día, Moisés llegó como siempre, retrasado y borracho, pero no le peleó, no le pegó en el rostro, no rompió siquiera un plato. Se limitó sencillamente a decirle: «Recoge tus cosas y despierta a los muchachos». Ella estaba tan confusa con aquel cambio de actitud que no atinaba a pensar qué planes podía ahora elucubrar su marido. Este hombre, este hombre, se decía, qué estará tramando, qué se traerá entre

manos. Seguramente ha encontrado una casa mejor; seguramente ha hecho una trastada y tendremos que salir huyendo, pensaba también, orgullosa. Y orgullosa recogió todos los trapos, hizo los bultos, despertó a los muchachos. Salieron. Por el camino, Moisés no le dirigió la palabra; ella aún no entendía nada. Sólo cuando se vio ya frente a la casa de sus padres tuvo la visión aterradora de lo que iba a pasar. Pero ni siquiera pudo imaginarlo, pues en ese mismo momento estaba ya pasando. Moisés, desde la calle llama a Polo. Le grita: «Viejo, ahí te dejo tu mondongo». Y da la espalda. Y es ahora cuando Moisés, por última vez, se decide a mirarla. Y hay tal furia, tal desprecio en sus ojos, que hasta ella misma siente miedo. Va a gritar, pero Moisés le da tal trompada en el pecho que poco falta para que vaya al suelo con aquellos bultos y los dos muchachos a cuestas. La vieja aparece entonces en la puerta, haciendo cruces y maldiciendo. Pero ya Moisés ha desaparecido definitivamente... Digna recogió los bultos, se enjorquetó los muchachos, y entró en la casa. Habían sido aquellos, sin duda, los mejores años de su vida.

Nos mudamos y pusimos una guarapera. La vida en el pueblo es dura. Yo nunca había vivido en el pueblo pero yo sabía que era dura porque había visto a muchas de mis primas meterse a putas para poder vivir, para no morir de hambre, mejor dicho. Sí que es dura la vida en el pueblo. Al menos allá, en el monte, iba uno a casa de algún vecino y le regalaban un trozo de boniato y, a veces, hasta un pedazo de carne de puerco. Pero aquí se muere uno de hambre y no le tiran ni un hueso. Es dura la vida en el pueblo. Le decía yo. Pero él, encabrestado en mudarse para acá. Y nos mudamos. Y la guarapera se rompía todos los días. Si no era por una cosa era por otra. Pero no había un condenado día en que no se rompiera. Un día yo traté de sacar una caña que se había trabado en el moledor, y ahí mismo me molí la mano. Yo gritaba, y la mano moliéndoseme junto con la

caña. Entonces llegó él y paró la máquina. Pero ya yo tenía la mano esbaratada. Desgracia la mía... Pero no me arrepiento. No me arrepiento de nada. No me arrepiento de haberme ido de la casa, ni de haberme hecho añicos la mano que, total, fue la izquierda. Ni me arrepiento de haber parido dos muchachos. Ni me arrepiento de todo lo que he visto después. Aunque a lo mejor me arrepiento. En fin: da igual... Ahora estoy aquí haciendo humm, humm, así, sin abrir la boca; mormollando como una abeja, nada más que zumbando. Cantando y pensando, aquí, en el portal de la casa, y peleándome de vez en cuando a los muchachos. Qué alivio estar aquí sola en este momento; ahora que todos están por allá adentro debo aprovechar para hacer humm y estar sola. Yo conmigo, sin que nadie me perturbe. Yo conmigo. Nada más. Porque estos muchachos no son hijos míos. No quiero que lo sean. Estos muchachos no han de ser nunca hijos míos porque no quiero que sean unos desgraciados, como todos nosotros. Por eso —aunque Polo no quiera— los voy a inscribir con el apellido del padre solamente. A mí que me digan lo que les parezca. Pero él es el padre. Que me trajo y desapareció, que me caía a golpes, que no ha vuelto más nunca, que llegaba medio borracho a la casa y lo único que quedaba sano de toda la loza era el plato de aluminio que nos hablamos robado en la feria. Sí, todo eso es verdad. Pero de todos modos, él sigue siendo el padre de los muchachos. Y no me arrepiento.

La vida no es como uno quisiera. No. Y si lo fuera, ya uno la quisiera distinta. Al menos yo tuve el consuelo de haber tenido un marido. El tiempo puede acabar con las cosas que uno llegó a tener. Pero el consuelo del recuerdo nadie nos lo puede quitar. Al menos no me he podrido ni me he amargado, como le ha pasado a mi hermana, que se encierra horas y horas en el baño, quién sabe para qué... Mi hermana. La pobre, que aunque casi nunca me habla no es porque no me aprecie sino porque nada tiene que decirme... No me arrepiento.

La primera noche no pensamos en otra cosa que en eso. Y quizá ni en eso pensamos. La primera noche... Deberían de quemar vivo a todo hombre que deja a una mujer joven. Deberían de coger y capar a esos malditos. Qué camino le queda a una mujer dejada. Qué camino si no es el de meterse a la vida. Sí, el único. Acaso no me he dado cuenta cómo me miran los hom-

bres que llegan a la venduta. A que ninguno sería capaz de proponerme matrimonio. No. El matrimonio es para las señoritas. Para mí la cama. La cama, porque un desgraciado se acostó conmigo y después me dejó. La cama, pero que ni lo piensen. Primero muerta.

—Muchachos. Vamos para adentro que ya es tardísimo. Entren ya.

A veces ella no sabía si aquellos dos muchachos, Tico y Anisia, eran unas bestias o eran unos ángeles. Su hermana Celia —pero no había que hacerle caso a los locos— decía que ángel y bestia es un mismo término. Quizás... Sin embargo, aquellos muchachos tenían, poseían, algo extraño, algo burlón, algo diabólico, sin duda. «Todos los muchachos son hijos del Diablo», decía Jacinta —Pero no había que prestarle mucha atención a una vieja con hambre—. El caso es que ella desconocía a sus hijos, aunque era lo único que le daba sentido a su vida: lo único que la alegraba, la enfurecía, la hacía renegar. La llevaba al portal y la hacía cantar, con la boca cerrada, evitando estallar.

—Asómate para que veas lo que yo veo.

—A ver, a ver.

—Mira.

—¡Qué horror...!

—¿Qué ves?

—Lo mismo que tú: nada.

En un principio sus padres se opusieron a las relaciones con Moisés. Amenazaron con matarlo; luego, con matarla. Hasta la vieja prometió ahorcarse... Pero, ¿quién se resistía a Moisés? ¿Quién

podía resistirse? Hasta la misma Jacinta aceptó re-funfuñando. Hasta Adolfina, a pesar de su furia, terminó haciéndole un pantalón para el casamiento. Y Polo... Polo estaba culeco con el yerno. Y sonreía a todas sus sandeces, y a todas sus proposiciones. Pero, realmente, ¿quién podía resistírsele?

Te has atrevido a venir y has hablado con mi padre. Él, como siempre, te dijo que no te acercaras porque te iba a caer a machetazos. Pero tú no le tienes miedo. Si te fuiste de la casa corriendo, fue porque sientes respeto por el viejo. Te has atrevido a venir y hasta le trajiste una caja de dulces a la yegua de mi madre. Y la muy bruta ni siquiera esperó a que tú te fueras: delante de ti cogió la caja y la tiró contra el quicio. Y todos los dulces se desparramaron en el piso y se hicieron añicos. Y tú serio, mirando el montón de dulces en el suelo. Quién sabe cuánto te gastaste en todos esos dulces. Pero no importa que te hayas tenido que ir de la casa: yo te esperé en la talanquera y cuando pasabas te tiré una piedrecita, muy chiquita, para que no te fuera a hacer daño. Y tú enseguida te diste cuenta. Y tú enseguida me abrazaste. Y enseguida me dijiste: vámonos ahora. Pero yo te dije: No. Ahora mismo no puedo. Vuelve para que hables con papá. A ese viejo no hay quien lo convenza, dijiste. Vuelve y háblale. No quiero. Ve y vuelve a conversar con él. Y tú: o te vas conmigo ahora mismo o no nos volvemos a ver más nunca. Y yo te dije que sí, porque no puedo siquiera imaginar que tenga que vivir sin verte más. Te dije que sí, que por la noche, cuando todo el mundo se acostara, yo me escabulliría y entonces nos iríamos. Y quedamos en vernos debajo de la mata de ceiba, más allá del pozo viejo.

Y ahora estoy debajo de la mata de ceiba. Y tú no llegas. Con el trabajo que me costó escaparme de la casa. A lo mejor ya me andan buscando. Virgen Santísima, a lo mejor ya saben que yo me fui de la casa y andan persiguiéndome para cortarme la cabeza. Virgen, y tú no llegas. A lo mejor me cogen aquí, debajo de la mata de ceiba, y ya me desgracio, porque para todo el barrio quedo desprestigiada, igual que si ya lo hubiera hecho. Porque, ¿quién convence ahora a mi padre de que no lo hice...

VENDO DOS GUARAPERAS
MONTADAS EN CAJAS DE BO-
LAS Y MASA DE ACERO IN-
OXIDABLE.

Infórmese en taller Grave de
Peralta. Holguín, Oriente.¹

poner una guarapera yo sé que ella se alegró por dentro. Palabra que, aunque no lo demostró, yo sé bien que se alegró por dentro. Porque esa vieja es de hierro, y para demostrar que está alegre tiene que haberse desgajado el mundo. Pero yo vi cómo parpadeaba cuando le hablaste de la guarapera. Yo vi cómo parpadeó. Porque a ella no hay cosa que le guste más que la raspadura. Tan golosa que es...

—Digna.

—Aquí. ¡Aquí estoy!...

—Aunque tú no lo creas ahora lo único que veo es una hormiga con alas, tratando de beber agua en el bidel.

—Déjame comprobarlo.

Me hubiera gustado haber sido hombre. Pero no sé si me hubiera gustado haber sido hombre. Pero al menos, si hubiera sido hombre, Moisés sería entonces la mujer, y yo no estaría pensando lo que estoy pensando. Ah, si yo hubiera llegado a ser hombre hubiera acabado con medio mundo. No hubiera dejado ni a una mujer sana. Me hubiera gustado haber sido hombre para haber hecho más de lo que me han hecho. Pero no sé. Pienso y me digo: no te hagas la sufrida, so descarada, que bien que te gusta todo lo que te ha pasado. Que bien que te divierte toda esta desgracia. Se te cae el mundo arriba, y no lo puedes atajar. Y no haces nada por atajarlo. Y hasta te alegras. Porque eres así, terca, no te arrepientes ni para Dios. No das tu brazo a torcer. Disfruta tu tristeza. No sé... Realmente no sé. Pero creo que si me dieran

1. Periódico *Norte*, Holguín, 31 de julio de 1958.

a escoger, diría: quiero ser una mujer dejada que da aullidos en un portal recalentado y que tiene dos muchachos muriéndose de hambre que duermen sobre una colombina chinchosa. Eso contestaría si me preguntaran qué quiero ser. Y enseguida me pondría a llorar por no querer ser eso que quiero ser y que soy. Enseguida empezaría a llorar, pero ya sería demasiado tarde. Y me pondría contenta. Y me pondría triste. Qué contenta...

—¡Adolfina ¡Adolfina! Hasta cuándo vas a estar metida en el baño. Esto es increíble. Horita secas el acueducto. Y yo estoy al estallar. Es el colmo ya, Dios mío. Qué destino el mío. Que no pueda ni usar el servicio cuando más lo necesito. Ya es demasiado. Ahora mismo voy a llamar a Polo para que te saque a leña de ahí adentro. ¡Tú vas a ver lo que es bueno!

Alta, triunfal, llena de flores, salió a junio. Todos detrás, respetuosos, acompañándola. Alguien lloraba y aquel llanto era por ella. Alguien comentaba, y ella era la causa de aquellos murmullos... Había llovido. Ahora hacía sol. Más allá la tierra, abierta y fresca, la esperaba. Más allá, entre los matorrales del bajo, había un pequeño recodo donde se estancaba el agua; y ahora se podía sentir su olor, subiendo junto con el torbellino de los pájaros. Era domingo —qué más podía desear—. Era domingo, y por eso todo era distinto, limpio, brillante. Todos llevaban ropas almidonadas. Y el olor y la claridad del campo también eran distintos. Morir en junio, y domingo: qué más podía esperar, qué más podía pedir. Qué ceremonia podía igualar a ésta que, en su honor, se estaba desarrollando a lo largo de aquel camino rojo y con evidentes huellas de un aguacero violento... También Baudilio venía entre los hombres, serio y trajeado —él, que nunca soportó ese tipo de indumentaria, que la evitaba incluso los 31 de diciembre, se estaría asfixiando—. Y sintió cierto fastidio al pensar que los demás pu-

dieran creer que todo aquel cortejo, que todo aquel desfile, que toda aquella armonía, que toda aquella pompa, que toda aquella fiesta, era a causa de Baudilio, o por él. Porque, realmente, no era así. Hubiera sido tan mezquino, tan poco grandioso, tan común, si todo hubiera sido por eso, si la causa fuera sólo eso... Había otros principios, otras llamadas, otros desprecios y otros terrores más atendibles. Pero, cómo explicarse a la gente estúpida —toda la gente—. Cómo hacerle ver que el motivo no era tan evidente, tan sencillo, tan palpable, tan vulgar... Pero ya llegaban. Ya depositaban aquel florido estandarte, que era ella —la mosca, voluptuosa no cesaba de zambullirse entre las flores—. Ya la hacían descender —la mosca, precavida, alzó el vuelo—. Ya sentía las primeras paletadas de tierra húmeda, roja, gruesa, retumbando sobre su madera. Ya junio con sus múltiples relinchos, con sus variados cosquilleos, con sus irrecatables zumbidos, comenzaba a tironear, a descuartizarla, a engullirla. La verdadera pesadilla, la verdadera pesadilla, ¿había terminado? ¿Comenzaba?... Pero ya andaba lejos. Ya sabía otras cosas.

Vida de los muertos

Qué agradable es flotar en el agua, así como floto yo. Sin tocar el fondo para no revolverlo, y sin salir a flote para que la gente no se dé cuenta de que floto. Qué lindas se ven las cosas abajo del agua. Abro los ojos y todo se me presenta de color blanco brillante. Abro los ojos y me veo las manos abiertas; y me llevo las manos blancas hasta mis ojos blancos en medio de este blanquizar. Qué sabroso es flotar y flotar en mitad del río, sin llegar al fondo y sin salir al borde; sin quedarse tranquila: dejando que la corriente me lleve y me lleve. Me lleve y me lleve. Horita he de llegar al saltadero y entonces caminaré sobre el agua porque allí no hay alma viviente que pueda verme y asombrarse. Horita me encontraré con mi primo Fortunato y los dos caminaremos

sobre las aguas, hasta que nos demos cuenta de que estamos caminando sobre las aguas. Y tratemos de sumergirnos. Y también nos asombremos, como la misma gente que, ¿no?, pudo haberlos visto. Y comprenderemos al fin que estamos muertos y que por eso no nos hundimos. Hasta que nos demos cuenta y nos sumerjamos, sin escapatorias... Pero, ¿dónde se habrá metido Fortunato esta noche? ¿Estará de nuevo tratando de tocar las cosas? El pobre, aún no se ha acostumbrado... Aún está imaginándose que todo esto es imaginado. El pobre. Lo considero, porque le pasa lo mismo que a mí. Infeliz.

La radio decía: «Holguín, la ciudad que con más de doscientos mil habitantes sólo tiene un carro para recoger la basura». Pero él sabía que no era cierto. Que no había tantos habitantes en Holguín. Claro, a la radio, como a todo al que hace propaganda, le convenían las cifras grandes, redondas, e incluía en el número de habitantes del pueblo (de la «ciudad», como decía la radio) a todos los pobres diablos que, de acuerdo con el censo pertenecían a este término municipal (y Partido Judicial), aunque nunca habían pisado (ni pisarían) los alrededores de la ciudad. Fortunato odiaba Holguín. Holguín es una ciudad de calles rectas e iguales donde uno, en cualquier sitio en que se encuentre, puede ver el final del pueblo. Holguín es una ciudad de aceras estrictas; de parques exactos y cuadrangulares, dispuestos simétricamente uno tras otro. Holguín es un gran cuadrado, un cajón rectangular. Ciudad (o pueblo), grande, anónima y amarillenta, rodeada de terrenos que no llegan a ser montañas, pero que no se resuelven en llanuras. Ningún turista se ha detenido a fotografiar sus puentes, cuya función arquitectónica se limita, sencillamente, a dejar que pase el agua, cuando llueve, bajo sus arcos; ningún poeta ha tenido aún la falta de pudor necesaria para cantarle a alguna de sus calzadas. Aquí nada se destaca; nada llama la atención siquiera para ser recha-

zado. No tiene mar, Holguín. Para ver el mar habría que tomar una guagua, viajar cerca de una hora, y pagar, por lo menos, cuarenta y cinco centavos. No tiene ríos, Holguín. Las zonas de sabanas resultan siempre poco fértiles, las aguas corren por debajo, lejos. No tiene árboles, Holguín. La gente de los barrios miserables los tumba por placer; los nuevos ricos los tumban para que los miserables puedan ver sus chalets. «Los árboles quitan vista», dicen... Holguín es una ciudad absolutamente comercial, es decir, aborrecible. Todos allí viven de la venta de algo. Si se es rico se tiene una agencia de automóviles, de bicicletas, un cine, una tienda mixta, o un garaje; si se pertenece a la clase media, «los acomodados», se posee una bodega con refrigerador de cuatro puertas, una banca clandestina para el control del juego, una carnicería grande; si se es pobre se posee una venduta, un puesto de frutas, una nevera rodante para vender helados, un carrito con un caballo para salir al monte a comprar a precios más bajos y luego revender. Y si se es absolutamente miserable entonces debe tenerse una carretilla para vender carbón, un tablero para pregonar turrónes, o un saco para irse por las calles desgalillándose, proponiendo limones a siete por medio... Y aun aquellos que no tienen nada que vender, venden conocimientos que sirven para asesorar a los grandes vendedores. De ahí surgen los profesores de Taquigrafía, de Teneduría de Libros, de Mecanografía, de Inglés; es decir, el «ramo de las academias». Naturalmente, para dar conocimiento de todas estas «actividades» ha tenido Holguín varios periódicos; chatos, ramplones, saturados todos de anuncios en la primera página y de un patriotismo (un *pueblerismo*) convencional y conveniente en las otras. Los periódicos se han llamado *El Eco de Holguín*, *La Justicia*, *Norte*, etcétera. Tiene Holguín cuatro barrios miserables, el centro, y cuatro grandes repartos de lujo. En el centro están los grandes

establecimientos que cierran a las 8 PM, los cines que se llenan y vacían dos veces por día, a las 5 de la tarde y a las 8 y 30 de la noche. En los barrios de lujo están, desde luego, las grandes residencias, las matas de adelfa y los muchachos de piel lechosa; también las mujeres voluminosas, con apariencia de impasibles marmotas, los grandes vientres, habitan estos sitios. En las zonas miserables, especialmente en La Frontera, están los bares, los bungaloses y balluses, los carretilleros, las calles que no llegan a ningún sitio, los negros, y El Repello de Eufrosia —el gran centro de atracción—. Fortunato se pasea por todos estos lugares y todos le parecen aborrecibles. Y siente que no pertenece a ninguno. A veces, cuando tiene un peso, entra en el cine, se toma un helado, va a la feria (en este pueblo siempre hay una feria) o se llega a El Repello de Eufrosia. De todos aquellos lugares detestables, El Repello de Eufrosia, piensa, es el único que tiene cierta calidad, cierta autenticidad. Al menos allí la gente sabe comportarse, está ubicada, es lo que es. No hay hipocresía. El órgano suena. Las putas bailan. Los hombres, repellando, tratan de sacarle el último quilo al medio que han pagado por la pieza. Eufrosia —tacones altos, vestido rojo, gran cartera blanca— toca en las espaldas de los bailadores y cobra. Eufrosia tiene tal habilidad para cobrar que nadie se le escapa. Y hasta a veces, después del cobro (verdad que el órgano es generoso con los clientes) le queda aún tiempo para tirar un «repellito»... No hay hipocresía. El baile deja de ser un acto sexual simbólico, para ser la esencia de lo que en los sitios «recatados» se representa. Aquí la astucia de una puta consiste en saber repellar, mientras más se remenece, pero con calidad, con estilo, con furiosa profesionalidad, más clientes ha de tener. En esto no cabe la menor duda. Lolín, por ejemplo, es una de las más solicitadas. Pero también se debe tener en cuenta que una puta, en la danza,

debe calentar, pero no provocar la culminación. De ser así, el cliente se marcharía sin haber hecho uso total de la mujer. Es decir sin haber soltado los dos pesos (tarifa oficial) por acostarse, negocio en el cual —así decían— Eufrosia no saca ningún partido. Algunas putas, sin embargo, eran tan solicitadas, tan solícitas —Fortunato espiaba estas conversaciones sostenidas por ellas— que llegaban a bailar en una sola noche más de trescientas piezas; y se retiraban al alba, con más de seis pesos limpios. Los sábados, sobre todo, era cuando se daba el gran baile. Fortunato, después de haber trabajado en la fábrica (por entonces hacía quinientas cajas diarias) sale a la calle. Odia a la gente. Odia el estruendo de las guaguas. Odia las aceras exactas. Odia su ropa planchada, sus uñas cortadas con la tijera de Adolfin... Así llega al Repello. Y su odio, se desliza, junto con su mirada, por sobre todas aquellas figuras que se agitan frenéticas al son incambiable del órgano... Pero la culminación de su aborrecimiento —podía decirse de otro modo, su deseo de amar otras cosas— se manifiesta, llega, cuando de regreso, al ir a orinar, sus ojos tropiezan con las altas y grasientas paredes de la fábrica. Entonces choca con una silla, golpea la radio con la rodilla, empieza a matar cucarachas, se promete ahorcarse inmediatamente. Fortunato se cierra la portañuela y regresa a su cuarto. «Holguín», dice sin decirlo, y gruñe. En estos momentos un olor a guayaba podrida, como una perenne amenaza, va reforzando su furia.

Ahora mismo voy a recoger los diecisiete pesos que tengo guardados debajo de la colchoneta, para comprar un pasaje y largarme de aquí. Después de todo, he esperado más de la cuenta. Pero ya sí que no aguanto más: hoy mismo me largo.

Hace más de dos meses que fui a la terminal y pregunté cuánto valía un pasaje para La Habana. Me dijeron que nueve pesos

y cuarenta centavos. Desde mucho antes yo estaba reuniendo dinero para irme. Pero siempre que lograba reunir algo lo tenía que gastar si no era en una cosa en otra. Pero esta vez sí que no. Esta vez me voy aunque me muera de hambre por el camino.

Todavía es temprano. Será mejor que me vaya cuando todo el barrio esté acostado porque si no me empezarán a preguntar que adónde voy con una maleta a esa hora, y no tardará ni dos minutos en que toda mi familia se haya enterado y se forme el escándalo, pues mi familia es la más escandalosa del mundo. Aun cuando están conversando de cosas sin importancia, la gente que pasa por la calle se para por un momento, pues piensa que están matando a alguien o algo por el estilo. Y yo tengo la desgracia de tener que vivir con todos ellos desde que nací.

Desde que nací estoy oyendo a mi abuela quejarse a gritos por las noches del dolor de espaldas y decir: «Ya no puedo más».

Y desde no sé cuánto tiempo estoy haciéndole todos los mandados, desde buscar un saco de carbón o un racimo de plátanos en la plaza para la venduta que tiene mi abuelo. O un calmante para el dolor de cabeza de Adolfinia que nunca se le quita.

La venduta de mi abuelo es la gran tragedia de la casa pues debido a todas las frutas podridas que hay en la trastienda, y que el ratón de mi abuelo no las quiere regalar o botar, las ratas y las cucarachas campean por el comedor, por la cocina, y llegan hasta la sala y los cuartos.

La venduta deja muy poco. O mejor dicho: no deja ninguna utilidad. Pero si no fuera por ella, el abuelo no tendría nada que hacer y se pasaría el día entero metido en la casa sin hablar. Porque nunca habla mi abuelo. Se sienta a la mesa. Come si está de buen humor y si la comida le gusta. Pero no dice ni media palabra. Por las noches después de las siete cuando empieza el noticiero, cierra la venduta, asegura bien el candado y se sienta en la sala. Pone el radio y oye el noticiero. Un día me pareció que dijo: «qué barbaridad». Después de haber escuchado el noticiero. Me pareció que lo dijo y me fui para el patio, y, aprovechando que era de noche y nadie me veía, empecé a hacer muecas y a dar brincos de alegría. Pero al día siguiente no volvió a decir ni media palabra. Y desde entonces no lo he oído hablar más. A no ser las respuestas que le da por obligación a algún cliente cuando éste le hace alguna pregunta sobre la mercancía,

o le dice la cuenta atrasada para liquidar sus deudas. Y hasta eso era antes, pues ahora ni para eso abre casi nunca la boca. A no ser con gente como Tomasico, claro.

La única vida de la venduta son las gentes que trabajan en la fábrica de Tomasico, que por desgracia está junto a nuestra casa y desde por la madrugada no hay quien duerma cuando está andando, por el escándalo de los motores y las poleas y el olor tan desagradable de las guayabas podridas, que así todo les muelen y las hacen dulce.

Pero no nos podemos quejar a nadie de que la fábrica esté aquí en el patio de la casa porque si no fuera por ella ya hubiera hecho rato que nos hubiéramos muerto de hambre. La fábrica de dulce de guayaba de Tomasico es «la vida del barrio». Todos los que viven a su alrededor trabajan en ella. Y, desde luego, yo también. Aunque ahora está paralizada por la escasez de guayaba. O quién sabe por qué.

El trabajo lo conseguí gracias a mi abuela, que fue la que habló con Tomasico y le explicó la situación. «Sólo vivimos de la venduta», le decía con esa cara que ella tiene para esas cosas de contar miseria. «Y para eso da tan poca utilidad que si no fuera por los fondos de asiento que estoy tejiendo estuviéramos de La Ceca a La Meca.» Tomasico parpadeó un poco. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón, pues a pesar de su gordura siempre se le están cayendo, y se los subió casi hasta el cuello. Mi abuela esperó que Tomasico se encaramara los pantalones allá arriba y luego dijo: «Y ahora que tenemos tres bocas más pues sabrá usted que a mi hija Digna la dejó el marido, y con dos muchachos. Los pobres, no tienen la culpa», agregaba luego con un tono más bajo y quejumbroso. Por fin, Tomasico se rascó la cabeza y dijo: «Que venga mañana por la mañana, a ver en qué lo pongo a trabajar». Y agregó: «Pero eso sí, el trabajo no es cosa fija pues cuando se acaba la época de la guayaba hay que cerrar la fábrica». «Mañana bien temprano se lo mando para allá», le contestó, firme, mi abuela.

Y al otro día por la madrugada fui para la fábrica. Tuve que esperar un rato a que llegara Tomasico. Por fin llegó y me dijo: «Te voy a poner a hacer cajitas. Ven conmigo». Cruzamos por entre los tachos chisporroteantes de mermeladas y salimos al patio que está detrás de la caldera. Allí había dos mesas y en cada

una de ellas, dos muchachos y dos mujeres, haciendo cajas de madera. «Mariano», dijo Tomasico y todos dejaron de clavetear. Uno de los muchachos vino hasta nosotros. «Éste va a trabajar con ustedes», le dijo Tomasico. «Así que acomódalo por ahí. Búscales una mesa, martillo y clavo y enséñale a hacer tres o cuatro cajas.» El muchacho bajó la cabeza y después me miró muy serio y fijo. Antes de irse Tomasico dijo: «Procuren que las cajas queden bien hechas. Sin clavos para afuera y sin cabezales podridos. Que da pena ver la chapucería que están haciendo».

Mariano y yo fuimos hasta el cuarto que está al lado de la caldera y entre los dos trajimos una mesa. Luego él me enseñó dónde estaban los sacos de cabezales y las tablitas, y me trajo una lata de puntillas y un martillo. El trabajo no es difícil, pensé, mientras observaba cómo él hacía las cajas, a más de dos por minuto. Luego me cedió el puesto en la mesa. Cogí el martillo y empecé a clavar, con poco acierto.

Al principio no me ganaba más de cincuenta o sesenta quilos al día, pero poco a poco fui cogiendo velocidad. Y hubo días en que hice hasta mil cajas, que a veinte centavos el ciento, que es como las pagaban, importaban dos pesos. Me levantaba bien temprano. A eso de las tres, o a las tres y media, sin necesidad de que nadie me llamara, pues quién no iba a despertarse con el escándalo de los tachos y las poleas cuando echaban a andar. Me llegaba hasta la cocina, tomaba un poco de café del que había quedado de por la noche y me iba a hacer cajas. Por la madrugada se adelantaba mucho más que durante el resto del día pues no hacía calor sino que algunas veces salía de la casa temblando de frío. Pero en cuanto cogía el martillo y empezaba a clavar, el frío desaparecía por completo. Cuando el trabajo se ponía difícil era de las nueve de la mañana en adelante. Entonces ya el sol estaba calentando el techo de zinc, y la caldera se volvía un horno que nos asaba con el vapor de agua y la humareda que echaba por las llaves y los tubos de escape. A esa hora iba a desayunar a la casa. Luego volvía, me quitaba la camisa, y seguía trabajando en camiseta.

Creía que tenía grandes amigos en la fábrica. Principalmente entre los que trabajaban conmigo en la cuestión de hacer las cajas. Las muchachas también eran muy simpáticas y una vez invité a una para ir al cine. Pero no pudimos ir ese día porque se pre-

TEATRO ORIENTE
HOY GRAN FUNCIÓN HOY
HOMBRES PELIGROSOS
POR WARNER BAXTER.
SÁBADO 13 Y DOMINGO 14
EL ALMA DEL BARRIO
SENSACIONAL¹

sentó un pedido de más de quince mil barras de guayabas y Tomasico nos pidió que nos quedáramos trabajando pues no había envases para echar tanto dulce. Pero cuando pasó el verano y la guayaba empezó a escasear, me fui dando cuenta de que no tenía aquellos amigos que imagi-

né. Como la fruta iba disminuyendo ya no era necesario hacer tantas cajas. Y había días en que Tomasico nos ordenaba que solamente hiciéramos un saco de cabezales y otro de largueros y fondos. Entonces, todos nos apurábamos más de la cuenta para hacer las cajas antes de que se acabara el material.

Un día cuando llegué, como siempre, sobre las tres y media de la madrugada, ya había dos muchachos que tenían hechas un montón de cajas. Y el saco de cabezales iba casi por la mitad.

—Madrugaron —les dije yo como saludo y reproche a la vez. Pero no me contestaron y siguieron clavando. Al otro día yo madrugué también más de lo acostumbrado. Pero después de haber montado la mesa y traer la madera me di cuenta que me habían escondido las puntillas. Y no pude empezar hasta que llegaron los demás.

—Y las puntillas —les pregunté.

—Deben estar donde siempre —me contestaron.

Pero no estaban donde siempre. Y después uno de ellos se acordó, con mucha risa, que se le había olvidado guardar las puntillas el día anterior, y las había dejado detrás de la caldera, entre unos sacos vacíos.

El trabajo siguió disminuyendo y las cosas se pusieron peor con mis amigos. Un día me di cuenta que mientras yo iba a desayunar alguien me quitaba por lo menos cuarenta o cincuenta cajas. Y para comprobar si era verdad cogí y las conté antes de irme. Había hecho ya doscientas treinta cajas y cuando volví tenía en el montón solamente ciento ochenta cajas.

—Alguien me ha robado cincuenta cajas —dije a gritos para que me pudieran oír a través del ruido de los tachos y las descargas de vapor de la caldera.

1. Bisemanario *El Eco de Holguín*, Holguín, miércoles, 10 de mayo de 1953.

Todos siguieron clavando, y pude ver que una de las muchachas se reía con disimulo. Pero siguieron trabajando sin prestar atención a lo que yo había dicho, por lo que lo volví a repetir, y agregué:

—Sí no me las devuelven se lo voy a decir a Tomasico.

—Déjate de majaderías y ponte a trabajar si quieres hacer algo en el día, pues solamente tenemos un saco de cabezales —me dijo uno de los muchachos.

Y yo, furioso, empecé a trabajar y hasta me di un machacón en un dedo. Pero no dije nada ni me quejé siquiera, pues de hacerlo, ellos habrían soltado la risa. No se preocupen, pensé, que en cuanto ustedes se descuiden yo recuperaré mis cajas. Pero por mucho que velé la oportunidad para recuperarlas, no lo pude hacer, pues ellos no se movieron de sus puestos hasta que terminaron de trabajar. Entonces me di cuenta de que todos se robaban unos a los otros y que por eso no se quitaban de la mesa ni para ir al baño.

Pensé decir lo que pasaba a Tomasico. Pero por aquellos tiempos ya Tomasico estaba de muy mal humor. Y me dije que si lo hacía nos botaría a todos. Incluyéndome a mí, desde luego. El trabajo siguió disminuyendo cada día más, hasta que trabajábamos solamente una o dos veces por semana. Por fin un sábado, cuando estábamos cobrando, Tomasico nos dijo que por ahora no viniéramos más a trabajar, pues la fábrica iba a cerrar por un tiempo. Tomasico muy serio nos explicó que no solamente era el problema de la escasez de la guayaba lo que hacía que tuviera que cerrar la fábrica, sino que las ventas eran cada día menos, pues en el otro extremo del pueblo habían abierto otra fábrica mucho mejor equipada que la de él, con mano de obra más barata, y que, por lo tanto, vendían el dulce más barato también, y que casi todos sus clientes se estaban yendo para allá. Todos nos quedamos muy serios. Luego nos pusimos de acuerdo y le dijimos que nosotros podríamos trabajar más barato con tal de que no se cerrara la fábrica.

Pero fue inútil: la fábrica cerró. Dicen que hasta el año que viene.

Cuando mi abuelo se enteró del cierre de la fábrica se puso más serio que nunca y no habla desde entonces ni siquiera con los clientes, que se entienden con él por señas. Mi abuela se

pasa peleándole el día entero y le dice que está loco de remate, pues ninguna persona deja de hablar así, por su gusto.

Yo siento de veras que la fábrica haya cerrado. No solamente por el dinero que ganaba que, en fin de cuentas, no alcanzaba para nada, sino porque ahora no tengo nada que hacer, y tengo que pasarme el día en la casa, oyendo a mi abuela peleando sin cesar con mi tía Digna, o con mi tía Adolfina, o con mi tía Celia, quien, desde que se le envenenó su hija Esther, siempre está en las nubes.

Mi tía Digna es una mujer amargada. Ella dice que no. Pero yo se lo oigo decir a mi abuela a cada rato y creo que es la verdad. Se pasa la vida peleándole a sus hijos. Y algunas veces

Una vez —entonces tendría unos cinco años— iba con su madre a casa de una tía —la odiada— cuando al pasar el río Lirio, apareció un hombre y le dio dos pesos. El hombre trató de hablarle. Pero Onérica se petrechó de piedras y empezó a lanzárselas a la cabeza. Cabrón, gritaba, cabrón. Y le propinaba tales pedradas que poco faltó para que lo escalabrara. Cuando llegaron a casa de la tía, Onérica estaba llorando, y Fortunato supo que aquel hombre era su padre.

Pero lo que más le impresionó fue ver a su madre por primera vez furiosa y llorando. Ella, que no protestaba por nada... Su madre.

les da unas palizas que los muchachos se rajan en gritos todo un día. Entonces la casa no hay quien la aguante. Y salgo para la calle, pero tampoco tengo donde meterme. Si al menos supiera jugar a la pelota. Pero no hay manera de que yo aprenda a jugar. Y para que los demás se rían de mí, prefiero no hacerlo.

La verdad es que yo soy torpe para todos los juegos. A la bola tampoco tengo tino, nunca acierto a dar en el blanco. Y cuando juego a la villarda, salgo perdiendo el medio o los diez quilos que apuesto.

Entonces no me queda otro remedio que caminar por ahí. Sin ir a ninguna parte.

O quedarme en la casa, oyendo a Digna peleando sin parar y pegándole a los muchachos hasta dejarlos medio sonsos, mientras grita:

—Ya estoy requemada y reconde-nada. Coño.

Yo creo que ella tiene razón. Pero también es verdad que los muchachos no tienen la culpa. Sin duda alguna la culpa la tiene

el marido, que fue quien la dejó, y más nunca le ha mandado ni un quilo, ni siquiera a los muchachos.

Cuando mi tía Digna empieza a pelear después de haber dejado a los muchachos dando gritos y encerrados en el cuarto, mi abuela también empieza a pelear con ella; y Adolfinia, desde el baño, empieza a gritar para que se callen, mientras mi tía Celia se sienta en el balance y empieza a cantar o a conversar sabrá Dios con quién que yo no puedo ver.

—¿Qué culpa tienen los desgraciados muchachos —dice abuela— de que tú los hayas traído al mundo? Bien que te dije que no te casaras con Moisés. Pero no hiciste caso y te fuiste con él. ¿No querías Moisés? Pues coge Moisés ahora.

—Déjame, mamá —le contesta Digna hecha un furia—, que ya bastante cansada estoy para tenerte también que aguantar a ti.

—Par de yeguas —grita Adolfinia desde el baño—, es que no piensan en cerrar el gainate en todo el día. Ay, qué aburrida estoy de esta condenación.

Y mientras tanto, Celia se mece en el balance y habla, sin ton ni son.

Algunas veces quisiera hacer algo terrible. Estoy tan cansado. Los otros días inclusive pensé en suicidarme. Esa idea me vino cuando estaba parado frente al espejo de la sala. Caramba, me dije, todo es una mierda. Entonces una rabia enorme me subió. Y pensé en eso. Pero enseguida me respondí: de eso nada, yo tampoco tengo la culpa de que a Digna la haya dejado el marido y se pase el día dándole palizas y peleándose a los muchachos; ni tampoco tengo la culpa de que mi abuelo no haya vuelto a hablar porque no le haya dado su real gana; ni tampoco tengo la culpa de que a mi tía Celia se le haya muerto la hija, ni de que Adolfinia no haya encontrado marido. De eso nada. Que se suiciden ellos.

Entonces fue cuando me vino más fuerte la idea de largarme y dejar todo esto.

Y hoy, desde que me levanté, la idea me ha ido dando vueltas y vueltas en la cabeza.

Y me preguntaba: adónde iré.

Y me contestaba: a cualquier lugar.

Y me volvía a preguntar: pero, a qué lugar.

Y me volvía a responder: a cualquiera, a cualquiera.

Pensando en eso estaba, cuando llegó el cartero con una carta de mamá. Pues mi madre, como ustedes saben está en el extranjero, trabajando hace más de cinco años. Se pudo ir gracias a un pariente de abuelo que la considera y la reclamó. Entonces ella empezó a dar viajes del consulado de La Habana al consulado de Santiago, hasta que al fin el pariente pudo depositar la fianza y ella se pudo ir. Cuando mamá se fue yo todavía era un muchacho, y lloraba y todo. Yo me acuerdo que ella me dijo: «No te preocupes, que en cuanto pueda te llevo conmigo». Pero todavía no ha podido. Y por ahora seguro que no lo va a poder hacer. De todos modos cojo la carta y la abro:

«Mi querido hijo.»

No me explico cómo se las arregla mi madre para ponerme siempre lo mismo en todas sus cartas. Ruego a Dios al recibo de ésta te encuentres bien. Yo bien. Ahora hace frío. Ahora hace calor. Mucho trabajo. Mi madre... Ahora estoy ahorrando un poco más y voy a ver si te puedo comprar un par de zapatos. Me imagino cómo estarán por allá. Querido hijo. Querido hijo. Querido hijo. Contesta. Contesta. ¿Por qué no contestas?

Fuiiiiiii: el cartero con otra carta de tu madre.

Tu madre.

Tu madre.

Ay, tu madre escribiendo día y noche. Dile a esa pobre mujer que no se preocupe por esta bestia. Que no tiene hijo, que lo que tiene es un caballo. Díganle eso. Díganse lo. Este muchacho va a acabar con mi vida. Tú eres lo único que tengo. Tú eres lo único que tengo. Tú.

Otra carta.

Otra carta.

Otra carta.

—Otra carta de la guanaja que se preocupa por este pedazo de carne con ojo.

—¡Qué barbaridad! Si ella supiera que ni siquiera las lee. Si yo siempre lo he dicho: que es mejor criar gallinas que hijos.

A veces se decía a sí mismo que había visto lugares fabulosos, sitios donde, desde el cielo, se desprendían galeones dorados, elefantes, insólitas flores, lluvia de cristales, golondrinas transparentes, complicados carruseles que caían sobre el mar. Y había que verlo ensimismado, mirando el desfile de una bandada de pájaros indescritibles que lo llamaban por su nombre, invitándolo al viaje. Había que ver, sí, cómo se revolvía, cómo saltaba; cómo gritaba por dentro, tratando de alcanzarlos.

Voy al patio a sentarme un rato sobre el tronco seco. Voy al patio y lo primero que me encuentro es a Fortunato, que se me acerca con un cuchillo clavado en el cuello.

Voy al patio y empiezo a dar gritos. A dar gritos. Pero nadie me oye. Y Fortunato caminando por el techo de la casa, mientras se saca y se vuelve a enterrar el cuchillo en el cuello una y dos veces, una y tres veces una y cien veces.

Entonces me llego hasta la sala. Pero en la sala, los demonios están celebrando una fiesta, y antes de que me boten, me voy. No sé, realmente, dónde meterme. Si me acuesto en la cama me encuentro con que ya estaba acostada desde hace siglos, y enseguida me dan deseos de levantarme. Si abro una gabeta del escapate para esconderme en ella, las bestias salen corriendo como si fueran ratones, y me dan un susto tremendo, y salgo desatracada para encerrarme en el baño. Pero en el baño, mi hermana Adolfina se está pegando candela, y a ella no le gusta que la molesten cuando hace eso, y sería capaz de lanzarme un brazo encendido si me hago la boba.

Nada. Que no sé qué hacer. Entonces, entro en la venduta, pensando que allí, como el viejo no abre la boca, podré estar un rato tranquila. Pero, qué va, el día lo tengo jodido y no hay escapatorias; me encuentro al viejo conversando con la muerte y hasta brindándole los mejores tomates. ¡El muy desgraciado! Los tomates que nunca ha querido darle a mamá para que haga una ensalada. Y la muerte, muerta de risa, coge los tomates y se los

traga como si tal cosa. Cabrona de la muerte, a ella nada se le niega. Pero mejor será que me vaya, no sea cosa que se antoje de mí. Condenada.

Pongo una escalera y me trepo al techo de la casa. Entonces oigo el revoloteo de millones de fantasmas y pájaros de todos los tamaños y colores que se pierden desmandados por el cielo. Qué susto me da ese alboroto. Y me pregunto: seré yo tan fea que hasta los pájaros y los fantasmas me salen huyendo. Dios mío, madre mía, contéstenme los dos esa pregunta, pues es la única que equivale a una respuesta. Díganme, es Digna tan fea que ya debe perder todas las esperanzas. Soy tan fea que ya no debo asomarme más a la ventana. Y debo olvidarme de que soy mujer, y no pensar más en Moisés. Díganme eso, para coger impulso y estrellarme contra la pared de la venduta, y hacerme añicos, mientras rompo los tubos de quinqué que nadie compra. Guanajo del viejo, quién va a comprar tubos de quinqué en un pueblo donde los bombillos hacen olas. Qué ocurrencias las de ese bruto.

Pero, díganme: ¿soy tan fea?

A veces Fortunato inventaba también que su madre había muerto. Mataba a la madre tan sólo por verse en el centro de un funeral. Tan sólo por verse entre flores, junto a una caja negra, llorando. O quizá por algo más. Quizá. Quizá porque la quería demasiado. Quizá porque no podía vivir sin ella, no podía resignarse a perderla, y él sabía —él siempre fue un sabio, un imbécil— que sólo la muerte eterniza a lo que amamos. Pero, ¿podría una madre comprender estas cosas? ¿Podría ella, siempre torpe, lejos, entre gritos de muchachos extraños, entre voces extrañas (nunca logró aprender el inglés) comprender este tipo de amor, quizá el más inmenso...? Su madre.

He leído un pedazo de la carta. Trato de leerla completa, pero no puedo. Estoy pensando que algún día tendré que escri-

birle y explicarle que anoche fui a un baile que terminó con una bronca enorme donde hubo navajazos y todo. Entonces ella me hará otra carta y me contestará: «No me explico por qué te metes en esos lugares. Cuidate, que eres lo único que tengo». Pero eso no es lo peor, sino que tendré que explicarle que no ingresé en la Escuela de Comercio, porque me suspendieron en el examen de ingreso. Aunque no comprendo cómo es posible que yo no haya ingresado si el examen era facilísimo, e inclusive, cuando terminé de examinarme, confronté las respuestas con Irene, la hija del dueño de la mueblería grande que está frente al parque, y mis respuestas eran mucho mejores que las de ella. Y ahora resulta que su nombre aparece en la tablilla y el mío no.

No me explico. Pero debe haber sido por la limpieza en el trabajo, o algo por el estilo. Y lo siento, no por mí, sino por ella, que tiene tanto interés en que yo estudie.

Caramba, cuando mamá se entere que yo me fui de la casa se volverá loca. Pues que se vuelva, pero yo aquí no me quedo. Está bueno ya. Además, le haré una carta explicándole todo. O no: será mejor que sólo le ponga un telegrama, diciéndole: Estoy bien.

Al fin es de noche.

Por la tarde fui al cine porque Digna me dio cuarenta quilos, y me dijo: «Toma, muchacho, para que te metas en el cine, que da grima verte encerrado en la sala día y noche...». Entonces me fui para el cine. Compré entrada para preferencia que sólo cuesta una peseta, y me quedaron veinte para comprar cigarros y fósforos.

La película no estaba tan fea. Pero la gente no dejaba oír casi nada con el escándalo que formaba en cada momento interesante. Además, a cada rato el acomodador le alumbraba a uno la cara con la linterna, para ver quién estaba fumando, o quién se coló sin pagar.

A la verdad que no me gusta ir a preferencia, pero es más barato. En preferencia se mete toda la gente del barrio de La Frontera, que siempre se los están llevando presos, pues cuando no los cogen robándose una cartera, están fumando mariguana, o con la camisa quitada y haciendo asquerosidades. Una vez encendieron las luces a media función y cogieron a dos mujeres desnudas en las lunetas. Mi abuela siempre me repite que esa

gente es mala y que hay que tratarla a estacazos. Pero el odio de mi abuela para con la gente de La Frontera se hizo más grande desde el día que se llevaron la caja del dinero de la misma vendita, y delante del abuelo, que se había quedado medio dormido, recostado al mostrador. Ese día mi abuela peleó más de lo que yo imaginé, y yo dije: hoy sí que habla el viejo. Pero nada. No dijo ni media palabra. Se limitó a pasarse la mano por la cabeza calva, y creo que chasquió los labios, como molesto. Chist, o algo por el estilo, fue todo lo que hizo.

Ya son las diez de la noche, y mi abuela está oyendo la última novela antes de acostarse. Digna en el portal parece que canta sin abrir los labios; pero de vez en cuando los abre para gritarle a uno de los muchachos.

Celia parece que está en el patio haciendo murumacas. Y Adolfin ya se acostó.

El abuelo recorre toda la casa para ver si hay algún bombillo encendido además del de la sala y apagarlo enseguida. Todas las noches hace lo mismo. Se mete en todos los cuartos, va al baño, al patio, tratando de localizar un bombillo encendido para apagarlo corriendo. «Qué ratonería», le dijo la otra noche mi abuela al dar un traspie en la cocina a oscuras. Pero el abuelo, mudo, prosiguió su registro.

Al fin se ha terminado la novela. Abuela apaga el radio. Se lleva las manos a la cintura, y, como siempre, hace una exclamación de dolor. Soltando quejidos va hasta la cocina, hasta el comedor, hasta el patio, hasta el baño, luego regresa por el pasillo y entra en el cuarto. Abuelo va detrás con el aparato de flit, apagando todos los bombillos que ella ha encendido en la trayectoria.

Otras veces salvaba a la madre y entonces mataba a una prima que tampoco existió. Hacía que se perdiese en un monte, que la violase su abuelo. La violaba él mismo y luego la ahorcaba con vejucos largos y brillantes, que sí existen, y que servían para que él se balancease de uno a otro extremo del arroyo. Pero

Ya se acostaron.

Pero Digna se ha quedado en el portal. Qué será de la vida de Digna dentro de diez años. Y dentro de veinte... No, no debo pensar en eso. Quizá ella piense en eso ahora mismo. Al mismo tiempo que yo. Pero la siento cantar así, con la boca cerrada, como en una especie

otras veces era un primo su héroe, su amante secreto, su amigo. Era un niño en el cual toda la pureza del mundo (toda belleza), todo lo que él hubiese querido ser (hubiese podido ser, quizá) hallaba oportunidad de manifestarse. Así fue llenando la sala, los techos, las canales, su cama, las nubes, con sus inventos. Así fue construyendo un universo habitado por presencias invisibles. Invisibles para los otros, pues para él eran los únicos seres reales, auténticos, que dieron sentido a su vida.

Digna no parecen tener sueño, y la oigo a ella pelear interminable mientras reparte algún que otro trompón, y Tico y Anisia entonces se rajan en gritos. Y esto es peor, pues Digna se emperra, se levanta, y los muele a golpes.

—Desgraciados. Déjenme pegar los ojos aunque sea. Condenados.

En el patio, Celia, a tientas, tropieza con el palanganero y se oye un escándalo enorme.

Al fin todos parecen dormir. Éste es el momento. Ahora mismo voy a coger los diecisiete pesos y largarme de aquí.

Despacio hago la maleta. Ya está. Ahora, a salir al pasillo. Dejaré un papel antes de irme. O no, mejor será que escriba ya cuando me haya ido.

Ya estoy en el pasillo y aún nadie se ha despertado. Besando casi con los pies el piso para que no me oigan, llego a la sala. Pero, hay un hombre en la sala... Es mi abuelo. Mi abuelo que está parado en mitad de la sala, en la oscuridad, y habla. Habla solo y sin cesar. Es él. Es él. Y está hablando.

Me ha visto. Pero sigue hablando. Me ha visto. Seguro que

de colmeneo, y quisiera que el tiempo se detuviera y que toda la vida estuviera escuchando ese prempujar. Con la boca cerrada. Toda la vida con la boca cerrada.

Así, que casi no se oigan...

—Vamos a dormir. —Le dice a los muchachos.

Entonces yo voy hasta mi cuarto y me tiro en la cama. Ahora cierra la puerta. Ahora apaga el bombillo.

Ya todo está a oscuras. Seguramente mi abuelo debe sentirse tranquilo. A cada rato oigo a mi abuela en el cuarto de al lado, que sólo se divide del mío por una pared de cartón. La oigo moverse en la cama o quejarse de este o de aquel dolor.

Luego tose... Los muchachos de

ahora gritará, llamando a mi abuela. Y yo ya no podré irme. Pero no, me ha visto y no me hace caso. Sigue hablando. Qué dirá. Aguzo el oído, pero sólo escucho un borbotoneo de palabras confundidas e inconclusas.

Voy a salir a la calle.

Voy a abrir la puerta y salir. Que la gente no se entere... Ya estoy en la puerta. Si la abro y salgo no volveré a entrar más nunca.

—¡Buenas noches, abuelo!

Me ha mirado. Me ha mirado, rápido, y ha seguido hablando.

«Buenas noches»

«Buenas noches»

«Buenas noches»... Es posible que me haya dicho entre un reverberio de palabras. Buenas noches... Buenas noches.

Ya estoy en la calle.

¿SE EMBARCA USTED?
¿A QUIÉN DEJA DE APODERADO?

Nombrando apoderado a este Banco para que administre sus bienes podrá disfrutar de su viaje y estará libre de preocupaciones. Nuestro departamento de Trust está a su disposición para los informes que desee sobre este servicio.

THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK.

A solicitud enviaremos por correo nuestro folleto *Administración de Bienes y Modelo de Poder* nombrando apoderado al THE NATIONAL CITY BANK OF NEW YORK.¹

1. Bisemanario *El Eco de Holguín*, Holguín, 13 de abril de 1930.

Un día me encontré a Fortunato tirando piedras a diestra y siniestra. Una de las piedras le cayó a Tico en la cabeza y por poco lo mata. Menos mal que nadie supo quién era el que tiraba las piedras.

Jacinta

La madre acariciaba, pero la mosca, terca, azul, impertinente, seguía encaprichada en ir a posarse en su nariz. La madre palmateaba el aire con sus manos arrugadas, cansadas siempre de lavar telas de otros, de barrer pisos de otros, de fregar platos de otros; pero ella, la mosca, daba un corto vuelo, surcaba varias veces el aire, ronroneando, y volvía siempre al sitio predilecto... No, ya no eran caballos, ya no eran esbeltos potros deslizándose por una llanura inexistente, saturada, ligeramente ondulada. Eran millones de hojas verdes, cayendo. Era un bosque. Un bosque en todo su verdor. Con todos sus estruendos, con todos sus típicos andariveles, y el precipitarse de unas aguas que, lejanas, reinaban sobre los demás estruendos mágicos. Si al menos tuviera aquel sitio. Si ahora, en este mismo momento en que ya los veloces pájaros se perdían en una zona sin límites, y el escorzor subía, y todo en él comenzaba a reventar, a estallar, a irse. Si al menos ahora pudiera ir corriendo así, ametrallado, pero por un bosque verde, de memorables resonancias. Al menos entonces, allá, antes, había algunos árboles. Había anchos mayales, y el brocal del pozo; y el arroyo. Pero aquí, dónde meterse, dónde correr, dónde extender su furor sin ser visto, sin trastornar el tráfico de los otros que siempre debían pasar, precisamente, por el sitio en que él se encontraba. Al menos entonces... Pero, hasta cuándo tendría que estar soportando, simulando. Siempre fugitivo de la realidad, siempre como huyendo, sin saber adónde. No ser como los otros, y ocultarlo. Sentir, y aparentar que más allá de las estúpidas conversaciones, de los gestos grandilocuentes, falsos, gastados, no hay más. Ya no era un muchacho; ya ni siquiera podía darse el lujo de relajarse en gritos, diciendo que quería morir; ya nadie podía concebir que permaneciese horas

en el techo, a no ser que estuviera haciendo algo útil, preciso: arreglar las tejas, reparar el tendido eléctrico, limpiar las canales. Ya nadie podía admitir que tirara piedras al aire, que se revolcase, cantando. Había que simular y aparentar que no simulaba, que era suya aquella sonrisa de orangután, que él era también superficial, simple, gratuitamente feroz, fanfarrón, como ellos, como todos. Pero alguien golpeaba... En las tardes, después que el *gui-rindán* había cesado, y sólo quedaba en el aire el olor aborrecible de la fruta podrida y el vapor de la mermelada aún hirviendo, los muchachos se bañaban en las duchas, al fondo de la fábrica. Y salían al oscurecer, tersos, brillantes, ágiles y transformados. En la venduta junto al mostrador de las verduras, retozaban unos con otros, jugaban: se golpeaban, reían. Con camisas blancas salían, anocheciendo, a meterse con todas las muchachas del barrio, a visitar novias, amigas, queridas. Él los miraba: briosos, juguetones, como caballos jóvenes. Y también a veces hacía aquellos gestos, y también a veces saltaba, reía. Pero alguien, siempre más allá, en un sitio al cual él no podía llegar para destruirlo, le hacía ver lo ridículo, lo totalmente desubicado, aun cuando los otros lo aceptasen, que se veía él entre aquel grupo de muchachos, haciendo los mismos aspavientos y groserías... Entraba en el baño, su único refugio desde que hubieron de trasladarse para el pueblo. Allí, con uno de sus mejunjes más complicados, comenzaba a hacer muecas, a saltar en el piso, a imitarlos a todos, incluyéndose él mismo. El chorro de agua caía sobre su cuerpo desnudo y el olor de la fruta podrida se iba disipando, abandonaba el cuerpo también impregnado de aquella putrefacción. Sus manos, por un momento liberadas de aquel olor, se deslizaban, acariciaban la piel, llegaban a los testículos, se detenían rozando, y comenzaba la cotidiana y apasionada masturbación... La mano, acariciándolo; la mano de la madre siempre solícita, tranquila, siempre complaciente, siempre aceptándolo todo, pasaba por su cuerpo, por su piel húmeda, rojiza, y espantaba la mosca que, terca, ya volvía... Llegaba el calambre. Se producía el estremecimiento. Algo frío le recorría la piel, subía. El líquido tibio caía al piso, era arrastrado por la corriente de agua, expedido por el tragante. Y una sensación de relajamiento, de frustración, de cansancio, de fastidio, comenzaba a entumecerle las articulaciones, le impedía casi avanzar... Pero si

tan sólo pudieras, pero si tan sólo pudieras... Y algo comenzaba a caer del cielo. Algo, como la dimensión impalpable de una estafa desmesurada, asfixiante, fija, llegaba ya, presionaba su garganta, entraba en el estómago. Sensaciones, sensaciones. Otra vez las terribles sensaciones. No el viaje a lugares soñados, sin duda inexistentes, sino la certeza de que jamás visitaría esas regiones. No el encuentro con el personaje ideal, de impreciso rostro, sino la impresión de que ese personaje había pasado ya, mirando hacia otro sitio. No el acontecer de una fiesta, de una aventura, de un gran espanto tangible, señalable, sino tan sólo, la invención distante, pálida de aquellos acontecimientos, y la certeza de que nada, ni siquiera algo terrible le sucedería realmente. El recinto de las babosas, la mata de zarzarosas, el primo-mágico, los vasos espumeantes, el árbol de agua cuyas raíces reposan dentro de una pequeña botella y su follaje, creciendo, cubre la casa, guareciéndola del continuo estruendo y de la incesante claridad. Inventos. Inventos... Pero la vida no puede tolerarse cuando sólo la habitan cosas figuradas, irreales. La vida necesita de la aventura, de lo diverso. El intercambiado choque de los cuerpos, el correr por sitios verdaderos, distintos, el visitar otros infiernos. Atravesar el mar, palpar otras estafas, otras agonías. He aquí algunas de las cosas necesarias, imprescindibles, para que luego tengan sentido todas las invenciones... Oscurecía, los caballos se habían detenido. Estaba junto a un río de corriente amarilla y precipitada, perdido en un arenal. El caballo metía los cascos en el agua revuelta y retrocedía. Detrás la arena se extendía como un mar candente, y delante el río fluyendo con invariable violencia. El caballo, resoplando, sumergió sus belfos en la corriente. En algún sitio abierto, allí no había bosques, un pájaro soltó un chillido alto, metálico. Y de pronto la luz, como sucede siempre en las regiones de fuego, se esfumó, y el río se convirtió en una masa pesada y negruzca que blasfemaba a sus pies. El caballo sacó los belfos del agua y se quedó inmóvil, dentro de la corriente... Y había que morir, y había además que pudrirse, sin eludir nada, sin dejar de padecer, de interpretar, un solo instante. Y después, qué. Y ahora, qué. Y entonces, qué. Solo, en aquella inmensa región comenzó a percibir las diversas señales de la sombra... oscurecía, y mientras tanto él comía lagartijas, él criaba palomas, él fabricaba vinos con frutas podridas;

él entraba desnudo en el baile. Oscurecía, y el chorro de agua al caer le decía que oscurecía, y los variados estruendos, afuera, le decían que oscurecía. Y otra vez la terrible sensación, otra vez la certeza mientras se consumía, empapado, ardiendo, de que perecía siempre en manos de una burla intolerable, llegaba, estremeciéndolo, al crepúsculo. Qué hacer. Qué podía hacer para salvarse —salvarse, de qué—. Cómo impedir tanto estupor, cómo detener aquella sensación de putrefacción que flotaba siempre, cómo detener aquella imagen de frustración, de «todo perdido» que flotaba siempre. Cómo evitar aquello, la angustia, el hastío, el otro terror, y que la sensación de pertenecer a otro sitio (quizá a ninguno) llegase y lo sorprendiese, desnudo y húmedo, y, a pesar de todo le bañase las manos de sudor. Inútil era ya volver a masturbarse, inútil danzar, abrir el chorro y enjabonarse de nuevo, inútil gesticular, llorar como Adolfinia, o cantar con los labios apretados... Oscurecía, y él acababa de pisar la superficie fría y distante de la luna. Comenzaba a dar los primeros pasos por un mar seco, polvoriento, sin atmósfera. Caminaba ahora por un sitio muerto, de horizonte invariable. Y era como si siempre estuviese en el mismo sitio. Al cabo de un tiempo se sentó sobre aquella región inhóspita. Por lo visto era imposible morirse. Algo, como millones de grillos metálicos silbaban. Escuchó. Todo volvía de nuevo al silencio. Luego se tendió sobre la superficie, y su voz (cantaba) resonó, quebrándose, por sobre aquella extensión hueca... Fue entonces cuando le robó al abuelo las resmas de papel y empezó a escribir, al parecer en forma interminable; fue entonces cuando su madre se largó para el extranjero. Fue entonces cuando decidió no contestar más aquellas cartas estúpidas que ella ininterrumpidamente le enviaba. Fue entonces cuando comenzó a hacer ejercicios en el baño, y a levantar pesas detrás de la casa (cosa que a nadie confesó). Fue entonces cuando se prometió cambiar de voz, y se apoderó de ese tono ronco, afectado, tan varonil. Fue entonces cuando comenzó a enamorar a todas las muchachas del barrio, y llegó a tener una novia en cada cuadra, y llegó a ser el «Don Juan» del reparto, y llegó a aborrecer a todo hombre que le sonriese a otro hombre, y llegó varias veces a la casa con las ropas deshechas y la nariz sangrante, luego de haber sostenido, a causa de una mujer, una gran bronca en el Parque Infantil, círculo de reunión de

toda la juventud del barrio de Vista Alegre. Y fue entonces (cuando ya todos lo aceptaban, cuando ya se había ganado con su astucia, con su aparente estupidez, la consideración y el afecto de todos), cuando comprendió que no podía más, que era imposible, que nunca había podido, y que ahora más que nunca tenía que desaparecer. Y fue entonces cuando comenzó a interpretar a toda su familia, y padeció más que todos ellos sus propias tragedias... Fue entonces cuando se pegó candela, cuando se exiló voluntariamente, cuando se convirtió en un viejo gruñón, cuando enloqueció, cuando, transformado en una solterona, se lanzó a la calle en busca de un hombre. Y reunió diecisiete pesos para largarse, y no lo hizo; y juró pegarle candela a la casa, y no lo hizo. Y fue entonces cuando comenzaron a aparecer banderas subversivas en el barrio. Y fue entonces cuando comenzó a visitar las putas, acompañado por los muchachos más feroces. Y fue entonces, o un poco después, cuando, oyendo el órgano, decidió irse con los rebeldes... Oscurecía, le habían dicho «detente», «alto». «Párate ahí, hijo de puta.» Y él se detuvo. Y el casquito, también temblando, había llamado a otros casquitos. Y todos lo habían rodeado. Y él se sentó en el suelo, cercado por hombres y rifles y con el cuchillo gordo aún entre las manos. Oscurecía, oscurecía. Y ahora corría; y ya nadie le gritaba que se detuviese. Y al tropezar, una lagartija huyó por entre las yerbas secas; y él pensó que aún en ese momento las lagartijas lo reconocían, y echaban a correr para salvarse. Y por un instante los dos corrieron por sobre la yerba seca, provocando un ruido de papel chamuscado, de lejano incendio. Y mientras huía pensó que, por primera vez, no era una sensación lo que sentía, que por primera vez un acontecimiento verdadero, algo, quizá hasta digno de relatarse, le estaba ocurriendo. Pero, ¿no era realmente para morir de la risa? No era realmente para morir de la risa pensar que éste, precisamente este acontecimiento, el que no podría contar, era precisamente el más memorable, el más real, el único cabalmente cierto en toda una vida de injustificadas fantasías y monótonas mezquindades. Era para morir, era para morir de la risa. Así que, muerto de risa, siguió corriendo, confundiendo los resoplidos con las carcajadas.

Paseos por extensiones vastas, que no pueden tocar. Paseos por entre aguas sin murmullos que ya no humedecen, que ya no ahogan; paseos por entre árboles sin tiempo, habitados por pájaros que se esfuman, por hojas que se disuelven, por olores que al intentar percibirlos se desvanecen. Paseos, y más allá el día, el mismo día de siempre, inmenso y blanco, fijo, cerniéndose sobre todas las posibilidades. El gran día. El único día. El mismo día.

—A veces me sostiene la esperanza de que quizá exista otro infierno.

—A mí también. Pero no existe. Y tú lo sabes.

—Si existiera otro infierno sería un consuelo, aun sabiendo que nunca podríamos abandonar éste.

—Lo sé. Si más allá de este más allá hubiera otro más allá, contaríamos aún con la posibilidad del rechazo.

—O del desprecio, si es que no pudieras llegar a aquel sitio.

—O del deseo, aunque nunca lo podamos realizar.

—Otro infierno, otro infierno; más monótono, más asfixiante, más aborrecible. Pero otro.

—Ahora sé que el infierno es siempre lo que no podemos rechazar. Lo que está ahí.

—¿Te acuerdas de aquella palabra que aún no hemos podido encontrar? Aquella palabra maldita, bendita; única.

—Ahora sé que el infierno es saber que no hay infierno, que no puede haberlo, pues esto sería una solución.

—La gran solución.

—Ahora sé que el infierno es salir de una habitación cerrada para entrar en ella misma.

—La única que existe.

—Ahora sé que el infierno no es circular ni candente, sino que es un presente instantáneo, ocupando todas las dimensiones de nuestra desgarrada memoria.

—De nuestro invariable futuro.

—Ahora sé que el infierno no es un fuego que aniquila —qué dicha entonces— sino un invariable resplandor que nos condena a ver, a ver aquello por lo cual precisamente identificamos al infierno.

—Lo que no se puede soportar.

—Lo verdadero.

—El infierno es saber que contamos con toda la eternidad para vigilar nuestra muerte.

—El infierno es el precio que se debe pagar por habernos hecho algunas interrogaciones consecuentes.

—El infierno es saber que estamos aquí, siempre, y ahora.

—El infierno es saber que este ahora es siempre.

—El infierno es haber experimentado ya todos los cambios para saber que todo es igual.

—Corres, y al final te descubres en el sitio de la huida.

—¿Dices final?

—Digo el momento de las comprobaciones.

—El infierno es la gran claridad en la cual miro tu rostro, siempre mirándome.

—Igual que el tuyo.

—El infierno es tu rostro.

—El infierno es tu rostro.

—El infierno somos nosotros, mirándonos.

—El infierno somos nosotros mirando siempre el horror sin podernos integrar a él y sin poder ser devorados por él.

—Ahora estamos condenados a tirarnos de cabeza, incesantemente, sobre tachos de guayaba hirviendo.

—Ahora estamos condenados a habitar un pasillo donde el torrente de la luz, aniquila los sueños.

—Ahora estamos condenados a presenciar, sin derrumbarnos, el derrumbe de todos los sueños.

—Ahora estamos condenados a escoltar nuestra escoria.

—Y no puedes llorar.

—Y no puedes clamar.

—Y no poder aullar.

—Y no poder rezar.

—Y no poder palpar.

—Y no poder confiar.

—Y no poder renunciar.

—Y no poder fundirnos en un abrazo de furia. Y perecer.

—Sólo mirar y padecer.

—Sólo mirar, sólo mirar.

—Interpretar.

- Y no poder siquiera perecer.
- Las hojas pasan sobre mi cuerpo invisible, no las siento.
- La lluvia taladra minuciosamente mi cuerpo, transparente, no lo humedece.
- Ahora llueve.
- Ahora caen las hojas.
- Ahora nos lanzamos de cabeza sobre el techo.
- Ahora miro tu rostro.
- Ahora nos miramos.
- Ahora es un siempre abyecto, inexistente e infinito, como el tiempo.
- Ahora es este momento y aquél, y el que aún no ha llegado.
- Y no poder gritar.
- Y no poder aullar.
- Y no poder renunciar a contemplarte.
- A contemplarnos.
- Ahora.
- Siempre.
- Mírame.

Digna, Jacinta y Dios

Mi madre y Dios se me acercan, medio desnudos, y con dos sacos repletos, sabrá Dios de qué, en el lomo.

- ¡Horrible! ¡Eres horrible! -dice mi madre, y deja caer el saco sobre mi cabeza.
- Qué sabes tú -le digo yo a la condenada de mi madre y entonces miro para Dios.
- Yo sé menos -me dice Dios dando pujidos, pues parece que el saco pesa más de la cuenta.
- Entonces, ¿debo olvidarme de Moisés?
- ¿Qué Moisés?
- Este viejo no sabe ni dónde está parado -me dice mi madre, mientras le acomoda el saco en la espalda.
- ¿Y quién es el que sabe?

-¿Y quién es el que sabe? Vaya una pregunta que haces, parece como si todavía no hubieras nacido. ¿En qué mundo estás viviendo, criatura? Mira, lo mejor que haces es bajarte de aquí arriba pues puedes romper una teja y caerle a alguien en la cabeza. Nosotros tenemos que irnos pues todavía nos falta todo esto por repartir.

Mamá habla mientras Dios se sienta sobre la cumblera y se rasca una oreja.

-Qué le pasa -le pregunto a mi madre, señalando para Él.

-Parece que le han caído piojos.

-¡Qué barbaridad!

-Eso no es nada. Una vez le cayeron ladillas. Nadie sabe cómo las cogió. Pero el caso es que le cayeron.

-Ave María Purísima... ¿Y adónde van con esos sacos? ¿Y qué llevan en ellos?

-Semillas de almendras.

-¿Semillas de almendras?

-Sí. A este viejo se le ha metido en la cabeza que hay pocas matas de almendras en el mundo, y andamos con estos sacos a cuestas, tirando una semilla aquí, y otra por allá.

-¡Qué bobería! Se ve que no tienen nada que hacer.

-Eso te crees tú. Pero, fíjate: en cuanto terminemos de regar este semillero tendremos que empezar a tumbar matas de almendras porque entonces habrá demasiadas... Y así cuando no es una cosa es otra. Pero mejor es que nos vayamos, pues ya es tardísimo.

Mamá le da dos patadas a Dios en las costillas, pues parece que se había quedado medio dormido.

-¡Vamos! ¿O es que piensas quedarte la tarde entera tirado sobre el techo de esta casa?

Y «prácata», le da otras dos patadas, pero esta vez en el estómago. Dios se levanta. Se acomoda tra-

bajosamente el saco en el lomo, y poco a poco empieza a levantar el vuelo.

—Bueno... —me dice mi madre, y se me queda mirando, y no sé por qué, pero me parece como si ella tuviera ganas de llorar—, cualquier día me tropezas de nuevo contigo, y, a lo mejor, hasta podemos conversar como si fuéramos amigas. Y no te impacientes, que, tarde o temprano, Moisés vendrá a buscarte.

—¡Ojalá! ¡Ojalá! —digo yo con la boca cerrada. Y pregunto—: Pero dime, ¿es verdad que soy ya tan fea?

—Díselo tú —le ordena mi madre a Dios, ya en el aire, dándole un golpe y desparramándole medio saco de almendras.

—¡Horrible! ¡Horrible! —va repitiendo el viejo hasta que mi madre lo deja de patear.

Y los dos se pierden, más arriba de las nubes.

Un viejo. Un viejo. Ahora era un viejo. Y aún seguía arañando aquel cascajo maldito que como él no lo podía someter, lo sometía. Un viejo. Un viejo. Y todavía su casa estaba llena de mujeres peleonas, amargadas, ya no jóvenes que no supieron siquiera retener a un hombre, el cual, con su ayuda, le hubiese facilitado quizá a domar la tierra. Pero nada, su hija mayor, alta, flaca, protestona, parecía quedarse irremisiblemente para vestir santos; Onérica no supo amarrar a un hombre, pero sí supo dejar que le hicieran una barriga y ahí estaba el resultado; Fortunato, un nieto sin padre, bobo, siempre en las nubes, criado entre faldas, que tampoco servía para escarbar la tierra, ni para nada. Un muchacho estúpido que sólo sabía encaramarse en los árboles, y odiarlo. A su hija Celia, que siempre había sido medio boba, también la habían ensartado, y la habían abandonado, nada menos que con una hija, al parecer también boba.

Sólo Digna, la menor, había logrado —hasta ese momento— un marido permanente, Moisés, quien, aunque no daba un golpe en la tierra, siempre se las arreglaba para andar con un rollo de billetes en el bolsillo. Cómo se las arreglaría... Y él doblando el lomo y escarbando. Él luchando con todas aquellas mujeres furiosas, con aquella tierra semejante a aquellas mujeres, y tan mal agradecida como ellas, arañando. Viejo, viejo. Ya era un viejo. Ya todos le decían el viejo Polo. Ya para siempre; un viejo. ¿Es que estaría condenado a inclinarse ante un odioso peñasco siempre? ¿Es que cincuenta, sesenta, setenta años (ya había perdido la cifra justa) trabajando no sumaban algún valor, no acumulaban mérito ni recompensa alguna? Se levantaba bien de madrugada. Se iba para la estancia. Y la maldita tierra que se sentía cada vez más libre, cada día menos controlada, hacía de las suyas: se enyerbaba en una sola noche, se abría en grandes grietas endurecidas donde ni siquiera el pico podía entrar, se cegaba aún más de abrojos; se convertía, casi ante sus ojos, en un barranco, en un peñasco, en un cascajo y todo el vegetal, el poco vegetal se iba rodando, huyendo rápido por entre las breñas (él no tenía tiempo ya para construir diques). Y tan sólo quedaba el pedregal, el diente de perro, riéndose, riéndose... Había que vender. Había que vender. El día antes, Moisés había visitado la finca con un comprador, un nuevo rico, con máquina y todo. Y él, Polo, ¿era que no había escarmentado? ¿Es que toda una vida consagrada a remover piedras, a atascarse hasta el cuello en el polvo o en el fango no le había aún hecho entender la inutilidad de tal sacrificio? Había que vender. Había que vender. Además Moisés, quien (y todos lo decían) sabía mucho de estos asuntos, decía que el comprador ofrecía más dinero de lo que valía realmente aquel peñasco. «Antes de que se arrepintiese el tipo», así hablaba Moisés, «lo mejor era vender.»

Pueblo, Pueblo. Si el mundo tuviera nalgas tú fueras el ojo del culo. Hace más de tres horas que no llega un alma, a comprarme aunque sea un paniqueque. Con la venta de hoy no me gano ni para el desayuno. Y la fábrica cada día peor, ya son más los días que cierra que los que abre. Si las cosas siguen así, no me quedará más remedio que cerrar la venduta y ponerme a vender pinol de maíz. «Ponte a vender pinol de maíz, o nos morimos de hambre.» Qué vergüenza. Después de viejo, vendiendo escobas, digo, pinol de maíz, qué barbaridad, ya no sé ni lo que digo... Pero es preferible vender lo que sea a tener que estar aguantando a la vieja. Ay, se equivoca uno en la vida. Ésa es la verdad. Se deja uno llevar por la gente y, cuando viene a ver, está con el agua al cuello, y la gente en la orilla... Ay, Moisés, en qué maldita hora viniste a proponerme que vendiera la finca. Allí por lo menos teníamos donde morirnos de hambre. Ay, pero se deja llevar uno por la gente y cuando viene a ver ya está uno ahogado. Sin escapatoria. Habráse visto qué familia más condenada la que traje al mundo... De las cuatro hijas que tuve: dos dejadas, una para guardar puertas, y la otra viuda y loca, y dejada también a la verdad, pues el hombre se murió después que me la endilgó. Habráse visto qué suerte más perra... Y de contra esta condenada miseria, no para mí, que siempre fue lo que tuve, sino para todos. No hay quien gaste una peseta. Y no es solamente lo que estamos pasando, que ya es de todos colores, sino lo que se nos viene encima, porque con un negro en el jamón sí que no hay escapatorias. Como si yo no lo conociera... Nos morimos de hambre. Y así quiere la gente que uno crea y que uno rece. ¡Vayan a la mierda, hombre! Parece mentira que haya quien pierda su tiempo en esas pamplinas. ¡Partía de zancos! Deja que se acerque algún testigo de Jehová a proponerme algún libro que le voy a reventar una de estas pesas en la cabeza. Tratando de embaucarlo a uno a estas alturas. Descarados, lo que tiene que hacer es ponerse a trabajar.

Ay, Dios mío, qué prueba tan terrible. Qué prueba tan terrible me has deparado. Ahora esa bestia la ha cogido con los tes-

tigos de Jehová, y se pasa la vida echando maldiciones y diciendo barbaridades. Qué destino, Señor. Y yo, que soy testigo de Jehová. ¡Ay, si él se entera es capaz de ahorcarme! Protégeme, Dios... Qué daño le habrá hecho esa pobre gente. ¡Sálvame!

De tan poca gente que viene a la venduta, me pasé la tarde medio dormido, arrecostado en el taburete del mostrador, y entonces vinieron los cabrones muchachos y me llevaron la cajita del dinero. Y yo, qué iba a poder hacer: si cuando vine a darme cuenta ya iban lejísimos. Y esa gente es mala. Lo mejor es ni caerle atrás, pues en cualquier esquina pueden darle a uno una pedrada y escalabrarlo... Yo vi cuando el muchacho saltó el mostrador y brincó para dentro de la venduta, pero creí que era una mosca y hasta di un manotazo en el aire para espantarla. El muy sinvergüenza, de otro salto salió como un bólido, con la caja en la cabeza. Y los demás, que lo esperaban, salieron desmandados. Ya después que habían salido, qué podía hacer yo. Y se perdieron loma arriba, rumbo al barrio de La Chomba. Y quien se meta en ese barrio no hace ni el cuento. Envuelto en un saco de yute llegó aquí los otros días un hombre. La gente de La Chomba lo cogió y después que lo desvalijó lo encueró. Y desnudo lo dejaron en mitad de la calle. Yo aproveché que la vieja no estaba en la venduta y le regalé un pantalón ripiado. Pero, no sé cómo, ella se dio cuenta después, y de todos modos tuve que aguantarle el escándalo. Estas malditas mujeres lo saben todo. Y lo que no lo saben lo adivinan. Estas malditas...

Temprano salgo para buscarle la leche a las bestias. Y que Dios me perdone: pero son bestias lo que hay en mi casa. Polo hace años que no abre la boca ni para decirme mal rayo te parta. Adolfina me tiene un odio que cada vez que me mira los ojos se le encienden de la rabia. La pobre Celia ni para qué mentarla. Y Digna, cada vez que un muchacho empieza a llorar la coge conmigo. Qué recondenación, Dios. Si hasta tengo miedo de que cualquier día me envenenen o me echen un mal. Y como si esto fuera poco, al bobo de Fortunato le ha dado ahora por fabricar vinos, y tiene todo el piso debajo de la cama repleto de

botellas llenas de aguas podridas, y en toda la casa no hay quien aguante la peste. Y a medianoche las botellas hacen pass, y explotan, y despiertan a todo el mundo. Para mí que ese muchacho está mal de la cabeza. En vez de andar por allí buscando mujeres, se pasa el día metido en la casa, fabricando inmundicias, o haciendo cualquier guanajera. Qué barbaridad. Y como si eso fuera poco, los ratones muchas veces tropiezan con las botellas, y las hacen astillas; y los condenados animales salen dando unos chillidos que atormentan a cualquiera. Pero eso no es nada: ahora tenemos un duende que se roba todo lo que encuentra. Ya se llevó las tijeras. Las tijeras de Adolfinia. Y la pobre está que trina pues resulta que ahora no puede ni cortar la ropa que le han encargado. Virgen Santísima, las tijeras. Y lo peor es que dicen que devuelven las cosas cuando les da la gana, y que se las tiran a uno en la cabeza. Ay, que cualquier día amanezco con la cabeza abierta de un tijeretazo... Éste no es el primer duende que tenemos, pues este mal lo arrastramos desde que vivíamos en el monte. Pero allá era distinto porque se le daba un buen trabajo y se iba. Pero en este condenado pueblo no se puede hacer ni eso, ya que ni médiums de respeto y prestigio quedan siquiera. El caso es que nos quedamos sin tijeras y Adolfinia me mira con una cara de perro, como si yo, Señor, tuviera la culpa... Y a mí creo que me llevó dos camisones, de los tres que tenía. Pero en fin, como yo no los uso casi nunca, no me preocupa mucho. Que en los camisones se envuelva... La falta de fe que hay en toda esta gente es lo que nos tiene así. Que, aunque parezca increíble, la única que cree en eso del duende en esta casa soy yo. Yo, y los muchachos de Digna, que dicen que lo han visto desprenderse de la cubrera con las tijeras en la mano. Pero a la otra gente de la casa no me atrevo ni a mentárselo, porque se me rien en la cara. Así estamos. La gente no cree en nada. Ni Adolfinia, que es la más perjudicada, cree en el duende. Y se pasa el día peleando por la pérdida de las tijeras, pero no hace mención del ladrón. Y el viejo, ni para qué mentarlo: cuando le dije que en esta casa había un duende que se estaba robando las cosas me miró con unos ojos que por poco me traga. Pero ni me habló siquiera... Qué prueba más terrible. Y las cosas cada día peor. La misma leche cada vez es más agua que leche, y los otros días hasta encontré un guayacón en el fondo de la olla. Qué bar-

baridad, hasta dónde llega el descaro de los lecheros. Y cuando se lo dije al *impestor*, me dijo: «Pero, ¿qué quiere usted, que los pobres animalitos no beban leche?». Qué descaro. Para mí que me ofendió. Y sin poder acudir a nadie, Señor, pues este viejo ya está que no saca la cara por nadie. Qué descanso. Si así habla un *impestor* qué se puede esperar de las demás gentes. Y nos morimos de hambre. Y esto no es nada: he caminado todo el reparato, y ni siquiera un litro de leche aguada he encontrado. Y vuelvo reventando, con las botellas a cuestras, cuidando que no se hagan astillas. Sofocada y en apuros, por la trayectoria, y ahora resulta que esta condenada mujer está en el baño, quién sabe desde cuándo. Y no sale... Ay, nos vamos a pique y la gente ni cuenta se da. En fin.

—La niña se está bebiendo el agua de la bañera.

—Guanajo.

De un salto me bajé del techo y me llegué corriendo hasta la cocina. Allí estaba mi madre, soldando una sartén con un pedazo de chicle y mormollando qué sé yo qué, en una especie de colmeneo que no había Dios que lo entendiese.

—Mamá...

—Al carajo. Que hacen más de dos horas que estoy buscándole el huequito al sartén y no se lo encuentro.

—Mamá.

—Soshh.

—Mamá, te acabo de ver allá en el techo dándole palizas a Dios.

—Si me lo dijera otra persona quizá lo creyera; pero tú, que estás más loca que una chiva, ni pensarlo.

—Mamá...

—Al fin encontré el huequito. ¡Vaya!

—Te vi allá arriba, y luego alzaste el vuelo.

—Dios te salve María, llena eres de gracia...

Entonces, como vi que mamá no quiso hacerme caso, me fui hasta donde estaba Fortunato, raspando un ladrillo para hacer pólvora.

—Acabo de ver a Dios y a mi madre.

—Gran porquería.

Y no me quedó más remedio que llamar a Adolfina, aunque ya ustedes lo saben a ella no le gusta que la molesten cuando está en esas cosas.

—Adolfina, Adolfina. Acabo de.

—Déjame morir tranquila aunque sea por una condenada vez. Hazme el favor.

Y me llegué entonces a la venduta.

—Papá. Papá.

Los guineos a tres por real. Los mangos se me están pudriendo y nadie me los compra ni para remedio. La gente es así: ve muchos mangos y no los compra. Qué tiempo, qué tiempo. Y ahora ésta qué quiere con ese refunfuño. Que ni piense que la voy a mirar.

—Papá...

Las aceitunas a dos por real. Aunque nadie me las compra a ese precio no puedo rebajarle ni un centavo. Ni a nadie tampoco se las regalaré. Si no me las compran, me las como yo. O me las siembro; a lo mejor me nace una mata de aceituna en el oído. Ya sé: voy a coger una semilla y me la voy a enterrar en la oreja. A ver si da resultado.

—Papá...

Los boniatos a veinte centavos. ¿A veinte centavos dije? Bueno, pues así se queda. La libra de tocino a peso. Carísima. Pero no me queda otro remedio; además, es un producto que está escaseando, así que tengo que aprovechar...

Dejo a papá, y ya de regreso me tropiezo en el pasillo con Celia.

—Celia, se me ha aparecido mi madre muerta y...

—¿Muerta? ¿Pero, por qué dices esas cosas? Por qué pronuncias esa palabra. Ay, aquí la única que puede hablar de muertos soy yo. Yo, que estoy muerta... Esther, Esther, ¿Esther? ¿Esther? Ay si ya casi no me acuerdo cómo era tu nombre. Ni tu cara. Ay, si lo que yo quisiera fuera estar viva para volverme a morir. ¿Esther...? Pero, dime tú, que sabes un poco más de esas cosas: ¿Esther llevaba la hache o no la llevaba? ¿Esther lleva la hache o no la lleva...?

Y dejé a mi hermana, pues cuando ella se enreda en esas divagaciones con su hija no tiene cuando acabar. Y sólo me quedaron los muchachos para contarles lo que había visto.

Estábamos Anisia y yo jugando al «pellizquito mágico» cuando llega la bruja de nuestra madre y nos dice: «Muchachos, acabo de ver a Dios y a su abuela en el techo». Mira que mamá tiene cosas, decimos a nosotros esa mentira tan grande. Como si nosotros no supiéramos (quiénes lo iban a saber entonces) que a nuestra abuela la tenemos presa hace tiempo en una gaveta de la máquina de coser, y que no la pensamos dejar salir hasta que no se saque a Dios de los sobacos, pues, la muy puerca, alzó los brazos y se lo metió allá abajo. Y todavía no los ha vuelto a levantar. A lo mejor ya el desgraciado está muerto y podrido. Y la muy maldita todavía no se da por vencida. Y no quiere levantar los brazos. Aunque es una lástima, después de todo, que yo no abra la gaveta, y eche para afuera a esas mierdas, pues ya tengo cantidad de tataguas de noches amarradas a un cordel, que bien podría meterlas allí. Qué lindo es cazar tataguas de noche. Uno las alumbra con una linterna y las pobres se quedan como bobas, y no pueden ni alzar el vuelo. Entonces es cuando yo me les acerco muy despacio y les cojo las alas con la punta de los dedos. Y ya no tienen escapatorias... Mi abuela, antes de que la metiera en la gaveta de la máquina de coser me dijo que las tataguas de noche se emborrachan con tanta luz, y se quedan como ciegas al verla, y que por eso no podían alzar el vuelo. Eso me dijo. Y me dijo también —pero ya yo la había encerrado en la gaveta— que ella sabía una manera para hacer que las tataguas hablaran, y que si la sacaba de la gaveta me la enseñaba. Eso dijo... Pero que ni piense que la voy a soltar. Aunque me gustaría, a la verdad, poder conversar un rato, aunque fuera con una tatagua. Pero ahí llega Anisia, y a ella sí que no le diré nada de lo que me dijo abuela.

Ah, si hubiese habido campanas. Si como en otros tiempos y en otros sitios —esto lo había leído en un libro de Fortunato— las campanas repicasen al viento cuando alguien, hermoso y joven, moría —por si acaso era un ángel. Ah, si hubiese habido campanas... Incesantes tintineos, roncós estertores,

estallidos metálicos, sonoros badajazos, en la tarde de junio, anunciando su llegada. Así pensaba, tras el cristal cerrado, y oía el trotar de los caballos, delante, conducidos por los primos del campo, y el ascendente murmullo de la gente, detrás, a pie. Y sobre ella, entre las flores, la mosca zumbando, revoloteando, sacándole partido a aquel jardín bamboleante. A junio.

La sabiduría termina a los diecisiete años. Esther estaba en plena sabiduría cuando murió. Tenía trece años... Yo me asombraba de ver que en su cerebro cupieran tantas cosas que ya en el mío no se atrevían ni a asomarse. Me asombraba. Pero enseguida me daba cuenta de que estaba en la edad de la sabiduría. Después se embrutece uno. Si se fue una niña, somos una mujer: y ya no tenemos salvación. Si se fue un muchacho, somos un hombre y ya no hay escapatoria. Pero cuando aún se está por ser se poseen todos los conocimientos, todos los terrores, sin que nos decidamos por ninguno. Se puede ser lo que uno quiere, y si se quiere, no ser. Porque entonces nada importa. Y todo nos está permitido. Por eso mismo... Yo la miraba y ella me miraba. Y yo sabía que ella sabía más de lo que yo sabía. Y le llegaba hasta coger miedo. Hay que cuidarse de los sabios tanto como de las bestias. Ella entendía lo que yo muchas veces todavía no había imaginado que existía. Ella lo iba descubriendo a uno antes de que uno se diera cuenta de cómo uno era. Por eso era triste. Sabiendo tanto, no tenía de qué alegrarse. Yo me he vuelto así ahora, no porque sea sabia, sino porque me he contagiado con su sabiduría. Pero eso no vale porque es algo que ya se ha aprendido. Si yo oigo decir «coño» y luego repito coño, no he aprendido nada. Pero ella no era así. Ella inventaba cada palabra. Y al decirla se transformaba en miles de palabras diferentes. Cualquier palabra que fuese, por muy repetida que estuviera, ella la decía, y zazz: se convertía en muchas palabras. En tantas, que podría estarme muriendo toda la vida sin llegar a decir nunca las palabras que ella decía de una sola palabra... Estás ahí, arrecostada a la ventana, y la maldita fábrica con su escándalo, y la peste a guayaba podrida mortificándola. Estaba ahí,

como queriendo alzar el vuelo. Como queriendo hacer así, y meterse entre las rajaduras de los ladrillos. Estás ahí arañando con las manos al aire, y riéndote por fuera para que la gente no se dé cuenta de que te estás muriendo... Yo llegué, dando pequeños brinuitos de lo seta en lo seta, para no molestarla, y me le quedé atrás, mirando cómo se esmorecía de risa, cómo gritaba por dentro. Y mientras tanto, la condenada fábrica *guirindán, guirindán, guirindán*. Y mientras tanto el chisporroteo de los tachos, las descargas de vapor de la caldera, la peste de las guayabas. Y el *guirindán, guirindán, guirindán*... Y yo queriendo agazaparme y queriéndome meter dentro de ella para ver dónde estaba. Y la fábrica: *guirindán*. Y los tachos: chossss. Y el calor derritiéndonos rápido. Yo entonces, ya viendo que me había visto pero que hacía la que no me veía, me le acerqué y le dije: *

—¿En qué piensas? ¿Qué estás haciendo?

—Nada —dijo.

Nada.

Nada.

Nada.

Nada.

Nada.

La comitiva se detuvo. Ah, si hubiesen repicado en este momento las campanas. Los jóvenes primos amarraron sus caballos a la entrada. Cuatro hombres apartaron la reja de hierro. Y ella, aún alta, elevada, llena de flores, entró, flotando sobre sombreros, cruces inclinadas, huesos, piedras y cabellos. La hicieron descender. En la entrada un caballo relinchó —sin duda, alguien vino en yegua. La fosa había sido abierta el día anterior y ahora el olor a tierra húmeda subía por entre las flores ya un poco marchitas. Era el campo, era el campo. Por suerte —pensaba, y ya la hacían descender— su madre había decidido que la enterraran en el cementerio de Aguasclaras, el más cercano a Perroñales. El cementerio estaba sobre una pequeña loma desde la cual se veían árboles y un río. Para

llegar hasta allí había que bordear una vereda rodeada de jías, guayacanes y de sandiegos. Y en aquel instante sintió una necesidad inmensa de darle las gracias a su madre, de comunicarle de algún modo su alegría. Pero ya la tierra comenzaba a cubrirla. Ya sentía sobre su cuerpo la humedad olorosa de junio. La tierra, la tierra... De pronto, resonó un golpe seco sobre la madera que la protegía. Alguien le había tirado una piedra. Sin duda uno de los muchachos; Tico, o Anisia. O quién sabe si hasta el mismo Fortunato. Él era así.

Entonces yo me metí en el servicio (Adolfina por suerte estaba no sé dónde) y me senté en el borde de la taza, y me empecé a repetir «nada», «nada», «nada». Hasta que me di cuenta de que la palabra era terrible. Y seguí repitiéndomela. «Nada», «nada», «nada», hasta que ya, con la boca cerrada, la palabra se retorció en el aire y me caía a trompadas. Y yo, tapándome la boca con las manos, y la palabra saliéndoseme por el ombligo, por debajo de las piernas, por la punta del pelo. Y yo, ahogándome, con las dos manos adentro de la boca. Y la palabra desbordándoseme por las nalgas y por los dedos de los pies; hinchándoseme en el cuello, haciéndoseme una bola enorme. Y yo todavía con las manos en la boca. Y la palabra, sacándome las uñas de las manos. «Nada», «nada», «nada»... Y entonces me di cuenta que la sabiduría termina a los diecisiete años.

Y jamás volví a hacerle pregunta alguna.

Se fueron. Antes, desde luego, hubo lágrimas, gritos, sollozos. Jacinta, siempre avariciosa se robó varias coronas de las tumbas ajenas, y se las puso a ella, la muerta, encima. Los muchachos saltaron sobre ella, la muerta. Celia se abrazó, dando aullidos, a la tierra que la cubría a ella, la muerta. Pero, finalmente, se fueron. Finalmente quedó sola. Sola con aquella extensión maldita, con aquel cuerpo joven que la había acosado. Sola, con el cuerpo

que esclaviza, que humilla, que limita, que presiona, que llama, que termina siempre obligándonos a hacer lo que no deseamos: lo que deseamos, perdiéndonos. Aún por un tiempo quiso saber cuál era el fin de su maldición. De aquel cuerpo que ella había arrastrado, que ella había tratado de poner al fresco, junto a la ventana; que ella había bañado, entalcado; que ella había cubierto (con cuánto sacrificio) de astracán, de paño, de crepé; que ella había perfumado; que ella había vigilado solícita, atenta, austera, celosa, para que no se convirtiese en algo desproporcionado, grotesco, deforme; que ella ponía a reposar, que ella paseaba, y que, a pesar de todo, seguía siempre reclamando, pidiendo, acosándola, enloqueciéndola... Con aquel cuerpo, maldito y joven, que ella en la oscuridad acariciaba, le otorgaba placeres insólitos, se dejaba arrastrar por él... Y, aún así, aún así, seguía pidiendo. Cuando lo abastecía de sueño, tenía hambre; cuando lo había alimentado, experimentaba otros deseos, la invadía el gran escozor, aquel «carcominilleo». Y cuando había satisfecho minuciosamente sus caprichos, se volvía lánguido y evocaba, solicitaba, no se sabe qué nuevos deseos, qué nuevos inventos, qué nuevos recuerdos, qué nuevos placeres y tristezas. Y aquel cuerpo ingrato pagaría todos los sacrificios que ella había hecho por él, envejeciendo, secándose, arrugándose; pestilente y engarrotado, y pidiendo siempre más, más, más. ¿No era para aniquilarlo? ¿No era aquella la verdadera maldición, el peor enemigo, quizás el mayor de los fraudes?... ¿No era para de una vez ponerlo a arder, fulminarlo? También eso, también eso había contribuido, la había ayudado, conminado, a tomar su determinación, su venganza... Y ahora llegaba el momento —su momento—. Ahora llegaban de pronto todas las alimañas de la tierra, siempre ansiosas de devorar, de penetrar, de roer. Y fluyendo en ronco murmullo hacia su enemigo

—hacia ella—, lo tomaban ya, bordeaban sus ojos, penetraban en sus cabellos, investían inquietas las aún tersas mejillas, se asomaban por las ventanas de la nariz; con andares de artefactos milenarios ascendían por los senos, comenzaban a taladrarle las piernas. Y, los más audaces, alzando antenas, garfios, patas polvorientas, entraron por sus labios entreabiertos... Y ella observando triunfal. Ella, ya para siempre en junio, contemplando la destrucción de su insaciable, de su egoísta, de su peor enemigo. Observando cómo la vejaban, como la picoteaban, cómo, finalmente, reventaba y se esparcía. Pero, ¿no sería esto también un triunfo para su cuerpo? ¿Quizá para él no sería esto también un placer? El poder desintegrarse, el poder convertir hasta sus más mínimas partículas en objetos de dicha, de lujuria, para alguien, para todos. Quizá alcanzaba el éxtasis total al ser un conjunto viscoso y deforme que se integraba a la tierra, que se esparcía mientras lo traspasaban, que se perdía, se difuminaba, se transformaba mientras todas las alima-

Cuando a Fortunato le dio por no bañarse y comer solamente cuescos de anoncillos yo dije: hay que llevarlo al médico. Pero al otro día se murió Esther, y ahora es que me vengo a acordar de lo que me dije el día anterior. ¡Ahora es que me acuerdo, mire usted! Ellos.

ñas seguían royendo, taladrando, disfrutando... Ah, cuántas campanas están sonando ahora. Cuántas campanas anunciando este acontecimiento. Cuántas campanas proclamando este insólito e irrefutable instante. ¿Las oyen ustedes?

—¡Adolfina! Por lo que más quieras, chica. ¡Mira que mi paciencia tiene un límite!

Ahora abriré más la ducha y dejaré que el agua me ahogue. Abriré la ducha y abriré la boca de par en par, y dejaré que el

chorro entre con toda su fuerza, y me lave las tripas. Y el agua me salga por el fondillo. Pondré el agua caliente. Bien caliente. Que me quemé, que me abraze, que me haga trizas. Que me hierva y me deje asada. Ay, que me deje fría... Así, bien caliente, bien caliente, que ni yo misma pueda ponerme de pie. Que me derrieta, que me tire contra el suelo, que me estalle, que me golpee duro, como un horcón que me cayese en mitad de la cabeza y me hiciera mil pedazos. Que me haga mil pedazos... Lo primero que me voy a asar es la lengua maldita, la lengua y los ojos. ¿Para qué quiero yo los ojos? ¿Para qué quiero yo la lengua? ¿Para qué quiero yo los labios? Agua, agua, agua encendida, vapor de agua caliente. Fuego de agua. Fuego, fuego, fuego. ¿Para qué quiero yo las manos? ¿Y la cara?, ¿y las piernas?, ¿y el ombligo? Fuego, fuego. ¿Dónde está el alcohol? ¿Dónde está el alcohol? ¿Dónde están los fósforos? Para qué quiero yo las manos...

Dónde está... Puta y

bien fea

y

bien vieja

Cabrón, sin marido y vieja. Hálate el pelo. Sácate los ojos. Date mil golpes. Tírate contra el suelo. Camina en un solo pie. Haz cien camisas y no cobres ninguna. Haz cien pantalones y... Desgraciada, desgraciada. Mírate. Mírate. A que no te atreves. Mírate. Deja de brincar. Deja de hacer esos paripés con el agua caliente. Déjate de golpear la cara. No te saques los pocos dientes que te quedan. Ahí los tienes. Ahí te tienes. Ahí te tengo. Ahí estoy: mírate. Y recondénate. Y mátrate de rabia. De rabia, de rabia, de rabia. Gallina, Gallina clueca y sin huevos. Y sin gallo. Y sin mayal. Y sin nada. Gallina con piojillos. So guanaja. So vaca horra. A que no te atreves. Te vuelves facha, pero cuando llega la hora eres una basura. A ver, a ver. Coge esa botella como si fuera el triunfo viviente. Cógela. Alzala, Rocíatela. Ilumínate. A ver. A ver... Todo se te va en palabrerías. Todo se te va en brincoteos sobre el baño. La vida se te ha ido, óyeme, en suspiros, quejas y chillidos. Pero no te atreves, gallina, a guindar el sable. Porque, esperas... Haz la prueba. Coge la botella y rocíate. Coge el fósforo y préndete. Que salgas por esa puerta cerrada, echando mil chispas. Que alumbres toda la casa. Alumbra. Alumbra... A que no te atreves. Puerca. Sucia. Te encanta estarte quejando. Te encanta... ¡Puerca!

—¡Adolfina! ¡Adolfina! ¡Ya no puedo más! ¡Mujer!...

Hazlo ahora. Hazlo ahora. Responde de esa forma. La única que te queda. Ahórcate con tus propias manos. Tírate de cabeza en el aljibe seco. Pero, antes de tirarte, clávate mil cuchillos. Pero antes de clavarte mil cuchillos, tómate dos arrobas de pasta eléctrica. Pero antes.

Pero jamás sintió tanto placer como en ese instante —irrepetible, fatalmente— en que todas las alimañas subterráneas se le abalanzaron. Y un millón de gusanos voraces, de oscuros cucarachones, de ágiles lombrices, de rojas hormigas, rajaron su cuerpo y comenzaron a transitarlo a dentelladas. Y cuando el devorar requirió tales ajetreos que toda ella estallaba, se fragmentaba, se desintegraba, se esparcía desapareciendo entre muelas, garfios, agujones, ventosas, lenguas, su dicha fue tanta que pensó que no podría resistirla o que de un momento a otro terminaría. Y, precavida, alzó el vuelo. Fue aquel su triunfo, el mayor —el único— a que puede aspirar un suicida.

—Veo a una niña recogiendo clavelones.

—Bobo. Dime lo que ves.

—Veo un clavelón dándole trompadas a la niña.

—Quién es la niña.

—Tú. ¿Quién iba a ser?

—Guanajo. Le voy a decir a abuela que tú fuiste el que escondiste las tijeras. So faino.

—Atrévete.

A ver, Adolfina, a que no te aprietas el cuello hasta que te salga el gorgüero.

Putá frustrada. Cabaretera mala. Fletera. Maestra... Así que la

quedada quería ser maestra. Sí, maestra. Ah, pero maestra. Dime tú, si quería ser maestra y todo. Pero, que habrá creído esta vieja loca. Capaz que le hubiese abierto la portañuela a uno de mis hijos. Así que maestra. Qué barbaridad. Tú lo que querías era meterte a la vida. Lo que deseabas era acostarte con Sultajeno y Perencejo. Sí, sí, sí. No, no, no. Eso es lo que quiero, pero no es lo que quiero. Eso es lo que busco, pero no es lo que quiero. Y si quiero eso es que no lo quiero. A lo mejor lo que yo quiero es encerrarme en el baño. Y empezar a dar gritos. Y empezar a preguntarme, qué quiero. A lo mejor lo que yo quiero es esto de meterme en la bañera, y abrir bien fuerte la ducha, y poner el agua bien caliente. Y empezar a dar saltos, y saltos. A lo mejor estoy viviendo los mejores momentos de mi vida y ni siquiera lo sé. Es posible que sea ésta mi etapa más bella. Traigo la felicidad en la punta de los dedos y me los voy relamiendo. Vengo repugnada de tanta felicidad. Estoy hasta la coronilla. Quiero el consuelo de una desgracia terrible. Sí, soy feliz. Abran la caldera. Atícenme el cuerpo. A ver, a ver. A que no te atreves, a que no te atreves. So cacatúa. Eres una gallina desgallada. Atícenme. Atícenme. Abre la botella. Ay, la botella. Oh, la botella. Juiiiii, la botella. Pío: la botella.

—Dime qué ves. ¿Qué ves?

—Nada. Solamente una mujer desnuda, jugando a la marchicha.

—Qué barbaridad, pero, con quien la juega.

—Con dos lagartijas.

—No te creo. A ver.

—Mira.

—Faino, no son lagartijas, son salamandras.

Vida de los muertos

Cuando en la tarde la claridad se va disolviendo, se va como muriendo entre otra claridad, y todo es dorado, breve, grandioso. Y todo parece hecho para perderlo, de tan extraordinario, ellos salen, aparecen de pronto en los sitios más resplandecien-

tes y solitarios. —Árboles sin tiempo estallan en continuas flores mínimas que caen, que caen, que no caen jamás—. Ellos viajan, se lanzan de cabeza al cielo. Flotan. Ellos, jóvenes y sonrientes, palpándose sin palparse bajo las aguas. Ellos se deslizan por entre las canales que no crujen. Ellos investigan los tallos, las torres; el sitio donde las hojas forman intrincados amasijos. Las extensiones sin límites donde fría la luna ilumina sin reflejarse. Ellos se cosen en la humedad, ateridos en el fuego, solos en el tumulto. Ellos danzando, ellos fluyendo hacia la luna —allí quizá, allí quizá—. Ellos balanceándose sobre las variadas dimensiones. Recogen pedazos de vidrios, piedras inclasificables; estrellas. Ellos con grandes cántaras por el cielo, recolectando, riéndose. Totalmente defraudados, infinitos y juntos.

—Bueno, ya he contado mi muerte. Háblame ahora de la tuya. Dime cómo fue. Me interesa saber. Me interesa saber si a todos nos pasa lo mismo. Me interesa saber. Nada me interesa saber. Pero tenemos tanto tiempo que no sé qué haremos con él. Así que cuéntame tu muerte. Tenemos tanto tiempo porque ya para nosotros no existe el tiempo, porque ya no podemos utilizarlo, ni enriquecerlo. Vámonos, no tengas pena.

—Qué quieres que te diga, si todo tú lo sabes.

—Si es así, fue igual que la mía.

—Y que la mía.

—Dime entonces, cómo fue la mía.

—Nada. Se asoma uno al brocal de pozo y, cuando viene a ver, ya estamos en el fondo.

—No se diferencia en nada de la tuya.

—Se asoma uno y, de pronto, pass, te empujan.

—Yo te empujé. Pero dime, realmente, ¿qué podías hacer con esa gente terrible?

—Podríamos haberlos muerto a todos y quedamos viviendo nosotros.

—Pero es que eso no tiene gracia. Y a lo mejor, seguro, vendrían otras gentes.

—Las hubiéramos matado.

—Pero, habría que parar la mano.

—Cuando nos dejaran tranquilos.

—Si lo que buscabas era tranquilidad, aquí la tienes.

—Esto no es tranquilidad, es la peor desesperación. Es el aburri-

miento. ¿Te has puesto a pensar lo que es saber que ni siquiera podemos morir ya?

—... Ahora estamos condenados a vivir de los recuerdos.

—Ahora estamos condenados a inventar esos recuerdos.

—Ahora vamos caminando sin movernos.

—Ahora andamos y andamos, y no andamos.

—Tengo muchas botellas de vino debajo de la cama.

—Bebe. Bebe.

—Tengo un ratón haciéndose alcohol dentro de una lata con cáscaras de anones.

—Pobre animal.

—Tengo miles de hojas en blanco.

—Escribe, escribe. No dirás nada. Nunca te oirán.

—Tengo que contar.

—Cuenta, cuenta. Ya te aburrirás.

—¿Aquí nadie se interesa por los otros?

—Aquí no hay otros.

—Y yo, ¿y tú?

—Estamos para testificar esa ausencia. Tú eres mi soledad, y yo represento para ti la certeza de que estás solo.

—Cógeme las manos. Cógeme las manos...

—Cállate, cállate...

—... Cómo hemos andado esta noche. Ya debemos estar llegando al fin del mundo.

—No has perdido la costumbre de hablar como antes.

—*Antes* está tan empañado que aunque quisiera no puedo recordarlo como era.

—Alégrate.

—... Y como no puedo verlo como era, me parece que no era tan insoportable como era.

—Pero bien sabes que lo era.

—Pero por lo menos *era*. Ahora ni siquiera puedo decirme que me sentó. Ni siquiera puedo tocarme y golpearme. Te imagino. Camino sobre el agua imaginándome y algunas veces casi me ahogo. Qué felicidad en esos momentos en que he logrado casi construir un río; qué felicidad en ese momento en que sientes, imaginas, que una corriente te arrastra, te lleva, hasta el fondo. Qué felicidad cuando concibes un fondo... Qué felicidad cuando imagino las tablas y construyo la casa. Pero, qué ha de

ser cuando hayamos perdido toda la memoria. Y de todos modos tengamos que seguir.

-Si te callaras, tal vez podríamos inventarnos de otro modo.

-Si nos callásemos nos daríamos cuenta, enseguida, que no somos.

-Si nos callamos volveríamos otra vez a descansar bajo los clavelones.

-Y las guaninas.

-Y las cruces.

-Y los abujes.

-Y las lombrices de la tierra.

-Y todo.

-Cállate.

-Cállate.

-Shsst...

Su madre no era ni alta ni pequeña. Ni triste ni alegre; ni fea. Cuando era el tiempo de recoger el maíz, su madre estaba en el centro del paño, recogiendo; sin decir nada. Cuando era la época de las sequías y había que regar los semilleros, su madre iba y venía del pozo, con las latas de agua; sin decir nada. Cuando el viejo decidió vender la finca y tuvieron que trasladarse para el pueblo, su madre desarmó las camas, ayudó a recoger los trastos y, cuando ya todos estaban instalados, se subió a la parte trasera del camión (delante iba la vieja y Adolfin, las dos llorando) para evitar que el espejo chocara con la esquina del tinajero y se hiciera añicos. Y cuando las cosas siguieron empeorando —siempre las cosas siguen empeorando—, y la vieja gritaba «nos morimos de hambre, ahora sí», y algunos murieron, y otros quisieron morir, y todos estaban, como siempre, llegando a la locura, su madre empezó a gestionar, a través de un pariente lejano, la salida del país, para salvarlo a él, su hijo... Yendo y regresando de Holguín al consulado de Santiago, del consulado de Santiago a Holguín, su

madre. Soportando las pullas de Jacinta y de Adolfin, que siempre tenían algo que reprocharle, su madre. Rifando un vestido, rifando un racimo de plátanos que le había comprado a Polo, su madre. Remendándole los pantalones, vistiéndolo a los sobrinos, recibiendo insultos, dejada la misma noche en que había sido llevada, su madre. Comiendo poco en la mesa para que los demás alcancen. Con la maleta de cartón ya en la puerta, ni alta ni bajita, ni rubia ni trigueña, no fea, no bonita, pasándose una mano por el pelo, besándolo, silenciosa despidiéndose, su madre... Siempre como resignada, con esa expresión calmada del que sabe que la desgracia no es un acontecimiento insólito dentro de la vida humana, sino la vida misma. Siempre, con esa expresión triste y calmada, paciente, del que sabe que no hay escapatoria, y sabe, además, que no puede ser de otra forma, y que sería hasta ridículo que lo fuera. Su madre mirándolo, triste y paciente... Ésta era una de las imágenes que conservaba de ella. Porque tenía otras. Y otras.

Ahora tomaré agua caliente por mi hermana Onérica. La pobre, trabajando como una bestia y recibiendo el trato de una bestia. Mi hermana Onérica, que se gastó dando viajes al consulado de Santiago y muriéndose de hambre por el camino para que al fin le dieran la visa y se pudiera ir a trabajarle como una yegua a los americanos. Pienso ahora en ella porque es en este lugar donde todas las cosas tristes se me juntan en la cabeza para caerme a estacazos. Pienso en ella ahora porque nunca pienso en ella. Porque en esta casa tampoco nadie piensa en ella. Pensamos sólo en nosotros mismos, y es bastante. Y yo creo que no se nos puede culpar de que pensemos solamente en nosotros mismos, ya que es igual que pensar en todo el mundo. Porque yo, por lo menos, traigo dentro todas las desgracias del mundo. Miles de mundos traigo yo dentro, deflecándome. Y algunas veces quisiera empezar a vomitarlos, pues ya estoy atabornada. Pero nada,

¿Siendo así, era posible no odiarla? Era posible no sentir que era ella la culpable. ¿Era posible vivir sabiendo que ella también vivía? Y amándolo... Su madre.

tanto mi hermana? ¿Por qué ese carterío todas las semanas? Debería de guardar ese dinero que se gasta en cartas para ver si algún día puede venir para acá. Pero, qué tonterías digo: para qué venir. Para qué venir para después tener que volver a irse. Pues todo el que se va una vez de aquí luego tiene que estarse yendo siempre... Y yo creo que ni ella misma quiere volver, aunque en las cartas diga que sí. Qué va a hacer aquí. Cuando uno está lejos las cosas parecen diferentes, pero en cuanto uno se acerca se ve que todo, como siempre, es una bazofia. Yo pensé que tantas cartas nada más iban a llegar al principio. Pero, qué va: ya estamos que no tenemos donde guardar una más. Y el cartero sigue dando viajes. Y las cartas amontonándose sin que nadie las lea. Y el cartero fuuu fuuuu, y los montones de cartas cerradas llegando ya al techo... Al principio yo me sentaba en la sala y leía la carta en voz alta para todo el mundo. «Pobre de mi hija, mira que irse para la Conchinchina», decía mi madre, «eso demuestra que no nos quiere.» Y yo le decía, le decía a mamá, con la boca cerrada, «vieja desgraciada, qué quieres: que se quede aquí y se muera de hambre. Es que crees que tus oraciones llegan al estómago. Si debería de caerte un rayo, so desgraciada». Eso le decía yo con la boca cerrada. Y enseguida se lo repetía con la boca abierta. Y se formaba corriendo el alboroto. Y la maldita vieja se tiraba de rodillas, y cogía un espíritu, y empezaba a dar chillidos. Y el espíritu no se le quitaba hasta que el viejo cogía un garrote o un tallullo de plátano y se lo retraqueteaba en el lomo. Así terminaba la lectura. Pero ya no me molestó en leer cartas y el viejo no dice nada. Y la vieja sigue esmoreciéndose, por cualquier cosa, con los espíritus, sin que nadie le haga caso. Ayer mismo cogió uno frente al fogón y se achicharró las manos, y enseguida soltó el espíritu y creo que hasta se cagó en Dios. Quién cree en esta gente. Quién, como están las cosas, va a perder su tiem-

po creyendo en boberías. Yo lo que quisiera, coño, fuera que Dios se me presentara. Que fuera hombre y se me acercara, para caerle a trompadas. Para decirle: Dios maricón, por qué, por qué. Para decirle eso y caerle a bofetadas, para matarlo y rematarlo. Por qué no te presentas, hijo de La Gran Puta. Por qué no vienes hasta aquí. Ven. Que lo primero que te voy a hacer es echarte un poco de agua hirviendo. Ven para que veas lo que es bueno. Acércate, anda.

po creyendo en boberías. Yo lo que quisiera, coño, fuera que Dios se me presentara. Que fuera hombre y se me acercara, para caerle a trompadas. Para decirle: Dios maricón, por qué, por qué. Para decirle eso y caerle a bofetadas, para matarlo y rematarlo. Por qué no te presentas, hijo de La Gran Puta. Por qué no vienes hasta aquí. Ven. Que lo primero que te voy a hacer es echarte un poco de agua hirviendo. Ven para que veas lo que es bueno. Acércate, anda.

«Querida hermana, ruego a Dios cuando recibas esta carta te encuentres bien»... Rueda al Diablo. Ruégale a esos condenados americanos, a ver si te aumentan el sueldo. Ruégale a un sapo. Ruégale a esos verracos para que te den una semana de permiso y puedas venir a este basurero. Rueda a las bestias. Rueda a la mierda. «Mi querida hermana»... Qué querida ni qué carajo: mi jodida hermana. Ay, qué rabia me da vernos muriéndonos sin podernos contener y sin podernos desbocar de una vez. Nadie sabe cómo me he resquebrajado, que ya me he vuelto un derrisco y que todavía a veces digo espera, espera, espera... Pero ya sí que no. ¡Ya! Mi querida hermana. Mi querida hermana.

Mi querida hermana.

Mi querida hermana.

Mi querida hermana.

Mi querida hermana... No sé para qué escribes. Acércate, Dios, para darte una bofetada. No sé para qué escribes si bien debes imaginar que nadie lee tus cartas. Acerca. Cabrón, que te voy a hacer añicos. No sé para qué pierdes tu tiempo, sería mejor que descansaras un poco. Imagino lo cansada que estarás... Aquí, yo, por lo menos, tengo el consuelo de poder desahogarme, de poder gritar, de poder caerle a estacazos a los muchachos de Digna. Pero tú tienes que aguantarle las perrerías a los muchachos que ni siquiera son tuyos. Tú tienes que cuidarlos. Te imagino cantándole canciones a esos muchachos insoportables. Te imagino... y casi te puedo palpar con el pensamiento. El pobre debería de morir antes de nacer. El pobre... Acércate, Dios para pegarte candela. Atrévete a acercarte para que veas que mi poder es más grande que el tuyo. No sé para qué te molestas en escribir. Aquí nadie se acuerda ya de ti; ni siquiera Fortunato. Ni tu hijo si-

quiera ya se acuerda de ti. Pero no lo culpes. Ven, cabrón, si eres hombre. Dios mío, ven para que veas cómo te estrangulo. No lo culpes, porque el pobre está más loco que otra cosa. Porque aquí todos estamos locos de remate. Tú sabes cómo vivimos, mi querida hermana, para qué te voy a contar más tragedias. Para qué te voy a llenar la cabeza de calamidades, si las tuyas son peores, porque las tuyas son las de nosotros más las tuyas, mientras que las de nosotros son las de nosotros sin las tuyas. Porque aquí, mi querida hermana, nadie se acuerda de que tú existes. Nadie. Acércate para sacarte los ojos, aunque de existir debes de ser ciego. Y tú sabes que no es culpa de nosotros el que nos hayamos olvidado de ti. Es culpa de esta vida que estamos llevando. Imagínate tú si estamos locos de remate que ayer cogí a mamá soldando un caldero con un chicle. La pobre mamá: muchas veces he pensado envenenarla con pasta eléctrica. Pero, para qué. Y ahora resulta que desde que la vi soldando el caldero, siento hasta lástima por ella. Es tanto el escándalo de esa fábrica que hasta la medianoche nos está atronando. Y como si eso fuera poco, la pobre Celia se pasa la vida diciendo disparates y el viejo no habla. Aunque yo casi me alegro de que no hable. Ya tenemos bastante con esta bulla y con el escándalo que arman los hijos de Digna. Digna, la pobre, ésa es otra que está siempre en las nubes... Como te iba diciendo, ya con el escándalo que arman las palanganas, y las malas palabras que están siempre diciendo estas malditas cucarachas. Ay, esos muchachos. Ay, esos muchachos. ¿No sería mejor descabezarlos antes de que se convirtieran en algo peor? Dime, ¿no sería mejor descabezar a todos los muchachos, a todos, antes de que sea demasiado tarde?... Así que si el viejo habla o no habla, no es cosa que a alguien le preocupe. Además, siempre dijo tan poco cuando hablaba que casi ni cuenta nos dábamos que él existía. Ay, pero no es verdad lo que digo. Aunque es posible que sea verdad. Y ahora estoy pensando que a lo mejor nunca habló y que ahora es cuando lo descubrimos. Ahora pienso. Acércate, coño, que te voy a partir la crisma. Y como ahora sabemos que no habla quisiéramos que hablara, pensando que si hablara hablaría algo interesante, precisamente porque sabemos que no hablará. Ay, carajo... Y no me explico dónde esos hijos de Digna han aprendido a decir tantas palabras indecentes. Es que lo malo siempre se pega. Que no

hay escapatoria. Y ahora, les ha dado por hacer maldades: Tico me ha escondido las tijeras y yo me estoy haciendo de la vista gorda para poder averiguar dónde es que las ha metido. Porque si le digo que sé que él las tiene, aunque lo mate a leña no me las devolverá, ni dirá el lugar en que las tiene escondidas. Así que imagínate, tengo que velar al condenado muchacho, sin que él se dé cuenta, para ver dónde las ha puesto. ¿Te crees que yo estoy ya para esas cosas? Y como si eso fuera poco, Anisia se pasa la vida asomándose por las rendijas del baño para ver lo que yo hago aquí dentro. Que no hay escapatoria, hermanita. Que no debimos haber nacido. Que debimos haber guindado a esos viejos malditos cuando nos trajeron al mundo. Que debimos haberle pegado candela a la casa con ellos dentro y habernos lanzado a la calle y habernos metido a putas y habernos pegado candela también nosotras. Pero más tarde, después de haber vivido aunque hubiesen sido unos minutos. Porque mira que es triste morir así, sin haber resollado ni siquiera un segundo. Eso sí que es triste. Acércate, Dios, para clavarte las uñas en la espalda. Acércate, maldito, para que veas lo que es mirarte. Para que bajes la vista y tengas, como todos nosotros, que degollarte. Ven, ven, que te voy a despedazar, que te voy a desentangular, que te haré polvo. Perro. Caballo. Mierda. Bestia. Mi querida hermana. Mi querida hermana, mejor es que no me escribas más. Que no nos escribas más: aquí nadie se acuerda de ti, aunque, de todos modos, te queremos mucho.

—Adolfina, Adolfina. ¿Es que te sientes mal? Contéstame. ¿Habrá que tumbar la puerta? Ay, Dios mío. ¡Hay que tumbar la puerta!... Llamaré a Polo... Pero el maldito viejo parece que está dormido. O se hace el dormido... ¡Dios mío, Dios mío!, ¿a quién podré contarle esta tragedia?

En el zaguán, sentado en el taburete, el viejo se ha quedado dormido. La vieja hacía rato que vigila sus cabezazos. Ahora va en puntillas hasta el viejo. Despacio, mete los dedos en los bolsillos de su camisa. El viejo resuella. La vieja extrae la llave

de la venduta. El viejo ronca. La vieja entra en la venduta. Casi a tientas, cuidando no tropezar con los estantes, con las frutas podridas o con los tubos de quinqué, toma un lápiz, un sobre y la resma de papel que el viejo había conservado bajo las jarcias de manila. La vieja cierra la venduta. Coloca otra vez la llave en su sitio —el viejo brama sereno—. Y con el lápiz, el sobre y la resma de papel, la vieja se va para detrás de la casa.

Pues si pudiera te diría que Fortunato está *encabristao*. Que está más tocado que yo misma. Figúrate que le *a* dado *aora* por fabricar *javón* con *cenisa* y sebo de lagartija. Yo no sé si lo *ace* para despistarnos, y que no le digamos que se ponga a trabajar, o qué. Pero el caso es que a mí, por lo menos, me tiene preocupadísima. Pero no te lo digo, aunque quisiera decírtelo, hija mía, porque no sé escribir casi, y para qué perturbarte con esas boberías; en fin es que tú, tendrás otras diversiones y otra vida por allá. Quisiera que supieras también que la venduta está de mal en peor y que lo único que nos puede salvar de la quiebra es que yo encuentre una botijuela que, según me dijo un espíritu, está enterrada debajo de la mata grande de mangos de ilachas, allá, en la finca que vendimos por culpa de la bestia de tu padre. Pero, imagínate, cómo vamos a ponernos a escarbar en una tierra que ya no es de nosotros. Ay, que no debimos *aber vendio* la finca, y Dios lo sabe. Y él nos pone esta prueba. Que si no la *ubiéramos* vendido *aora* podríamos sacar ese dinero, y no tendríamos problemas. Pero la vida es así. A tu padre se le metió en la cabeza vender. Y aquí estamos, de La Ceca a La Meca. Y las cosas cada día peor. Que si seguimos como seguimos vamos a tener que pedir agua por señas. Quisiera que si pudieras te dieras un despojo. Aunque no sé cómo serán las médiums por allá. Esa gente lo revuelve todo. Pero trata de verte aunque sea con una cartomántica. Y trata de que te diga cuándo podrás volver. Y si vas a ser rica. *Aora*, para este *varrio*, se ha mudado una que dicen que es muy buena, y sólo cobra una peseta por la consulta. Yo estoy velando al viejo en la venduta para ver cuándo se queda dormido y sacarle una peseta de la cajita. Pero últi-

mamente se *a* puesto a cuatro ojos y ya no *ay* quien le tumbe ni un quilo. Y cuando cierra la venduta mete la caja quién sabe dónde. Yo le *bigilo*, pero nada. Él *a* sido siempre tan *sikatero*. Fijate que *asta* para coger este papel en el cual te garabateo estas letras *e* pasado un gran trabajo, y eso que me encomendé a Dios. Fijate, también, que *asta* los mandados que cojo de la venduta para *acerle* la comida al muy ratón, me los quiere cobrar y todo. Qué descaró. Y *aora* con esa manía de no abrir la boca: pues se puede desgajar el mundo, que él como si tal cosa. Aunque no te vas a enterar de esto yo te lo digo para que de todos modos lo sepas, aunque no lo sepas. Además, qué importa que lo sepas o no el asunto es que yo ya te lo dije. Con eso cumplo. Y no pienses que no me acuerdo de ti. Pero algunas veces, a la verdad, me olvido cómo eras. Aunque, yo creo que eso le pasa a todo el mundo. Eso, en fin, no es culpa mía, sino del tiempo. Ayer mismo me di cuenta de que ya no me acordaba de tu cara, ni de la cara de mi madre, ni la de mi padre, que en paz descansen. Y me entró entonces un deseo grande de rajarme a gritos. Pero pensé: «de la tuya tampoco se acordarán con el tiempo». Y eso me contuvo. Dura que es la vida. Se olvida uno de la cara de los *ijos*, aunque se sigan queriendo. Y tal vez sea mejor así. Que si no, qué sería de uno con un jolongo tan grande, atabornado de caras y más caras. De recuerdos y más recuerdos. Ya no podría uno ni moverse casi de tantos pesares. Menos mal que por lo menos va uno perdiendo, con el tiempo, la memoria. Qué bueno es estar como quien acaba de llegar a un lugar y nada sabe de lo que en este lugar *ubo* pasado. Y no sabe nada de lo que habrá de pasar. Sólo saber —y no muy bien— que uno acaba de llegar —y no saber de dónde, y no saber por qué—. Que acaba de llegar, sin estar muy segura de si es verdad que acaba de llegar. Que acaba de llegar porque parece que así es, pues no se tiene memoria de que *a* sido... *Aora* me arrodillaré aquí, en esta esquina de la casa, y rezaré siete u ocho Padrenuestros por ti. Y juro que no me pararé aunque se me estén achicharrando las *biandas*. Para que veas que no te olvidó, aunque ya no me acuerde de tu cara. Total. Qué importa eso.

Pero el viejo salió del letargo. Se incorporó del asiento, le parecía que alguien (quizá un sueño,

quizá un muerto) lo había tocado. Instintivamente se llevó las manos al bolsillo. Tomó la llave y entró en la venduta. «Este desgraciado», dijo, pensando que había sido Fortunato quien le había robado las resmas. Salió. Comenzó a buscarlo. Entonces tropezó con la vieja detrás de la casa. Y vio que era ella la ladrona. El viejo trató de cogerla por el cuello, pero la vieja le lanzó una patada en el vientre. El viejo trató de retorcerle los brazos, pero la vieja le propinó un mordisco en las muñecas. El viejo quiso entonces tomarla por las piernas y batuquearla contra la pared, pero la vieja le dio un rodillazo en el rostro. El viejo intentó rajarle la cabeza con una mandarina, pero la vieja ya giraba, con un bloque de fibrocemento que había arrancado del baño. En ese momento llega Adolfiná con las tijeras en alto. —Al fin las había encontrado.

En esta casa ya no hay paz. Oigan ustedes, oigan ustedes ese escándalo, ahí mismo, en los muros del castillo... Yo vengo con mi hija muerta y me siento en el comedor, y digo: silencio, silencio. Pero nada. Ya no hay paz. Yo espero a que todo el mundo se acueste para entonces levantarme bien despacio y llamar a mi hija; y así vamos hasta el comedor. Pero los ruidos del día se han quedado agazapados. Y no tenemos paz. Silencio, silencio. Y el guirindán de la fábrica me traquetea en los oídos. Y mi hija se va, porque ella no puede soportar tanta bulla. La bulla, la bulla. Silencio. Porque si ella se vuelve, se vuelve, se vuelve... Qué dije. Qué dijiste. Cállense. Que nadie pueda decirme lo que me he dicho. Siéntate, siéntate aquí y vamos a mecernos en el mismo balance. Siéntate como antes. Y no hables, como antes. Y no me mires, como antes. Quédate quieta que yo te voy a ir adormeciendo. Pero, qué escándalo. Qué ruido. Sería mejor que te pusieras unos algodones en las orejas.

—Sería mejor que me muriera.

Cállate, cállate, que te pueden oír y darse cuenta que todavía estás aquí. Cállate. Si te pusieras unos algodones en las orejas no oírías a los muchachos diciendo esa retajila de malas palabras. Si te pusieras aunque nada más fuera un algodón en una oreja y la otra te la taparas con una mano. Yo puedo taparte una oreja si quieres y así solamente tienes tú que taparte la otra. Pero estáte tranquila. Quieta. No maldigas. Ya, ya. No te contagies con esa gente que no conocemos. Cállate. Horita cierra la fábrica; cierra el viejo la venduta. Horita cae un aguacero y se lleva todas las botellas podridas que tiene Fortunato debajo de la cama. Horita. Espera. Cállense, cállense. Horita.

—Horita cojo la trinina y zazzzzzg.

Ay, cállate. Será mejor que yo empiece a cantar para que la gente no te oiga. Cierra la boca. No te descubras. Siéntate y espera un rato. Espera, que yo misma te voy a taponear los oídos. Ya. Ahora con el pie mece el balance y duerme. Ya. Duérmete ahora. Duérmete. Así como... Sé que no puedes. Sé que hay un ruido estallándote siempre. Sé que hay una claridad que tú miras siempre. Pero haz un esfuerzo. Duerme. Cállense, por favor. Cierren todos esos galillos. Sosssh. Salvajes. Salvajes. Sal... Ya se me está quedando dormida.

A Fortunato le ha dado ahora por comer lagartijas con pan. Se va para detrás de la fábrica. Caza las lagartijas, las ahoga en el pan, y le mete el diente. Qué asco.

Tico y Anisia

Algunas veces le daba por comer lagartijas, es cierto. Algunas veces le daba por fabricar vinos, por encerrarse en el baño y empezar a hacer muecas, por meterse bajo la cama y masturbarse siete veces seguidas, por subirse al techo y achicharrarse de sol, por criar babosas, por tener una bicicleta. Es cierto. Pero todas aquellas ideas, todas aquellas obsesiones, todas aquellas *manías*, como decían ellos, eran como necesidades transitorias, deseos pasajeros, que servían sólo para contener, momentáneamente, la gran necesidad, el gran deseo. Las manías se sucedían unas a otras. Llegaban, se cumplían, desaparecían. Pero si algo permanecía fijo en él era la condición fatal, inexplicable —entonces— de encargado de administrar los gritos. El resto de las inquietudes, los demás caprichos, apenas si le preocupaban, perdían su interés en una semana, un mes, dos quizá. Pero aquella incomprendible condición de emisario del terror, aquella condición de saberse tocado por un don fatal, por una dicha, por algo ineludible que lo destruía y lo formaba a la vez, por algo que, sencillamente, lo justificaba, aun cuando él mismo muchas veces intentara ahuyentarlo. El oscurecer, el estruendo de un aguacero, las cosas difuminándose a la luz de los astros; al pasar por un sitio, el olor que sube de pronto, transportando; mirarse detenidamente las uñas, una hoja de papel amarillenta rodando, alguien diciendo *buenas tardes*, he aquí algunos de los recursos que aprovechaba *aquello* para manifestarse. A veces bastaba asomarse a la calle y ver la luz restallando sobre el asfalto, para que la intransferible sensación se manifestase. Y era entonces como un escozor que subía, como algo que latiese, queriendo estallar. Y era entonces, detrás de todo aquello, además, la sensación de saberse mortal, mientras una estafa desmesurada (desmesurada en proporción a su exis-

tencia, a su memoria y su capacidad para descifrarla) caía desde el cielo; caía siempre, en forma perenne. Está en el patio. Es de noche. Los demás duermen. La luz empalidece las cosas, las piedras, el fondo de las latas, sus manos. Y aquello llega, y aquello acosa, y lo hace superior, fuerte, solo, terriblemente desgraciado. Está en el campo. Es un muchacho. Desde la arboleda se oyen las voces de los familiares que hablan en el patio mientras deshojan el maíz. Son voces conocidas que forman la conversación corriente de todas las tardes. Pero hay algo detrás, hay algo detrás de aquellas palabras que sólo él comprende; y cada palabra, cada sonido se va convirtiendo en un reto, en un terror, en una posibilidad de ternura, en un enigma, su enigma, que sólo a él le está permitido descifrar. Pero, ¿qué debe hacer?, a quién debe acudir si es que alguien en este caso puede orientarlo. Está en el comedor de la casa, en el pueblo. De la radio sale una canción popular, una canción estúpida, corriente, de esas que tanto le gustan a su prima Esther. Y también allí hay algo que lo obliga, que lo conmina, que lo transporta, que lo eleva, que lo deja solo con miles de interrogaciones distintas a las que la vida cotidiana, práctica, impone... Ahora ya es el condenado, ya es el elegido, el que no puede conformarse; el dueño de un espanto que no se ajusta a los estrechos límites de las desdichas diarias. El que no puede oír una canción y decir: «oigo una canción, y es todo». El que no puede oír una conversación familiar y decir: «conversan, y es todo». El que no puede al atardecer caminar sencillamente por las calles, disfrutar un instante de esa frescura, como hacen los demás, y decir: «eso es todo», sin ir más allá, sin investigar lo que no se ve, sin hacer preguntas que, en última instancia, sólo a él le interesarían las respuestas... Ahora comprendía. Ahora comprendía que era justificada la desconfianza que los otros tenían para con él. Pues, ¿qué era él para ellos sino un traidor, alguien que se consideraba (que se sabía) más allá, alguien que vigilaba para burlarse, alguien que no tomaba en serio lo que para ellos justificaba su existencia, sino *lo otro*, lo que nadie veía, *lo inútil*? Era un traidor. Y, de seguir viviendo, no le quedaba otra alternativa que ser siempre el rechazado. Pues no se conformaba con estar, sino que deseaba saber. Ver detrás. Y eso era lo terrible, porque detrás de todo había una verdad, un grito que resumía todas las conversaciones inútiles, un gran gesto grotesco que

recogía magistralmente todos los gastados, mezquinos, inútiles movimientos que un hombre a lo largo de su torpe trayectoria es capaz de realizar. Oscurecía, oscurecía, y él esperaba que de un momento a otro las sombras, como algo ennegrecido y palpable, irrumpiesen por la ventana. Oscurecía, y algo lejano comenzaba a zumbiar, y el inmenso chillido fijo iba acercándose, subía. Y era él el emisario de ese ritmo, él, por tanta gracia, desgraciado, él, que ya no tendría un momento de plenitud en ningún sitio, pues esa plenitud, de existir, estaría siempre más allá, detrás de lo que lo rodeaba y poseía, en el terror perenne o en la nebulosa de las formas... Está detrás de la casa, jugando con unas botellas vacías. Es un niño. Hay hambre. —Hay hambre siempre para los que no tienen fuerza para robar, para traicionar, para estafar, para fingir; y aun a veces para los otros—. Ha visto a su madre llorando. Ha oído los gemidos de su abuela en el rezo. Dios, Dios. Pero de pronto el abuelo ha dicho «pascuas», y aquella palabra, dando saltos, ha llegado a sus oídos, y aquella palabra se ha convertido en miles de palabras insospechadas, únicas, musicales, mágicas. Palabras que, de pronto, abren recintos fabulosos, palabras que lo transportan, palabras que son catedrales, ramas que acarician, mares de cabrilleanes fulgores, profundos techos que jamás existieron, vastos recintos llenos de botellas, de garrafones, de bejucos crecientes. El bajo de la grande, la alta puerta en forma de arcada. Hacia allá los camellos y la lluvia que arroja fragmentos de colores en un costado del patio. Por el cielo empedrado correr mientras por la sinuosa barranca de piedras azules, un hombre, lentamente, baja un cubo... ¿Alguien lo acompaña a él? ¿Alguien escucha, ve eso, junto a él? Sí, alguien está ahí, mirando siempre, alzando el vuelo junto a él, tirándose de cabeza al cielo, junto a él, o perdiéndose en el guaninal sobre briosos caballos de jubabán, mientras en la casa, y perdida entre aromas y senderos vastos, una prima, bajo el aguacero, entra en el rancho, cabalgando, y con un racimo de plátanos verdes en la mano... ¿No es la dicha? ¿No es la libertad plena? ¿No es el privilegio de tocar lo insólito, de participar en las transfiguraciones?... Es también la muerte, el saber que ella, siempre precisa, siempre agresiva, azota, cubriendo de prestigios nuestros gestos, amenazando las voces más «dignas», más «firmes», más «altas», haciendo posible la poesía... Había

que echar a correr. Había que saltar y huir, y tirarse sobre la yerba, y seguir. Había que cantar. En ese mismo instante, sí, ahora, sintió una necesidad impostergable de cantar, y se llevó una mano al pecho, e hizo el intento, y bramó... Qué alegría tan inmensa, qué inmensa alegría. Él, bramando en la yerba. Dios mío, qué alegría tan grande. ¿Ahora sí sabía cuál era su destino, cuál su finalidad? Ahora sí, ahora sí, se dijo de nuevo. —¿Había descubierto el secreto? ¿Había descubierto ya la gran palabra?—: *Bramar en la yerba*. Y abril estallando, y el día reventando, taladrado por los innumerables efluvios de la primavera. Y más allá el gran tiroteo, las libaciones de los pájaros, la arboleda en llamas, las campanas... Y pensar que todo se debía a que siendo niño había escuchado a su abuelo decir «pascuas». Ah, pero había que haberlo oído, había que haber atendido la forma en que lo decía. Él tuvo el privilegio de atender. Él fue tocado por el misterio. Él sabía. Era un monstruo, un aborrecido, un artista, un dios. ¿Era posible entonces morirse? ¿Era posible entonces no confiar en la muerte? ¿Qué era lo imposible entonces? ¿Dónde terminaba su poder? ¿Quién era más fuerte, más desgraciado, más cruel, más puro?... Había una enredadera. Eso era lo cierto. Sus hojas eran verdes y lisas, diminutas y ovaladas. Sus flores, mínimas y blancas, cubrían la mata como una lluvia fina. —No en balde se le llamaba la mata de lluvias. La enredadera daba al corredor. Florecía siempre. En las tardes, el olor y su sombra eran una recompensa. Esa enredadera no podría secarse jamás. Él no lo permitiría. Ahí estaba su poder.

Vida de los muertos

Pero no duró mucho tiempo su sueño, mi sueño, nuestro sueño —siempre hay alguien encargado de no permitirnos tal consuelo, ningún consuelo—, a pesar de todo lo que hube de cantarle, a pesar de que por un tiempo logré casi ahuyentar el estruendo: vino lo de Fortunato, y, desde entonces, la complicidad que existía entre ella y yo se ha ido resquebrajando. Y ahora no sé, realmente, si debo esperarla, o debo conformarme a que se pierdan los dos, quién sabe por dónde, ignorantes de que yo siempre espero.

Fue así:

Fortunato estaba detrás del baño, machucando hojas de tamarindo. Yo llegué y le dije: No sé para qué pierdes tu tiempo fabricando esas botellas.

Y él me dijo: qué tiempo.

Yo le dije: tu tiempo, ¿o es que tú no tienes tiempo?

Y entonces él soltó una carcajada, y alzó el vuelo. Eso lo vi yo, y no lo dudé, porque ya estaba acostumbrada a ver la muerte en cada esquina. Y el que está acostumbrado a esas cosas no tiene por qué asustarse ante estas tonterías. Vi delante de mis narices cómo se elevó. Y allá en lo alto se arrancó la cabeza y me la tiró arriba. Que si no me aparto me hubiera hecho trizas... Y ahora nadie me querrá creer estas cosas. Pero a mí no me importa. Si yo las vi, qué puede interesarme que me las crean o que no me las crean. Ahora lo mismo que tengo es un miedo nuevo. Un miedo más grande que el de antes. Pues ahora sé que él sabe más que yo, y que él ha llegado hasta donde yo no he podido. Y que se ha muerto muchísimo antes de lo que yo me hubiese imaginado. Y que a lo mejor, en estos momentos, está conversando con Esther. Y por eso ya ella ni siquiera me visita, como lo hacía antes. Aunque fuera una vez cada cien años... que no era tanto, ni era tan poco, pero a mí, en la espera, se me iban en un abrir y cerrar de ojos. Sí, ahora Esther debe andar con él.

He llegado hace poco y ya camino por sobre el agua. No es tan difícil. He llegado hace nada más que un ratito y mírenme ya, como si tal cosa, desprendiéndome de las matas altas hasta las nubes y tirándome contra las piedras más grandes. Y ni siquiera me doy un rasguño. Mírenme cómo de un salto llego a la luna, le doy cuatro bofetadas, y regreso, para caminar por encima del mayal lleno de huevos hueros. Y si me da la gana no camino. Y si me da la gana me tiro sobre una mata. Y si me da la gana digo ya, y me quedo dormida. Puedo hasta virarme al revés si quisiera... Si quisiera... Ahí llega. Fortunato también muerto, aunque quizás él aún no lo sepa. Es tan difícil. Es tan difícil... Óiganlo.

Toco la mata de anoncillos y no la toco. Me doy una pedrada en la cara y no la siento. Qué es esto que la gente no conoce. Qué es esto que yo voy desconociendo. Me abrazo y siento que no hay nadie. Entonces camino por encima de las matas altas, pero ellas ni caso me hacen. Me como tres pichones de pitirres y los pichones siguen en el nido. Y los padres de los pichones no me dan ni un picotazo. Toco mi propia alma y es como si tocara el aire. Porque no la siento. Porque estiro y estiro las manos hasta que se me desprenden. Y nada.

La casa tiene cuatro cuartos, estrechos y calientes, separados unos de otros por frágiles tabiques que impiden que entre el aire, pero no los ruidos. Tiene, la casa, una sala cuadrada poblada por abigarrados y desahorados muebles que ya no sirven para sentarse, pero sí para que uno tropiece con ellos y se fracture una pierna. Un pasillo estrecho con una ventana que da al muro de la fábrica. Una cocina mínima, donde, por una contradicción arquitectónica, se mete todo el mundo, y hasta se reciben las visitas. Un comedor sin paredes donde las moscas, el sol y los variados platos, expulsan sin tregua. Termina la casa en un pequeño patio, recinto donde se acumulan todas las escorias junto con las aguas sucias del palanganero y del lavabo. Al final hay un corral donde a menudo Jacinta cría un cerdo —aún se acuerda de las Navidades— que en medio de inmundicias chillaba siempre, despidiendo olores infernales. El techo de la casa es de fibrocemento. Las paredes son de ladrillos y de bloques de concreto. A un costado del reducido portal está la venduta. En el patio no hay árboles... Jacinta, naturalmente, odia esta casa, odia el pueblo. Odiaba el resplandor inmovible que se cierne siempre sobre estas calles polvorientas. Un día vio a Fortunato tirar piedras desde el patio y no dijo nada. Con tal de que hiciera algo contra el pueblo, ella estaba dispuesta a encubrirlo. Aquella tarde, Jacinta

se rió. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Pero ya hace también mucho tiempo de aquella tarde. Ahora husmea desconfiada, mira las paredes, escupe. Jacinta nunca ha podido sentarse en la taza del inodoro. Su odio sigue invariable.

La que lleva el timón de esta casa soy yo. Yo sola tengo que averguármelas y arreglármelas como mejor pueda. Porque, por los demás, se puede acabar el mundo, que ellos ni cuenta se dan. Si no hay qué comer, la culpa la tengo yo. Si no hay ni un trozo de calabaza para echársela al potaje, la culpa es mía. Si no tenemos la peseta para pagarle al lechero la única botella de leche que le compramos yo soy la que tengo que inventar y dar la cara. Yo soy aquí la mujer y el hombre; porque lo que es atendido a Polo ya estuviéramos muertos y enterrados, y de los demás ni hablar. Ah, pero a ese zángano de Fortunato yo le tengo que conseguir trabajo. Ya está bueno de estar vagueando. Se me enciende la sangre cada vez que lo veo enchocado en la sala, leyendo novelitas, o fabricando inmundicias con esas aguas podridas. A ése le voy a conseguir trabajo aunque sea de picador de piedras. Que si se lo consigo. Ahora mismo voy a hablar con Tomasico para que le ponga a trabajar en la fábrica aunque no le pague ni un quilo, aunque sea de gratis. Qué caramba. Pero que salga de la casa. Que da grima verlo el día entero ahí encerrado como si fuera una señorita. Ahora mismo se lo voy a decir a Tomasico... Dios mío, se nos viene el mundo encima y no podemos atajarlo. Me están cuqueando, Dios mío. Me están cuqueando. Si las cosas siguen como van no me quedará más remedio que ponerme a lavar pago. Ay, qué necesidad tenemos de estar como estamos si bien que podríamos estar en el monte. Por lo menos allí se podía salir de la casa envuelta en un trapo, que nadie se iba a andar fijando en esas guanajeras. Pero aquí la gente no hace más que estar criticando. Como si le fueran a llenar la barriga a uno cuando está vacía. Bien que podríamos estar en el monte. Y a lo mejor, a estas alturas, ya habríamos encontrado la botijuela.

—¡Adolfina! ¡Virgen Santísima! ¡No me cuquees tú también!...

Sí, ya en el pueblo comenzó de nuevo su infatigable campaña por encontrar un hombre. Volvió a vestirse a la moda —o a lo que ella consideraba la moda—, llegó a teñirse el pelo de azul. Colocó la máquina de coser junto a la puerta de la calle. Ante el espejo ensayaba las formas de sonreír más seductoras. Algunas veces —y esto ni ella misma en sus delirios se atrevía a confesarlo— se paraba durante más de una hora de cabeza para que la sangre le bajase al rostro y le estirase la piel, tal como recomendaba una revista de belleza. Pero nada. Seguía pedaleando. Seguía envejeciendo. Seguía soportando a Jacinta refunfuñona, al viejo, a todos. Y a ella misma, sobre todo. Un día dió un escándalo.

Vino con una tela escandalosa para que yo le hiciera el vestido. Yo me dije: envuelta en ese trapo punzó se va a parecer a una cortina chamuscada. Pero cogí y le hice el vestido como ella me dijo que se lo hiciera: estrechito abajo y ensanchado por arriba, para que aparentara más de lo que en realidad tenía. Por fin, terminé de hacerle aquel estandarte. Y cuando se lo puso yo no pude aguantar las ganas de reír: parecía una caja de muerto toda pintarrajeada, o un bombillo al revés, qué sé yo. Pero se fue de lo más contenta. Pero al otro día volvió con el vestido empaquetado. «Fina», me dijo la muy hipócrita, «cógele un poquito más de abajo y suéltale otro poco más de arriba.» Y yo reventando por dentro. Y ella «Fina», «Fina», como una gata. Y yo diciéndole por dentro: ojalá y te enredes las patas con tanta estrechez y te caigas en mitad de la calle. Y ella: «Dos puntos allá y cuatro por acá». Y le cogí todo lo que me dijo, y le solté todo lo que me indicó. Y se lo probó. Y se fue de lo más contenta. Pero parece que alguien la estaba inculcando en la casa. Pues al otro día volvió con el trapo envuelto en un periódico, y me dijo, siempre con voz de gata: «Fina, es mejor que me lo hagas de ta-

chones, pues así aparento más...». Y yo se lo hice de tachones. Y cuando se lo probó me dijo que mejor sería soltarle un tachón. Y yo diciéndole: «sí, sí, sí». Y yo diciéndome: Cabrona, ojalá y revientes. Crees que por un peso se puede pedir a todo gainate. Y le solté el tachón. Y se fue con el trapo manoseado, envuelto en el periódico. Pero al otro día vino con la madre. Ay, la madre... Desde que se inventaron las madres el mundo anda al garete. La vieja llegó y me dijo: «Usted lo que es, es una chapuceira. Me ha echado a perder la tela de crepé que tanto trabajo me dio conseguírsela a mi hija. ¿Cree que a nosotros nos regalan el dinero? ¿A que usted no se atreve a ponerse un vestido así? No crea que somos ricas. Somos tan muertas de hambre como usted». Y la vieja hablaba y hablaba, y la fábrica guirindán, guirindán, guirindán.

Y la gente daba gritos en la venduta.

Y mamá rezaba en el cuarto a voz en cuello.

Y los muchachos de Digna tenían un escarceo enorme y decían: Culo, culo, culo, nada más que para mortificarme, pues ellos sabían que yo tenía visita.

Y la vieja gritándome.

Y yo pensando que por un peso tenía que trabajar más de una semana.

Y ahora quería que le hiciera de nuevo el vestido.

Y yo pensando que debía haberme muerto antes de haber nacido.

Y la fábrica guirindán, guirindán, guirindán.

Y la vieja gritándome. Gritándome.

Y la otra guanaja: «Fina, Fina, ahora lo quiero en esta forma».

Y los muchachos: Culo, culo, culo. Nadá más que para mortificarme.

Y la vieja.

Y la fábrica.

Y

¡Ave María purísima! ¡Dios mío! Dije yo cuando vi que Adolfina se le fue encima a las mujeres aquellas con las tijeras en una mano. ¡Ave María Purísima! Dije, cuando oí aquel estruendo en la sala. Y dejando el rezo salí a ver qué pasaba. Y vi a la

desgraciada de mi hija, lanzando tijeretazos a diestra y siniestra. Y las mujeres dando berrinches. Y Adolfina lanzando tijeretazos. Y yo pensando que con ésa era la quinta vez que tenía que dejar sin terminar los rezos, sin haber llegado ni a un Padrenuestro, siquiera. Primero fue para sujetar a Digna, pues le estaba dando una paliza a Tico que lo dejó medio bobo y si no la sujeto lo hubiera muerto. Después fue para sacar la cara por Poló, pues lo estaban embaucando en la venduta: dándole unos huevos hueros a cambio de unos limones sanitos; y él ni cuenta se daba. Después, para correr a desmontar la leche del fogón, pues estaba ya hirviendo y los demás ni siquiera miraban para la olla. Luego para tirarle una piedra a la maldita chiva de Iluminada, que ya me ha acabado casi con todas las matas de salvia. Y ahora, para calmar la furia de Adolfina, pues si no llego a tiempo hubiera hecho pedazos a las dos mujeres. Qué horror. Dios. Las mujeres sin dejar de ofender salieron por la puerta como dos centellas. Y Adolfina cogió aquel trapo punzó y lo hizo añicos con los dientes, y se lo tiró en la cara a las yareyeras. Y las dos dando gritos y diciendo malas palabras. Y Adolfina haciendo trizas aquella tela chillona y llorando de rabia. Y la gente que pasaba por la calle, parándose frente a la casa para ver aquello. Y yo pidiéndole, pidiéndole a Dios, que no pasara ningún guardia. Adolfina gritando y gritando. Y la fábrica guirindán, guirindán. Hasta que las dos mujeres desaparecieron desatracadas rumbo a los barrios de La Chomba y del Yarey. Y todo se fue calmando... Pero yo estoy ahora temblando del miedo. Porque esa gente es mala. Y a lo mejor cualquier día se vuelve y nos tasajea. O nos queman la casa. O, lo que es peor: nos echan un mal. Ahora tendré menos tranquilidad de la ninguna que antes tenía.

Fortunato y el espejo

Estás frente al espejo y te dices: todo es la gran porquería. Estás frente al espejo y te da vergüenza estar frente al espejo. Y que la gente pueda pensar que me estoy mirando igual que las mujeres. Como lo hacen las mujeres. Pero a mí no me importa ser bonito o feo. Ni me miro al espejo por eso ni por

cosa que se parezca. Me miro para conversar. Para conversarme. Y me digo:

—Comemierda, qué haces en esta casa llena de viejas locas.

—Comemierda, qué haces trabajando en esa podredumbre de guayabas llenas de gusanos, donde te vas tú también pudriendo. Hasta después que te has bañado te llega la peste a guayaba podrida, pues te sale ya de adentro.

—Eres una guayaba podrida.

—Comemierda.

—Verraco, verraco.

—Hueles a guayaba podrida. A ver, regístrate los bolsillos. A ver.

—Entonces, qué quieres que haga.

—Algo.

—Qué.

—Verraco. Verraco.

—Sabes bien que he pensado en irme de la casa. Pero todavía no sé si me alcanzará con el dinero que tengo.

—Aunque te mueras de hambre, vete.

—Pero, es que no sé...

—Verraco...

—A lo mejor. A lo mejor...

—Verraco. Grandísimo verraco.

—A lo mejor hasta me hago de dinero y puedo dedicarme a fabricar vinos de caimitos. Pero es verdad lo que me digo

A Fortunato le ha dado ahora por criar palomas. Y los condenados animales se pasan el día revoloteando de un lado para otro, mientras llenan la casa de piojillos y nos cagan la cabeza. ¡Ya esto es lo último!...

tú: aquí no hago nada. En cualquier lugar estoy mejor que aquí, porque aquí no estoy en ningún lugar. Este pueblo no es pueblo, ni es campo, ni es nada. Esto es una cosa que no tiene nombre. Aquí la gente viene de

Ellos

paso, o vive muriéndose. Pero todos están como en trance: en trance de irse, en trance de muerte. Si al menos viviéramos como antes, en el monte. Yo saldría afuera y me tiraría en el río, y nadaría todo el día. Y me templaría a las vacas. Y me acostaría sobre la yerba. Y me olvidaría del mundo. Porque viviría en el mundo. Y así iría pasando el tiempo. Hasta que, sin saber ni cómo...

—Verraco.

—Verraco.

—Verraco.

—Verraquísimo... Pero en el pueblo es distinto. El sol se pasa el día entero recondenándonos. Y si salgo a la calle no sé dónde meterme. Y si me quedo en la casa me parece que me voy a volver loco con esos condenados muchachos de Digna dando gritos. Y la vieja rezando y peleando. Y Celia prepujiando por la muerte de Esther. Y el cartero trayendo cartas y más cartas de mi madre, que dicen: Tú eres lo único que tengo. Tú eres lo único que tengo. Tú... Pues entérate que ya no tienes a nadie. Es que no me explico cómo pueden existir personas con una memoria tan larga. Yo creo que nada más lo hace para mortificar. Ya está bueno. No quiero ser nada ni depender de nadie. Ni que nadie dependa de mí. Quiero ser lo que soy: nada. Pero que la gente sepa que soy nada. Y que no se hagan ilusiones. Y qué...

—Verraco. Verraco... Ah, pero si es un verraco.

—Quisiera irme, y al carajo.

—Verraco.

—Quisiera...

—Verraco. Verraco.

—Si al menos viviera como antes, en el monte...

—¡Verraco!

Una vez llegaron los delegados —el viejo no recuerda de qué compañía— con el proyecto de con-

vertir la finca en una colonia cañera. La oferta, teóricamente, era atendible. El viejo la encontró estupenda. Desde luego, había que preparar el terreno: medirlo, cercarlo, chapearlo. Para ello, el viejo tuvo que vender casi todo el ganado. Los delegados llegaron con los obreros; tumbaron todos los árboles, hasta las matas de mango y de guayabas, y se llevaron la madera para que no estorbase la operación de los tractores. «Un tractor, un tractor», pensaba el viejo... Luego los delegados desaparecieron —ya habían cobrado el ajuste—, y jamás volvieron. La finca quedó pelada, «sin un árbol ni una bestia». Esa vez la vieja amenazó con pegarle fuego a la casa y tirarse de cabeza al pozo. El viejo trató de reclamar, de demandar. Fue al pueblo a pie, regresó, volvió a ir... Pero, ¿cuándo fue eso? ¿Cuando Machado?, ¿Cuando Batista? ¿Cuando Prío?... Qué importaba. En la memoria confluían todas las desgracias. En la memoria —rodeado ahora de tubos de quinqué, frutas podridas y pastas cubanas— todas las desgracias iban, venían. Llegaban.

Ahí viene Tomasico a sacarme conversación.

Y no me quedará más remedio que conversar con él. Ahí viene con su tabaco de a peso y su barriga que cada día se le hace más grande. Sinvergüenza. Crees que te voy a creer que empezaste vendiendo guayabas, y de que en esa forma pudiste hacerle de la fábrica. Vete a contarle esas patrañas a otro. Que nadie se hace de dinero vendiendo guayabas ni cosa por el estilo. La mordida que le diste al jamón y la que le estás dando todavía es la que te sostiene. A mí si que no me vengas con el cuento que aquí el que es rico es porque robó, o está robando, o porque otro robó anteriormente por él. Que el maná no le cae a nadie del cielo así como así. Si no lo supiera yo...

—Hola, don Polo.

No le voy a contestar... Sí, será mejor que le conteste. En fin de cuenta él es el mejor cliente que tengo, y el único que no me queda a deber nunca ni una peseta.

—Cómo está usted, Tomasico.

—Aquí, chico, ya me puedes ver. Un poco chivado. Esperando que me llegue un camión de cabezales que no me acaba de llegar.

—Dígame usted.

Siempre quejándose. Como si yo le fuera a pedir algo.

—Pues sí. Y si no llega vamos a tener que cerrar la fábrica por lo menos durante una o dos semanas.

—Tremendo problema. ¿Y no habrá manera de conseguirlo por otra manera?

—Sí la hay. Pero te cuesta un ojo de la cara. Y yo no estoy para que me estafen. Que bastante trabajo me ha costado y me está costando hacer lo que tengo y lo que estoy haciendo.

—Verdad es...

No sé ni qué habrá querido decirme con ese marañerío de palabras. Pero de todos modos él lo único que sabe es hacerse el bobo y contar calamidades. En fin, que yo, muriéndome de hambre me siento mejor que él, porque por lo menos puedo decir: Chico, yo sí que estoy jodido. Me estoy muriendo de hambre y no tengo escapatorias... Puedo decir eso, sin que me quede nada por dentro.

—Y yo sí que no pago a más de diez pesos el millar de cabezales. Y ya es bastante. Tú crearás que no, pero ponte a sacar la cuenta de los gastos que tiene cualquier negocio para que veas que siempre son más los dolores de cabeza que las ganancias. Siempre es igual. Y después es uno el que tiene que resolverle el problema a los demás. Y si un día la fábrica quiebra, el que se rechiva es uno, porque los demás, qué caray, se van para otro lugar, y ya.

—Sí que es verdad. Sí.

Déjame pensar en otra cosa para no coger esa barriga chillo-na y desinflarlo.

—Verdad es. Verdad es.

—Y esto, y te lo digo a ti en confianza, pero las ventas han bajado más de la cuenta. Y si la cosa sigue como estoy seguro que va a seguir, quiebro. Y entonces me hundo.

—¡No diga usted eso!

Ojalá, maldito. Aunque no puedo ni alegrarme de que se joda, porque entonces Fortunato se quedaría en el aire y estaría

en la casa, estorbando todo el día, o enganchado a uno de los postes de la venduta, como estaba antes. Que ya daban deseos de tirarle un cubo de agua hirviendo encima para que se ahuyentara.

—Y a mi nieto, ¿qué tal le va en la fábrica?

—¿Su nieto?...

—Sí, Fortunato.

—Ah, Fortunato. Verdad... Pues, chico, te voy a ser franco, el muchacho es trabajador, y tú le dices: «Pon ese saco de cabezales ahí», y te lo pone. Y tú le dices: «Pélame mil guayabas». Y te las pela. Pero no tiene iniciativa. No tiene chispa. El día que no se da un martillazo en un dedo, le duele la cabeza. O si no se clava una puntilla, o algo. En fin: que los jóvenes de ahora no tienen ningún interés en trabajar. Yo me acuerdo cuando yo tenía once años...

Ahora empezará a contarme la historia de su niñez, y yo tendré que oírla de nuevo y decir: sí sí sí. Y decir: no, no, no. Hasta que le dé la gana de terminar y largarse. Pero ya sé: voy a pensar en otra cosa mientras él habla. Voy a ponerme a pensar en otra cosa y así me estaré burlando de él por dentro. Me estaré riendo de ti, so babieca.

—Cuando yo tenía once años...

Me estoy riendo de ti, so come catibía. Y tú ni cuenta te das. Puedo mentarte la madre sin abrir los labios. Puedo desearte la muerte sin decírtelo.

—... ya trabajaba como una bestia.

Como lo que eres, como lo que eres. Pero no te voy a seguir la corriente, estafador. Ahora me estoy riendo de ti. Ahora mismo estoy deseando que revientes. ¡Sapo!

—Como una bestia trabajábamos, yo, y toda la familia...

Qué tranquilidad saber que todavía nadie puede adivinar lo que uno piensa. Qué tranquilidad... ¡Sapo!

—¿Qué ves ahora?

—Solamente una llama de candela que revolotea y da saltos.

—Si vas a seguir diciendo mentiras te voy a dar un cocotazo y luego voy a llamar a abuela.

—De veras que te digo la verdad. Mira...

Hoy traigo una tristeza tan grande que ya casi me va haciendo añicos por dentro. Es así, como La vida, un microbio macrobio. La vida, una lección lesionada. La vida, una inmensa cantidad de palabras palabreadas.¹

unas ganas de llorar. Pero que no se me quita ni aunque llore. Es una tristeza que no sé de dónde me cae ni cuándo pensará irse. Una tristeza triste que me dice: zanaco, horita cumplés mil años y todavía estás clavando cajitas ahí, en la fábrica. Zanaco, horita eres un viejo y se te habrá ido la vida. Y no sabrás ni cómo ni en qué. Se te habrá ido la vida sin saber siquiera qué quiere decir esta palabra. Se habrá ido la vida y tú martillando y martillando.

Y la vida, yéndosete. Y tú dándote martillazos en el dedo gordo. Y la vida saliendo desmandada por la ventana, o por el primer hueco que encuentre. Y tú dando machucazos en el dedo gordo. Y tú, dándote puntillazos en las manos. Y la vida, saliendo por el primer hueco que encuentre. Y tú... Zanaco, zanaca, zanaco...

Así llega la hora de comer y yo sigo con la bobera. Y abuela sirve la comida y yo casi no como, porque la tristeza no me deja. Y miro la cuchara, y me dan deseos de rajarme en gritos. Y miro a la gente, y también me dan deseos de rajarme en gritos. Y miro para el palanganero, y me entran más deseos de llorar. Y no sé lo que es, pero hasta el rurr, rurr, de las palomas en el techo me parece que es triste y que anuncia más tristeza, y que anuncia que no hay jamás salida, que para mí no la habrá jamás. Y entonces dejo la comida y me paro despacio para que la gente no se dé cuenta de que me estoy casi desmollejando por dentro. Y así camino hasta el corredor, que aquí le llaman portal. Pero en el corredor tampoco puedo terminar de desmollejarme porque allí están Tico y Anisia jugando a «no tocar tierra», y si me ven llorando enseguida se lo dicen a la gente. Entonces me hago el bobo y meto la cabeza entre los gajos de la mata de ciprés. Y hago como si estuviera buscando algo que allí hubiera escondido. Y así empiezo a dar unos resoplidos muy bajos. Hasta que me voy olvidando de Tico y Anisia y los resoplidos me van saliendo más alto. Más alto, más altos. Y entonces empiezan a lle-

1. Texto recogido en un libro de medicina sobre los locos de un sanatorio.

gar las bestias. Y entonces empiezo yo a bailar con las bestias. Y las bestias se desmoñigan de la risa. Y me cogen por los brazos, y me tiran para el techo. Y me vuelven a bajar. Y me llevan hasta el patio. Y allí me ahorcan de la mata que ya estaba tumbada, pero que ellos han vuelto a sembrar. Y yo pataleando y pataleando.

Y las bestias tiradas en el suelo, mirando cómo se me va saliendo la lengua. Mirando cómo me pongo de muchos colores. Mirando cómo por no darme por vencido, empiezo a reírme, a reírme a reírme. A reírme casi a carcajadas. Y todos danzando. Y todos danzando. Y yo, ya esmorecido de las risas... Pero, ¿y mi madre? ¿Qué ha sido de mi madre? ¿Dónde se ha metido mi madre? ¿Cómo es posible que haya perdido de vista a mi madre, mi objetivo?... Alguien me ha contado su historia y es tan triste como todas. Mi madre siguiendo una gallina en medio del jial. Mi madre muriéndose siempre entre las zarzas, mi madre perdiendo la gallina en el jial. Mi madre siempre atrás, o delante. En otro infierno.

Mi madre

Después que cae el aguacero parece como si ya se hubiera acabado el mundo. Se ve todo tan triste que quisiera andar con los ojos cerrados, para no ver nada. O ver sólo lo que se me ocurra. O lo que yo quiero que se me ocurra. Pero no puedo cerrar los ojos: mamá me ha dicho que siga esta gallina que seguramente tiene una nidada en las matas del jial. Y yo me voy desgreñando como una yegua cerrera por entre las espinas del jial. Y la sinvergüenza gallina que parece saber que yo la voy siguiendo se desmanda a correr. Y algunas veces da dos o tres revuelos. Pero yo me desatraco detrás de ella, pues si llego a la casa con las manos vacías, y le digo a mi madre que perdí la gallina y no pude encontrar la nidada, ella cogerá un jan y me caerá a janazos. Aunque me desfleque y me haga trizas el vestido, tengo que seguir a la gallina desgracia-

da... Pero no tan desgraciada como yo, que, a mi edad, no era para que anduviera como ando. Ahí están las hijas de Nicanor Parra, que no son más pobres que nosotros, pero tampoco más ricas, y por cuánto iban a seguir una gallina, ni cosa por el estilo... Ah, pero en mi casa me tienen como si yo fuera la burra de carga. Onérica, haz esto. Onérica, haz esto otro. Onérica para acá. Onérica para allá. Y yo lo hago, ni sé ni por qué. Sin decir nada. Sin protestar por fuera. Y como ya me han cogido el lado de montar: pues no me queda otro remedio que obedecer. Además, si no lo hago sería peor, pues tendría que pasarme el día entero oyendo a mamá pelearme, y a Polo diciéndome «babiéca». Se me enciende la sangre (aunque nadie se dé cuenta) cada vez que mi padre me dice «babiéca». No sé por qué será. Pero se me enciende. Mamá me injuria y me vuelve a injuriar, y yo como si tal cosa. Pero mi padre nada más hace que mirarme y decirme «babiéca», y yo me siento tan recondenada que me dan deseos de tirarme al pozo —aunque nadie lo adivine—. Desgracia la mía. Y aparte de eso, tener que estar cuidando a mi hermana Digna, pues Adolfinia se pasa la vida pintorrejeándose y baldeando el piso de la sala. Esperando, y esperando... la vida, en fin, parecé que no es más que esperar y reesperar. Por eso yo no vivo: porque yo no espero a nadie. Aquí, encerrada en este monte, quién se va a portar. Quién va a sacarme de este jíal. Quién. Pero Adolfinia es optimista y se pasa la vida sembrando una mata de itamorreal, poniéndole una talanquera nueva a la cerca de las flores para que las vacas no entren y se coman las matas. Cargando agua y tierra blanca, para arreglar el piso con las manos, poniéndole cenizas a los troncos de las damas de noche para que las bibijaguas no las dejen repeladas, o regando la mata de lluvias... Me da pena que la gente sea tan ilusa. Me da pena verla, en los tiempos de sequía, que aquí son los

más, cargando agua en vara desde el arroyo para regar el piso. Y luego verla sentada en el corredor lleno de avispas, esperando a que alguien pase. La pobre... Y algunas veces las avispas se la comen a picotazos. Y la cara se le pone que mete miedo. Y así, con la cara que parece un melón de agua, se cambia de ropa, se empolva que parece una cucaracha martina, y se sienta en el corredor, a esperar. Y mamá, que es tan bruta, mormollando en la cocina: que si las mujeres de hoy en día no se saben dar su lugar, que si no se dan a respetar nadie les hace caso, que entre más sata menos encuentran; que primero prefiere una hija muerta que... Y mamá mormollando y mormollando y mormollando. Y Adolfinia poniéndose vieja, sentada en el corredor. Y las avispas cayéndole en el pelo colorausco de tanto sol que aguanta, buscando agua para regar el piso. Y Adolfinia poniéndose vieja y vieja, sentada en el corredor. Y mamá, mormollando y mormollando en la cocina... ¡Desgracia la mía!: se me ha perdido la gallina. Mejor será que me muera antes de ir para la casa y decírselo a mamá.

Querido hijo
ruego a Dios
al recibo de esta carta
te encuentres
bien.

Yo estaba llorando sobre una piedra, en mitad del jíal. Estaba yo deseando que me llegaran rápidas las ganas de morirme, para irme hasta el río y lanzarme... Estaba llorando y ya me había olvidado de que se hacía casi de noche. Y ya me había olvidado de por qué estaba yo llorando en mitad del jíal.

Estaba yo gritando y llorando sin saber ya por qué. Llorando por todos, y hasta casi por mí. Por

mí lloraba y lloraba. Y estaba oscureciendo. Y yo desmadejada sobre una piedra. Y los grillos zzzzzz, zzzzzz, zzzzzz. Y yo escarciendo más alto que los grillos. Así estaba yo, así, pensando sin pensar, y llorando ya tanto que ni siquiera sabía que lloraba, cuando siento un traqueteo de palos de jías cerca de mí.

¿QUIÉN...?

Estaba yo así. Cuando se me acerca Misael, lavado en sudor.

—Mujer, qué haces aquí sola.

—Seguía una gallina.

Y cuando menos lo pensé, ya Misael me tenía mancomada detrás de una jía, y me apretaba y me apretujaba. Cómo yo iba a pensar que él, que era para todos en casa como si fuera de la familia, pues había trabajado como diez años a partido con Polo, fuera capaz de hacerme eso. Él, que desde chiquito se había criado conmigo... Y a mí nunca se me había ocurrido.

Se va una demollejando por dentro de tanta alegría. Retiembla una al ver aquello. Se ve una por primera vez y lo ve todo por primera vez. Y se olvida de todo, por primera vez...

Ahora solamente oigo tus resuellos, y tus resuellos... Ahora vuelven de nuevo las matas de jías, y siento cómo molestan en las nalgas, y vuelven de nuevo los chirridos de los condenados grillos. Y me siento de nuevo yo. Y me parece como si ya no tuviera salvación. Y creo que ya no tengo salvación.

Ahora todo no es más que tu resollar.

—¡Adolfina! ¡Adolfina! Ya estoy al soltar el mondongo...

El primer día, en cuanto me pude poner de pie y lo vi, todavía con los pantalones desamarrados, salí desmandada para la casa. Pero al otro día no corrí. Ni me moví siquiera. Y nos quedamos así mucho tiempo: los dos desnudos en medio del jial. Sin pensar en que cualquier persona podía aparecerse por entre los matojos. Sin pensar.

—Aunque tú no lo creas. Ahora lo único que veo es una niña más chiquita que tú, ahogándose dentro de una bañera seca.

—Qué fainera...

Vamos los dos desnudos por entre las jías, y ya casi es de noche. De noche oscurísima.

—¿Y ahora?

—Ahora el humo lo cubre todo.

—Mentira. Cómo no siento a nadie toseñ.

La luna parece que se ha atorado detrás de las nubes. Y no puede zafarse. Nosotros aprovechamos ese atoramiento, y desnudos damos unos paseos por todo el jial. La luna al fin se desatora. Y nosotros aprovechamos el desatoramiento para tirarnos entre la camada de hojas secas que forman las jías.

Dime
si comes
en abundancia
todos
los días.

Qué dirá la gente si nos ven cruzar desnudos por el medio del potrero. ¡Dios mío! y con esa luna enorme que hay esta noche guindando... Qué dirá la gente si nos ven así, desnudos y caminando con las ropas en la mano. Virgen Santísima, si no te da la gana de perdonarme, no me perdones. Ya a mí me da igual.

El agua, poco a poco, se me va colando por entre las piernas hasta llegarme a los hombros. El agua está fría y ribeteada de luz. Misael se me acerca caminando, con el agua hasta las rodillas. Misael desnudo... Yo lo miro un momento y enseguida me lleno de vergüenza. Y me zambullo. Y, debajo del agua, empiezo a reírme. Misael desnudo.

Misael desnudo.

Misael desnudo.

Misael desnudo.

—Imagínese usted, que ahora a ese zanaco le ha dado por fabricar esencias con hojas de ruda. Y ya la pobre matica de ruda me la tiene que da pena verla. Usted ha visto qué demonio el de ese muchacho. En vez de andar por ahí detrás de las mujeres...

*Esperó a que no hubiera nadie en la cocina.
Corrió hasta la mesa. Destapó el latón. Y empezó a comer galletas mientras las lágrimas empezaban a salirse de los ojos.*

Empiezo a comer galletas mientras las lágrimas se me zafan de los ojos y me van rodando por toda la cara. Lloro de rabia, coño, sin poder dejar de comer galletas, porque horita llega y me esconde el latón. Lloro de rabia al ver que no puedo hacer nada para que las cosas mejoren, aunque sea para mí. Si debiera de acabarse el mundo. Si debieran de tirar la bomba atómica, y ya. Horita cumpla diecisiete años y entonces para qué quiero seguir viviendo. Con diecisiete años y machuchándome los dedos

por dos pesetas. Y teniendo que estar oyendo las broncas y retahílas de lamentos de estas mujeres malditas y amargadas... ¡Carajo!, ahora mismo le voy a escribir a mamá diciéndole que me reclame enseguida. Me voy a fregar platos, a vender periódicos, a limpiar calles. Me voy a lo que sea. Pero en esta casa no aguanto un mes más. Qué va...

—Otra vez comiendo galletas, debiera darte vergüenza, iso hartón!, idesconsiderado! Tan grande y tan comemierda. No piensas en los demás.

Me voy, me voy.

Ahora sí que me voy. A que me voy. ¡A que no! A que sí.

—Qué falta de conciencia. Las galletas de la comida. Ésa era la vianda de todo el mundo. Camina, a trabajar. Haz algo.

Quiquiriqui. Quiquiriquiiiiiii.

Grapac. Grapac. Grapac. Grapac.

Me voy. Oh, pero te vas. Sí, me voy. Ahhhh: qué bostezo. Hurra, se va al fin. No me lo digas, ¿y no ha pensado cuánto ha de sufrir su pobre bisabuela? A lo mejor se muere de ésta. Sí, sí, sí, lo ha pensado, por eso se va. Oh; qué desconsideración. Oh qué remiendos. Ave María Santísima, el remiendo se come al pantalón. Pero parece bobo.

Me voy.

Me voy. Paca, paca, paca paka pakakakakakakakkkkaaaaaa. Míralo.

—Pero, ¿a esa hora es que te vienes a aparecer? Y sin haber encontrado la nidada. Si lo que mereces es que te caiga a estacazos. Si lo que mereces es que te raje a leña. So boba.

So guanaja.

So sencilla.

So babcaca.

So comecatibía.

So pedazo de carne con ojo.

So vaca.

So comemierda.

Tan vieja y tan boba.

Loca de remate.

Deberías de morirte.

No pareces mi hija.

Sal ahora mismo y busca la gallina.
Estás siempre en las nubes.
Estás siempre comiendo mojones.
Estás siempre en Babia.
Pedazo de yegua.
Dónde demonios has estado todo este tiempo.
¡Ay, coño!
Tralalalalá. Tralalalalaláaa.

Al principio, ni ella misma sabía qué le estaba ocurriendo. Se cansaba más rápido que antes al venir del pozo con las latas de agua. Se mareaba. Se sentía de pronto inmensamente triste; otras veces era tanta la felicidad que sentía deseos de colgarse de un gajo y empezar a balancearse. Todavía al segundo mes no acertaba a comprender qué le estaba pasando. Algo cambiaba en ella. Algo le molestaba, la fatigaba, crecía. Pero también aquellos dolores que periódicamente le sobrevenían, aquel derrame de sangre que ella misma no se explicaba —y que nadie se había preocupado por explicárselo, al contrario— había desaparecido... Y solamente más adelante, sobre los seis meses, comprendió, aunque todavía no podía creerlo, que estaba embarazada. Entonces empezó a hacer lo que ella estimaba que en esos casos debía hacerse para abortar. Cargaba, en vez de dos, cuatro latas de agua. Brincaba. Se subía a la mata de cereza y se lanzaba de uno de sus gajos. Tomó todos los cocimientos que ella había oído decir, en conversaciones que ella misma provocaba, que servían para el caso. Pero nada. No obtenía ningún resultado. Y el vientre seguía abultándose. Y las piernas comenzaron a hinchársele. Y los granos le invadieron todo el rostro. Por la noche, mientras los demás dormían, ella, frenética, comenzaba a golpearse aquel abultamiento. Y así seguía pegándose, al son de los resoplidos de los otros y de los sapos de la

yerba. A veces llegaba el amanecer y aún se estaba golpeando... Pero se inflaba, se inflaba. Y todos sus esfuerzos eran inútiles. Fue entonces cuando, desesperada, comprendió que ya no se trataba de evitar, sino de ocultar. Así, se fabricó una faja de saco, y se apretó tanto el vientre que al dar los viajes al pozo presentía, dichosa, que de un momento a otro se asfixiaría. Por un tiempo su desesperación fue tal que llegó por momentos, a veces por días, a pensar que estaba soñando, que aquello no podía ser posible, que aquello no podía sucederle a ella de ningún modo. Y lloraba tras los itamorreales. Y varias veces —tras los itamorreales— se prometió ahogarse a sí misma, tapándose la nariz y negándose a abrir la boca. Varias veces hizo el intento. Varias veces estuvo a punto de triunfar. Pero alguien golpeaba, alguien llamaba, alguien protestaba allá adentro. Y ella, roja, sudorosa, abría los labios. Y su vientre volvía a adquirir un ritmo, una precipitación ordenada. Fue por aquella época, quizá ya sólo faltaban unos días, cuando se volvió hermosa. Las manchas y los granos desaparecieron de su rostro. La sangre volvió a su curso normal, la piel se estiró, se puso tersa, brillante, blanca, mientras sus ojos adquirían un matiz insólito: dulce y violeta, y su pelo, que hasta entonces había participado de la rebeldía del alambre, se alisó, se suavizó, se volvió obediente con los dedos que, sorprendidos, no dejaban, de acariciarlo. Todo en ella adquirió de pronto una calma, una especie de plenitud que provenía de una misteriosa saturación, de un triunfo... En la casa la observaban como resentidos, sin entender nada, sin proponerse una explicación, pero sintiéndose, en algún sentido que ellos tampoco entendían, traicionados. Celia decía que estaba más pálida; Digna, que estaba más pesada; Jacinta, que estaba más boba; Polo, que estaba más haragana. Sólo Adolfinia, que algo sospechaba, que algo temía, que algo envidiaba, se

limitaba a mirarla y a gruñir. De ese modo, Onérica logró ocultar su embarazo hasta el mismo día del parto... Ese día, amanecido, comenzaron los dolores. Al principio los soportó, luego empezó a pujar despacio. Finalmente se tiró en la sala, gritando. La vieja iba y venía, dando saltos, con un cocimiento de apasote, o una venda. Pero Onérica seguía retorciéndose en la cama, y sus gritos eran cada vez más altos. Por la tarde, cuando Polo llegó del campo, Onérica pateaba en las paredes, voceaba, echaba espumas por la boca; se había desangrado ya casi toda la cara. «Y ahora qué le pasa», preguntó Polo. «Sabrá Dios», contestó Jacinta, que preparaba un cocimiento de ruda y un baño con rompezaragüey. «Seguramente es un bilongo.» «Vaya usted a la mierda con los bilongos», dijo el viejo, zambullendo los pies en la palangana. «Algunas de las bazofias que tú haces la habrá emparruchado.» «Salvaje», farfulló la vieja, atizando el fogón. El viejo, que ese día había sostenido una lucha casi a muerte con un ternero, sacó los pies del agua y elevó la palangana contra la vieja. La vieja ya se había pertrechado de un tizón encendido. Pero en ese momento, un ruido para ellos insólito, comenzó a llenar la casa. Era el llanto, alto y asombrado, de un recién nacido. El viejo se llevó la mano a la cintura para coger el machete. La vieja se quedó con el tizón en alto. Digna y Celia, que desgranaban el maíz en la prensa, llegaron sorprendidas. Adolfin, en el comedor, tiró las tijeras y gruñó, luego soltó una carcajada. Y todos echaron a correr rumbo al cuarto.

Y nació Fortunato.

Y Misael salió huyendo ese mismo día y no se le vio el pelo en largo tiempo.

Y nació Fortunato.

Y mamá levantó al niño en vilo y se lo mostró a papá.

Y papá dijo: mávalo, mávalo.
Y mamá dijo: Yo no puedo, hazlo tú.
Y él dijo: dame acá.
Y yo me levanté de la cama y grité: bestias, bestias. Y me volví a acostar.
Y sentía afuera cómo los sapos hacían: rorrrr, rorrrr, rorrrr. Cada vez más fuerte. Cada vez más débil. Cada vez.
Y yo me puse a oír a los sapos.
Y Fortunato lloraba y lloraba.
Y Adolfin salió entonces en defensa del niño.
Y Adolfin dijo: si lo matan yo le pego candela a la casa con ustedes dentro. Velo a que ustedes se duerman. Y los quememos.
Y el viejo parece que le quiso pegar a Adolfin.
Y Adolfin cogió el cuchillo de mesa.
Y mamá empezó a rezar y a gritar.
Y yo me iba casi quedando dormida.
Y mamá seguía rezando.
Y Adolfin le fue arriba a papá con el cuchillo.
Y papá puso el niño en el suelo y salió huyendo para el monte.
Y el niño lloraba y lloraba.
Y la vieja maldecía y se tiraba de rodillas en mitad de la sala.
Y en el monte estuvo como un año.
Y los sapos rrrr, rrrrr, rrrrr, a más no poder.
Y yo no podía dormirme ni quedarme despierta.
Y Adolfin se arrecostó al tinajero y empezó a dar gritos.
Y a mí me dieron también deseos de gritar.
Y mamá entonces entró en el cuarto y dijo: quién es el padre.
Y yo dije: no sé.
Y yo dije: no sé.
Y yo dije: no sé.
Y Adolfin seguía llorando arrecostada al tinajero.
Y las bestias habían puesto al niño sobre la mesa y lloraba, y lloraba, y lloraba.
Y las bestias jugaban con el niño y le sacaban fiesta.
Y el niño sobre la mesa lloraba y pataleaba.
Y yo me dije: qué lástima, tan chiquito y ya está pasando trabajo...
Y mamá me dijo, tienes que saber quién es el padre.

Todos los días Fortunato amanece muerto sobre el techo de la casa, con las palomas encima. Todos los días igual: el blanquizar de palomas que sale volando en cuanto yo digo pipi, y Fortunato muerto se pone de pie.

Celia

Sí podría, sí podría. La secaba el incesante olor a guayaba podrida, subiendo. La secaba la voz chillona, el hambre, el continuo estruendo. La secaban las noches de inútil vagabundeo. La secaba el nuevo infierno que, de tan violento, no dejaba lugar a otras evocaciones. La secaban las continuas cartas de su madre, el ininterrumpido refunfuñar de la abuela. La secaba todo lo que él desconocía y, sin embargo, lo presionaba, asfixiándolo. El incierto porvenir, la seguridad de que si alguien vigilaba era precisamente para no dejarlo escapar. Sus radiantes hojas verdes perecían, se difuminaban calcinadas, ante la presencia de una calle candente que obligatoriamente hay que cruzar, de un techo de fibrocemento bajo el cual, obligatoriamente hay que vivir. Sus flores mínimas, perfumadas y blancas caían de golpe, desaparecían, bajo la continua ráfaga del rencor de la impotencia, de la furia de la imposibilidad de escapar. Y su perfume y el rumor de su follaje ya se confundían, ya se fundían, con el estruendo de latachos y el rechinante olor de la mermelada que anulaban el resto de los olores del mundo... Levantarse. En la madrugada calzarse corriendo los zapatos hediondos; ponerse corriendo el pantalón hediondo, mojarse la cara, y, corriendo, llegar al sitio donde aguardan los cabezales, los martillos, las puntillas, y los otros. Corriendo había que ponerse a clavar. Hacer mil cajas en el día. No morir de hambre. Llegar al peso. Clavar, clavar. Y cada golpe del martillo —algunas veces se cogía una un dedo, y hasta una mano— era un golpe dado en el tronco oloroso de aquella enredadera. Y a cada golpe del martillo, la planta se estremecía, se contraía, y un aguacero de hojas y flores blancas desaparecía en ráfagas dentro del tacho donde borboteaba la mermelada. Y, finalmente, cuando la caldera, liberándose del calor y

el humo, lanzaba aquel torbellino de vapor, borraba por completo la silueta de la planta, y cuando pasaba, cuando se cerraban las llaves, sólo quedaba el esqueleto del árbol, rezumando humo, agua hirviendo y olores intolerables... Oye: además el sol, los tiempos en los que las lluvias se prolongan o se ausentan, las sucesivas cadenas de ciclones que llegan arrasándolo todo, y la natural condición humana de acabar con todo verdor, se encargarían de ultimarlos, si es que otro infierno no lograba darle fin al árbol. Él lo sabía. Él lo sabía. A pesar de su desesperado esfuerzo por retener un gajo, una hoja, la hondonada reluciente que forma la resina, el apretado botón de una flor que quizá, seguramente, sí, ya no tendría tiempo de brotar, él sabía que aquella región, que aquel consuelo, aquel paraje, *aquello*, todo lo que quizá, naturalmente, no fueron más que otras cárceles magnificadas ahora por la memoria, no eran recuperables, como tampoco era recuperable aquel tiempo ni la vida que él hubo de transcurrir. Ahora hasta los lugares aborrecibles, al saberse ya perdidos, se convertían en sitios venerables. Ahora, cuando ya corría, cuando ya casi no se podía sostener, comprendía (eso también) que cualquier sitio es preferible al no tener sitio, al estar siempre en poder de los otros, al no contar siquiera con un espacio, mínimo y ardiente, donde al menos poder extender su desgracia. Ahora en este instante —y la mosca otra vez zumbando en su nariz, la mosca, también como él, queriéndose posesionar de un sitio exclusivo—, todo se encargaba de evidenciarle hasta qué punto puede ser mezquino e inútil un presente para que nos sostengamos tan sólo de evocar un pasado también aborrecible. Corrió. Ahora todo era tan claro. Corrió. Ahora todo era tan intolerable. Corrió. Ahora todo se convertía en un símbolo, en una alegoría —hasta aquella misma carrera estúpida—, en un augurio miserable que, de tan evidente, no era ni siquiera necesario descifrar. Como si eso fuera poco, una vez tuvo un sueño: él y dos mujeres iban por la arboleda, rumbo a la casa, en el campo. Al principio, él no reconoció a las dos mujeres, que hablaban a su lado. Luego pudo ver que una era su madre y la otra, una de las tías —una de las tantas tías cuyo nombre, en el sueño, él no podía recordar... Volvían por la arboleda de la casa del campo, luego de haber vivido mucho tiempo en la ciudad. Iban sólo de visita por una tierra que ya no les pertenecía.

A una casa que tenía otro dueño. La tía llevaba el pelo amarillo y largo (un amarillo chillón, sin duda, artificial) y hablaba con su madre. Hablaban sobre la forma en que él se vestía. Toda la conversación giraba sobre un pantalón que él tenía y que según la tía era demasiado estrecho y había que quemar. La tía ponía mucho interés en que aquel pantalón debía ser quemado, lo recalcaba de nuevo, insistía. La madre asentía sin que él pudiera entender ciertamente sus palabras. Iban por la arboleda del campo, por el sitio de su infancia, y, sin embargo, a cada rato, bajo la mata de anones, sobre las ramas de un ciruelo, sobre una palmera, o entre el follaje del manzano de río, él se tropezaba con un grupo de conocidos. Gente que nunca había estado en aquel sitio donde él ahora la veía. Gente conocida en la calle, en la venduta, en la fábrica, obreros, vendedores de pastas cubanas, profesoras públicas detestables y superficiales, gente con la cual la vida le había obligado a hacer relaciones, a la que tenía que tratar diariamente, saludar, hacerse incluso su amigo. La madre y la tía seguían hablando sobre aquel pantalón —él no lograba recordar cuál— que debía arder, y la tía, para fastidiar quizá, sí, seguramente, alzaba más la voz cada vez que pasaban cerca de alguno de aquellos grupos aborrecibles, que se mantenían fijos, seguros, mirándolo, como si hubiesen nacido para estar allí bajo o sobre aquellos árboles, fiscalizando, grotescamente interrogantes y burlones. Finalmente, él y las dos mujeres llegaron al patio de la casa. Sus nuevos dueños la habían abandonado, clausurando las puertas. Pero por fuera todo parecía igual que antes. Y él se quedó fijo mirando aquella inmensa mole de yagua y guano que el sol, la lluvia, el viento, habían ya descolorido. La madre y la tía hablaron de entrar. Él se dijo: si entro me muero. La madre y la tía parece que no oyeron nada; abrieron un portillo entre las yaguas y, como dos ratones curiosos, desaparecieron. Él se quedó mirando. Ahora alrededor de la casa no había yerbas, sólo, quizá, la sombra de algún árbol que no llegaba a divisarse. Por un momento permaneció afuera, recordando. De vez en cuando se percibían lejanas explosiones huecas, grandiosas, monótonas. ¿Qué sentido tenía aquel regreso? ¿Qué había en aquella casa donde había pasado su infancia? ¿Acaso allí había sido feliz y ahora que todo había pasado —era irrecuperable— era cuando le estaba permitido saberlo, reconocerlo? Pero la felici-

dad está en el momento en que se disfruta y no en el que luego se evoca. O, de lo contrario, todo es una estafa, y no existe tal felicidad. Y de pronto, mirando aquel caserón de techo tiznado y yaguas desflecadas —los animales comían de las paredes— donde el viento en el corredor golpeaba en una hoja de zinc casi desprendida, se vio grande, ridículo, ya hombre, y no pudo aguantar la risa al pensar que momentos antes se había atrevido a manejar, aunque con reservas, la palabra *felicidad*. Grande y ridículo —lejos otra vez el largo estampido— en una casa que ya no le pertenecía, que nunca le había pertenecido... Allí estaban todos los lugares que la infancia había mitificado. El hueco donde el agua del fregadero formaba una poceta (allí izó un barco), el gran fogón hecho de tierra blanca y ceniza (allí asó boniatos), la gran prensa de maíz hecha con tablás de palma (allí fundó un comercio, una caballeriza, y hasta en una época fue el corral de los curieles). Y comprendió, o volvió a ratificar una certeza, que el valor de los sitios donde una vez habitamos no está implícito en el sitio mismo, sino en el tipo de vida que en él llevamos... ¿Y si entrara? ¿Y si de pronto levantase aquellas yaguas como hicieron la madre y la tía —que por cierto no habían reaparecido— y penetrara en la casa? Si otra vez caminara por la cocina, si viera el gran comedor, y se subiera a la mesa larga, quizá entonces, quizá entonces... porque si de algo estaba seguro era de que aunque en los demás sitios que vinieron luego, que se impusieron luego, también había dejado, como todos, parte de su vida, éste era el único digno de evocarse, el único que a pesar de todo, o por lo mismo, valdría la pena volver a reconstruir y habitar. ¡Y si danzase sobre la casa, y si se asomase al cuarto de la esquina —arriba dormían gallinas, cruzaban ratas, se instalaban arañas y avisperos— donde su prima Eulogia, la que nadie recuerda, le había enseñado a echar humo por los ojos! Y si llegase al pozo, y si viese otra vez el techo de la cocina, ¿no estaría salvado? ¿Salvado para siempre? Y volvió a mirar la gran mole erizada de pencas de guano y yaguas desflecadas —*laún existe, aún existe*—, y recorrió el portillo, y entró. Rápido llegó a la cocina. Pero algo había pasado allí. El sitio lo habían reducido. Los dueños, seguramente con el interés de gastar menos energías, hacer menos movimientos (familia práctica) habían levantado una pared que reducía la estancia a la mitad de su antigua extensión, y el fogón

no era ya su centro, sino que estaba pegado a esa pared y era imposible girar, como antes, a su alrededor, darle vueltas, saltar sobre él. Además, ni siquiera el fogón era el mismo. Era un artefacto común, indefinible, hecho de ladrillos, zinc y cemento. Inmediatamente, dejó la cocina y entró en el comedor: un pequeño cuartico casi totalmente ocupado por la mitad de la mesa larga —la habían cortado— alrededor de la cual apenas si cabían, pegados a su borde, seis taburetes de los que sólo el respaldo sobresalía y el resto desaparecía bajo la mesa, tan reducido era el espacio. Y deseó entonces correr hasta la sala. Pero a la sala ya no se llegaba por una sucesiva cadena de corredores llenos de canales, sino que había un pasillo de madera con puertas que daban también a pequeñas habitaciones inútiles. Antes de entrar en el pasillo se detuvo. Sintió que se asfixiaba, que no era aquélla la casa que, evidentemente, lo habían engañado. Hizo el intento de seguir, de echar a correr, pero ya comenzaban a brotarle en los brazos, en toda la piel, como un semillero de puntillas, que, rápidamente, se unieron, se solidificaron formando una erizada coraza que no le permitía casi ningún movimiento. Miró para la mesa: miles de pequeñas ranas, pero no eran ranas precisamente, de diminutos animales también acorazados, saltaban grises, pesadamente y algunas veces al caer quedaban bocarriba inmóviles, contraídos, en posiciones lamentables. Algo se le olvidaba. Algo en ese mismo momento, se le iba de la memoria y era, sin embargo, lo único que podría rescatarlo. Recordó mirar para el techo. Seguramente allá arriba todo seguiría igual. Mirar para el techo, ver el humo pegado a la cumbre, las grandes telarañas, la excusa —¿aún quedarían murciélagos? Pero otra vez olvidaba algo. ¿Qué debía hacer? ¿Qué era? Y la coraza seguía avanzando, inundaba su rostro, petrificando, y sus ojos tenían que limitarse a ver en ángulo recto el largo pasillo escoltado por puertas inútiles. Recordaba: mirar el techo, entrar en el cuarto de Eulogia, correr hasta la sala, encaramarse en los árboles del patio. Todos se irían, todos tendrían que desaparecer al él tomar posesión. Pero ya las paredes de la casa se juntaban, la coraza presionaba su garganta y, revestido de metales, blindado, fijo, sólo podía ver los muros que se le abalanzaban, comprimiendo. Y mientras se asfixiaba sintió que alguien hablaba en algún lugar, en alguno de los estrechos compartimentos. Alguien, dos

personas, decían en voz alta mil sandeces, comentaban (y él no podía más) las ventajas del fogón de doble hornilla; elogiaban los espacios reducidos donde no había que «soltar el bofe», así decían, para ir de la mesa, en el comedor, al fogón, en la cocina. Seguían hablando, seguían hablando. Y las paredes avanzaron decididas, y la escoria metálica se contrajo, lo forró totalmente. Y cuando el *quirindán* de la fábrica lo despertó completamente y se vio, aún espantado, bajo el techo de fibrocemento, ellas seguían hablando en voz alta y chillona sabrá Dios sobre qué estupidez pasajera. Eran su madre y Adolfiná, quienes, revolviendo los ciscos de carbón en la cocina —y qué ruido hacían— evocaban, muertas de risa, el horror pasado, quizá para olvidar el presente... Con los ojos abiertos, Fortunato siguió oyendo aquellas risas que se desplegaban junto con el ruido de los carbones al

Y pensar que todo fue por culpa de una gallina extrañada...

Onérica

ser revueltos. Con los ojos abiertos oyó, más allá, el otro estruendo, de poleas y tachos y llaves de compresión que daban paso al torbellino del vapor. Y con los ojos abiertos se quedó un rato sobre la cama mientras sus manos, en el aire y tras el mosquitero, comenzaron a imitar garfios, y su boca empezó a hacer muecas. Y una pierna ascendió recta, tomó impulso, y abatió el mosquitero, que cayó sobre sus ojos abiertos como una nube a la que no hubiesen dado tiempo para que se resolviese en agua. Se incorporó. Aún no había amanecido. Pero el estruendo ganaba en ritmo y en intensidad. Había que vestirse. Había que engancharse rápido los zapatos y salir corriendo para coger el mejor martillo, la mayor cantidad de puntillas, el mejor saco de cabezales, antes que ellos. Ya estaba en la calle.. Ah, pero quién podía resistirse a ese momento en que aún no llegaba el día y tampoco era la noche; quién podía resistir en ese momento el estirar una mano al vacío, elevarla, grácil, ligera, tenuemente arqueada en un extremo, y así, en la intimidad, quizá envuelto tan sólo en la tela del mosquitero, invocar una danza extraña, soltar algún chillido, algún berrido, algún relincho, algún estertor breve, momentos antes de que amaneciera... Pero se contuvo; dejó suspendido, aplazado, el proyecto, y, en silencio, descorrió el mosquitero; y en silencio comenzó a vestirse, un

poco frustrado, aún somnoliento y, como siempre a esa hora del día, inconscientemente erotizado... Porque también estaba eso: Controlarse. Evitar, rechazar, momentos antes de que amaneciera, aquello que subía y también solicitaba manifestarse furiosamente con estruendos inaplazables. Porque también estaba eso. Aún, en este momento en que el verdadero escozor debía transportarlo a una realidad estable, libre de imaginerías, aún en este momento en que los agujeros que lo taladraban no debían dar oportunidad a divagaciones, a otras muecas ni danzas, también en este momento estaba eso, tocando, interrumpiendo su gran acontecimiento, *el único verdadero*, intentando aullar, cantar, caminar, en un solo dedo, llevarse las uñas a los ojos. Ah, cantar aquella canción escuchada a su abuela —¡qué canción!—, mientras que con parsimoniosa delicadeza, pero firme, se restallaba algunas piedras en el pecho. Ahora, ahora, ahora volvía de nuevo. Ahora que ya estaba a punto de tocar el suelo con el rostro. ¿No era éste, precisamente, el momento para empezar a declamar con voz de contralto enfurecida —las piedras, como tambores, restallando en el pecho— aquella hermosa canción? Ahora. En este mismo momento. Ya.

Vida de los muertos

Buscando a mi prima muerta Esther hace algún tiempo que ando. Y ya voy reconociéndome bajo las aguas. Y ya voy tocando las cosas que no son. Vuelvo otra vez a la casa de la infancia. Quién podría decirme cómo cambian las cosas... Quién podrá decirme si es uno el que se queda igual o si es uno el que está siempre cambiando.

Buscando a su prima muerta va el muerto. Tocando las cosas que no son porque él no es. Debería haber alguna ley que le prohibiese a la gente mirar las cosas que miró, siendo muchacho. Debería haber alguna ley que le prohibiese a la gente morir y seguir viviendo. Deberían hacer una ley que prohibiese a la gente sentarse en el taburete en que se sentó cuando era niño... Ahora todo es tan diferente. Ahora las cosas están como deformadas. Ahora comprendo que el tiempo no es recuperable. Me estoy mirando y me parece que no puede ser. Te miro pasearte

por debajo de los anonales, por sobre los capullos de las matas de tamarindo. Te veo quedarte un rato sobre un gajo y luego desprenderte, y pararte en uno de los rincones de la cocina. Te veo. Te veo... Te veo quedarte junto al fogón, y luego a tientas llegar al comedor y a tientas seguir hasta la sala. Te veo. Oye cómo habla de ti en la sala. Oye cómo hablan... «Fue hace tiempo», dicen. «Él salió y nosotras dijimos, si ya salió es porque está muerto. Pero eso fue hace tiempo. Ahora a lo mejor hubiéramos dicho otra cosa...» Son ideas tuyas. Son ideas mías. Son ideas *tuyas-mías*. Si ahora abres los ojos no verás a nadie en la sala. Y nadie te cogerá del brazo. Y nadie te dirá siéntate, siéntate muchacho. Y nadie te hará un cuento. Y nadie te ha de regañar. Estás con Nadie y por eso te sientes tan seguro y acompañado. Son ideas tuyas, son ideas mías. No hay nadie. Hay nadie. Sigue si quieres. Puedes llegarte hasta el corredor, y después del corredor salir al patio, y luego a los polleros, y al corral de las vacas que se murieron del mal. Ahí sabes que termina el mundo. Allí está tu prima, sentada en la talanquera. Le hago un gesto y ella misma me abre, a una señal de sus dedos irreales. Le hago un gesto que casi es un gesto, y la talanquera, como por arte de magia, hace zaz, y se abre sola. Ahora podemos caminar hasta el maizal.

Cogidos de la mano iremos, mi querida prima, a ver si es verdad que todavía las matas de menta se mantienen en pie. A matar algún que otro gorgojo. Y a jugar al escondido, como si aún fuéramos muchachos. Como si aún fuéramos.

La Feria —como casi todas las ferias— se celebra una vez al año, en el cuartón principal. Para los grandes, La Feria trae la estrella giratoria, la silla voladora, el meteoro, el candado, el tíbiri-tábara, el avión del amor y el tiro al blanco. La Montaña Rusa no puede llegar a estos sitios. Para los muchachos, el carrusel con órgano al centro, que pone música en todos los sitios, los botes de agua, los caballitos y los carros locos. Para todos trae La Feria una mujer de pelo rubio y largo que se encarama a una torre y, allá, empieza a bailar en un solo pie, a hacer maniobras, a sostenerse sólo con

los dientes y saludando, y que, finalmente, amarrada por el pelo, se lanza al vacío, y brillante (la trusa es de tachuelas) llega al suelo... La Feria, desde luego, es el acontecimiento más extraordinario que se celebra en la región. A ella va todo el mundo. Todos allí danzan, manotean, beben, o, por lo menos, deben dar vueltas de un sitio a otro. Todo el mundo allí tiene por lo menos que moverse, mirar. Con seis o siete meses de anticipación comienzan los preparativos para ir a La Feria. Los hombres guardan el producto de la cosecha para comprarse una montura, un pantalón, un par de espuelas y gastar el resto. Las muchachas ceban un puerco, venden sus guanajos; si son más pobres, tejen fondos de asientos o recogen guayabas para comprarse un vestido y un par de zapatos. Todo joven, en La Feria, debe estrenar algo. Los hombres, seguros, brillantes, se saludan con grandes gestos, exhibiendo un reloj de oro, un sombrero reluciente. Las muchachas, elevadas hombreras, vestidos y zapatos nuevos, larga cartera blanca, adquieren de pronto un aire exótico, quizá porque durante toda una semana se han frotado la piel (brazos, cara, piernas) con tierra blanca y limón. Hasta los viejos son capaces de vender una novilla para estrenar en La Feria una plancha de dientes postizos. Gran fiesta pública y pagana. La Feria es como la culminación de una espera. La única gran oportunidad que tiene esta gente de exhibirse, de satisfacer esa necesidad eminentemente humana... Todo el mundo está allí. Giran, danzan, cabalgan, disputan, beben, sonríen; algunos se golpean. Pero todos están allí. Exhibiéndose, esperando, buscando. Y el órgano suena. Suena.

Estaba yo aburriéndome a más no poder en la feria.
Estaba yo que no podía ni con las patas.
Estaba yo recansada.

Estaba muerta de aburrimiento.
Estaba con ganas de morirme.
Pensando.
Pensando que nadie me invitaba ni a una hojuela.
Pensando que parecía una yema de huevo con el vestido amarillo.
Pensando que horita se hacía de madrugada.
Pensando que todavía ningún hombre me había sacado a bailar.
Pensando que ninguno ya me sacaría.
Pensando que me tendría que quedar para vestir santos.
Pensando que en nuestra familia nadie se casaría.
Pensando en Adolfiná.
Pensando en Onérica.
Pensando en Celia.
Pensando en mí.
Pensando que ya no tenía escapatoria.
Pensando que dejé el almidón sobre el mayal.
Pensando que le caería todo el sereno al poco almidón que tenemos para toda la ropa de la casa.
Pensando que al otro día sería lunes.
Pensando que el lunes tenía que lavar toda la ropa de la casa.
Pensando que después sería martes y, después miércoles y, y, y,
Y
el órgano tocando y tocando.
Y la gente baila que baila.
Y yo como un alma en pena en el rincón.
Y yo mirando a las demás muchachas divertirse.
Y yo pensando que la culpa la tuvo mamá por no haberme dejado que me hiciera el permanente casero.
Y yo deseándole la muerte a mamá.
Y yo riéndome por fuera por si acaso alguien se me acercaba.
Y yo con la boca reseca.
Y nadie me invita a tomar aunque fuese un rayao.
Y yo con los pies entullidos.
Y nadie me saca a dar vuelta aunque me pisara los dedos.
Y ya nadie ni siquiera me miraba.
Y nadie me sacaba a bailar.

Y AHORA... ¿QUIÉN?

Y nadie me piropeaba.

Y nadie me gritaba: «Ojalá te parta un rayo».

Y nadie ni siquiera sabía que yo estaba en el mundo.

Y nadie me daba aunque fuese una trompada.

Entonces

salí al patio.

Entonces sentí muy triste la música del órgano.

Entonces comprendí, mirando aquella gente que giraba y reía, que yo no tenía garfios para sujetarme a la vida, como los otros.

Entonces supe que sin garfios es imposible sobrevivir.

Entonces me di cuenta de que me estaba muriendo.

Entonces me pareció que el órgano lloraba.

Entonces yo empecé a llorar también.

Entonces el órgano y yo nos rajamos en gritos.

Entonces me pareció que el mundo se estaba terminando y supe que una sola no es nada, que uno sin otra persona no existe.

Entonces, sin darme cuenta, metí un pie en un fanguero.

Entonces me embarré bien las manos en el fango.

Entonces me pasé las manos por la cara.

Entonces caminé en cuatro patas.

Entonces di un grito más fuerte que el del órgano.

Entonces di un maullido.

Entonces me reí a carcajadas.

Entonces me acosté sobre el fanguero.

Entonces me revolqué en el fanguero.

Entonces empecé a llorar mucho más bajito que el órgano.

Entonces vi que todo era triste.

Entonces vi que una lechuza pasó altísima y me mentó la madre.

Entonces yo me levanté y seguí caminando.

Entonces empecé a bailar en mitad del camino real.

Y

entonces apareció Moisés.

Y me dijo: qué te pasa.

Y yo le dije: nada.

Y me dijo: algo te pasa.

Y yo le dije: nada.

Y me dijo: pareces una puerca en un chiquero.

Y yo le dije: tu madre será la puerca.
Y él me dijo: no me mientes a mi madre, que está muerta.
Y yo le dije: a mí qué me importa si yo también lo estoy.
Y él me dijo: pero a mí sí. ¡Puerca!
Y yo le di una galleta con la mano enfangada.
Y él me dio otra.
Y yo le di otra.
Y él me dio otra.
Y yo le di otra.
Y él me dio otra.
Y yo empecé a llorar de tanta alegría.
Y caminamos por todo el yerbazal.
Y nos metimos luego en un cañaveral.
Y no hicimos nada en el cañaveral.
Y la música del órgano ya había dejado de llorar.
Y la música del órgano no era más que música.
Y la música del órgano ya ni se oía.
Y yo me dije: tú eres Digna.
Y yo me dije: estás naciendo, Digna.
Y yo me dije: naciendo estás, naciendo estás.
Y otra vez cogimos el camino real.
Y volvimos para el baile.

—¡Polo! ¡Ya esto no tiene nombre! ¡Ya esto es el colmo! Adolfini hace más de tres horas que está metida en el baño y no hay manera de que salga. Así que ve a ver lo que tú puedes hacer, porque yo no puedo más. No te me sigas haciendo el sordo que yo bien sé que tú oyes, ¡y mucho! Lo que pasa es que quieres aparentar que estás en Babia para no tener que resolver ningún problema. Pero si tú estás recondenado, yo también lo estoy. Y si tú no quieres que te hable: te grito. Y si no quieres que te grite: cojo una escoba, y te la estallo en el lomo. ¡So viejo inútil! Viejo descarado. No sé por qué me casé contigo. Ay, Dios mío, perdona que me rebele, pero aunque sea tengo el derecho

a pelearle a este degenerado. Anda, maldito, saca a tu hija del condenado baño porque si no me da un ataque. Ya estoy reventando, ya no aguanto. Sácala ahora mismo o le pego candela a la casa. Ya no aguanto. Ay, que ya no aguanto. ¡Demuestra aunque sea una vez en tu puerca vida que eres hombre! ¡Vamos!, por qué no respondes. ¡Responde, viejo, responde! ¡Que ya estoy hasta la coronilla! Hasta la coronilla estoy ya. ¡Yaaaaa! Ay Dios, ay, Dios, ay Dios. ¡Sáquenla del baño! Ay, que ya no aguanto, ay, que ya no puedo. Ay. Quítenme a este viejo de mi cara. Llévenselo lejos. Ay, qué tiene el demonio atrás. Ay, él es el causante de tantas desgracias. Tú, viejo zoquete. Tú, so maldito, por haber vendido la finca. Ay, la finca. Ay, la finca. Ayyyy, la finca. Ay.

Habrás visto qué cosas las de esa muchacha: meterse en el baño y no salir en tres horas. A la verdad que yo no me explico... Ah, vieja, pero si crees que te voy a dirigir la palabra, ni lo pienses. Por mi parte se puede podrir dentro de la bañera, que lo que es yo no te voy a dar el gusto de regañarla y decirle que salga. Ahí se pudra.

—¡Ay, sácala! ¡Sácala!

Me voy a empaquetar las mandarinas para ver si las puedo vender, porque ya están pasadas y si las ven no hay quien las compre. Qué barbaridad, toda la mercancía se está pudriendo en los aparadores y no hay quien venga a comprarla. Si esto sigue así. Si esto sigue así...

—A ti salió la muy maldita con estas locuras. A ti salió. Que en tu familia todo el mundo murió loco, y el que no se ahorcó, se rompió la cabeza contra las piedras. Bien lo sé. Acuérdate de Faustino... Cabrona suerte la mía al empatarme contigo. Cabrona... ¡Ay, Dios!

Pero resulta que no tengo con qué envolver las mandarinas, pues los papeles que tenía, el condenado Fortunato los ha gastado en escribir puerçadas.

—Cada día me arrepiento más de haberme casado contigo.

¡Vieja! ¡Vieja! Apártate de mi vista, porque con lo retencansado que estoy cualquier día te arremeto una pesá en la cara. Y entonces sí que no haces el cuento.

—¡Anda a sacar a esa mujer del baño! ¡Sabrá Dios lo que le pasa!

Más de lo que le ha pasado no le puede pasar. Estáte tranquila. No me sigas cuqueando porque vas a salir perdiendo... A ver... a ver en qué puedo envolver estas mandarinas pestosas... A mí, como si se queda la vida entera ahí adentro, que, total, para las veces que yo utilizo el baño...

—¡Anda, anda! ¡Porque me da algo!...

Ahí viene de nuevo Tomasico. Y esta maldita mujer con ese escándalo. Qué vergüenza, si debiera de tragarme la tierra. Si pudiera cogerla por el cuello... Pero ya llega.

—Hola, don Polo. Cómo está usted.

El muy sicatero, siempre me trata de «don Polo» y todo. Para mí que lo hace en son de burla. El muy condenado se las lleva al vuelo: oyó el escarceo que tiene armado esta mujer y viene a penderciar...

—Pues aquí me puedes ver, chico. Esperando a que alguien quiera llevarme la mercancía.

—Verdad que la venta es poca.

—¡Poquísima! Hoy, en todo el día lo único que he vendido son dos macetas de anoncillos.

—¡Qué barbaridad!

Sí, a Tomasico le habla. El muy sinvergüenza. Pero a mí, que soy su mujer, no me bostica ni media palabra. ¡Por qué será así conmigo! ¡Yo que siempre estoy al tanto de todo! Yo que siempre me he sacrificado por los demás. Cuando yo digo que aquí debe de haber algo tremendo. ¡Tremendo debe de ser el mal que hay en esta casa! La gente prefiere hablar con los perros y no con nosotros. Y hasta nosotros mismos no nos dirigimos la palabra. Dios mío, quítanos esta prueba. Quítanosla, porque ya yo estoy cansada.

Cuando ha llovido, cosa que raramente sucede en este pueblo, los sonidos se oyen distintos. El agua ha limpiado el aire y las rendijas de la madera. El agua ha destupido el tiempo, y la música del órgano llega clarísima a través de ese aire limpio. La música y las risas de los otros atraviesan el llano, inundan la casa donde la gente duerme. Por todos los sitios, quieras o no, la música del órgano, alta y clara, llenando la casa... Esta tarde ha llovido.

A Lolín le decían la China quizá por sus ojos. Ojos grandes y largos —¿tristes? A Lolín no le disgustaba que la llamasen así. Al contrario, la China es un apodo que le da siempre cierta categoría a una puta. Como todas las putas de La Frontera, Lolín amaba las telas rojas, las canciones mexicanas y las uñas largas. Como todas las putas, Lolín comienza su trabajo por la tarde, en el bar, si-

gue luego por la noche, y si algún cliente no la solicitó, termina acostándose al amanecer. Como todas

las putas de La Frontera Lolín viene del campo, de otro pueblo, adora a su familia, y es pobre. Como todas las putas, Lolín es extremadamente sentimental. Canta. Ahorra algún dinero que luego presta y jamás se lo devuelven. Como todas las putas, vive sola, es sola, llora, generalmente, de domingo para lunes. Y, como todas las putas, sería capaz de dejarse matar, de dejarse *arruinar* (como sucede siempre en estos casos) por el primer hombre que la tratase como a una mujer. Fortunato ama, secretamente, a Lolín. Va casi todas las noches a El Repello de Eufrosia para verla; idealiza sus grandes ojos que quizá no sean tristes sino, sencillamente, grandes. Fortunato quisiera raptar a Lolín, perderse con ella, huir. Pero están los demás. Y todos saben que ella es puta. Y por eso, en presencia de los otros, hay que tratarla como tal. Y cuando sale con Abi y con los demás muchachos del barrio debe hablar como ellos, y tratarla como ellos la tratan. Y volverse así, ágil y feroz, como ellos... Aunque, ni él mismo jamás lo ha confesado, Fortunato ha escrito novelas en las cuales el personaje central, la gran estrella, es ella, Lolín. En una, él y ella, luego de haber dado un golpe formidable, huyen en un gran automóvil por toda la Isla; hacen el amor en cualquier sitio, mientras todos se confabulan para acosarlos. En otra, ella es una cantante lejana y famosa que viene de paso a este pueblo. Mira a Fortunato, lo llama y se lo lleva para siempre... Y mientras tanto el órgano suena y suena, y él, Abi y los demás muchachos aguardan a que la China, suelte a ese tipo gordo y medio borracho para hacerle la proposición. Abi, el más listo, será el encargado de hablar por todos.

Anisia cree que me va a ganar a mí en eso de romper platos. Pero está chiflada si lo sigue creyendo. No hay quien rompa más que yo. ¡Que ni piense que me va a ganar! Ahora mismo que

ella está roncando, yo me voy a levantar y voy a hacer añicos toda la loza de la vitrina y de la locera. Ahora mismo voy a coger todos los platos y se los voy a tirar a mi abuela dormida sobre la cabeza. Y mañana que digan lo que les parezca. Que a mí no me importa. El asunto es ganarle a Anisia en romper cosas. Cómo me voy a reír mañana cuando ella se levante y vea que ya no le queda nada por romper.

Pero, qué veo: ¡Anisia ya está en la locera!...

—Guanajo, creías que me ibas a dar la delantera. Pues eres un bobo. Yo fui la que llegó primero, y yo voy a ser la que haga astillas todos los platos.

—Dame uno aunque sea. Para rompérselo en la cabeza a la vieja.

—Si es para eso: toma dos.

—Qué bueno, ahora se lo desbarataré encima.

—Camina bien despacio.

—Bien despacio...

—Más despacio.

—Así.

—No. Más. A ver: levanta el vuelo, así, igual que yo.

—Igual que yo querrás decir.

—Anjá: así.

—Que nadie nos vea. Que no se den cuenta de que podemos hacer estas cosas.

—Schissst. Habla con la boca cerrada.

—Con la boca cerrada te estoy hablando, ¡animal!

—No me había dado cuenta, como de todos modos te oigo relinchar.

—Ya llegamos.

—Qué oscuridad.

—No atino a darle en la cabeza.

—Qué oscuridad, si estiro las manos y no me las veo.

—Agáchate.

—¿Ves algo?

—Ni hostia.

—Yo tampoco.

—No hay nadie en la cama.

—Nadie. Qué barbaridad, dónde estarán esos viejos a estas horas.

-A lo mejor están en el escaparate.
 -O dentro del orinal.
 -Busca abajo de la cama.
 -Aquí abajo hay alguien.
 -¡Fortunato! ¡Es Fortunato!...
 -¿Qué haces aquí?
 -Nada.
 -¡Fortunato debajo de la cama de los viejos pendenciando, para ver lo que hacen cuando se acuestan!
 -¡Condenados muchachos!
 -Ahora mismo lo vamos a decir.
 -Mentira, que no estaba pendenciando. Vine a robarme la cajita del dinero que el viejo pone debajo de la cama. Pero esta noche parece que la guardó en otro lugar.
 -Dime tú, mira que un muerto robar dinero.
 -Lo quiero para bailar con Lolín.
 -Dime tú, y para qué más.
 -Y para hacer vino.
 -¡Dime tú!... Un muerto bailando y tomando vino.
 -Vámonos corriendo no vaya a ser cosa que despertemos.
 -Sí. Vámonos corriendo.
 -Vámonos caminando con el dedo gordo.
 -Vámonos mordiendo una oreja.
 -Una oreja.
 -Adiós, Fortunato.
 -Nato.
 -Adiós. Adiós.
 -Os. Os.
 -Te dejamos dormido.
 -Te dejamos despierto.
 -Que descanses en paz.
 -Que encuentres la cajita.
 -Que logres salir de tu casota.
 -Que puedas bailar.
 -Que puedas emborracharte.
 -Gramoñof. Gramoñof. Gramoñof.
 -Que despiertes y te quedes dormido.
 -Que vivas y te vuelvas a morir.
 -Que te mueras y creas que estás vivo.

-Que vivas y creas que estás muerto.
 -Que estés muerto y sepas que estás muerto porque vivas.
 -Que vivas muerto.
 -Gramoñof. Gramoñof. Gramoñof.

No. Desde mucho antes. Desde por la tarde. En cuanto escampaba. Después de la comida —y se comía temprano, como en el campo—, la música del órgano estaba allí, altísima, rotunda, rebotando en las paredes del portal, en los charcos de agua que han quedado y que Tico y Anisia revuelven ahora con palos y piedras, y con sus propias manos. La música.

Yo me decía: ya pasó tu tiempo. Ya tuviste lo que ibas a tener. Ya disfrutaste lo que ibas a disfrutar. Nadie más vendrá a decirte ni mal rayo te parta. Nadie más vendrá a preguntarte qué te pasa si te revuelcas en un fanguero. Ahora el órgano se puede desgañitar llorando, que nadie vendrá a consolarte para que el órgano deje de llorar y siga tocando como siempre.

Ya pasó tu tiempo y ni siquiera casi te diste cuenta.

Eso yo me decía. Pero enseguida me volvía a decir: no digas esas cosas, mujer. No digas esas cosas. Y así me iba consolando, sin motivos, claro. Y al pensarlo ya me desconsolaba. Y entonces corría para el patio o para la venduta y me ponía a conversar con la gente. Y así, hasta que ya no encontraba consuelo en nada. Y así, hasta que me di cuenta de que era verdad lo que me decía al principio. Y ahora que ya casi sé que lo que me decía era verdad, lo único que me alivia es entregarme a las palomas de Fortunato.

Dejar que ellas me picoteen la cara y luego me levanten en peso y me suban altísima. Y que desde allá arriba me suelten y me dejen caer.

Si ustedes supieran qué tranquilidad se siente cuando ya uno sabe que no hay escapatorias. Cuando las palomas han zafado sus picos de mi ropa y me dejan en el aire. Entonces. En esos momentos es cuando realmente se es libre. Libre... Tanto que se

piensa solamente en el estrellamiento para poder desprenderse de tanta libertad.

La vieja y el sol

—Dime ves ahora. Salgo a la calle a respirar, y el cabrón sol lo primero que hace es darme una trompada. Salgo: y el guirindán, guirindán, guirindán me persigue, y me cae a bofetadas. Que no hay es-

—Una yegua jugando a la marchicha.

—¡Dime tú!... ¿Y lo hace bien?

—Mejor que tú.

—Mentira.

—Mira.

capatorias. Que donde quiera que me meta es igual. Que ya soy una vieja caduca y todavía no tengo ni un minuto de paz. Y si me quedo en la casa, me vuelvo loca con la cantidad de demonios que hay ahora en todos los rincones. Y hasta en el fogón: metidos dentro de la olla. Y hasta en las latas de galletas vacías. ¡Donde quiera! Y si salgo a dar una vuelta, el condenado sol no me deja levantar la cabeza. ¡Desgraciado!, le digo. Y el muy bestia ni siquiera me contesta. Me lanza un chispazo, que si no me aparto me achicharra. Y sigue como si nada. Entro debajo de las pocas matas que quedan aún en los parques: y el muy maldito no sé cómo se las averigua para colarse entre los gajos y lanzarme un ramajazo de fuego... ¡Qué no hay escapatorias! ¡Que me muero y me remuero y no encuentro ni un minuto de tranquilidad!... Huyéndole al sol me agazapo en un corredor. Pero nada: el muy maldito sabe más de la cuenta, y, arrastrándose por sobre el asfalto, viene hasta donde yo estoy y me palmetea en la cara. En la frente. En las manos. Hasta dejarme chamuscada. Hasta dejarme ya sin aliento. Hasta dejarme ya en un estado que me da lo mismo una cosa que otra. Pero él no se da por com-

placido: y me sigue jurgando. Y me hace carbón el pelo. Y me arranca un dedo. Y sigue, y sigue, y sigue, hasta que yo echo a correr por toda la calle. Y la gente que me ve dice: pero qué horror miren a esa vieja cómo corre, si parece que lleva al Diablo detrás. Y es que la gente parece boba y no se dan cuenta de que el sol me ha caído atrás y me quiere achicharrar de veinte maneras distintas.

Dando tumbos y ya medio chamuscada llego hasta la casa. Pero la puerta está cerrada. Ay, la puerta.

Ay la puerta.

Ay la puerta.

Ay la puerta.

Ay la puerta. Dios mío. Dios mío. Cómo permites que me pasen estas cosas. Cómo es que las permites.

El sol me va atosigando. Y la puerta cerrada. Y yo toca que toca, toca que toca que toca que toca que toca. Y la gente: «está *tocada*», Y la puerta: cerrada.

—Abran.

—Abran.

—Abran.

Y yo: no está tocada, que lo que está es cerrada. Pero ellos, la gente, no quieren abrirme la puerta. No quieren abrirme esos malditos. Abran, malditos. Abran, malditos.

Pero en vez de abrir lo que hacen es pasar el pestillo. Siento cómo le están pasando el pestillo. Oigo cómo acumulan cosas detrás de la puerta para que yo no pueda tumbarla y pasar. «Ahora te toca tu turno, ahora te toca tu turno», dicen las voces. «Tu turno detrás de la puerta cerrada, afuera...» Y el sol ya me está alcanzando. Ya la bola de fuego casi me está agarrando. Y yo toco y toco. Pero no quieren abrirme la puerta. Pero no quieren. Ya estoy agarrada. Ya me cogió una pierna el sol. Y yo toca y toca y toca, y nada. No quieren las bestias abrir-

me la puerta. Socorro. Socorro. Ya te cogí. Ya te cogí. Ya te cogí... Ah... Ay. Socorro.

Socorro. Ya te cogí, vieja. Ya casi te estoy achicharrando. Ayyy. Auxilio. Ya, ya, ya te voy chamuscando. Ya te estoy cogiendo una pierna. Ay, el sol me está achicharrando: Ya te agarré.

-Abran.

-Abran.

-Abran.

Gramoñof. Ay que me achicharra. Abran la puerta. Abran esa puerta que me estoy derritiendo. Abran. Gramoñof. Gramoñof. Ay, Gramoñof. Ábrame la puerta. Gramoñof. Gramoñof. Gramoñof.

Y enloqueció. Pero ahora ya no estaba el viejo en la vendita para ver cómo se la llevaban.

Gramoñof.

Gramoñof.

Gramoñof.

Gramoñof.

Gramoñof.

Gramoñof.

Gramoñof.

Gramoñof. Gramoñof. Gramoñof. Gramoñof.
Gramoñof. Gramoñof.

Gramoñof. Gramoñof.

Gramoñof. Gramoñof.

Gramoñof. Gramoñof.

Gramoñof. Gramoñof.

Gramoñof.

Gramoñof.

Fortunato y la luna

A la verdad que hay días en que no tengo ánimos ni para levantar una tuga del suelo. Días así en que quisiera dormir y no despertar

Pero había, realmente, una luna tan inmensa. Una luna extraña y distante, brillando en el cielo, pre-

hasta de aquí a mil años. Pero no siempre es así: me acuerdo que una vez, cuando vivíamos en el monte, me cogió un aguacero debajo de las matas de almendras, y tuve que pasarme toda la tarde allí. Me acuerdo que después que escapó el agua seguía corriendo sobre mis pies, y el sol brillaba sobre el agua, y era tanto el estrépito de los pájaros que me hubiera gustado haberme quedado siempre oyéndolo. Entonces, no sé de dónde, me llegó una alegría; como si en aquel mismo momento se me hubieran abierto todos los caminos, y yo estuviera formando parte de aquella cantaleta y de aquel aguachal luminoso que se escurría entre la hojarasca de las almendras. Me quedé así, no sé ni qué tiempo, porque en ese momento el tiempo había desaparecido. Yo flotaba, como si estuviera entré una especie de gracia. Y aquello parecía decirme que algo maravilloso nos entra a veces hasta por los mismos pies.

Digna

evitable te habrá de desnudar, te habrá de perseguir;

cisamente en ese momento en que él salía a la calle con la maleta y los diecisiete pesos en el bolsillo. Una luna fría y sin tiempo, corriendo por un paisaje de cartón piedra, inhóspito e inapresable. Había, también, el ruido clarísimo del órgano, en El Repello de Eufrasia, que giraba sin fin, sin tiempo, también terrible e invariable, acosando... ¿Qué hacer? La luna, alta y cruel, observaba implacable, con su mueca habitual; el órgano, fijo y agresivo, rotundo chillaba en la medianoche... Si piensas ya no hay salvación, si te detienes y piensas, si por un instante vacilas, pereces. Oye el órgano, oye ese estruendo minucioso, oye esa perpetua humillación. Oye y escapa. Corre... Pero la luna también es agresiva y fría. La luna es la versión del nuevo espanto que te aguarda, si huyes. Su resplandor humillante e inevitable te habrá de desnudar, te habrá de perseguir;

¡No!

Pero no debes enfurecerte. Si quieres llora. Si quieres desmolléjate. Pobre muchacho. Si quieres te puedes compadecer y todo. Pero no te enfurezcas.

¡Sí!

Acostúbrateme a ver las cucarachas como si fueran una parte de tu vida misma. Porque son una parte de mi misma vida. Hasta el órgano toca ahora *La cucaracha*... Mi pobre muchacho. Cabeza dura. Qué será... Ah, pero si ya casi te estás durmiendo. Horita es de día. Horita te levantarás, y te vestirás, y te irás para la fábrica. ¿Pero, no está cerrada la fábrica? No importa, de todos modos es lo único que te espera... Horita cogeré el martillo y los clavos y empezaré a disfrutar de mis desgracias. Y empezaré a planear nuevas desgracias.

Ya oigo cómo descargan el vapor de los tachos. Ya oigo cómo limpian la caldera. Alguien ajusta y engrasa las poleas.

Guirindán.

Guirindán.

Guirindán. Levántate so mangansón que la fábrica abrió de nuevo. Que ya llegaron los cabezales. Que ya están todos clavando. Levántate mangansón. Horita. Horita. Horita.

Horita.

Horita.

Horita.

Horita.

¡No! ¡No será así, cojones!

En un principio sólo fueron rumores, estruendos dispersos, y, como sucede siempre en estos casos, muchas palabras. Además, ellos (en un principio) acosados siempre, hambrientos siempre, humillados y estafados, frustrados siempre, cómo iban a poderle interesar los distintos matices, los rumbos, que tomara la situación política. Eso quedaba para los que aspiraban. Había hasta entonces una ley invariable para el pobre que, como todas las leyes inexorables, no aparecía en códigos escritos, y esa ley consistía en que se debía trabajar siempre: y morir-

se de hambre siempre. Pero luego la situación se fue agravando. Ya no eran palabras, ya no era algún que otro tiro reventando en la noche. Eran bombas estallando en cualquier establecimiento; era un despliegue de banderas rojas y negras en todas las esquinas, surgiendo al alba cuando, aparentemente, la ciudad dormía. Y papeles. Papeles llenos de amenazas y escritos apasionados; papeles llenos de verdades insultantes contra el gobierno, tirados en los parques, en las calles, en cualquier portal. Muchos hombres, sobre todo jóvenes se convertían en reclutas del gobierno, en «casquitos». Les daban veinticinco pesos al mes, un uniforme y un rifle. Luego los enviaban para las montañas donde estaban los rebeldes. Pero mucho más numerosos eran los jóvenes que se iban también para aquellas montañas, y se hacían rebeldes. Ya en 1957, Oriente estaba prácticamente dividido en dos gobiernos. En el campo actuaban los rebeldes, que impedían a los campesinos llevar los productos al pueblo y que preparaban, cuando las armas se lo permitían, emboscadas al ejército e incursiones a los pueblos. En las ciudades estaban las tropas del gobierno que desplegaban todo su brutal aparato de persecución, de chantaje, de tortura. A mediados de aquel año ya en Holguín se fueron las luces, comenzó a faltar el agua, los alimentos; una avioneta ametralló un edificio. Y hombres jóvenes comenzaron a aparecer por los caminos, sin uñas, sin ojos, a veces sin testículos.

Las palomas me alzan y me elevan. Las palomas. Y me dicen al oído que no me asuste que en cuanto yo quiera me vuelven a bajar. Las palomas. A mi hija Esther le he comprado un juego de aretes y un prendedor. Las palomas me elevan y ya arriba me sueltan, y yo vengo cayendo. Y yo, cayendo. No me duele realmente este venir cayendo. Lo que sí me duele es que me dijeron que no me iban a soltar. Y me soltaron. Lo que sí me... A mi

hija Esther, que ya horita es una mujer le he comprado —lavando y planchando— un prendedor medio morado y un juego de aretes también morados, casi del mismo color de las cañas jojotas. El prendedor, a la verdad, no me costó nada. Yo me hice la boba y me lo eché por el escote. Pero el juego de aretes me costó tres sesenta y cinco. Tres sesenta y cinco de mi alma. Cómo está la situación ahora, debes estar loca al gastarte tres sesenta y cinco en esa baratija. A ti nada más se te ocurren esas cosas. Pero a mí no me importa lo que la gente diga: ese dinero era mío, que bastante trabajo me costó juntarlo, y por eso hago con él lo que me da la real gana. El prendedor le queda de lo mejor, así, en el pecho, y yo veo cómo le sobresale, porque ya le empiezan a salir las tetas. Y horita ya tengo que comprarle los ajustadores también. Dios mío, la vida es un eterno gastar. De dónde sacaré dinero para vestirla y calzarla. Qué ocurrencia: comprarle un prendedor a la sencilla esa. A ti nada más se te ocurren esas cosas. Mejor le hubieras comprado un par de zapatos. Que da grima ver con las cutaras que anda. Los aretes no se los ha puesto, pues primero hay que abrirle las orejas que todavía las tiene cerradas. Yo nunca llegué a poderme abrir las orejas. Cuando vine a ver ya era vieja y las tenía tan duras que no había alfiler que me entrara. Y si lo hubiera logrado la oreja se me habría podrido. Ay las palomas. Ay las palomas. Las las las. Para fines de año inventaré en el aire: pero ella se estrena un vestido. Que si se lo estrena. Ya lo verán ustedes.

La ciudad sin luz. Totalmente bloqueada. No hay cine ya. Son pocos los sitios donde por la noche se puede transitar sin riesgo de ser detenido y hasta ametrallado. Fuera de los centros oficiales, son escasos los lugares donde se vende ron, donde se permite el escándalo, donde alguien aún puede gritar o estrujarse con alguien. Sólo El Repello de La Frontera sigue funcionando. Eufrosia, siempre astuta, se las arregló para conseguir una docena de aparatos de carburo y un permiso del regimiento firmado por el mismo Coronel. Algunos decían que Eufrosia era una «chivata» y que por eso le permi-

tían —hasta esa fecha— que abriese El Repello. Otros decían que Eufrosia era un agente secreto de los rebeldes, que allí se reunía gente «gorda» y que por eso el gobierno permitía la fiesta, pues tarde o temprano —en el momento oportuno— haría una gran redada. El caso es que ahora, en estos momentos, el órgano suena, monótono y claro, aparentemente más alto por la falta de otros ruidos que le hagan competencia. Todas las noches.

Algunas veces yo dejo de ser Adolfinia y me vuelvo Fortunato. Y Fortunato soy. Y me siento sobre la cumbre de la casa y empiezo a conversar con las palomas de Castilla y cojo dos o tres alacranes y me los como de un solo bocado, o dejo que me piquen en los ojos. Algunas veces yo soy Fortunato. Pero otras, me vuelvo la pata de la mesa. Y me quedo horas y horas y horas nada más que siendo la pata de la mesa. Y cuando me canso de ser la pata de la mesa, soy entonces Digna. Una vez me convertí en chipoyo y tardé como tres meses en volver a ser Adolfinia. Yo soy ahora Adolfinia. Adolfinia cree que no hay mejor forma de novivir que ésta de estar con la muerte siempre a cuestas. Adolfinia sabe que la única forma de soportar la vida es noviviéndola. Se desnuda una de todas las boberías y solamente se piensa en el gran problema. Yo iba a los parques con la muerte; siempre sujetándome a sus faldas. Y le decía: siéntate aquí. Y yo, la muerte, me sentaba en un banco, y esperaba el tiempo, y veía cómo él me sangundeaba, y me sentía casi temblar. Pero a la vez me consolaba por dentro. Y me decía: hay algo de lo que no te puedes desprender. Hay algo que no ha podido este maldito tiempo, ni este constante ajeteo, ni este desgraciado viento, quitarte. Y son los recuerdos. Los recuerdos inventados. Porque yo... Claaaaaaaaaaaaáááááááááá. La muerte, muy tranquila se quedaba esperando a que yo me le apareciese sobre las alas de un pitirre. Yo, la muerte. ¿Escuchan ustedes ese escándalo? Yo iba y me quedaba horas y horas entre la tierra y el cielo. Así, en alto: jugando con el tiempo y riéndome a carcajadas de todo. Así: mirando a la gente. Y riéndome. Y riéndome. Y mirándome también a mí allá abajo. Y algunas veces cogía una lágrima y me

ponía a hacer gárgaras. Y algunas veces iba yo a visitar a Adolfina donde sé que no estaba. Y como no la encontraba me quedaba esperándome.

En la casa, ellos duermen. O al menos están en la oscuridad, acostados. La luz de la luna rebota contra el techo de fibrocemento que el sol y las lluvias se han encargado de pulir, y contra las hojas de zinc de la fábrica, ahora cerrada. En el patio, saca destellos de una lata vacía, de un cubo roto, de los restos de lo que en un tiempo fue una bicicleta. El órgano suena, y su música, alta e invariable inunda también la ciudad, ya tan sólo alumbrada por la luna... Después, como sucede siempre, vinieron los registros en las casas, las matanzas colectivas, las torturas minuciosas, el cierre de casi todos los establecimientos —casi todos, incluyendo El Repello de Eufrasia—. La humillación y el hambre fueron absolutas... Después, fue tanto el terror general, fue tanta la ofensa colectiva, el odio dirigido a todos que no quedó otra alternativa que reflexionar sobre este nuevo espanto. No les quedó otra alternativa que olvidarse de su propio odio para atender al nuevo, ese que ahora llegaba, solicitando todas las fuerzas y hasta los más íntimos aborrecimientos... Después.

Madre María, madre de Dios, nos hemos quedado sin una gota de leche para darle a los muchachos. Las cosas se ponen cada día más duras. Qué será de nosotros. Esos condenados rebeldes ya lo tienen todo cercado. Dios mío, y los guardias dijeron que nos iban a quemar la casa. La casa ardiendo, y yo achicharrándome. Madre María: y las pobres criaturas de Digna llorando por leche. Y no tener ni un quilo para comprar un poco de azúcar en bolsa negra y prepararles una zambumbia que les llene la barriga. Ay, si esta noche yo pudiera dormir, Oh, Virgen María, si esta noche yo pudiera cerrar los ojos y, prácata,

quedarme enseguida rendida. Y que no me dolieran, como me duelen, los riñones. Y que los mosquitos no me descuartizaran como me descuartizan. Tengo que darte gracias porque al fin la fábrica cerró, al parecer para siempre y, aunque nos muramos de hambre, no tenemos que estar oyendo ese guirindán, guirindán, ¡que ya me había vuelto loca! Ay Virgen Santísima, si volviera la leche. Si las cosas se arreglaran. Y esta casa volviera a ser algo, aunque fuese. Ayuda a esa bestia de Polo pues aunque él no reza yo rezo por él. Ayuda a Adolfina, que la pobre cada día se pone más furiosa por cualquier cosa. Que se le quiten esas manías de encerrarse en el baño, Dios. Y quítame a mí este reuma, Dios mío. Mañana te prometo subir de rodillas la loma de la Cruz por tal de que a Digna se le aparte ese mal espíritu que la tiene así, mormollando con la boca cerrada. Que el viejo hable Dios mío. Ilumina a esta casa, Dios. Que todo se arregle y que la vendita pueda volver a surtir. Y que se acabe esta plaga de mosquitos. Dios mío; que aparezcan otra vez las tijeras para que Adolfina pueda cortarme el vestido. Que aparezca el cuchillo gordo para que yo pueda pelar los plátanos cuando haya. Voy a ponerme en contacto contigo, Dios mío. Voy a levantar las manos y a regar agua medicinal por todos los rincones. Agua medicinal y espiritual. Perdónanos, Dios mío. Y danos la fe. Y la caridad. Danos la caridad. Dios te salve María el Señor es contigo bendito sea el fruto de tu... Santa María. Santa María. Santa María. Ruega por nosotros los pecadores. Ay, qué cantidad de mosquitos, Amén.

Pero qué era Dios para ellos. Dios era, ante todo, la posibilidad de lamentarse —la única gran posibilidad. Dios les ofrecía la oportunidad, que todo hombre necesita para no llegar a monstruo absoluto, de ser a veces niños; criaturas de queja, de enojo y de llanto, que buscan protección en el más alto, el que vigila y nos mira desde arriba. Pero Dios, cruel y distante, era también el gran estafador, el responsable de todo, el Gran Padre a quien se le podía pedir cuentas y hasta rechazar apasionadamente. Porque era superior y al parecer incon-

movible, Dios hacía posible que ellos satisficieran —con él mismo— la sagrada e imprescindible necesidad de ofender... Dios, cruel e inasible, de impreciso rostro que ellos, no obstante, consideraban exacto al de la imagen apacible que colgaba en la pared de la sala, era también la posibilidad de refugio, de consuelo, de poesía, de amor —de misterio— que todos, instintivamente, buscamos. Dios era ése a quien en los momentos más intolerables podíamos trasladarle nuestro terror. Dios era ése a quien cuando ya no había escapatorias —como sucede siempre— podíamos transferirle nuestra infinita miseria y nuestra perenne condición de humillados. Dios era el que escuchaba sin protestar ni aburrirse —quizá porque no escuchaba—. Dios era el digno, el grande, el alto, el que velaba siempre y por lo tanto había que respetar, o por lo menos tomar en cuenta. Y como era un señor respetable, venerable, El Gran Señor, era también quien nos ofrecía la oportunidad de manifestar, de hacer posible, de materializar, las culminaciones de nuestra furia, maldiciéndolo. Dios era la dicha de tener alguien superior a nosotros de quien poder renegar públicamente. Dios era el gran fraude, el padre amantísimo, el pánico omnisciente, el novio fiel, el que siempre nos miraba. Dios, con su concepto del pecado era quien cubría de prestigios, quien le daba dimensiones a las sucesivas mezquindades, es decir, a las simples manifestaciones humanas. Y además, y además, Dios era también la posibilidad de infinito, de más allá. De que alguien, amante y dulce, barbudo y blanco y sonriente —así lo veían ellos— estuviese al final —al principio— aguardando, para recompensarnos de tanto inmerecido estupor... La resurrección de la carne. El perdón de los pecados. La vida perdurable. Dios.

—Y ahora, qué estás mirando.

—Miro cómo el agua hirviendo sube al cuello de una gallina ciega.

—Qué horror. ¿Y no puede alzar el vuelo?

—Para qué.

—Pero, y si no podríamos empujar la puerta y salvarla. ¿No podríamos salvarla?

—Para qué.

—Pero, y si termina achicharrándose. Si lo hace al fin, ¿qué haremos entonces?

—Entonces te tocará a ti danzar en la bañera.

—¿Y después?

—Después voy yo.

—¿Pero, no puede ser de otra forma?

—¿Para qué?

—¿Y después, y después y después, quién será el próximo, quién está siempre en turno para después? ¿Y qué sentido tiene entonces ese «después», si es tan intolerable, tan igual como este después? ¿Y después, y después, y después, qué?

—Ja ja ja: *después...*

Después las cosas se pusieron tan intolerables que tuvimos que olvidarnos, quisieramos o no, de nuestro propio infierno, y trasladarnos, obligatoriamente, al infierno de todos.

Fortunato

Después a una mujer se le taladró el útero con una barra ardiente por salir a la calle con falda roja y blusa negra —los colores de la bandera de los insurrectos. Después toda la familia de

Llegan con la noticia mientras yo estoy limpiando el portal —que da asco verlo de lo enfangado que está. Llegan con la noticia y yo no quiero oír lo que dicen. Yo no quiero oír ya nada porque ya todo esto ha sucedido. Porque ya todo esto que va ahora a empezar, lo he visto antes. ¿Dónde? No sé. Pero todo lo que hago, sé que ya lo he hecho, y todo lo que oigo son palabras averiadas de tanto ya haberlas escuchado. Y es terrible volver a oír lo que siempre he estado presintiendo, lo que siempre se está padeciendo.

Llegan con la noticia mientras yo baldeo y vuelvo a baldear el portal y me fajo con dos o tres bibija-

un campesino fue quemada viva. Después un muchacho joven fue colgado de un árbol a la entrada del pueblo. Era uno de tantos. Después.

guas, empuñadas en dejar sin una hoja a la mata de ruda.

Dicen las voces. Me dijeron las voces. Dicen que me dijeron las voces.

Oigan a las voces.

Yo regando y regando el piso.

¿Para qué riego yo el piso del portal? Dime, Adolfina, mujer muerta anoche después de caminar todo el pueblo buscando a un hombre que quisiera acostarse contigo. Dime, mujer muerta, ¿qué empeño es ése de sacarle brillo a las losetas del portal?

—Se enteraron ustedes —dijeron las voces— hay un ahorcado ahí, junto al atejón. Y dicen que se parece mucho a Fortunato. Mujer muerta anoche al no encontrar un hombre que te quisiera hacer el favor. Mujer muerta... Y dicen que estaba todo maullado.

Y dicen que daba pena verle la cara.

Y dicen que no traía ni un quilo en el bolsillo.

Y dicen que era joven.

Y dicen que parece que no trabajaba, porque tenía las manos finas como las de una mujer. Finas y blancas.

Y dicen que es Fortunato.

Y.

Yo tiraba el agua y dejaba que me bañara los pies. Dos bibijaguas se ahogaban y yo puse el palo de la escoba en el suelo para que ellas se treparan por él, y se salvaran.

Mejor es que se lleguen al atejón antes de que los guardias se lo lleven. ¿Por qué no vas y se lo dices a don Polo? Anda, Adolfina, tú que eres la más cuerda en esta casa. Tú, a quien ni siquiera te aguarda el consuelo de la locura. Dile que ahí en el atejón hay un muchacho ahorcado que se parece mucho a Fortunato. Según los lecheros, que de vez en cuando se arriesgan a traer leche de contrabando al pueblo: el muchacho parece que era un estudiante, alguien que no había trabajado nunca la tierra, porque no parecía haber trabajado mucho. Pienso en Fortunato que es el único que de por ahí que no ha tenido que romperse el lomo en el campo.

Las bibijaguas, mi querida mujer. Oh mi querida mujer sola y casi raspando a los cincuenta. Muerta anoche al no encontrar.

Las bibijaguas, mi querida vejiga, ya casi están llegándote a las manos. Pongo el cubo sobre el piso y sigo sacando agua con la escoba. La mata de ruda está casi pelada. Las bibijaguas se trepan de la escoba a mis manos y entonces yo las mato. Ahora que estoy muerta daré un grito bajo y luego me volveré a morir. Dicen que tenía las manos finas, como las de una mujer. Cómo están las cosas. Qué locura la del muchacho.

Tiene que ser él, Adolfina. Anda, díselo a los demás en forma tal que no se enteren. Aunque de todos modos lo tendrán que saber tarde o temprano. De todos modos. De todos modos. Si yo me pongo a cantar aquí en mitad del portal. Si me pongo aquí a cantar y a bailar con la escoba en los brazos, la gente que pasa por la calle dirá que estoy loca. O que estoy muy alegre. Si yo cojo y me pico una oreja y me la trago de un solo bocado, la gente dirá: está loquísima. Si cojo y camino en una sola mano y luego doy siete maullidos, y luego me desnudo y empiezo a dar saltos parada únicamente en la punta de un dedo chiquito, la gente dirá: llevénsela que está loca de remate.

Átenla.

Átenla.

Átenla.

Métanla en un cuarto bien cerrado.

Y, sin embargo, nunca he estado tan cuerda como ahora en que pienso hacer todas esas cosas.

Si yo me siento aquí en la calle y empiezo a sacarle la lengua a la gente, ¿qué pasa? ¿Qué diría usted?

Dejo la escoba y el cubo vacío, y entro en la sala.

«Lo sabemos», me dice un grupo de bestias, mientras se esmorecen de la risa y se balancean en el sofá.

Lo sabemos ya, lo sabemos ya.

Caminaré hasta el pasillo y empezaré a dar gritos en la cocina.

Dando gritos le diré a mamá que han ahorcado a Fortunato. Me llegaré hasta la venduta y le gritaré al viejo que a Fortunato lo han ahorcado. Con las manos finas... Dicen que no se murió del ahorcamiento. Dicen que antes que lo ahorcaran ya estaba muerto.

Dicen.

Dicen que lo golpearon, que le sacaron los ojos, que le exprimieron los testículos. Que lo violaron, pues ellos tienen hombres expertos en violar hombres.

Dicen.

Ahora habrá que escribirle a Onérica. Quién hará la carta. Yo la voy a hacer. Querida hermana, te hago estas letras... Si me dejaran pasar. Si los demonios dejaran de palmetearme en la cara y me dejaran llegar a la cocina.

Si llego a la cocina estoy liberada.

Si llego a la cocina y doy un grito. Si llego a la cocina y desembucho. Si me dejan entrar en el baño. Si permiten que coja la botella de alcohol. Si los demonios me dejaran pasar, si todos estos príncipes, si todas estas bestias... Si se rieran más bajito, si no se encaramaran en el techo y se tiraran de cabeza contra mis manos... Si se quedaran tranquilos. Déjenme a mí dar la noticia. Muerto debajo del atejón.

Mamá, mamá, Fortunato está muerto y colgado del atejón.

—Virgen Santísima. Ay, Dios mío...

Digna, Digna, Fortunato está muerto debajo del atejón.

—Ay, si Moisés estuviera en esta casa esto no hubiera sucedido. Ay, sal a buscar a Moisés.

Celia, Fortunato está guindando del atejón.

—Ay, mi hija Esther. Ay, mi hija Esther me lo dijo anoche. Ay, mi hija Esther...

Papá...

—Los guineos a dos por quilo. Las mandarinas a medio. Las guanábanas se me están pudriendo.

Déjenme llegarme hasta la cocina y después no pediré más nada. Dejen que sea yo la que dé la noticia. Hasta la cocina. Hasta la cocina. He aquí tu meta. Mujer muerta: dile a las bestias y a los ángeles que te dejen entrar en la cocina. Y luego al baño. Al baño. Eso sí es tu meta. Ésa sí es tu meta final. Díganle a las palomas que no revoloteen tanto en el techo. Mi vida de paloma no fue fácil: me cayeron infinidad de piojillos. Demonios: no griten ahora, que me toca a dirigirles la palabra. Si llegas a la cocina estás casi a salvo. Si entras en el baño estás totalmente liberada. Ahí está Fortunato tocando a la puerta con una sogá amarrada al cuello. Dicen que tiene las manos finas como las de una muchacha.

Déjenme llegar a la cocina.

Qué cantidad tan enorme de bibijaguas me va subiendo por las manos.

Dos o tres pasos. Dos o tres pasos. Y ya.

Ahí está tu hermana, llorando y llorando detrás de la casa.

Oigan. Oigan.

Díganle a esas bibijaguas que me abran paso, que vengo con Fortunato muerto entre los brazos.

Tico y Anisia le están pegando candela a la casa.

Ah, no puedo más con los cumplidos y las galanterías de tantos príncipes. Vean, desde anoche me persiguen. Qué coro, Dios mío, qué coro. Qué coro de príncipes...

Mi querida hermana...

Mamá está haciendo el sofrito. Si le doy la noticia se persignará y caerá de rodillas y se quemará las manos en la poca manteca del sartén. Mejor será que se lo diga más tarde. Digna pelea con los muchachos y canta, como siempre, con la boca cerrada. Qué gano con mortificarla... El viejo no hablará si se lo digo. Aunque a lo mejor habla. Pero no quisiera causarle más disgustos... El viejo... él es el único que no debe enterarse de estas cosas.

Cruzaré el pasillo y empezaré a cantar.

Me llegaré de nuevo al portal y cogeré el cubo y la escoba. Llenaré el cubo de agua y limpiaré bien todas las losetas. Así: una por una, les iré sacando brillo, hasta que casi pueda verme llorando en ellas. Fortunato está guindado del atejón, y yo baldeo la casa, y Onérica cuida muchachos en la Conchinchina.

Onérica cuidando muchachos en la Conchinchina.

Onérica cuidando muchachos en la Conchinchina.

Onérica cuidando muchachos en la Conchinchina.

Y el viejo llora, encerrado en la venduta. Viéndonos partir. Viéndonos partir... Antes de que un viejo llorara debería de acabarse el mundo. Si alguna vez dije: «Dios mío» merezco ahora mismo que me peguen candela. Mamá prepara el sofrito sin tomate, sin ajo y sin sal, y Digna canta sentada en el tronco podrido que hay en el centro del patio. A lo mejor me salen uñeros con tanta agua cayéndome en los dedos de los pies. Ahí viene el heladero. ¡Después de tanto tiempo!... El heladero no es mala persona —cómo pueden existir personas que aún no sean malas personas—. Algunas veces se para a conversar conmigo, y los helados se le derriten al sol. Y él conversa que conversa. A la verdad que no sé ni de qué conversa. Pero, ¿se ha puesto usted a pensar qué rara suena la palabra conversa? Hay palabras así.

Las pronunciamos a cada momento, y de pronto descubrimos que son distintas, extrañas, quizá hasta de otro planeta o de alguien que estuvo antes de nosotros y no pudo o se olvidó recogerlas. Y ellas, las pobres, tienen que dejarse malutilizar por nosotros y aparentar que son de la familia... En fin, habla de boberías y de guanajeras, pero por lo menos conversa conmigo; y es prodigioso que alguien se le acerque a uno y le saque conversación. Digo que es un prodigio, en estos tiempos, y siempre. Ahí llega. Buenos días. Buenos días.

Horita vienen los muchachos y lo vuelven loco pidiéndole un helado de fresa y otro de mantecado y uno de esto y uno de estotro y de aquello y conversa y conversa y no es mala persona, y quisiera saber de dónde saca la leche para hacer los helados, y quisiera yo comerme un helado, pero no tengo un quilo y me daría pena aceptarle un brindis. Un brindis un brindis

ibrindis!...

qué palabra más bella,

¿es española? Si tuvieras un medio te comerías un helado mujer sin marido mujer sola vieja mujer.

Debo terminar de baldear el portal. Cualquiera diría que todo va a empezar.

Y es así que el heladero viene y, sin yo pedirselo me regala un barquillo nada menos que de marañón mi sabor preferido, oh gracias
gracias
gracias.

A lo mejor cualquier día el heladero me propone matrimonio.

—¡Muchas gracias!

¡ÚLTIMA HORA!

Fuerzas rebeldes de la columna núm. 9 Antonio Guiteras al mando del Comandante Gómez tomaron el día 13 de noviembre la pobla-

Otra vez nos han caído a pedradas los muchachos del barrio. Ya ni Anisia ni yo nos atrevemos a salir a la calle, porque enseguida todos los muchachos empiezan a vocearnos y a gritarnos y a tirarnos piedras y tenemos que correr a escondernos por-

ción de San Luis, Oriente, importante nudo ferroviario a unos treinta km. al norte de Santiago. Así mismo se reporta de este frente, que los refuerzos enviados por la tiranía desde Palma Soriano a San Luis, fueron rechazados y diezmados, ocasionándoseles más de cincuenta bajas y la destrucción de equipos microondas y tanquetas.¹

del Yarey la sacaron a empujones y no dejaron que comprara la carne. Vieja loca. Y ahora nosotros somos los que nos chivamos pues todos los muchachos del barrio la han cogido con Anisia y conmigo. Y no nos va a quedar más remedio que decirle a los duendes que envenenen a abuela, o que le ensarten una tijera en el cuello, que se la lleven, en fin, y no la devuelvan más nunca. No va a quedarnos más remedio que decírselo.

—Estos muchachos tienen un espíritu malo en el cuerpo. Mira como me miran. Mejor será que les des un despojo con mastuerzo, un par de azotes, y los tranques en el cuarto.

Al mediodía la claridad se cieme sobre las paredes, las piedras del patio, las escasas yerbas y el techo de fibrocemento. La claridad entra por ventanas y rendijas, inunda el portal. Se fragmenta en innumerables claridades. Y es tanta su desolación, su potencia corrosiva, su claridad, que nada fuera de ella se ve. Todo se vuelve transparente. Y las figuras, la gente, son círculos reverberantes que se

1. Boletín Informativo (al servicio del Ejército Revolucionario), n.º 1, 15 de noviembre de 1958. Un centavo. Versión textual.

debaten entre las paredes devoradas por la luz, y enceguecidas, parecer sobrenadar, asfixiándose, en medio de aquella masa invisible que los ahoga. El viejo recuesta un taburete al zaguán y dormita. La vieja, en la cocina, maneja con pereza y violencia los instrumentos de su desdicha. Adolfina sigue en el baño. Y Tico y Anisia amarran a Celia al sillón de la sala mientras ésta habla y saluda a la calle desierta... Entonces Digna, en medio de aquella claridad que desintegra, atraviesa el pasillo, cruza por delante de todos, que bostezan sin mirarla (desolados, intangibles) y llega al patio. Allí apoya una escalera sobre el techo del baño y trepa. Ya arriba comienza con gran cuidado a apartar tejas, pedazos de fibrocemento, maderas, hasta dejar al descubierto un baúl destartado. Digna mira ahora para todos los sitios, se cerciora de que nadie la observa. Abre el baúl. Despacio empieza a revolver papeles, cajas, pomos vacíos, revistas, cucharas y miles de objetos inútiles que el tiempo, la mala costumbre y la miseria se han encargado de acumular. Finalmente introduce una mano hasta el fondo y saca el objeto anhelado. Es una tela blanca, casi mohosa, amarillenta, que ella acaricia con los dedos, estruja, y luego, volviendo a comprobar que nadie la mira, se la lleva a los labios.

Yo sabía que la felicidad era una cosa breve. Yo sentía a la felicidad rozándome casi la nariz, el pelo, los labios, las orejas a veces, y me parecía como si tuviera a Dios cogido por una pata, y me parecía como si estuviera tocando al cielo con las manos. Y yo sabía, presentía, que eso era la llegada y la ida de la felicidad. Porque es así. Porque nunca me he hecho otra ilusión que no fuera la posible. Porque aun cuando estaba acostada con él y sentía el olor del aguardiente envolviéndolo todo, me imaginaba sola. Y me entraba la tristeza. Sabía que no era posible tanta felicidad. Sabía que era casi como un sueño. O algo que no es para gozarlo plenamente en ese momento, sino luego, cuando

ya se ha ido. Ahora. Como un sueño, y que ya al empezar estaba terminando. Sé que tiene que ser así, aunque a la verdad: no me conformo.

Luego, vuelve a colocar el calzoncillo de Moisés en su sitio. Lo cubre con una revista y con miles de trastos. Cierra el baúl. Lo oculta con las tejas, las maderas y los pedazos de fibrocemento. Otra vez comprueba que nadie la observa. Y, riendo a carcajadas, comienza el descenso... Su secreto. Su gran secreto. Ella tiene un secreto... Después le dio por subirse todos los días en el techo del baño. Y sacar el calzoncillo de Moisés, olerlo, y reírse a carcajadas. Después le dio por reírse a carcajadas todo el día. Después le dio por cantar sobre el techo de la casa. Después le dio por cazar alimañas, invisibles para los demás. Después, siguiendo una tradición ya clásica, quiso matar a Tico y Anisia, sus hijos, que, por otra parte no hacían más que reírse de ella. Pero ellos huyeron a tiempo y sólo el viejo y Jacinta que acudieron a los gritos, recibieron un baño de agua hirviendo. Después.

Las palomas se han puesto muy furiosas y nos han botado de la casa. Ahora todos vivimos en el techo de la fábrica. Al mediodía, cuando el zinc empieza a calentarse, nosotros empezamos a caminar de una esquina a otra del techo; y luego que se va calentando más, empezamos a correr con los pies ardiendo y sin poderlos poner en la plancha ardiendo, y sin poderlos dejar en el aire. Empezamos a correr así, como si estuviéramos locos de remate, mientras los pies se nos achicharran. Saltando, saltando. No se imaginan ustedes lo que es vivir acá arriba, sobre un techo de zinc ardiendo. Ardiendo por el día y congelándonos por la noche. Es algo terrible. Y como si eso fuera poco, ahora resulta que todo el barrio nos ha cogido una tirria terrible, y, desde la calle, nos gritan barbaridades, que si somos brujos, que si somos bilongueros, que merecemos que nos cuelguen de un

poste. Todas esas cosas nos dicen. A la pobre mamá, no sé ni cómo la pudimos subir. Acá, tan alto. Y ahora se pasa el día haciendo equilibrios de una plancha de zinc a la otra, y algunas veces resbala y se queda enganchada por el camisón a un alero de la fábrica, mientras todo el mundo en la calle se aglomera para verla caer. Pero siempre se queda enganchada... Esther y Fortunato se pasan la vida acostados en la cumbrera, mirando para el cielo como si tal cosa, y cuando viene un aguacero bravo abren la boca para que les caigan todos los granizos adentro. En fin, que aquí la jodida soy yo, que todavía espero a Moisés y sé que acá arriba no me va a poder ver. A lo mejor ya ha llegado a la casa, pero como habrá tocado y nadie le ha abierto, seguro que se ha ido. Ay, ya no vendrá. Condenadas palomas. Yo bien decía que esos bichos son malos. Todos los bichos que vuelan son malos, pues conocen nuestra inferioridad. Pero nadie me hizo caso y aquí tenemos el resultado. Y lo peor del caso es que nos estamos volviendo palomas, pero sin alas. Ayer mismo oí a Fortunato sonar como si fuera una paloma clueca, y entonces Adolfinia le contestó también como si fuera otra paloma. Yo traté de callarlos. Yo fui corriendo y llorando por sobre las planchas ardiendo para decirles que se callaran. Y ya cuando estaba cerca de ellos empecé a sonar también como una paloma. Que no hay escapatorias. Que nos ha caído encima una sarna del Demonio, y que poco a poco nos iremos volviendo sabrá Dios qué. Si por lo menos siendo paloma pudiera ver a Moisés. Pero aunque me cuelgue de los *güevos* del Diablo, o me vuelva una guasasa, sé bien que más nunca lo voy a ver. En fin, que me da lo mismo ser una cosa que otra porque de todos modos voy a seguir siendo Digna-Mondongo. Soy Digna-Mondongo: dejada y con dos muchachos.

Digna-Mondongo.

Dos muchachos.

Condenados pijoillos. Me han caído a montones. En cuanto me salgan las alas (si es que me salen) me las quemaré. No quiero ser más que lo que siempre he sido: un pájaro quemándose él mismo las alas. ¿Alas? pero, qué alas. ¿Dónde están esas alas?... Un pájaro que sabe que donde quiera que se plante se va a encontrar con una trompada en el pecho, dos muchachos desmollados, y su jolongo de ropa embrollada en una sábana. Su tesoro.

Después llegaron dos hombres y una mujer. Los hombres, altos y delgados, viejos; la mujer, gorda y fuerte. Los tres trataron de convencerla para que se vistiese y los acompañara. Jacinta, cojiendo aún por las quemaduras, iba detrás, dando salticos con el vestido en las manos. Pero Digna se negaba a vestirse, se reía, y, de vez en cuando lanzaba una coz que, invariablemente, iba a dar en las canillas de la mujer gorda. La vieja se persignaba y clamaba al cielo. Adolfinia, encerrada en el baño, sollozaba. Así la comitiva atravesó el pasillo, la vieja dando saltos con el vestido, y ella, lanzando patadas que iban a dar al mismo sitio. Finalmente, al llegar a la cocina Digna se volvió, le arrebató el vestido a Jacinta, y, sin que nadie lo pudiese evitar, lo lanzó a la hornilla, el vestido se achicharró al instante. De un salto Digna se encaramó en la mesa y comenzó a bailar. Cada vez que alguien se le acercaba le daba una patada en el pecho y se reía. Finalmente, uno de los hombres, con agilidad considerable, se trepó a la mesa, le ofreció, gentil, un brazo que ella, emocionada, aceptó, y los dos se enredaron en un frenético baile. Digna chillaba de júbilo. En uno de los momentos más arrebatados de la danza, el hombre la abrazó, la levantó en vilo y se la lanzó a la mujer gruesa, que la recibió sin mayor esfuerzo. Luego, con aparente suavidad, la depositó en el suelo, y, tomándola por los hombros, la inmovilizó. Los tres salieron con ella por el pasillo y llegaron al portal. En la calle estaba todo el barrio, observando. No fue necesario ponerle camisa de fuerza ni aplicarle alguna llave. En cuanto se vio dentro del auto comenzó a saludar a todo el mundo sin dejar de sonreír. Se despedía, alegre.

—Ay, ¡Adolfina! Por lo que más tú quieras. Mira que me va a dar un cólico. ¡Ay! Hace cuatro horas que espero.

El viejo, desde la venduta cerrada, lo vio todo; y, aunque ella no podía observarlo, le dijo adiós por las rendijas. Luego, en voz lenta y alta, comenzó a hacer el conteo de los tubos de quinqué, las cajas de fósforos, los plátanos y los tomates podridos —única mercancía que aún le quedaba—. Pero las cosas no marchaban bien. De pronto, se trababa en un número y no podía continuar. Su voz resonó muy ronca y finalmente se fragmentó, se rompió hasta convertirse en una especie de gemido fino, desesperado, como el de un ratón en el mismo instante en que se le pone un pie en el cuello. El viejo, entonces, también como el ratón, metió la cabeza bajo el aparador. En esa posición estuvo toda la tarde. Al oscurecer, cuando sacó la cabeza, la muerte, sobre el mostrador, se calzaba y se volvía a calzar una sandalia que al parecer le molestaba, y que se convertía, sucesivamente en bota de hierro, en hamaca, en culebra ciega, y, también en una hoja de almendra. Buenas tardes, le dijo la muerte a Polo, ajustándose la sandalia. Parece que ya no le molestaba.

Ay, y las cosas cada día peor. Ahora sí, ahora sí. Ayer cogí el palanganero y lo hice astillas. Y lo metí en el fogón para poder cocinar. Aunque, a la verdad, hoy no me preocupa el fuego, pues no tenemos comida.

Además, son tan pocas las gentes que en esta casa comen.

Si pudiera llorar a Polo, pero, para qué. Ese maldito, Dios mío, perdóname, nunca se preocupó por nada. Qué marido me habías deparado. Señor. Si se acostó conmigo, sí, fue porque no le quedó otra escapatoria. Ay, pero ahora sí debo guindar el sable.

Si pudiera llorar a Fortunato. Pero, para qué. Qué iba a hacer vivo. Para qué iba a servir. Además, ya los otros lo han llorado

bastante. Ay, Señor, seguro que por mí, cuando estire la pata, nadie va a derramar tantas lágrimas. Mejor sería que llorara por Esther-muerta. Pero, para qué. Ella nunca me tomó en consideración. Para ella yo nunca existí.

Si pudiera llorar a Digna loca, metida en esa casa donde no me dejaron nunca ni asomarme, llena de mujeres uniformadas, y donde sólo se oían estruendos, y después... pero, para qué. ¿Acaso una loca puede, agradecer las oraciones...? O por Adolfina muerta, Adolfina achicharrándose siempre. Pero no. Por esa que siempre me estaba cuqueando, por esa si que no voy a llorar... O por Tico y Anisia que están hechos unos bandoleros, y constantemente tengo que estarlos vigilando para que no me envenenen. ¿Por quién quieres que lllore hoy, Señor? ¿Por mi madre muerta? ¿Por Celia que no sé ni cómo se pudo morir, pues nunca estuvo viva? Pero no lloro. No siento deseos de llorar por ellos. Y así, sin saber qué hacer, me llevo hasta el cuarto. Allí está Adolfina muerta, revolviendo, como siempre, la caja de las fotografías.

NUEVA FUNERARIA
DE
JOSÉ NÚÑEZ PARRA
Calle Maceo al lado de
La Casa Verde.
HOLGUÍN
Sarcófagos desde el más
modesto. Servicios
completos a precios
de situación.
La Nueva Funeraria está
situada, en la calle de
Maceo frente a la
ferretería La Sucursal.¹

Me llegué hasta el armario y saqué la caja donde están guardadas las fotografías. Ya he visto esas fotografías más de mil veces. Pero a cada rato hago lo mismo; vigilo, espero a que no haya nadie en el cuarto de los viejos y entro despacio, y cojo los retratos. El primero que saco es precisamente uno mío en el que estoy con una pañoleta amarrada al cuello como si fuera a ahorcarme. En esta foto tengo unos dieciocho años... En ésta, gente que no conozco, o que se me olvidaron, parientes lejanos... Esther cuando cumplió los trece años. Esther con un grupo de amigas. Esther en el parque infantil. Aquí la que menos duró es la que más fotos tiene.

1. Bisemanario *La Justicia*, Holguín, 30 de septiembre de 1947.

Estaba así, mirando los retratos, cuando llega mamá y se me queda lela, mirándome.

—¿Qué haces?

—Nada. No hago nada.

—Miras los retratos.

—Si. Mírate aquí con Polo, el día que vendieron la finca. Tú estás muerta de risa...

—Ay, fue porque así lo ordenó el fotógrafo. Dios mío, no me enseñes las fotografías que eso trae mal presagio.

—Mira aquí a Polo, frente a la venduta cerrada.

—Muchacha, guarda esas cosas... Déjame ver la cara que tenía el viejo... A ver.

—Aquí está toda la familia retratada debajo de la mata grande de tamarindo. ¿Te acuerdas de la mata grande de tamarindo, mamá? Allí siempre nos juntábamos todos para deshojar el maíz. Y tú preparabas el pinol y nos lo traías. Y nosotros deshojando el maíz y haciendo cuentos, y riéndonos a más no poder. Por entonces todos éramos jóvenes en la casa, en el barrio. Por entonces todo el mundo era joven. Deshojar un carretón de maíz debajo de la mata de tamarindo era una fiesta.

—Aquí está Digna con los dos muchachos y Moisés en el medio. Ese Moisés salía bien en todas las fotografías...

—No había diversión más grande que el deshoje. Y algunas veces tú te embullabas y hacías turrone de coco. Si tú supieras... yo a veces quería morirme en uno de esos momentos. Entonces sí valía la pena haberse muerto. Entonces cuando no se padecía por nada, y cualquier cosa era un motivo de fiesta. Yo me revolví entre la hojarasca seca del maíz y me sentía tan feliz que ahí mismo hubiera querido quedarme muerta. Yo escuchaba a las muchachas hacer cuentos mientras tú les repartías los turrone de coco, o el café, y me decía: qué feliz soy, si pudiera morirme ahora mismo, qué felicidad. Y Polo más allá, en una esquina, con las hojas llegándole casi al cuello y conversando con los demás. Y tú, repartiendo el café y los turrone. Y yo deshojando maíz y oyendo las risas y los alborotos de las muchachas y de los hombres. Porque también venían hombres al deshoje. Todos los muchachos y jóvenes del barrio...

—Una foto de Fortunato cuando tenía seis años. Qué feo. Y está rajado en gritos.

—En cuanto se enteraban de que había deshoje venían como si fueran abejas a una colmena. Y ya desde lejos se oía el alboroto. Y la tonga de mazorcas crecía y crecía. Y las risas de la gente se hacían más altas. Y yo sentía deseos de coger aquella risa y comérmela, o guardarla en una cajita y abrirla a cada rato.

—Aquí estás tú recogiendo coquinas en Santa Lucía. Pero qué erizada estás; ese día debió haber hecho mucho viento...

—Ahora mismo estaría yo abriendo esa caja y oyendo un poco de esas risas. ¿A qué sabe una risa? ¿Cómo es una risa? Ríete, ríete, anda, igual que la vez que te equivocaste y le echaste sal al café. Vamos a pensar que estamos debajo de la mata de tamarindo. Vamos a pensar que el tiempo no existe y que estamos todos muertos de risa entre el hojzal y el barullo de la gente. Los gorgojos me caminan por la falda y me hacen cosquillas y me siento alegre. Hemos traído infinidad de faroles, quinqués y candiles para alumbrar este lugar. «Hay que tener cuidado con la llama de los candiles», dice papá. Ahora llegan las hijas de Primitivo Leyva y de los Pupos. Esto es una fiesta. El deshoje de maíz de mi casa es una fiesta. Las muchachas han llegado y me saludan, y me preguntan por todo. Si alguien nos oye desde lejos: qué pensará. Qué imaginará que somos.

—Aquí no salí tan mal. Pero con el bobo de Polo al lado, exhibiendo un pasquín de Chibás que me roba toda la vista!

—Si alguien escucha ese escarceo es posible que se raje en gritos, al no comprender el porqué de tanta felicidad. Porque aquello era la felicidad, y, como lo era, no sabíamos que lo era. Aquellas noches en que nos sentíamos así como si fuéramos algo más que gente trabajando entre el mazorquío y las cantaletas, y el parpadeo de los candiles; esas noches en que lo sabíamos todo y hacíamos como si no supiéramos nada, en que nos repugnábamos de turrone y nos reíamos sin saber ni de qué, o por cualquier bobería: aquellas noches fueron y son lo único digno de conservarse en la memoria. Lo único que nos hace chisporrotear los ojos o ponernos a cantar con la boca cerrada cuando miramos para atrás, lo único que me hace a veces llenarme de piedad por ti, por mí, por todos. Porque todavía estoy debajo de la mata de tamarindo. Porque todavía siento a los gorgojos caminarne

por las piernas y subírseme a la falda. Y oigo las risas de las hijas de Primitivo. Y miro de refilón a los muchachos de La Perrera. Y simulo que soy inocente. Y a nadie le digo que ya lo sé todo.

La muerte seguía revoloteando sobre el viejo. Pero el viejo se hacía el desentendido, y se empecinaba en contar toronjas y los guineos inexistentes. La muerte no estaba apurada y daba vueltas y más vueltas por toda la venduta. Por fin, se sentó sobre las cestas de tomate y el viejo oyó con tristeza el ruido que hacían los tomates al ser destripados. Afuera alguien gritaba: «Ahí está tu hija dejada», «ahí está tu hija achicharrada», «ahí está tu nieto ahorcado». Siempre afuera había alguien gritando una injusticia, un horror, una ofensa, una calamidad por la cual él, el viejo, era siempre el más perjudicado. «Ahí está tu hija bailando con un negro», gritaron allá afuera. Dentro el viejo y la muerte jugaban al escondido. El viejo se volvió un abuje y a la muerte le costó trabajo encontrarlo, pues el abuje se había metido dentro de un carretel de hilo vacío. Afuera la vieja llamaba al viejo y la muerte cogía las voces y las tiraba de nuevo para el patio. Y las voces no llegaban a los oídos del viejo. «Abre, abre», decía la voz de la vieja allá afuera y pateaba muchas veces sobre las tablas llenas de comején de la venduta, de modo que si no hubiera sido por la muerte que se tomaba interés en que no penetrara aquella voz, la venduta se hubiese derrumbado. «Abre, cabrón, abre.» Pero la muerte seguía cogiendo las palabras y lanzándolas con furia por las rendijas. «¿Qué se hizo de tu furor, qué se hizo de tu violencia, dónde está tu rebeldía?» Si el viejo hubiera mirado por aquellas rendijas me hubiera visto, más allá de las lomas grisosas y de las endemoniadas aguas, encaramándose en el capullo de algún árbol mustio para tocar el guamo,

pues su madre había muerto y él estaba solo en la casa. La muerte tomó un tubo de quinqué y, por hacer la maldad, lo estrelló contra el piso. El viejo se inclinó para recoger los pedazos y entonces la muerte le hizo cosquillas en la espalda. El viejo se apartó riéndose y de pronto oyó el estallido de una voz —un sonido breve que la muerte, atareada en hacerle cosquillas, no pudo lanzar de rechoque por las rendijas—. El viejo oyó ese sonido que era algo así como el gemido de alguien que nunca se ha quejado, que era algo así como el desgarramiento de alguien que, luego de haber resistido siglos de infamia, se da por vencido. El viejo reparó otra vez en el sonido que ya desaparecía y también se dio por vencido: alzó la cabeza calva y miró a la muerte de frente con los ojos brillantes y secos. La muerte dejó en su sitio el tubo de quinqué que también pensaba estrellar y pasó sus largos dedos por la cabeza despoblada del viejo, con el mismo ademán con que se acaricia a un niño castigado sin motivos. Entonces el viejo tomó a la muerte por la cintura y la muerte lanzó una carcajada muda. La vieja, afuera, totalmente enfurecida, comenzaba a meterle el diente al entablado. Y dos demonios bastante jóvenes se desgañitaban de la risa viendo como a la vieja le saltaban los pedazos de dientes de la boca ensangrentada. El muchacho tocó de nuevo el guamo. Pero todavía nadie llegaba.

—Abre. Abre, Adolfiná. Mira que la paciencia tiene un límite.

Danza, danza. El agua cae sobre sus cabellos escasos y desgreñados mientras danza. El agua anegando sus huesos que siempre hierven. El agua bañando sus ojos siempre abiertos. El agua, casi evaporándose al contacto de su piel, empapando su cuerpo sin poderlo apagar, sin poderlo saciar. El

agua, saliendo por las cañerías con toda la potencia que ofrece, un acuéduto sin filtro y de reciente inauguración que, además, hacía meses que no funcionaba. El agua, saliendo por los tubos, turbia, y violenta, y fría. El agua, y ella bajo el chorro danza, danza. El agua, y ella saltando en medio de la bañadera que no es bañadera. El agua cubriendo su cuerpo que, frenético y solo, parece querer desconjuntarse, al son del chorro. El agua.

A quien quiera que venga no le he de abrir la puerta. A nadie. La voy a dejar así, con el pestillo puesto. Que nadie entre. Que me dejen sola. Y más hoy, que hay agua en abundancia. Y más hoy... Que me dejen sola y bailando con todo el mundo. A nadie le abriré. Que no lo piense. A nadie. A nadie. Porque se me ha ido la vida así, sin saber ni cómo se me ha ido. Se me ha ido así: cuidando mujeres paridas y botando orinales llenos de miao. Pero ya no

aguanto más. Hoy mismo voy a salir a la calle y me voy a acostar con el primero que encuentre. Me da igual un caballo que un hombre, una lagartija que un perro. Lo que sea. Horita mismo voy a salir a la calle. Está bueno ya de privarte de todo a cambio de nada. Está bueno ya, Adolfin. Sal a la calle y busca a tu hombre. Sal a la calle y desnúdate en mitad de un parque. Haz lo que te parezca. Acuéstate con quien te lo proponga. Pero haz algo. Haz algo. Haz algo. Ay, yo quiero hacer algo.

Si te quedas aquí en la casa oirás el tic tac del reloj de pared y ya no tendrás escapatorias. Si sigues viviendo en esta casa las mismas paredes te irán carcomiendo la cara. Si te quedas te convertirás en un pedazo de ladrillo húmedo, y tu rostro irá cogiendo el color verdusco de la mazamorra. Si te quedas no puedes esperar otra cosa que la llegada de la muerte. Los otros han elegido irse, a cualquier sitio, pero se han ido. Onérica, Esther... todos los hombres se fueron jóvenes antes que la maldición de esta casa los destruyera, hasta el mismo Fortunato se atrevió... Si te quedas aquí: la llegada de la muerte, sola y vieja. Con los brazos patisecos por no haber abrazado. Sal a la calle, mujer. Sal y

empieza a dar maullidos debajo de cualquier árbol. Sal, en medio de ese tiroteo, y pídele a gritos a alguien que te mate. Haz algo, Adolfin. Haz algo, porque las cosas ya van cogiendo tu misma forma. Y tú tienes ya la misma forma de un tinajero desteñido, de una pared despintada, de una hornilla mohosa. Haz algo: pedazo de tinajero.

Haz algo: pata de silla.

Haz algo: cuchillo sin cabo.

Haz algo: búcaro defondado.

Haz algo: sofá chinchoso.

Haz algo: bastidor con huecos. Haz algo. Haz algo. Haz algo.

Haz algo ahora. Haz algo ahora. Porque si no más tarde no habrá para ti ni siquiera el consuelo de saber que no hay consuelo.

Haz algo: locera vacía.

Haz algo: Adolfin. Adolfin.

Sal a la calle y busca. Sal a la calle y empieza a reírte a carcajadas. Sal a la calle y habla. Menéate. Corre.

Sal a la calle y haz algo que justifique tu muerte.

¡Haz algo: tijera sin tela!

ÍSÓLO QUEDA A LA VENTA UNA GUARAPERA DE SEIS MASAS DE ACERO INOXIDABLE Y MONTADA EN CAJA DE BOLAS! Véala en Arias 36, donde se le hará una demostración de su funcionamiento.¹

1. Periódico Norte, Holguín, miércoles, 29 de septiembre de 1958.

Una noche vi a Fortunato conversando con el palo podrido que está en el patio. Le contaba algo terrible y lloraba a lágrima viva. Lloraba y se reía a carcajadas. Yo me dije: está loco de remate, y me fui corriendo para la cama. Eso fue hace tiempo. Ahora no sabría qué pensar.

Digna

Porque también estaba eso. No enloquecer. Tener el suficiente coraje para tolerar sin (auténticamente) tolerar, para aparentemente aceptar sin aceptar. Tener el suficiente valor para (aparentemente) hacer el juego sin traicionarse, sin perder el juicio; sin perder ese hilo casi inapresable que es el del verdadero sentido, el que nadie conocía, y que nunca serviría para alimentarlo, para complacer a su familia, ni para disminuir el estruendo de las poleas, ni la claridad aterradora. Porque por encima de todo; por encima de gritos e injurias, por encima de la inexorable ofensa del tiempo, del espanto que el vivir cotidiano impone, por encima de todos aquellos ruidos inútiles que, sin embargo, no dejaban por eso de ser insoportables —decisivos a la hora de contribuir a la frustración de toda empresa memorable, real, trascendente—, que no dejaban por eso de condenarlo, tenía que mantener, aún, la lucidez suficiente, el coraje suficiente, para vislumbrar, más allá, aquel tenue filamento que, quizá, solamente existía en su imaginación, que, quizá, no era más que una de las formas con que, incesantemente, suele presentárenos la infamia. Más allá estaba la noche. No azul. No blanca. No suave. La noche. La noche de esquinas chatas y aguas sucias y aglomeradas. La noche resolviéndose en nubes de mosquitos, en un gigantesco fondo de caldero raspado con furia; la noche con sus fuegos, con sus chillidos de niños rojos y perros abominables, hambrientos e histéricos, como sus dueños. La verdadera noche, con sus incesantes cloacas, con sus paredes gigantes y sus ineludibles fogonazos... Si estira una mano, si tantea en el vacío, si trata de aferrarse, ¿alguien acudiría a sostenerlo? ¿alguien comprendería si quiera que pide ayuda? ¿Y ese alguien, si llegara, no podría ser precisamente uno de sus enemigos?... Había tenido que oír tan-

tas sandeces, últimamente, siempre. Pero lo cierto, pero lo cierto, qué era lo cierto... Más allá, el revuelo casi metálico de las bestias, también, como él, sudadas y apestosas, también como él, aullando; rechinantes, amargadas, como él. Si se quedase quieto, si no se moviese, si se entregase finalmente a aquellos garfios. «En otoño... los árboles, en otoño... los árboles.» Qué podía recitar ahora, qué genial párrafo repetido en alta y angustiada voz (memorizado) podría inmunizarlo contra aquel tableteo, incesante. Sabía una canción. Su abuela se la había enseñado cuando él era un niño. Y él la repetía en el corredor, bajo las canales, en una de las esquinas de la mesa larga. La canción contaba (sin economía de llantos y majaderías) la historia de un niño que nace sin padre, pues éste «engañó» a su mujer y se marchó. El niño «se hace hombre», va a la guerra y «en venganza mata a su padre». La última estrofa de la canción dice: «Así hacen los hijos que saben amar». Esa canción tampoco él podría olvidarla nunca. El himno nacional, sí, quizá, seguramente, pero esa canción jamás. Su letra, su ritmo pegajoso, estaría resonando siempre en aquella extensión: su vida acorazada de ofensas, de hambres de todo tipo, de humillaciones de todos los tiempos, de sueños y estupideces en todas sus infinitas e inútiles variedades. Olores que quizá nunca se disfrutaron, palabras a las que la distancia les ha hecho perder su auténtico acento de resentimiento, sitios y tiempos que ya no existen más que en este momento en que, dados por irrecuperables, son evocados. Y más allá, y más allá, ¿qué había más allá? La absoluta certeza de que el gran terror se mantendría por encima —fijo e indiferente— de las pequeñas calamidades diarias, de los pequeños triunfos, y que para amedrentar y aniquilar, para mantenerse como tal, no tendría que acudir a estruendo de poleas, a frutas podridas ni a gobiernos brutales. El gran terror, la gran soledad, la seguridad de que la muerte —ya tocando, ya tocando... Y si aún lograrse sobrepasar el círculo (difícil) y si por ahora lograrse escapar (imposible) estaría allá, acosándolo, esperándolo para eliminarlo, burlándose siempre. Ya sin Dios, pero aún con la sensación de la perenne estafa cerniéndose sobre sus gestos más mínimos —llevar las manos a la camisa, comprobar la humedad, mirar el cielo. ¿Qué hacían las estrellas, reverberando, igual que el mediodía, y así de infernales?... Sin Dios, pero con la certeza de que alguien,

la fatalidad, vigilaba siempre sobre astros, techos de fibrocemento, ramas de tribulillo, tazas de inodoros. Sin Dios, pero con la certeza de que la presencia de esa adversidad estaba allí inclusive, en su inútil carrera, atenta al más ligero estremecimiento, sensible, dispuesta siempre a dar testimonio, a oscilar, a agitarse voluptuosa como los gusanos cuando al él levantar la tapa del excusado, allá en el campo, recibían la luz. Sin Dios, y sin un rostro cuadrado, ovalado, seductor, incommovible, perfectamente inexpugnable, sin una mirada agresiva y centelleante, sin una dentadura reluciente, cosas que, quizá, lo eximirían de toda inquietud filosófica. Sin Dios y sin esos gestos voraces, egoístas y seguros de los otros, sin posibilidades de estudios, de viajes, de fabulosas fiestas. Sin Dios y sin una plantación de esclavos, sin vastos jardines perennes y ondulantes, sin un «Osmovil 1958» —último modelo— sin un cargo importante en una importante empresa, sin un reino, cosas que quizá, sí, seguramente, hubiesen desviado su mentalidad hacia nuevas doctrinas religiosas, o no le hubiesen dejado tiempo para pensar en alguna. Sin Dios y sin poder ser como los demás: plenamente estúpidos, o plenamente dichosos, o plenamente desgraciados. Pues lo cierto es que a veces él sentía que alguien lo llamaba, y quería acudir, y desear, sin saber por qué, mientras se vestía, silbar. Lo cierto es que a veces él también tenía algún fragmento del silencio, del crepúsculo, de lo oscuro, de un casi-sentirse, de una calma, de una plenitud... Sin Dios, y sin confiar tampoco en sus nuevos delegados que asumían (seriamente, apasionadamente incluso) la divina función de estafar a gran escala. Qué hacía entonces allí, lleno de plomo, húmedo y reventando, dando bandazos por entre yerbas, gritos, piedras. Es que en algo le importaba todo aquello; es que acaso tenía fe —ésa era la palabra, ésa era siempre la palabra—. Muchas veces había sido Adolfina, y había padecido como ella, o quizá más, la urgencia de ser abrazada, penetrada, degollada, asfixiada, aniquilada de amor por alguien. Muchas veces había sido Celia, y conoció entonces el esplendor de los sufrimientos tradicionales, y la locura. Muchas veces fue Digna y supo de otros rostros de la estafa y de la soledad que creía imposibles. Muchas veces fue Polo y Jacinta y supo entonces hasta dónde podía llegar la furia y la frustración, la necesidad de rencor y de blasfemia. Muchas veces fue Tico y Anisia y compren-

dió entonces que para sobrevivir urgen dos condiciones: la inocencia y la crueldad. Muchas veces fue Esther y como ella razonó, no sin terror, que la muerte voluntaria es el único acto puro, desinteresado, libre, a que puede aspirar el hombre, el único que lo salva, que lo cubre de prestigio, que le otorga, quizá, algún fragmento de eternidad y de heroísmo. Muchas veces, siempre, seguramente, sí, había sido todos ellos, y había padecido por ellos y quizá —porque él tenía más imaginación, porque él iba más allá— al ser ellos había sufrido más que ellos mismos dentro de su autenticidad, dentro de su propio terror, invariable, y les había otorgado una voz, un modo de expresar el estupor, una dimensión del espanto que, quizá, seguramente, ellos mismos jamás llegarían a conocer ni a padecer. Porque también estaba eso, el llevar todas las desgracias de los otros, el padecer por ellos y tratar de interpretarlos. También estaba eso: las sucesivas transfiguraciones del terror. Su oficio de intérprete, de escudriñador, de vocero... Dios, Dios —sin poder invocarlo ya—: y él, Fortunato, cuándo habría tiempo para él. Porque él también solicitaba un tiempo —su tiempo— para insertar en él su aullido. Él golpeando, danzando, vomitando en el baño, abofeteándose la frente —tenía sinusitis— y ahora acribillando y huyendo, ya casi sin rostro, en medio de patadas, «altos», traqueteos de fusiles y dientes. Él sin tiempo, tanteando, él padeciendo por todos y, solo, arriesgándose; él, sin poder soportar, destruyéndose por los otros; él queriendo, él odiando y transformándose, por orden de alguien, por fatalidad de alguien, en otro. ¿Era eso él mismo? ¿Su verdadero yo que había venido para transfigurarse y padecer, para rebelarse, siempre, solo? ¿Para qué? Sabiendo que no hay protesta, que no hay recompensa. Renegando por el puro, justificado, acto de renegar. Fue entonces —o quizá antes, quizá siempre, quizá un poco después— cuando comprendió que ése era su sentido de estar, su fin —ahora sí, ahora sí, pensó—, que sólo en la violencia y en las transfiguraciones encontraría su autenticidad, su plenitud desgarrada. ¿Cómo podría soportar, con aquel rostro (los ojos eran pardos), con aquel estruendo, con aquel calor, y lo demás, esta certeza? Sin Dios y tan sólo, a veces, con el inapresable cosquilleo, que no podía precisar siquiera en el momento en que se manifestaría, que a veces llegaba dejando sólo una nueva sensación de acoso, de frustración... Qué agradable entonces empezar

a saltar de una a otra loseta, trasladar, entregar, renunciar, y, brincando en un solo dedo del pie llegar al sitio por donde todos pasan, rápidos, indiferentes, alegres a veces, y dedicarse sencillamente a mirarlos llorando, o empezar a degollar en la sombra todos esos animales tibios, invisibles, e inclasificables, que era él mismo, o, indolente, tirarse sobre el sofá —le habían puesto un fondo nuevo— y graznar, graznar. ¿No era maravilloso el verbo? Graznar... Al diablo aquel olor a fruta podrida, siempre ascendiendo. Al diablo la noche. ¿Qué hacían las estrellas? —allí estaban, sin embargo—, ¿qué demonios podía decirse a estas alturas de una estrella, qué función tenía, qué utilidad específica, si no estaban hechas para ser amaestradas, para ser controladas, para ser devoradas, para ser engullidas, para ser utilizadas ahora, ya, inmediatamente, para ser vejadas, ofendidas y luego pateadas y desechadas, y luego, para entretenerse (y ahí reside la clave de los cambiantes fraudes) apresadas en oscuros recintos de hierro donde, sin duda, se asfixiarán, gimiendo bajo, al cabo de pocas horas...? Sin embargo, allí estaban, pálidas y distantes, bañando su cuerpo convulsionado. Allí estaban, frías, imposibles, lanzando el cálido parpadeo inexistente. Las estrellas... Y la noche con sus solicitudes misteriosas y sus finales inútiles. Al diablo ese cuerpo, ese joven y maldito cuerpo que siempre estorbaba —demasiado grande, demasiado simple, demasiado lento, demasiado, demasiado—, siempre donde no debía estar, siempre solicitando algo, ardiendo. Al diablo aquel rostro, los ojos sobre todos que no sabía qué hacer con ellos, dónde depositarlos y que, grandes y tristes, como los de las vacas, provocaban siempre el desconcierto, la desconfianza de quien los mirase. Al diablo aquel pelo que aprovechaba la menor ocasión (un viento leve, un gajo) para revolverse. Al diablo sus manos chorreantes, sus tripas que resuenan y también el cosquilleo, la insólita melodía, aquel ritmo, aquel erizamiento que lo conminaba a contar, ahora, en ese mismo instante, a decir, a decir algo que permaneciera, algo terrible y nuevo, quizá la angustia de esa imagen del decir, quizá la angustia misma momentos antes del estallido. Al diablo hasta las propias contradicciones que lo hacían saltar de terror en terror, decidirse por todos, padecerlos todos, y seguir. Al diablo las variadas definiciones del espanto, las infinitas interpretaciones, las especulaciones, los supuestos encuentros —los ya definitivos—. Al diablo. Dejarse desprender, sen-

cillamente no buscar más aquel hilo quizá inexistente. Muecas, muecas, sencillamente muecas y patear de taburetes, oh bailar de taburetes, en cuatro patas aullar, oh restregarse de taburetes, en cuatro patas engullir todas las noches azules que nadie jamás vio. En cuatro patas echar a andar, libre, ligero, resuelto, triunfal, por haber podido desprenderse de aquello. Lo que lo aniquilaba y lo justificaba: los infinitos estruendos y la única melodía. Oh, qué agitarse de taburetes... Sí, porque también estaba eso. Cuando ya tocaba el rostro aquella materia sucia y resistente, la tierra. Aún en ese momento en que ya se precipitaba el fin —y la mosca otra vez, la mosca empecinada en permanecer en el sitio elegido— hacer todo lo posible para no enloquecer.

Vida de los muertos

Bien de madrugada salimos, mi primo Fortunato y yo a recoger estrellas. Las cogemos con una garrocha larguísima y algunas veces las tumbamos a pedradas. Aunque siempre hay algunas que no quieren caer, y entonces, yo doy un brinco y las arranco con los dedos. Las estrellas son como arañas vivas. Cualquiera día le voy a enseñar una a ustedes para que vean, y, si quieren, se las regalo. Sí: son como arañas vivas y algunas veces bastante furiosas por cierto, y entonces las muy malditas echan chispas y todo. Por eso yo tengo mucho cuidado cuando cojo una estrella, no vaya a ser cosa que me achicharre el brazo. Ayer mismo, le cayó una a Fortunato en la cabeza y lo dejó sin un pelo ni para remedio. Era una estrella grandísima, de esas que no se dan por vencidas, y que no se conforman con que uno las haya arrancado del cielo. La estrella, después que le quemó todo el pelo a Fortunato, vino corriendo hasta donde yo estaba y me tiró en los ojos muchas llamas, que si no los cierro a estas alturas estuviera ciega. Pero yo, que no soy boba, los cerré bien, y le puse el pie encima a la condenada. Si la hubieran visto: en cuanto se sintió aplastada, dejó de lanzar chispas y se fue desvaneciendo entre muchos estertores y bramidos bajos, hasta que se volvió un carbón. Las estrellas están escaseando, y, en toda la madrugada, no hemos cogido más que siete, y, para eso, algunas no valían ni la pena de recogerlas. Fortunato dice que deberíamos de empe-

zar a dedicamos a otra cosa. Y yo sé que es verdad. Y yo sé que tarde o temprano dejaremos este juego. Pero lo mejor es ir despacio. Despacio. Bien despacio. No te apures, Fortunato: dentro de un tiempo, cuando hayamos limpiado el cielo de estas arañas brillosas, nos dedicaremos a otra cosa. Y luego a otra. Y luego a otra. ¿Y luego?... No te apures.

Más allá del pozo viejo —que es el lugar donde vivimos ahora, Fortunato y yo— nos reunimos todas las tardes. Y yo saco la cántara oscura donde brillan las estrellas presas. Fortunato algunas veces llora, como si todavía estuviera vivo. Y yo, por seguirle la corriente, también me hago la que estoy llorando. Las estrellas se revuelven en la cántara y algunas veces se me escapa una que otra, pero, con sólo mirarla, vuelve, casi apagada, y se cuele otra vez dentro. Fortunato, sin dejar de llorar, dice que es que ya se han acostumbrado al fondo de la cántara y no se hallan bien afuera. A lo mejor es verdad: hace tantos años que están prisioneras que es posible que ya piensen que ese fondo prieto de la cántara es el cielo. Un sol inmenso pasa muy despacio junto a nosotros y nos da las buenas noches de mala gana. Fortunato lo mira irse y llora más fuerte. Las estrellas se agitan dentro de la cántara cerrada. Lloro también yo, aunque quizá sea porque me he acostumbrado. Así se hace de noche aunque posiblemente sea de día. Y yo pienso que a lo mejor es mentira todo esto que digo. Aunque sé que es verdad. Pienso que a lo mejor soy una muchacha que lo que desea es mudarse para un lugar donde no haya tanta bulla, donde las guayabas no apesten tanto, y donde alguien venga y le diga a una que si quiere casarse. Pienso que ya mañana voy a desear otra cosa que no sea esta tontería de jurgar estrellas con garrochas y guardarlas, hasta que se vayan poniendo patiseças dentro de una cántara mohosa como ésta, que era la que usaba mi abuelo para vender leche con agua en el pueblo. Antes. Yo, Fortunato. La cántara. Ahí está la gran. Ahí están tocando. Digo la fast. Gracac. Fracac. Grapac. Fracac. Fracac. Fracac.

Digo: po po poooo po po po po pooooo po.

Ah, me olvidaba decirles: algunas estrellas caen sin necesidad de que yo las pinche. Caen por sí solas y me piden a gritos que las meta en la cántara. Cuando dejemos este juego, ¿qué será de ellas? Hay de todo en el cielo.

De noche. El tiroteo y el órgano del Repello de Eufrosia envuelven al barrio con su monótono ritmo. La luna humedece su rostro frío y amargado entre las nubes. Alguien ronca, alguien gime, alguien se agita entre las sábanas, aúlla suavemente aprovechando ese silencio que no es más que la unión de todos los chillidos hasta formar un ritmo acompasado anónimo e inasible. Es ésta la hora en que Celia se levanta despacio, camina hasta el patio (algunas veces tropieza con el palanganero, con la radio, con una pared) recuesta la vieja escalera de madera al techo del baño y sube por ella. Ya arriba, manteniéndose trabajosamente en equilibrio, se desliza hasta donde están los escombros (pedazos de tejas, maderas, latas) que cubren el baúl. Celia olfatea, luego abre el baúl. Ahora revuelve ensimismada los objetos que guarda aquel cajón mohoso: cucharas, pedazos de vidrios, pomos vacíos, un calzoncillo que aparta con indiferencia, una revista *Bohemia*... hasta que, finalmente, allá en el fondo, sus dedos empiezan a palpar los objetos apreciados. Sus manos extraen prendas íntimas de Esther. Su primer ajustador, su primer blúmer, su primer par de zapatos con tacones altos, un par de cutaras, fragmentos de sus cabellos la última vez que fueron cortados, algún pedazo de uña, cabos de las velas que la alumbraron por última vez, una de las flores que integraba una corona, una de las agarraderas de bronce del féretro. Objetos funerarios, piezas de vestir, fragmentos personales, todo es depositado con paciente ceremonia sobre el techo del baño. Luego, comienza el ritual. Celia besa los blúmeres, se prueba los ajustadores, se calza los zapatos; una vela en la mano, otra en la boca, masticando, danza haciendo fantásticos equilibrios sobre el techo resbaladizo. Gira, gira entre objetos funerarios, trapos, andariveles tintineantes, residuos de un cuerpo, y

lucos. Todas las indiferentes, quizá ya inexistentes, luces de la noche, iluminándola mientras danza.

Los que no son son los que existen. Los más reales. Nosotros venimos no para ser nosotros, sino para darles vida a ellos, los que se fueron. Los que tuvieron la dignidad de largarse, despreciándonos, ellos son los reales. Y nosotros, que no hemos vivido nunca, viviremos para los muertos que, por despreciar la vida, están condenados a la eternidad. Ellos viven en nuestra perenne admiración, en nuestra adoración sin tiempo. Ellos se agrandan constantemente en nuestra ilimitada frustración. Ellos, en fin, están en manos de nosotros, los cobardes, que nos apoyamos en ellos para existir.

Así yo me dejé arrastrar también por aquel estruendo: tan joven, tan joven, y lo había logrado... Quedé hechizada, deslumbrada, aterrada.

Y entré en el baile.

Llegué y la suspendí muerta con un solo dedo, porque pesaba menos que una pluma. Porque era una pluma. Con mi hija muerta suspendida en un solo dedo, igual que hacen los maromeros con un plato de albóndigas, empecé a bailar por toda la casa. Salté, corrí, alcé el vuelo, y luego, como siempre, tuve que depositarla en la caja. En la caja, yo y mi hija. Yo, muerta, en la caja.

Yo y mi hija muerta dentro de la caja. Si vieran qué liviana. Si hubieran visto ustedes qué poca cosa parecía que traía yo entre las manos. Si ustedes hubieran visto: pesaba menos que una tusa seca. Yo me paseaba con ella entre los dedos como si fuera una hormiga Santánica, de esas que no pican ni hacen nada. Yo muerta. Yo muerta. Yo muerta. Con mi hija, yo. La suspendí así como si tal cosa. Qué pena que ustedes no pudieran verme. Qué pena que ustedes no vieran aquello, yo con mi hija levantada, caminando por toda la casa, hasta que salí al patio... Si me hubieran visto salir al patio. Si me hubiera visto salir al patio. Si me hubieran visto salir al patio. Con mi hija pendiendo de un dedo cargada con la misma seguridad con que sostiene una lavandera una batea llena de ropa en la cabeza. Mi hija tesa sobre mi dedo.

En el patio, las bestias y las brujas tenían casi una fiesta. Por

entre las bestias me paseo, yo con mi hija en alto. Por sobre las bestias me paseo yo, y ninguna se atreve siquiera a abrir la boca. En el patio yo mi hija las brujas y las bestias.

Y el palo seco en el patio.

Y mi hija muerta en el patio.

Mi hija muerta sobre mi dedo: durmiendo.

Alguien debe saber que en este momento yo casi gozo de tristeza.

Alguien debe saber que estoy enriqueciendo mi tristeza. Sepan ustedes que el patio era yo misma. Y yo misma me paseaba por encima de yo misma, y yo misma consolaba a yo misma. Y yo misma lloraba por yo misma, buscando calma en yo misma y tratando de pedirle explicaciones a yo misma. Y no me encontraba yo misma.

Sepan ustedes que yo misma trataba de calmar a yo misma. Y ni siquiera yo misma podía contener a yo misma. Y ni siquiera

Y cuando vinimos a ver estábamos las dos abrazadas y con las fotos desparramadas por la cama, llorando a lágrima viva.

Adolfina

Y en el patio yo misma con yo misma preguntaba qué era yo misma para que todavía siguiera siendo yo misma. Y por qué seguía muriéndose yo misma, cuando yo misma sabía que yo misma estaba muerta.

Díganme ustedes la verdad: cuántas veces tiene que morirse uno en la vida.

Díganme ustedes la verdad: cuántas muertes le suceden a uno en un día.

Porque ya he perdido la cuenta. De veras que la he perdido, y quisiera que ustedes, mis queridísimas bestias, me pudieran contestar. Vamos. Por qué no me lo dicen. Contéstenme esa pregunta. Cuántas muertes... Pero, oigan ustedes esa música. ¿La oyeron? No la oyeron. No saben ustedes lo que se están perdiendo al no estar oyendo esa música. No saben ustedes lo que se pierden. Debería estar uno siempre oyendo esa música, o de lo contrario, morirse una vez nada más.

Yo hubiera preferido ser, de haberme dejado escoger antes de la primera muerte, hubiera preferido ser un garrafón, o una araña chiquita. Estoy vacío y constantemente me están llenando; me limpian, me colocan en los sitios donde no pueda quebrarme, al fresco, labios ávidos constantemente beben de mí. Ah, qué dicha, y yo reluciente, indiferente, incapaz de arrugarme, deseado por todos... Soy una araña. Tejo mi tela. Y me siento a esperar que lleguen las moscas.

He tejido mi tela y me he enredado en ella. Y me muero enredada. Ahora caen las moscas.

Temprano me levanto. Antes de que salga el sol empiezo a dar brincos de un lado para otro, soltando hilos por la barriga. Tengo la barriga llena de hilos. A lo mejor algún día me lanzo de una rama a otra creyendo que todavía me quedaba hilo... A lo mejor. Pero ahora que tengo la barriga atosigada no debo preocuparme por eso. Pero por ahora, lo único que me importa es tejer mi tela. Y luego, quedarme muy acurrucada en el centro; aguardando.

En mitad de la tela.

Yo y la tela.

Yo.

Y así, digo que sale el sol por detrás de cualquier hoja. Así lo he visto salir. Y entonces la mosca se adormece, y la tela se estira. Mi hija muerta en la tela, junto a la araña. He velado este momento, he esperado este momento, he fabricado este momento: Ahora puedo comérmela. Cicc, cicc, cicc. La araña junto a la hija. Cicc, cicc, ciccc. La araña caminando por sobre la tela, hacia la hija. Y el sol entre las hojas.

Yo.

La araña.

El sol.

Ser. Solamente una araña. Y no pensar qué cosa es esto que puede llamarse soledad, o no tener a nadie, o querer sin querer.

O estirar los brazos

o asomarse a una ventana cerrada.

o abierta

o levantar a un muerto con la palma de las manos vacías

o saludar.

o conversar.

o.
o.
o.

Y luego salir a la calle con las manos en la cabeza.

Y mirar la luz. Y no mirar la luz.

Y desgajarse por dentro y casi por fuera.

Mientras llueve o no llueve.

Mientras caen rayos o no caen rayos.

Mientras te mueres o no te mueres. Mientras te mueres.

Mientras te entierran.

Pi pi pi pi pi pi pi pi piii iii i: sentarse en mitad del patio.

Y pensar. Pensar, mientras la familia lo mira a uno desde la cocina y dice: está loca de remate. Sentarse a pensar

mientras la familia dice: está loca, está loca, está loca. De remate.

Está loca. Pensar...

Ahí, sentada en mitad de tu alma. El palo. Tu alma es un palo. Sobre mi alma, digo. Sentada yo, como si todavía me quedaran cosas que esperar, o que decir, o que callar... A todos los que vean, díganme si hay algo más atrás del excusado. A todos los que ven, díganme si hay algo más allá de mis manos cuando se extienden y tocan el vacío.

La Navidad... La mesa llena de lechón asado y mi hija Esther caminando por sobre los platos.

Los platos.

La mesa servida.

La muerte en los platos. La mesa. Pensar...

¿Qué diré para saber que estoy diciendo algo? Si doy un maullido, seré una gata que araña las tejas y busca marido. Si doy un bufido, seré una vaca que rueda, desnucada, por el pedregal. Si lloro, dirán: es una mujer desgraciada. Si canto dirán: es una mujer que canta. Si duermes. Si comes. Si caminas. Si te levantas. Si sales. Si brincas. Si lloras o no lloras. Si gritas... Siempre hay una definición inútil para tu aullido. Estampándolo.

Aparejos. Qué de aparejos, ya me estoy aparejando... Definan.

Gripe de las gripes sobre las gripas... Definan.

Qué tristeza: mirarse las manos así, bocarriba bajo la tierra. Y llevarlas de un golpe recto hasta la cara. Después de este golpe se *akaba* el mundo. Después de este gesto: el mundo se *akaba*. Se *akaba* y sigue.

Las *kosas* ya vuelven a *koger* su forma terrible. La *kasa echa* una figa enorme *komo*. las muelas de un *kangrejo*. De la *kumbrera* sale una garra *ke echa* sangre y una araña grande *kanta* más allá de los *kokos*.

Los *kokos*.

Los *kokos*.

Los *kokos*.

En el *sielo* los *kokos*. Las *kosas* otra vez *kon* su forma de siempre: la *kasa sentelleando* y soltando *karkajadas* raras.

Una mujer *kon* una vela *chikita* entre los dedos llenos de *ke-maduras*: ¿es *ke* ha muerto un ángel?

Una mujer llorando encima de una botella de anís Topo: ¿es *ke* se ha muerto un niño, o una niña, o un ángel?

Una bruja *mesiéndose* en una *hamaka* y *mastikando* lagartijas vivas: ¿es *ke* se ha muerto una niña?

Un *koro* de bestias llorando a lágrimas grandes y *haciendo* pompas de jabón en la batea: ¿es la muerte de un demonio?

Un demonio *tokando* una marimba en el aire: ¿es la muerte *ke* juega *kon* el aro de una *bisikleta*?

Una vieja apagando el fogón: ¿es *kasi* la muerte en persona?

Un viejo: *kontando* guineos y llorando: ¿es algo peor *ke* la muerte?

Dos muchachos asomándose por una rendija y preguntando a *ké* viene esa vela-*ensendida* a media mañana: ¿es la muerte en la vida?

Una mujer *kantando kon* la *boka serrada*: es lo *ke* sigue después de la muerte.

Otra mujer *rosiándose kon alkol*: es el *komienzo* de la vida.

Otra mujer dándole patadas a las botellas en el patio y *kon* las manos en la *kabeza*: es la muerte de mi hija.

Algo más *ke* la muerte.

Kasi tanto *komo* la muerte.

Oh la muerte.

Ah la muerte.

Iiiiiii la muerte.

Naaaaááá: la muerte.

Kojones: pero si es la muerte.

Miren, miren, sí, es la muerte.

Pa su madre, pero si ésa es la muerte.

Ave María Purísima, si estoy viendo a la muerte.
Será *ke* estoy soñando, pero esa *ke* está parada ahí, ¿no es la muerte? No me diga usted eso. No me diga usted eso.
Para allá. Digo, para *aká*. Mire, mire.
Ahí está.

Pero Celia no danzó sobre la mesa cuando vinieron a buscarla. Danzó, como de costumbre, sobre el techo. Allí estuvo toda una noche, caminando de uno a otro extremo de las largas tejas, como una gallina acobardada que no se atreve a lanzarse. Los dos hombres y la mujer no parecían tener esta vez ningún apuro. Jacinta les hizo café del que había conseguido en la bolsa negra; se persignaba, y, al parecer aterrada, miraba a los visitantes cada vez que resonaba el taconeo sobre el techo. Celia bramaba bajo. Otorgaba al vacío aristocráticos e insólitos gestos que no le pertenecían. Y a veces (pero no con violencia) parecía como si espantase a alguien que se le hubiese posado en la punta de la nariz. Por la lentitud con que movía la mano y el brazo parecía que ese alguien poseía un peso considerable. Cuando subieron a buscarla no ofreció, a diferencia de Digna, ningún tipo de resistencia. Extendió una mano, sonrió, saludó con discreta ceremonia. Y, casi como agradecida, se dejó conducir. Apretaba, sin embargo, los ajustadores que habían pertenecido a Esther, y que ellos, inteligentemente, no intentaron quitarle. Pero al montar en el auto tiró, al parecer por su gusto, la prenda. Y se despidió muy alegre. Tico y Anisia agitaron las manos.

ENTRAN EN SANTIAGO
DE CUBA
LAS FUERZAS REBELDES

Y las cosas cada día peor. La venduta en quiebra. La fábrica cerrada. El pueblo a oscuras, porque los rebeldes están como quien dice de-

Fuerzas de la columna 3 penetraron en la ciudad de Santiago de Cuba hasta los depósitos de la compañía Miller, incautándose de una camioneta. Llegaron también a entrar en la bahía de Santiago, pasando de la Socapa hasta el morro. En el muelle de la Socaja se incautaron de una embarcación, trasladándose a Cayo Smith, pasando por el Club Militar Naval que se encuentra a doscientos metros. Ya en el cayo se penetró en la casa del práctico, donde se tomó el único teléfono existente. Se capturó allí a un tal Martín, acusado de confidente de la tiranía, ocupándosele un carnet del Gobierno provincial de Oriente.

pues ella sabe bien que yo no me voy a llenar de valor para cobrarle. Quince cajas de fósforos me compró hoy por la mañana. Habráse visto. Yo creo que lo que quiere es trasladar la venduta para su casa.

Ay, Moisés. Si ahora estuviera en la finca mataría una marraña y me la comería. Y que se acabe el mundo.

Pero aquí la cosa es distinta. Si te callas, estás con los rebeldes y no quieres que te descubran. Y si hablas... pues vaya usted a ver lo que le pasa al que habla.

En fin, que las cosas están cada día peor y que yo no veo escapatorias.

En eso es en lo único en que Jacinta y yo estamos de acuerdo: en que no hay escapatorias.

Si vendo una lata de carbón, me investigan que de dónde sa-

trás de la casa. Los ahorcados a montones. El hambre al tolete.

Y sin escapatorias.

Porque esto ni se gana ni se pierde.

Son demasiado los guardias.

Por veinte pesos cualquiera se hace casquito.

Ay, Moisés, quién me mandaría a hacerte caso. Y lo peor es que no puedo ni quejarme.

Y lo peor es que tengo que hacerme el mudo para que me dejen en paz. Hábrase visto...

Ay, Moisés, caramba.

Y de contra me deja a la muchacha con dos muchachos.

Y las cosas cada día peor.

Y yo temblando porque el barrio entero sabe bien que en esta casa no estamos con el gobierno.

Y yo temblando.

Y mientras tanto Iluminada, la mujer del policía coge a crédito la poca mercancía que me queda,

qué el carbón. Y si no la vendo me investigan para ver qué hago con el carbón.

En fin:
que no hay escapatorias.

Y vosotros, soñadores, que fuisteis visitados con exceso por la luna, que os agotáis en vanas actividades, conoced todas las posibilidades del sueño.¹

cada día se ponen peor. A la verdad que a mí casi me da lo mismo ir al Repello que no ir. Pero como todos los muchachos del barrio iban, pues yo también iba. Ahora que está cerrado me paso la noche por ahí, sin poder meterme en ningún sitio pues no tengo ni una peseta, y sin poder hacer nada. Lo peor es que casi todas las noches se va la corriente y entonces no me queda más remedio que irme para la casa. Y sentarme en el muro del portal. Y aguantar los refunfuños de abuela y de todo el mundo.

Dicen que los rebeldes están cerca. Me siento en el muro y pienso. Algunas veces se oyen tiros y parece que es ahí mismo. Las luces apagadas. La abuela peleando y dando tropezones porque no hay ni velas para alumbrarse la cara. Así que están cerca... Ya no hay ni desayuno. Creo que lo mejor que puedo hacer es alzarme. Cerquítica están, y algunas veces llegan al pueblo y todo. Anoche hubo encuentró ahí mismo, en la loma de La Cruz. La fábrica cerrada. Si tuviera un peso me metería al cine. Pero esta noche no podría ser, pues no hay luz. El servicio no descarga porque hoy tampoco hay agua, y no hay quien aguante la peste. Si por lo menos pudiera ir al Repello. Qué se habrá hecho de Lolín. Si en el baño no hubiese ese olor me haría la paja pensando en ella. Aunque a la verdad, yo pensé que iba a ser otra cosa.

1. *El espejo mágico*. Poema: «Los sueños».

—¡Adolfina! ¡Adolfina! ¡Ya van más de cinco horas! ¡Mira que si sigues ahí habrá que derribar la puerta de una vez!

Esta misma noche voy a salir. Esta misma noche. No resisto más vivir encerrada en esta casa mirándole la cara a todos estos muertos malditos que se creen vivos y lo imaginan a uno muerto. Ya me cansé. Ya me cansé y siento unos deseos terribles de ponerme a gritar. Esta misma noche voy a salir. Esta misma noche. Me voy a lo que sea. Otra será la que se quede para vestir santos. Otra será la que siga cuidando muchachos ajenos y cosiéndole de gratis a la familia, como la puta del Cantillo. Ya me cansé. Ay, si hasta siento de nuevo deseos de rastrillarme la cabeza contra la pared cada vez que me acuerdo que mi juventud se ha ido sin haberla perdido siquiera. Pero esta misma noche voy a recuperar todo eso. Quiero morirme o salvarme de una vez. Pero no seguirme muriendo. Pero no seguirme pudriendo entre este cucarachal y este mar de quejidos. Allá los viejos. Yo todavía no soy vieja. Díganmelo ustedes. Mírenme: ¿no es verdad que no estoy tan vieja? ¿No es verdad? Díganmelo ustedes. Díganmelo ahora mismo. Díganmelo ya.

¡Saldré!

El viejo volvió a sentir el ruido de un auto frente a la casa y no dudó un instante de qué se trataba. Ahora le toca a Celia, pensó. El viejo trató de mirar por una rendija; pero la muerte las había taponeado para que no llegaran las voces de afuera. Entonces, el viejo se trepó al aparador más elevado, y, desde allí, trató de mirar a través de los huecos que dejaban las tejas de fibrocemento al caer sobre la pared. Pero también aquellos orificios estaban cerrados. El viejo entonces, y ya el carro se alejaba, agitó lentamente una mano, diciendo adiós, respondiendo. Al hacerlo, perdió el equilibrio, y poco faltó para que no rodase desde lo alto del aparador. La muerte, balanceándose en el tallo seco de lo que fue un racimo de plátanos, soltó la

carcajada. Y el viejo, lentamente, comenzó a descender. Llegó al suelo y se sentó en el taburete. Entonces la muerte le ordenó, con un ademán procaz, que balancease el tallo donde ella se encontraba —a la muerte le gustaba mecerse—. El viejo, sin incorporarse del taburete, alzó un brazo y comenzó a impulsar el tallo, rítmicamente, cuidadosamente, como el padre que impulsa el columpio en el que está sentado su hijo preferido... «Qué fue de tu divino furor, qué se hizo tu violencia, dónde está tu rebeldía.» Otra vez llegaban aquellas interrogaciones —no sabía de dónde— y el viejo las sentía trepar por su cuerpo destartado y golpearle el rostro. Cómo era posible que un hombre que se haya atrevido a cruzar el mar, a renegar de la madre, a matar, a robar, a blasfemar, a odiar; cómo era posible que un Hombre que había hecho todas esas cosas vitales, auténticas, valiosas, imprescindibles para alcanzar la categoría de *hombre*, haya luego caído tan bajo. ¿Cómo es posible que hayas hecho de lo que pudo ser tu gloria un refunfuño?... Y el viejo sintió que los golpes en el rostro eran cada vez más fuertes, que era imposible no responder; y, por un instante, dejó de mecer a la muerte, levantó las dos manos hacia el sitio donde al parecer venían las voces, y enseñó las palmas callosas, los dedos resecos y engarrotados, las uñas curvadas y deformes. Las alzó. Aquellos amasijos, aquellos garfios, aquellas corazas torpes, ya sin articulaciones, aquello, eran sus manos. Y de pronto, las voces desaparecieron, como avergonzadas ante la evidencia, el resultado, de ochenta años de trabajo apasionado... Pues no son las grandes derrotas las que aniquilan, son las frustraciones diarias, la cotidiana injuria, y la mezquindad de todos los días, en la cual, quizá inconsciente, pero obligatoriamente, participas, agrandándola... Y el viejo, totalmente satisfecho con aquel gesto (al fin lo habían escuchado, al fin habían comprendido aunque fue-

ra por una vez, al final, que era él quien tenía la razón, que era él la víctima) tomó de nuevo lo que fue el extremo de un racimo de plátanos y otra vez comenzó a mecer a la muerte, que había presenciado aquella escena plenamente satisfecha. Entonces ella, la muerte, como inspirada por aquel balanceo, cantó para el viejo.

IRRUMPEN EN EL COBRE
FUERZAS
DEL EJÉRCITO
REVOLUCIONARIO

Tropas al mando del capitán Roberto Arenas se introdujeron en El Cobre, apresándole al ejército un jeep y haciéndole cinco bajas. Se capturaron dos springfiel y tres revólvers.¹

nada. Y pedí otra cerveza. Pero el muy zoquete de Avi parece que se dio cuenta de mi tembleque porque me dijo: «Si tomas es peor porque se te llena la vejiga y entonces nada...». Eso te pasará a ti, le dije, pero yo puedo estar reventando que no hay quien me tumbe. Y me tomé otra. Y las condenadas manos me empezaron a sudar.

Por suerte a esa hora El Repello estaba casi vacío y yo cogía, con disimulo, y me escondía las manos en el bolsillo. Y me las secaba con el forro del pantalón. Pero, las muy cabronas, tal parece que tenían un manantial adentro y eran chorros de sudor lo que brotaban. Luego empezó a sudarme la frente. Y con el sudor de las manos trataba de sacarme el sudor de la frente. A la verdad que en ese momento yo parecía como si estuviera lloviendo de adentro para afuera. Y yo me decía: horita sale Cipriano y me toca entrar a mí, y, con disimulo metía una mano

1. Boletín Informativo. N.º 2, 21 de noviembre de 1938. Un centavo.

sudada en el bolsillo, para tratar de despertarme la pinga. Pero la muy cabrona estaba más muerta que no sé qué. Y pedí otra cerveza. Avi empezó a reírse a carcajadas. Y la música del órgano tocaba *La Barranquilla*.

Se va el caimán,
se va *pa* La Barranquilla.

Y yo, dándome golpes con las dos manos en los bolsillos. Y nada. Y Avi esmorecido de la risa. Y el órgano: «Se va el caimán, se va el caimán». Entonces, salió Cipriano. «No es nada del otro mundo», me dijo y me pidió los fósforos. Avi cantaba junto con el órgano y se metía con dos putas que bailaban frente a nosotros. Los fósforos no rayaron porque estaban empapados. Estas piezas de órgano no terminan nunca, ya era para que el caimán hubiese llegado a La Barranquilla. En fin: me tomé un poco de espuma de cerveza y me fui para el cuartico.

Desde acá la música del órgano casi no se oye —quizá porque está todo cerrado—. La China está desnuda y yo me estoy desnudando. Las manos ya casi no me sudan. El cuarto no tiene luz eléctrica y se alumbrá con un quinqué de tubo ahumado, igual que el de mi casa... «Ay, qué manos más frías», me dice la China cuando me la apareo a su lado. Cuando el tubo del quinqué se pone completamente negro, estalla. Por lo menos eso era lo que decía mi abuelo todas las noches, en cuando veía que Adolfina prendía la mecha. Pero, según abuela eso era mentira, y el viejo lo decía nada más que para que quedáramos a oscuras, pues es tan ratón que no quería que se gastara ni un quilo de petróleo. Entre más me apuro peor es, y las manos vuelven ahora a sudar como loco. Qué barbaridad, yo pensaba que era otra cosa.

—¿Ya?

—Todavía.

—Vamos, hombre, apúrate.

—Mejor es que me hagas la paja.

—Igual que los demás. Pobrecito. Seguro que hacía meses que no veías la comida. A ver. ¿Así?

¡SALDRÉ!
Adolfina

En el quinqué las mariposas de noche dan vueltas y más vueltas. En el quinqué tú miras a las mariposas girar y girar alrededor del tubo que ya está casi al rojo. Tú miras a las mariposas, y ves cómo cae la primera. Y se achicharra. Querido hijo: dime si estás bien. Aún no me has dicho si has recibido la lata de jamoneta china que te envié hace tiempo... Ah, ni el par de zapatos, que, aunque estaban usados, son de los buenos, y creo que eran de tu número... Ahora, ahora. Ahora, muchacho. No, todavía. Todavía no. ¿Así? Yo sabía que eso era lo que tú querías. Criatura: si a lo mejor es la primera vez. Las mariposas siguen dando vueltas y más vueltas y el humo pone al tubo completamente negro. Ahora vendrá Adolfinia con un pedazo de periódico y lo limpiará. Pero al poco rato estará de nuevo igual. Y las mariposas giran y giran. Es que no pueden detenerse. Cualquiera diría que no pueden... Ese viejo ratón lo que quiere es que el tubo estalle para que no se gaste ni un kilo de petróleo. Qué barbaridad: en mi vida he visto a un hombre tan avariento, ya esto es el colmo de las ratonerías. Si yo creo que no habla para no gastar palabras. Ah, pero no le voy a dar el gusto de que el quinqué se rompa. Aunque tenga que volverme una esclava y pasarme la noche con el periódico en la mano para limpiarlo. Aunque tenga que hacer eso y volverme una esclava, no le voy a dar el gusto al condenado viejo de que vea estallar el tubo. Viejo avariento. Ahora muchacho. Ahora, vente ahora, que ya es tardísimo. Enseguida, ya me voy a venir enseguida; otro poquito, otro poquito. Ahí está el cartero con una carta de tu madre. Sal y recógela. Pobre mujer: todos los días le hace una carta a este babieca que no le contesta nunca. Ni siquiera lee sus cartas, que ya eso es lo último. Tú sabes lo que es que la madre se pasa la vida trabajando para él y que él ni siquiera lea sus cartas. ¡Es un salvaje! ¡Pero es que no piensas venirte! Vamos muchacho, vamos que ya es tardísimo y tengo que seguir. Apúrate. A ver. Quieres que te eche saliva. Vamos. Vamos. Así ayyy ya... Ahora le ha dado por criar palomas. Y algunas veces. Ayayyy, así, así, sigue así. Pero es que este muchacho es bobo... Ayyy, así. Digo que está loco de remate: tú sabes lo que es que tiene todo el piso que está debajo de la cama lleno de botellas de agua con sambumbia. ¡Dice que para hacer vino! Si está loco. Loco de atar. Eso debe ser un espíritu malo. Ay qué prueba la de esta fa-

milia. Vente, vente ahora. Pero como no quiere ir al templo. Vamos muchacho, acábate de venir. Ni quiere despojarse nunca. Vamos. Vamos. Ah, pero la culpa la tiene este viejo maldito, que es el que le ha enseñado a no creer en nada. Este viejo que lo mismo le da Dios que un caballo. Pero yo lo voy a obligar a que se dé un despojo. Que si lo obligo. Mañana mismo traigo a las mediumnidades y le damos un buen despojo. Y otro a Esther. A ver: relájate, relájate, ahora. No te contraigas. Relájate te estoy diciendo. Ay, pero qué manos más frías. Buena pelma me he sacado. Llegaron las médiums y empezaron a dar vueltas en la sala mientras hacía je je je y me tiraban un poco de agua en la cabeza. Con el catarro que yo tengo y esas locas tirándome agua. Al fin una cayó pataleando y dijo que traía el espíritu de Maceo y que venía arrastrando cadenas. Yo no pude aguantar la carcajada. Vamos, ya, o es que te piensas pasar la noche encaramado arriba de mí. Ustedes saben lo que es decir que traía el espíritu de Maceo. Ya eso es el colmo: no pude aguantar la carcajada. Y así, con espíritu y todo, la médium vino y me dio una galleta en la cara. ¡Ya eso es lo último! Quién ha visto a un espíritu pegándole a la gente. «Bueno, pero como era el espíritu de Maceo: Maceo era un guerrero...» Dijo abuela, cuando traté de justificarme por haber respondido yo con otra bofetada. Las mariposas siguen girando y el quinqué está renegrido. ¡Acaba de venirte o te dejo así! Viejo, viejo, viejo, no te voy a dar el gusto de que veas estallar el tubo del quinqué. Viejo, viejo... Aquí estoy con el pedazo de periódico. Pero qué barbaridad, cuántas mariposas muertas hay ahí adentro. Esta casa es la plaga más grande del mundo. Por el día: ratas y cucarachas; y por la noche: mariposas, mosquitos, y también ratas y cucarachas. Y la culpa de todo es del condenado viejo que, por no levantar una tusa del suelo, no limpia la prensa ni chapea el batey. Vamos, muchacho, vamos. Ya no puedo remeniarme más. A ver, qué quieres que te haga ¿te la mamo otra vez? Vamos acaba de venirte, o es que me vas a coger toda la noche. Ay, pero no me toques con esas manos heladas. Y ahora, acá, lo mismo, jamás limpia la venduta. Ay, esa venduta llena de frutas podridas que nadie compra. Ay, esa venduta maldita. Y las ratas campean día y noche... Porque yo sí que no me quedé con la galleta; cogí y le soné una bofetada que se le quitó el espíritu y me fue arriba hecha una fiera y dándome

me aruñazos. Entonces saltó abuela, y también me cayó a golpes, y decía: «Satanás, este muchacho tiene a Satanás adentro». Y se tiró de rodillas y yo le soné una patada en el cuello que por poco estira la pata. Entonces apareció el viejo por la puerta esquina con un tallullo de plátano y empezó a dar tallullazos a diestra y siniestra. Y las mediumnidades empezaron a dar gritos. Y yo pude escaparme, empapado y lleno de magullones. Pero, ¿fue así exactamente? No importa: ya lo contaré de otra forma. Relájate. Relájate. No te contraigas. Deja caer el cuerpo... Pégale con el palo de la escoba antes de que se meta en el excusado. Vejigo malcriado. So mangansón. Pedazo de carne con ojo. Bestia. Bruto. Caballo. Ave María Purísima, si yo digo que lo que hay en esta casa es el demonio en cuerpo y alma. Padre mío, líbranos de todo pecado... Querido hijo. Querido hijo. Querido hijo... Me alzo. Me alzo. Rompió el mosquitero. Viejo maldito, no te voy a dar el gusto de ver estallar el quinqué. Ahora. Así. Asíí. Así... Criando palomas en el techo. No te escribo porque no tengo nada que decirte. ¡Ojalá y te murieras! Querido hijo. ¿Cuántas mariposas se mueren todas las noches achicharradas dentro del quinqué?

Muchísimas.

Muchísimas.

A ver. Quién es el siguiente. Dos pesos por adelantado. Que gracia. No se gana ni para el desayuno. Trata de venirte ahora. ¡Anda! Creo en. Hijo de la Gran Puta. Con mi madre no te metas.

Ahí está Fortunato con la cara hecha trizas.

Ahí está Fortunato con el pantalón hecho un asco, se le ven hasta las rajaduras de las nalgas.

Ahí está Fortunato con un ojo todo magullado.

Le cayó a pedrada la tralla de La Frontera.

Que se defienda, para eso es hombre y macho.

Pero es que no piensas venirte en toda la noche. Ya está bueno. Si quieres te devuelvo los dos pesos.

Ahora le ha dado por levantarse a medianoche y quedarse lelo mirando para el patio.

Dejó de fumar.

Se emborrachaba en el baño con esa agua de chinganga que guarda debajo de la cama.

Ayyy así: māmamela.

Ahora está dando gritos y vomitando en el baño.

Me lo encontré detrás de la casa con una fiebre de cuarenta.

Querido hijo: ahí te envío una cuchilla de las buenas. Pues ya sé que te afeitas...

Ve a ver qué le pasa a ese mangansón que no quiere levantarse hoy.

—¡Pajiso, pajiso! ¡So pajiso!

CONTINUA
LA OFENSIVA REBELDE

Las columnas del Segundo Frente «Frank País», después de rendir los cuarteles de Cueto y Guaro han rodeado la capitanía de Mayarí, sometiéndola a tenaz ataque. Las comunicaciones enemigas en toda la provincia de Oriente están interceptadas. El grueso de las tropas enemigas en Oriente tiene cortada la retirada por numerosas fuerzas rebeldes. Se han tomado posesiones entre Camagüey y Oriente. La resistencia de la tiranía se debilita en todas partes.¹

Qué barbaridad: pensar que pagué dos pesos para que me hicieran la paja. Merezco

1. Boletín Informativo (al servicio del ejército revolucionario). N.º 1, 15 de noviembre de 1958. Un centavo.

—Y ahora, qué ves. Dime, qué ves.
—Humo. Sólo humo.

1. Versiones

Dejó la almohada acostada en mitad de la cama para aparentar que estaba durmiendo. Yo fui la primera en darme cuenta de que no era él. Y fui la primera en leer el papel que había puesto a los pies de la cama: «Me voy con los rebeldes porque aquí no hago nada. No se lo digan a nadie».

Me voy con los rebeldes...

Yo

no sé realmente nada de la vida. Yo soy una mujer dejada con dos muchachos que no hacen más que mortificar. Pero eso de que «no hago nada» me dio casi como un erizamiento, porque me hizo preguntarme si yo hacía algo. Si él, en

las burlas... Aunque estoy seguro que a Avi y a Cipriano les pasó lo mismo. Yo pensé que era otra cosa.

Fortunato

Estuve conversando con Cipriano y dice que él prefiere meterse a casquito que alzarse. Yo no sé ni qué hacer. Pero creo que mejor me alzo. Total, para lo que voy a resolver con veinte pesos al mes que es lo que le pagan a un casquito. Los chivatos ganan 33.33, pero eso sí que no. En fin: creo que mejor me alzo.

Fortunato

2. Versiones

Todavía no había yo juntado el fogón, porque en esta casa maldita ya no hay ni un cisco de carbón para poderle sacar una chispa de candela, cuando viene Digna y así, de sopetón, me dice que Fortunato se ha ido con los rebeldes. Qué desconsideración, Dios mío. Yo soy una vieja enferma. Decirle eso a una, así. Si yo creo que lo hizo adrede para que me diera un patatuco. Bien se ve que estos salvajes lo que desean es mi muerte. Mira que darme la noticia así, como si tal cosa. Dios mío, si yo lo digo, que esta gente me va a matar antes de tiempo. Como estoy yo de enferma. Ay, Virgen Santísima, si estoy viva de milagro. De milagrosa que eres; Virgen.

Me tiré delante del fogón y, de rodillas, empecé a pedirle a Dios que nos sacara de esta tiniebla.

algún lugar del mundo haría algo. Si todos en alguna parte hacemos algo.

Me voy... Yo ni siquiera puedo decir me voy.

Me voy... Yo ni siquiera puedo darme ese lujo de mandarlo todo a la mierda y largarme.

Cogí el papel y se lo leía a mamá, que estaba en la cocina, revolviendo la lata del carbón para ver si quedaba algún cisco con que juntar la candela. Y salí para el pasillo. Y algo me estaba diciendo mientras apretaba el papel, que ya no iba a ver más nunca a Fortunato. Algo me decía: ya no lo vas a ver más. Ya no lo vas a ver más. Pero yo no quería hacerme caso. Mamá todavía no había juntado el fogón.

-Asómate a ver si ves algo.
-Nada más que tú y yo tratando de ahogarnos.
-¿Lo lograremos?

3. Versiones

Le arrebaté el papel a Digna y salí a la calle dando voces. Dando gritos. Gritando y dando voces. Se ha alzado Fortunato. Se ha alzado Fortunato. Como una loca me paré en el portal y empecé a gritar hasta más no poder. Ay, también él. También él. Grité por él. Grité por él. Y por primera vez me olvidé de yo-Adolfina: mujer sola, mujer sin marido, mujer... Por primera vez me olvidé de mí y lloré por alguien que no fuera yo. Lloré por ese pobre muchacho que ya se ha perdido, quién sabe si hasta siempre. Lloré por él y por su condenada madre que se rompe el lomo, trabajando lejos de nosotros. Lloré por la vida misma que no puede ser más tramposa y sucia. Y, cuando vine a darme cuenta, estaba como siempre, llorando por mí.

Otro destacamento rebelde penetró por otro lugar de la ciudad de Santiago de Cuba. Las patrullas móviles hicieron fuego al ejército y a una cuadra del cementerio de Santa Efigenia, en la carretera de Dos Caminos a El Cobre, incendiaron una micro-onda. A los pocos minutos llegó otra. A la primera se le hicieron tres bajas y a la otra dos.¹

la casa y me llevarán preso! Qué necesidad tengo yo después de viejo de estar metido en estos rollos. A ver: qué necesidad. Si en fin de cuenta, nada se va arreglar ni la cabeza de un pato. A otros le harán cuentos de que si esto se cae las cosas van a mejorar. Pero a mí, que estoy viejo y escamado: a mí sí que no

1. Boletín Informativo n.º 2. 21 de noviembre de 1958. Un centavo.

me vengan con pamplinas. Aquí da lo mismo que esté Juan o que esté Pedro que, en fin, el peje chiquito se come al más grande y a mí, como peje chiquito, me tragan siempre. Que ahora las cosas están más malas que nunca: sí es verdad. Pero creen que las van a resolver a tiritos... ¡No jodan! Que bastantes armas tiene el gobierno. Y con papeles y escopéticas no se cae esto más nunca. Y ahora ese babeiaca meterse en este lío. ¡Registrarán la casa! ¡Registrarán la casa! Y yo tendré que dar la cara. A lo mejor me preguntan que de dónde saqué tanto carbón, y yo no sé qué voy a decir. Cómo me cuidaba yo de que nadie se enterara de que tengo esos sacos de carbón ahí escondidos, que ni siquiera en la casa lo saben. Cuando Jacinta se entere, me traga. Pero si no se lo decía era por su bien, pues demasiado sé yo lo escandalosas que son estas mujeres y el alboroto que forman por cualquier bobería. Ahí tienen ustedes a la zanaca de Adolfina que, por lucirse, cogió el papel que había dejado el otro comierda y lo empezó a leer dando gritos en mitad de la calle. Y claro: ahora lo sabe todo el barrio. Ahora lo sabe el ejército y la policía completos. Mira que después de viejo estar pasando por estas cosas. Como si con ese bobo en el monte se fuera a caer el gobierno. Si esto es para morir de la risa, para morir de la risa si no fuera porque el que va a pagar el plato soy yo. Pero para morir de la risa es. ¡Zanaco!

Vayamos a dormir, y corramos las cortinas para que la luna ya no entre en la alcoba.¹

5. Versiones

Se acostó temprano, como se veía obligado a hacerlo desde hacía muchas semanas; desde que El Rello de Eufrosia había abierto sólo para el ejército, y el pueblo estaba a oscuras y había orden de disparar contra cualquier joven que anduviese por las calles después del oscurecer. En alguno de los barrios lejanos, Blanquizaral, Pueblo Nuevo, San Andrés, también había tenido una novia. Ahora recordaba cuántas suelas de zapato había roto, visitando aquellas muchachas, y para nada... Una, la de San Andrés, vivía casi en pleno campo,

1. *El espejo mágico*. Poema «Cuando la luna brilla».

en un potrero. Había un arroyo largo y estrecho corriendo entre la yerba y, para cruzarlo, había que pasar por un puente arqueado, alto y sin barandales. La gran alegría del viaje no estaba en la visita a la novia, sino en cruzar aquel puente, y más en aquella hora (hora de visita oficial) en que ya oscurecía... Pero, ¿a qué venía todo eso? Lo cierto es que tenía que dormir para poderse levantar temprano, antes que los otros, y alzarse, ése era ahora el verbo, la palabra decisiva; antes habían sido sublevarse, libertarse, independizarse, irse... Pero, como siempre, no podía dormir. Había un ruido que él sólo sentía. Había un crepitar en la madera, un trajinar de cigarras, de mosquitos, alguien roncaba produciendo un sonido largo, variado, que a él le parecía desolador, la luz de la luna se filtraba por las persianas y resplandecía sobre el mosquitero como una llama tras un cristal esmerilado. Olor a cucarachas, calor, ruido, eso era lo que dejaba... Y lo sentía. Lo sentía de veras. Sentía tener que irse. Pero también sentía tener que quedarse. Sentía que siempre hubiese que tomar alguna decisión, alguna alternativa. Optar entre dos cosas intolerables. Había hablado con los otros, sus amigos, les había contado el plan. Ellos, mientras pensaban que lo decía en broma, lo tomaron muy en serio; luego, cuando se convencieron de que lo decía en serio, lo tiraron a broma. Por último se quedó solo con Avi. Avi pensó, tenía que comprender... Alzarse con Avi. Irse para la Sierra, pelear juntos. Él lo defendería. Los disparos, y él, metralleta en mano, evitando que lo acribillasen. Mataría a todos los casquitos, luego tomaría el cuerpo del herido, lo llevaría hasta lo más intrincado y allí comenzaría a curarlo. Él peleando, disparando, defendiendo al amigo. Sólo que, a veces, el puente se interponía, solicitando ser cruzado. El arco, en la gran explanada verde; allí debía ir por las tardes, y sentarse... Avi, cuando vio que Fortunato le hablaba en voz ronca, confidencial, comenzó a hablar de otras cosas. Toda una tropilla de putas guajiras había arribado, procedentes de Jobabo, decía, y trabajaban desde por la tarde en el parque de San Isidoro. Las tarifas, de acuerdo a la situación, eran más bajas. Se despidieron. Pero antes, él le había prometido a Avi que se alzaría. Se lo había confesado en voz seria, y mirándolo. Si ahora no lo hacía, Avi jamás le miraría la cara, se lo contaría a los otros, quedaría desprestigiado ante todos. Pero

hubiera sido tan bueno irse los dos, perderse; no tener que ver más a los otros. ¿No eran ellos distintos? Avi le hablaba a cada rato de viajes, de irse para La Habana, de una isleta de un cayó... Irrumpió un tiroteo, luego, el silencio. La luna en el mosquitero, sofocándolo, y no llegaba el sueño. Comenzó a acariciarse los dedos de los pies, las piernas, las rodillas (¿no había allí una ñañara? Ya no la había...), depositó sus manos en los testículos. Otra vez, pero ahora más lejano, irrumpió el tiroteo. Si se masturbara seguramente se quedaría dormido. Su cuerpo estaba ya tan acostumbrado a esta ceremonia que bastaba tirarse en la cama para comenzar a excitarse. Pero esta noche era distinto. Sus dedos rozaban, acariciaban, frotaban, sin lograr la erección. Pensó en La China, alta maciza, en ajustadores y con un quinqué en la mano (esta evocación nunca, hasta ahora, le había fallado), pensó luego en Lourdes, la de las tetas grandes y duras (aquí consiguió un ligero movimiento, sin salir del letargo), pensó en Irma, la que vivía más allá del puente, un poco gruesa y pálida. Pero todas ellas perdían el rostro, se diluían, no lograban mantenerse hasta el final. Así estuvo por un rato, haciendo inútiles intentos, sudoroso bajo el mosquitero, ensayando con todos los rostros conocidos. Sólo cuando apareció Avi, alto, flaco, en sus pantalones estrechos, usurpando la cara de los otros, riendo y haciendo equilibrios sobre extrañas vegetaciones, se estimuló el ritmo de sus frotaciones, y en medio de un torbellino de rostros fragmentados, desesperados, y extrañas hojas que se desplazaban, Fortunato logró finalmente el tranquilizador objetivo. Antes de amanecer se levantó. Se puso la camisa —se había acostado con el pantalón puesto, de modo que sólo tuvo que cerrarse la portañuela—, colocó el papel, que desde hacía varios días había garrapateado, sobre la almohada y colocó la almohada a lo largo de la cama. Atravesó el pasillo, con los zapatos en la mano. Y, ya en la puerta, se calzó y salió a la calle. El barrio dormía. Cuando llegó a la carretera de Gibara, el fresco de la mañana le invadió el cuerpo. Y se convirtió de nuevo en un muchacho que caminaba por el asfalto. Confiado siguió andando.

6. Versiones

Oí el escarceo de las bestias, y me dije: alguien ha muerto. Pero, para qué iba a preocuparse. ¿Es que estando tú muerta puede quedar alguien vivo? Pero para qué iba a preocuparme.

Oía el escarceo y la risa de las bestias, y los saltos de los demonios. Y uno vino y me dio dos trompadas en la cara. Y luego se fue dando brincos y esmoreciéndose a todo galillo... —Qué pasa, dije. Y todas las bestias se desmollejaron de la risa.

Qué pasa, qué pasa. Y no sentí miedo. Y no sentí tristeza. Y no sentí

nada. Porque todo eso lo había sentido tanto que ya ni cuenta me daba si era que siempre lo estaba sintiendo o si ya no lo podía volver a sentir aunque quisiera.

Oí la risa de las bestias. Y un ángel lagrimeando se tiró al fogón, y no se chamuscó porque ya en esta casa mamá nunca enciende el fogón. Unas veces porque no hay carbón, otras, porque no hay comida. Pero el caso es que el fogón está siempre apagado.

—Qué pasa —dije, y llamé a mi hija. Y mi hija no me contestó. Y entonces supe que era él.

Porque yo me traía mis sospechas. Y las pude comprobar entonces. Supe que era Fortunato. Tenías que ser tú el muerto para que mi hija muerta no viniera corriendo a abrazarme al yo llamarla de ese modo. Tenías que ser tú. Y lloré por mí como no pensé que ya lo podría hacer nunca. Lloré por esta nueva soledad que ahora me llega y me va dejando doblemente muerta.

Ay tenías que ser tú para que ella no viniera y me abrazara.

Ay tenías que ser tú el muerto para que ella no me anunciara la muerte.

Porque ya no necesitan decirme más: sé que estás muerto. No necesitan decirme ni media palabra más: sé que si no estás muerto lo estás.

Bestias tontas, si piensan que van a causarme pena dándome la noticia, se equivocan: ya yo lo sabía antes de que sucediera.

Si con él eres más feliz que conmigo, no tengas pena, hija mía. Quédate con él.

Si él te puede ofrecer una muerte distinta, no tengas pena: yo deseo que te vayas. No me respondas aunque te llame. Que en paz descanse. Ahora me dedicaré a llorarle a mí misma y a llorar por estas pobres bestias que me dan una noticia tan retrasada. A mí, que sé lo que ha pasado, y lo que pasa, y lo que está pasando, y lo que viene. Óiganlo bien: y lo que viene. Lloremos.

7. Versiones

¡Mentira! ¡Mentira! Todo eso es mentira. Lo cierto es que cuando la situación llegó al extremo de que ya no había ni una vianda para ponerla a la mesa, Fortunato se fue a pasar una temporada a casa de su tía Emérita, la odiada, mujer también terrible y a quien todo el resto de la familia discriminaba y odiaba hasta el punto de no mencionarla jamás tan sólo por el hecho de que, luego de enviudar, había sabido arreglárselas sola y no se moría completamente de hambre como ellos, lo cual era casi una ofensa. Lo cierto es que allí pasó Fortunato aquel tiempo, sin visitar el resto de su familia, sin recoger las cartas de su madre, acosado por una prima (la hija de la tía) que desde hacía mucho tiempo (en los bailes, en la sala, en el patio de la casa) no despreciaba la oportunidad de manifestarle sus intenciones y ahora que vivían juntos, llegó a hacersele insoportable, y, de tan insoportable, llegó a temer que pudiese enamorarse de ella y terminar viviendo para siempre junto con aquella tía chillona que siempre estaba baldeando, sacudiendo, limpiando, haciendo algo práctico y por consiguiente inútil. Lo cierto es que una noche, sin poder soportar más aquellas solicitudes, las miradas de odio de la tía, el aburrimiento, las comidas sin sal, el no hacer nada, y todo, decidió llevar a cabo un plan que (justo es consignarlo) había estado elaborando desde hacía varios meses. Lo cierto es que esa noche —la tía también maniobraba con el atomizador insecticida en la oscuridad— se acostó temprano, y, entre el zumbido de los mosquitos (el mosquitero tenía un hueco, justo es consignarlo) garrapateó un papel, diciendo que se largaba, y luego (justo es consignarlo) se masturbó tres veces, y, al alba, se le-

vantó. Y se fue, luego de haber colocado la almohada a lo largo de la cama, y haberla cubierto con una sábana, para simular que era él, durmiendo... Lo cierto es que al otro día, fue la prima (lógicamente) quien descubrió su ausencia, y tomó el papel, y lo leyó. Lo cierto es que fue ella (justo es consignarlo) quien informó, aterrada, a los demás familiares. Lo cierto es que Adolfina, acompañada por Tico y Anisia, se presentó en la casa de la odiada mujer. «Con nosotros nunca habría hecho esta locura.» Y maldiciéndola y hasta golpeándola (la prima también cogió su azote, justo es consignarlo) se apropió del papel. Y, dando gritos (justo sería consignarlos) entró en el barrio. Lo cierto es (justo es decirlo), que así fueron las cosas. Ay: lo cierto. Garr; lo cierto.

Juiii: lo cierto.

¡Epa!: lo cierto.

Grapac: lo cierto.

Guirindán: lo cierto.

Cojones: lo cierto.

Vea: lo cierto.

Analice: lo cierto.

Medite: sobre lo cierto.

La certeza de lo cierto. La incertidumbre de lo cierto, la franqueza de lo cierto, la corteza de lo cierto, la bajeza de lo cierto, la simpleza de lo cierto, la tristeza de lo cierto, la impureza de lo cierto, la naturaleza de lo cierto. El desconcierto de lo cierto que aunque cierto se convierte en punto muerto y en nada remeda el entuerto. ¿No es cierto?

Ah: lo cierto...

Entonces, cuando ya se elevaban los ronquidos del viejo y la vieja, cuando Tico y Anisia dejaron de gritar a causa de los golpes que les había propinado Digna, y el órgano resonó alto, y la luna volvió a filtrarse por la ventana, blanqueando los estrechos del patio, y la casa era sólo un estertor sostenido y bajo, una respiración que oscilaba, se inflaba, sin romper el ritmo, Adolfina se incorporó, abrió el armario, sacó el vestido brillante —aquél—, los zapatos de tacones altos —aquéllos—, se arregló

el pelo, se pintó el rostro, se coloreó los labios, se puso unas medias largas y finas, y, en puntillas, fue hasta el baño. Allí prendió una vela y ante el espejo se contempló mientras caminaba, mientras sonreía, mientras saludaba. Aún le faltaban cosas. Más colores, un peinado más llamativo, un poco de perfume, talco en los hombros desnudos, las uñas más rojas, los labios más llameantes, las orejas más pálidas, guardadas, a la vez que el pelo debía también cubrirle un poco más la frente. Hizo todo esto y de puntillas, pero más veloz, volvió al baño, prendió la luz, esta vez dos velas (las últimas), y se observó. Había que tirarse, sin duda, una gran estola, un largo trapo tejido para que le cubriese aquellos huesos, además, hacía falta destacar las pestañas, ocultar las ojeras, y no vendría mal algún relleno, no mucho, en las caderas, pero rápido, pero rápido, pero rápido, ¿no estaban esperándola?, ¿no estaban ya aguardándola?, ¿no había ya miles de hombres acechando?, ¿no era ésta su gran noche? De puntillas, pero casi volando, corrió hasta el cuarto. Hizo todo lo planeado, aguantando la respiración volvió a pasarse el peine, se mordió los labios para colorearlos aún más, se dio varias palmadas en el rostro para que le subiese la sangre, se apretó aún más las ligas de las medias, la cintura, y corrió, voló, hasta el espejo del baño, enfundada en la gran estola y tratando de que aquellos zapatos altísimos no la hiciesen resbalar en el pasillo oscuro. Volvió a contemplarse. Algo le faltaba. Algo necesitaba aún para completar su ajuar. Una gran cartera blanca, un abanico de seda, un sombrero de plumas, una redecilla de cristal, guantes —Dios mío, pero ¿se usarían todavía las redecillas? ¿Por qué no?, además, siempre la favorecieron—. Corrió de nuevo hasta el armario, el órgano se escuchaba clarísimo, y la fábrica cerrada recogía y repetía aún más alto el sonido de aquellas notas invariables. Había que controlarse, había que con-

trolarse. No se podía cargar con demasiadas indumentarias. Serían un estorbo. ¿No la harían quizá lucir algo ridícula? En estos tiempos la gente ya sabía apreciar tan poco... Abrió el armario, tomó la cartera, la redecilla de cristal, el abanico, los guantes, pero no se atrevió a ponerse el sombrero. Era demasiado, pensaba. Pero quizá una pluma no vendría mal, quizá, un collar, quizá un juego de pulseras de latas tintineantes, eso siempre era una atracción, un modo de significarse en la oscuridad, un modo de destacarse. Se enganchó las pulseras, se enarboló el collar, se dio otras tres palmadas en el rostro, se colocó la pluma... Pero, ¿y una sortija?, ¿un par de aretes llamativos?, ¿un anillo? Se puso la sortija, se puso los aretes, se acorazó el dedo con el anillo. Y así, metálica y nerviosa, volvió de nuevo hasta el espejo. ¿Pero aún no hacía falta algo que avivara el verde bajo los párpados?, ¿y al vestido no era mejor subirle un poco el falso, y en un tobillo, no sería gracioso una cadenita aunque fuese de aluminio? Oh Dios, pero aquella música, pero aquella música... No podía detenerse más. Oía la música, oía los estruendos lejanos, oía el crepitar de sus telas —el vestido, de crepé corugado crujía suavemente al contacto de sus piernas, de sus carnes, de su piel, y algo le subía, algo la empujaba ya a la calle, algo le enrojeció tanto el rostro que no fue necesario, ahora, mientras se miraba por última vez al espejo, volverse a palmetear para que acudiera el color. Ah, si tuviese pestañas largas, brillantes, tersas, postizas, otras; muchas, lo había oído decir, las utilizaban con éxito; pestañas que batiesen sobre mejillas encendidas. Pero no podía detenerse más. Alguien llamaba, alguien la estaba esperando. Todos los hombres, parapetados en las esquinas, la aguardaban. Apagó finalmente las velas del baño, cerró la puerta, miró por un momento el patio invadido por la luna y la música del repello; estiró sus manos a la luz, marcó al-

gunos pasos al son de aquella música. Volvió a ensayar varias expresiones que ella consideraba seductoras. Sonrió. «Mi gran noche», dijo. Y así, tintineante y hechizada, salió al portal.

Ésta es mi noche. Lo que no encuentre esta noche, no lo encontraré nunca. Mi noche. Si no encuentro nada hoy, debo darme por vencida. Sé que éste es el final. Sé que después que amanezca y vuelva sola para la casa, será peor que estar muerta y sabiéndolo. Éste es el final y tu noche, Adolfina. Al fin llegó tu noche.

Alguien me está esperando en cada esquina. Alguien me está llamando. Alguien me hace una seña para que vaya hacia él. Alguien viene ya hacia mí... Ay, Adolfina, qué ganas de reír me da verte así. Pareces un espantapájaros lleno de tachuelas. Pareces una palma después que le ha caído un rayo. Oye cómo me llaman. Oye cómo los hombres se vuelven locos por mí. Quién es esa muchacha tan linda, dicen. De dónde salió esa mujer tan exótica. ¿Quién es esa reina? Quiero estar con ella, que me la presenten. Quiero conversar con esa mujer y proponerle matrimonio en el acto. ¿No oyen ustedes a esa muchedumbre de hombres que se están volviendo locos de remate por mí? Por cuál me decido... A cuál acepto... Tu noche. Ésta es tu noche... Caminaré hasta la otra esquina, porque lo que es aquí no hay ni un alma. A lo mejor si te pintas un poquito consigues más. A ver, pásate otra vez el creyón. Resácate las cejas. Ay, Dios, ya tengo otra vez la cara brillante. Ay, si se me ven hasta las espinillas. ¡Más colorete! ¡Más polvo! ¡Unas cuantas motas más! ¡Y ya!

8. Versiones

Me levanté como siempre, a medianoche, para respirar un poco, sin tener que oír el prempujar de los muchachos y los ronquidos de los viejos. Y entonces veo a una mujer con un escote que le llega casi a la cintura que viene por el pasillo y llega finalmente hasta el portal donde yo estaba.

—iAdolfina! —dije, y la toqué, porque me parecía increíble—. Pero, ¿a dónde vas a estas horas y con esa indumentaria?

—Sosh. Voy a buscar un marido de veinte maneras. Ya no aguanto más.

—iAdolfina!...

—Shist. Cállate si quieres, y si no quieres, ponte a dar voces. Haz lo que te parezca. Me da igual.

—Pero, mujer...

—Se me hace tarde.

Y yo me dije: estaré viendo visiones. Será posible que ésa sea mi hermana. Y luego me dije: pero qué egoísta eres. Tú has podido vivir la vida, has tenido hijos, un marido, pero ella no. Y todavía te asombras. ¡So egoísta! Deberías de salir tú también para ayudarla. Deberías de tratar de encontrarle algo. ¡Egoísta!

Y antes de que saliera le arreglé el pelo y le quité la pintura que tenía regada fuera de los labios. Le di a besar un pedazo de papel para que se le fijara el creyón, y me quedé un rato con el pedazo de papel entre las manos. Adolfina me miró y no dijo nada. Yo también la miré. Qué más íbamos a decirnos.

Central Algodonal, marzo 1.º

—En una colonia de esta central, propiedad de Fico Fernández Casas, aparecieron ahorcados tres individuos hasta el momento no identificados. Agrega la información que en este lugar hubo grandes incendios de cañaverales en días pasados.

(Periódico Norte, Holguín,
4 de marzo de 1958.)

a medio hacer. Yo fui para la venduta y empecé a botar las guineas podridas. En estos tiempos la gente no come guineas... Por suerte, no me registraron detrás del baño. Allí tengo los sacos de carbón.

9. Versiones

Vino la policía y dijo: «aquí vive Polo Ramos». Servidor de ustedes, dije. Entraron. Registraron toda la casa. Hasta debajo de la colchoneta registraron. «Cuidate, viejo, que sabemos que tienes un alzado», me dijeron. Yo iba a decir: pero qué culpa tengo yo de que ese descabrado haga esas boberías. Pero no me dieron tiempo. Me dieron, sí, un empujón y se fueron como centellas. Jacinta se quedó con el café

Ayer el empleado del Cementerio General de Holguín, llamado Cubiellas, y a las once y cinco ante meridiano, cuando iba a ser sepultado el cadáver de un ciudadano, le manifestó a un familiar de él, en una forma grosera, que ya el cementerio estaba cerrado, que dejaran el cadáver allí hasta las tres de la tarde, hora en que se abriría nuevamente.

(Periódico Norte, Holguín,
7 de noviembre de 1958.)

Las bufandas contribuyen al *glamour*. Las elegantes bufandas que ahora están tan de moda tienen gran importancia en la belleza y la apariencia general de la mujer, y resultan igualmente favorecedoras lo mismo cuando sirven sencillamente para proteger un peinado que para resguardar la sensitiva piel del frío y de la lluvia.

(Periódico Norte, Holguín,
6 de junio de 1958.)

Cuando iba pasando por la represa, los guardias que la custodian me llamaron y me preguntaron qué rumbo llevaba. Voy a ver a mi padre. ¿Quién es tu padre? Julio Pupo. ¿Dónde vive? En Velazco. ¿No eres estudiante? No. Cuidate, ¿eh? Sí, gracias. Y me dejaron seguir. Temblando por dentro crucé el puente de la represa. Y cuando vine a darme cuenta iba casi corriendo.

Llego a Velazco a mediodía en punto, con un sol que raja las piedras. Traigo en el bolsillo cuarenta y ocho quilos. Si no doy pronto con los rebeldes me muero de hambre. El pueblo no es gran cosa. La gente ni cuenta se ha dado de que yo no soy de aquí, y me trata como si nada. Con el hambre que tengo, lo mejor que puedo hacer es llegarme a cualquier tirinbiche y comerme los cuarenta y ocho tristes quilos.

Compré siete paniqueques de a medio y todavía me quedaron trece quilos que los tiré a un fanguero para no sentirlos corcomilleándome en el bolsillo. Voy hasta el parque y me siento. A la verdad que todavía no he visto ni rastro de rebeldes por ninguna parte. Aunque policías tampoco, y guardias mucho menos. Qué raro. Si pudiera preguntarle a alguien qué es lo que

¡Ya estás en la calle! ¡Al fin!
¡Ya en la calle! Ahora a jugar con todas tus armas. Ahora a fajarte como una leona. Sácale fiesta a aquel soldado que viene por allí. Parece que va apurado. Muévete. Ya se fue. Ay, qué vergüenza, Dios mío. Yo no sirvo para estas cosas. Ay qué pena. Mira: en aquella esquina hay un grupo de hombres, pasa, puta, y sácale fiesta. Pero camina con gracia. A ver, menea las nalgas. Extiende el abanico. Así. Camina en son de flete.

pasa en este pueblo, si está en poder de los rebeldes o de los casquitos. Pero será mejor que no lo haga. En fin, mejor será que espere hasta ver qué es lo que pasa aquí... Ahí viene un yipe. Al fin. Ahí están los rebeldes... Pero, qué barbaridad: si esos son rebeldes aquí la guerra no se termina más nunca. Traen unas escopéticas amarradas con alambres mojosos. Y algunos ni siquiera traen escopetas. Si la cosa es así mejor sería que volviera para la casa. Pero para la casa no voy ni amarrado. Pero, qué barbaridad: son las escopetas que usaban los españoles en el siglo pasado, que mientras ellos le ponían un cartucho los cubanos se los comían a machetazos.

—¿De dónde saldría esa bruja a estas horas de la noche?

—¡Qué sé yo! A lo mejor hay algún ballú por aquí cerca y nosotros no estamos ni enterados. Como están las cosas: no se sabe nunca lo que está pasando.

—Dime tú, si parece un aura con moquillo. Y mira cómo se remenea.

—No te creas que, para la situación, se le puede hacer un tiempo.

—Prueba tú, que lo que es yo prefiero arrimarme a la barra de la cama.

—¿Así que viniste para alzarte? Ya me lo figuraba, muchacho. Desde que te vi llegar me dije: éste no es de aquí, y te puse el ojo. Seguro que eres de Holguín, de Aura, o de Gibara. Ya está uno aquí acostumbrado a ver llegar gente extraña todos los días. Antier mismo llegaron siete muchachos de Holguín. Estudiantes de comercio los siete. Yo mismo los llevé para el campamento y

creo que allí están todavía: esperando a que los trasladen para la Sierra. Así que viniste para alzarte. Y según parece no traes arma ni nada. Y dinero mucho menos... Pues, chico, yo te voy a ser franco: de los ocho hermanos que somos en casa, el único que no está alzado soy yo. Y si no lo estoy no es porque no quiera, sino porque tengo que estar en el pueblo, resolviendo mil problemas y atendiendo a la familia. Vamos para casa de mamá para que comas, que debes estar muriéndote de hambre. Mañana hablaremos del alzamiento.

—¡Vieja! ¿adónde vas a estas horas de la noche con tantos andariveles a cuestras? Mira que si te cae el sereno te derrites, ¡viejita!...

¡Vieja!

¡Vieja!

¡Vieja!... ¿Oíste eso? Te han dicho vieja. ¿Me han dicho vieja? No, no fue conmigo. No pudo haber sido. Sí, sí, oye, oye, te lo han vuelto a decir. Ay, viejita. Ay, viejita. Oye esas carcajadas. Se esmorecen de la risa a costilla tuya. ¡Jesús! vieja a mí, que soy una niña.

10. Versiones

El mar está adentro de un caracol, haciendo: rurr, rurr. Yo me llevo el caracol al oído y oigo el mar: rurrurr. Y algunas veces hasta me empapo el oído. Anisia quiere que yo le regale el caracol. Pero que ni lo piense: este mar que tengo aquí trancado no se lo doy ni al diablo en persona. ¡De eso nada! A nadie le entregaré el caracol.

Antes el caracol estaba ahí tirado: nada más que sujetando la puerta para que no se cerrara, y nadie le hacía caso. Ahí estaba, y mi tía Adolfinia lo quería botar para el basurero, pues un día le dijeron que en la casa donde había un caracol grande, las mujeres no encontraban marido. Y ella que está loca de remate por encontrarlo, me dio el caracol y me dijo: «Tíralo en el basurero». Y mientras iba yo con el caracol para el basurero fue cuando descubrí que el mar estaba allí adentro. Y entonces fue cuando

Anisia se antojó de hacerse dueña del caracol. Y entonces fue cuando tía Adolfina descubrió que yo no había botado el caracol y por poco me mata, y ahora está hecha una furia y persiguiéndome para ver dónde yo lo tengo escondido. Pero chasco se van a llevar, porque este caracol no hay quien me lo levante. Así que ni se hagan ilusiones. Fijense ustedes que por la noche yo lo guardo debajo de la almohada. Y como el caracol es tan grande pues resulta que casi tengo que dormir sentado en la cama. Pero a mí me encanta dormir así. Me encanta aunque no me encante. Pero digo que me encanta para no dar mi brazo a torcer.

Me encanta.

¡Virgen Santísima, ya debe ser casi de madrugada y todavía no he encontrado nada que valga la pena! Qué horror. Es verdad que algunos me han sacado fiesta, pero al acercárame y hablarme dos palabras han desaparecido. Además, tenían una peste a sudor y a ron que daba miedo. Ay, pero ahora ni eso... Ahí viene un negro... Ay, si mi familia me ve sacándole saterías a un negro. Pero qué caramba, en fin es que en la oscuridad no se ve nada. Debo apurarme. Pero, qué barbaridad, con esta tiniebla no se sabe ni por dónde uno camina. Ay, si creo que me he magullado un pie. Ya sé: gritaré a ver si el negro viene en mi ayuda.

—Ayyy...

CUALQUIER TORCEDURA SE ALIVIA RÁPIDAMENTE AL PONERSE LINIMENTO DE SLOAN - MATADOLORES.¹

(Bisemianario independiente La Justicia, Holguín, 11 de marzo de 1933.)

Velazco es tierra llana. Tierra roja, pastosa, que le basta una gota de agua para convertirse en fan-

1. Periódico Norte, Holguín, 8 de noviembre de 1958.

go. El pueblo: dos mil casas de madera con una calle central que es a la vez un largo parque custodiado por cuatro tiendas mixtas, ahora cerradas. Velazco tampoco llega al mar. La cordillera de la Sierra de Gibara que se alza atrás, blanca, azul, recta, se lo impide. Es Velazco como una especie de Holguín en miniatura. Pero, más atractivo, más típico para el viajero que llega de paso, que piensa irse pronto; más asfixiante, más mezquino para los que lo habitan perpetuamente. Al oscurecer, después de la comida, los jóvenes se sientan en el largo y estrecho parque. «Nosotros, la juventud velazqueña...», dicen. El que tiene un pariente en Holguín o va muy a menudo a esta ciudad puede darse el lujo de despreciar aquellos discursos, y hasta hacer gala de otras impertinencias, Velazco es zona baja, plana, muy fértil; es el lugar por excelencia para el cultivo de los granos. Allí casi todos viven de los granos. La siembra, la limpia, la recolección, la venta. También, como Holguín es un pueblo eminentemente comercial. La calle principal de Velazco, la que pasa por el parque, es de adoquines; pero como el resto de las calles es de tierra, en los tiempos de lluvias, que allí son casi todos, el fango rojizo cubre los adoquines, los bancos, las paredes de los establecimientos y las columnas de madera que sostienen los corredores. Los domingos, en medio del fanguizal la gente, milagrosamente blanca, almidonada, parece como si flotase, pero en realidad salta hábilmente de una a otra piedra. Se visitan, se paran en las esquinas; desfilan por el parque. Velazco tiene dos funerarias, dos estaciones de gasolina, un cine y un hotel. Ahora que ya no hay electricidad, el cine no funciona, el hotel ha cerrado, las estaciones de gasolina han sido incautadas; las dos funerarias abren todos los días. Como los rebeldes se han apoderado de los medios de transporte, la gente ha vuelto a utilizar los caballos, las carretas y carretones, y hasta algún que otro coche, en poder

de los más distinguidos. Temprano en la noche, hacen su entrada los jóvenes, trotando. El agua, estancada y roja, refleja el resplandor de los aparatos de carburo. Velazco con sus casas de madera y teja, con sus calles estrechas y enfangadas, con sus hombres a caballo que ahora generalmente portan pistolas, con su tierra desmoronada y roja es, en toda la Isla, el pueblo que más debe semejar a esos pueblos atractivos, violentos e irreales a los que nos acostumbraron aquellas películas de Cowboy norteamericanas.

—¿Y ya tu madre sabe que estás alzado?

—No. No lo sabe.

—¡Ay, la pobre! Cuando se entere... Nosotras las madres siempre estamos desgranándonos por dentro. Imagínate tú: yo con ocho hijos y siete de ellos en la Sierra, y el otro jugándose la vida aquí, en el pueblo. Porque por lo menos los que están alzados están más seguros, pero los que estamos aquí vivimos expuestos a que en cualquier momento lleguen los guardias y nos barran. Mira tú lo que hicieron la última vez que pasaron. Fíjate cómo me dejaron la tienda. A tiros entraron por una cabecera del pueblo, y a tiros salieron. Y mira para eso no respetaron vidriera ni nada. Valga que mi hijo Lencho no estaba en la casa, que si lo cogen, a esta hora ya yo estuviera cerrada de negro. ¡Ay, y con estos calores! ¡Me asfixio vestida así!... Ay, y algunas veces me digo si no debiera estarlo: son tantos los que aparecen muertos y tirados por ahí, que a lo mejor alguno de mis hijos está en ese montón. Mira esa vidriera hecha trizas. Pasaron y arrasaron. A tiro limpio. Ya casi estoy acostumbrada a este corre-corre, y todas las noches dormimos con la colchoneta en el suelo, por si acaso... Y lo peor de esto es que no se sabe cuándo llegará el fin. La última vez que pasaron tuve que darles dos garrafones de manteca. Dos garrafones. Figurate: si no lo hubiera hecho hubieran sido capaces de matarme. Y si tú supieras cómo están los chivatos, que hacen olas. A veces no se sabe si se está hablando con un chivato o con un revolucionario. Fíjate que hasta los mismos chivatos se denuncian unos a otros, y has-

ta han llegado a ahorcar a algunos y después el gobierno se ha dado cuenta que era de los suyos, y entonces no le ha quedado más remedio que ahorcar al otro, que también es de los suyos. Ay, espero que tú no seas un chivato. Mi hijo es tan noble... Aunque no sé: él es el único que no se ha alzado. ¡Dios mío, es posible que él también sea un chivato, y que cuando lleguen los guardias me denuncie! ¿Por qué se ensañaron precisamente con mi tienda? Mira esa otra vidriera. Pero, entonces, ¿en quién confiar? Es verdad que en una época terrible no se puede confiar en nadie. En nadie. Ni siquiera en los hijos. Me han contado tantas cosas de otros sitios... Yo misma ¿no puedo ser acaso también una chivata y todo esto no ser más que un paripé para que tú desembuches?... ¿Serás tú un chivato?, ¿será mi hijo un chivato?, ¿seré yo una chivata? En quién confiar... Cuando las cosas están chivadas todo el mundo es chivato nada más que para chivar. Así es. Pero, qué tonterías digo. Mira esa báscula, ¡ay, si me la descuarejaron! ¿Crees tú que si yo fuera chivata me iban a hacer eso? Pobre muchacho, ya tu familia debe andarte buscando. Ven para que comas algo.

11. Versiones

Yo soy realmente la dueña del caracol que tiene el mar adentro. Yo fui quien lo cogí y quien oí primero el mar allí. Tico piensa que se va a quedar con él, pero se va a llevar tremendo chasco, porque esta misma noche me lo voy a robar. Que sí me lo robo. Ya lo verán... En cuanto se quede dormido, cojo y se lo quito de atrás del lomo y le pongo la piedra de pilar especias. Tremendo chasco se va a llevar cuando se despierte.

OBSTRUIDO EL ACUEDUCTO
Y EL FLUIDO ELÉCTRICO EN
JIGUANÍ

Un destacamento de rebeldes al mando del teniente Roberto tumbó varios pos-

¡Virgen Santísima, el negro se aleja! Me miró como se mira a un pedazo de palo, me ayudó a incorporar, me preguntó cómo me sentía —yo dándole las gracias, trato de prolongar la conversación— y sin más me dio la espalda. ¿Qué me

tés del tendido eléctrico y obstruyó el acueducto de Jiguaní. Avanzaron por la carretera por distintos puntos e hicieron explotar una potente bomba, sosteniendo a la vez un tiroteo con el ejército de la tiranía, sin que éstos se atrevieran a salir del cuartel.¹

falta, qué debo hacer que no hice? Dios mío, tendré mal aliento, estaré mal maquillada. Ay, si tuviera una crema de las buenas seguro que a esta hora ya hubiera conseguido. Y estas manos, y estas piernas, y este condenado pelo que por mucho que me lo bata siempre parece un ciprés achurrado... ¡Qué barbaridad! Nada. Nada todavía. Lo que

ENCANTOS DE PARÍS
¡CAUTIVADORA! ¡LA SUAVE TEZ DE FRANÇOISE BRILLOUET!
VEA ESTA BELLA MODELO PARISIENSE EN LAS NOTAS
FILMADAS DE POND'S. *ENCANTOS DE PARÍS*.
CONSERVE SU TEZ SUAVE, BESABLE...
CON POND'S²

TOMADA LA POBLACIÓN
DE YATERAS
POR FUERZAS
REVOLUCIONARIAS

Un pelotón de rebeldes al mando del capitán Óscar Rico tomó la población de Yateras. Se dirigió posteriormente a la guarnición militar, donde tomó seis *springfiels* y tres carabinas gran cantidad de parque.³

pasa es que este pueblo es lo último. Los hombres se pueden contar con los dedos. Y ni siquiera hay luz. Cómo van a poder apreciarme. ¡Pueblo maldito! A lo mejor en otro lugar hay miles de hombres que están locos por encontrarse conmigo. Y yo en esta esquina, sola y sin esperanzas de que alguien se me aparezca. Iré para ese lugar. Iré para ese otro lugar. Para allá voy hecha una bala.

1. Boletín Informativo n.º 2, 21 de noviembre de 1958. Un centavo. (Se ha conservado la ortografía del original.)

2. Periódico *Norte*, Holguín, 6 de diciembre de 1958.

3. Boletín Informativo n.º 2, 21 de noviembre de 1958. Un centavo. (Periódico *Norte*, Holguín, 5 de noviembre de 1958.)

—Qué ves ahora. Qué ves.

—Nada. Un pedazo de lombriz que da saltos y saltos como si fuera una lombriz entera.

—Oh, dime la verdad. Qué ves ahora...

Hace más de una semana que estoy metido en casa de la madre de Lencho, y todavía no he podido irme con los rebeldes. Cuando no es por una cosa es por otra, pero todavía no han podido llevarme al campamento. Me da pena estar aquí, con tanta gente que viene a comer. La pobre madre de Lencho yo no sé cómo se las arregla para buscar comida y cocinarle a este batallón. A la verdad que no sé qué hacer. Cuando viene un yipe al pueblo lleno de rebeldes me dan deseos de decirles que quiero irme con ellos. Pero de todos modos sería igual: para ser admitido tendré primero que esperar la orden del campamento. Pero aquí me da vergüenza seguir. Ayer mismo, lo único que había de comida era un plato de chícharos y un pedazo de boniato por persona. A mí me da lo mismo que haya eso o que no haya nada. Pero la madre de Lencho cuando pone la comida en la mesa dice: «Hoy no pude conseguir más que estos frijolitos. Figúrense...». Pero no voy a volver para la casa. Aquí me quedo a lo que sea. Esta misma noche, en cuanto Lencho llegue le voy a decir que me lleve para el campamento. Un arma. Si tuviera un arma la cosa fuera distinta. A estas alturas estoy seguro de que ya estaría con los rebeldes.

Washington, enero 3. — La United Express informó que entrevistó en la capital cubana al presidente Batista, quien se refirió a cuestiones internacionales. El jefe del Estado dijo entre otras cosas que, pese a las modernas armas nucleares y al advenimiento de la era del espacio, seguirán determinando los pueblos de América Latina

¡Un hombre! ¡Un hombre! Aunque sea el más horrible del mundo. No quiero más que estirar las manos cuando estoy acostada, y tocar algo que no sea yo misma. Yo misma acostada junto a mí. Yo misma tocándome en el aire. Pero qué me falta. Qué debo hacer ahora... Ya sé: iré para el parque de San Isidoro. He oído hablar de él. Pero antes, déjeme tirarme la mota aunque sea a tientas.

por sí mismos su modo de vida. También dijo que era partidario de una mayor vinculación entre la OTAN y la OEA, agregó que esa vinculación no debería debilitar la posición de Las Naciones Unidas.¹

Si tienes arrugas profundas a los lados de la boca infla los carrillos mientras te aplicas los polvos, así el polvo no marcará tanto la raya de la arruga y, por otra parte, es un buen ejercicio para reducir su profundidad.²

Si tienes arrugas profundas a los lados de la boca infla los carrillos mientras te aplicas los polvos, así el polvo no marcará tanto la raya de la arruga y, por otra parte, es un buen ejercicio para reducir su profundidad.²

—Nombre.

—Fortunato Estopiñán.

—Edad.

—Diecisiete años.

—¿Estudiante?

—Sí.

—¿Qué tipo de arma trae?

—Ninguna.

—¿Ninguna...? Pues chico créeme que lo siento de veras, pero sin

1. Periódico *Norte*, Holguín, 3 de diciembre de 1958.

2. Isabel de Amado Blanco. «Más belleza para ti.» *Cuadernos populares*, La Habana, 1958.

¡Nada! ¡Nada! Estoy en el parque de San Isidoro, pero todavía nada. Se oyen risas y barbaridades en la oscuridad, y hasta algunas parejas desaparecen en los matorrales, pero conmigo, nada. Ya esto es el colmo. Ni un condenado guiñapo me guiña un ojo. Algunos están sentados en los bancos, en grupos, y lo único que hacen es mirarme cuando paso taconeando alto, sin piropearne siquiera... Ah, pero no me daré por vencida. Ésta es mi noche. Voy a meterme en un bar. Voy a pedir un trago y sacarle fiesta a quien sea. Es más, voy a levantarme el vestido en aquel rinconcito oscuro. Eso es lo que debes hacer, so guanaja. Pero anda. ¡Apúrate! Que horita se te hace de día y todavía estás ahí, pasmada. Pero, qué noche escogiste, puta. Todo está en tinieblas, y los bares que están abiertos se pueden contar con los dedos. Hasta se oye un tiroteo cercano. A lo mejor los que tiran son hombres hermosos. Hermosos y jóvenes. Cuánta energía desperdiciada, Dios mío, cuánta juventud. Pero vamos. Vamos para el primer bar que encuentres abierto. Así, así... Entra y riéte como si fueras una puta de experiencia. Ay qué vergüenza, si me ve mi familia. Qué vergüenza, si me ve algún conocido. Pero manda la vergüenza al diablo, acaso te ha servido para acostarte. No seas boba, además, nadie te verá. No sé quién del barrio va a rondar a estas alturas de la noche por aquí, y mucho menos como están las cosas. Pero, dónde eran los disparos, dónde están esos hombres. A lo mejor si los encuentro... A lo mejor si me descubren... Seguramente hicieron esa señal para que yo fuera hacia ellos... El caso es que es más de medianoche y todavía tú estás chancleando por estas condenadas calles. Ése es el caso, oíste. Así que ya sabes: o te espabilas o te jodes, mejor dicho, te rejodes. Porque bien sabes que ésta es tu última oportunidad. Porque bien sabes que después que amanezca habrán de acabarse para ti todas las esperanzas. Entonces volverás a la casa, y te dedicarás a mirar a la muerte, a cuidar a la muerte, a saludar todos los días a la muerte. Dándole, primero, una sola mano, después, las dos; tomándola luego por los brazos, hasta que al fin —vieja, loca— la aprietes así, con todas tus fuerzas. Y sientas que por primera vez en tu vida posees algo solamente para ti. Totalmente para ti. Únicamente para ti. Eternamente para ti. Loca. Infeliz *loka*. *Ké* pena, vieja, vieja. Ay miren a esa vieja. Oh, pero qué vieja, pero si ya eres una vieja. ¡Adolfina, Adolfina! *Porké* te vistes de esa

forma, mujer. *Ké* dirá la gente si sales a la calle así. ¡Dios mío! Mi hija se ha metido a puta. Virgen Santísima, *ké* dirá la gente... Así *ke* ésa es Adolfina. Y ésa no era la hija de Don Polo. Sí, la misma. La hija del *ke* tenía el *finkón* allá, por El Perronales. Millonario era... Pues sí señor, esa que ves ahí más pintarrejada que una *kakatúa*, esa mismita es. Lo *ke* pasa es *ke* las *kosas* se voltean y por *desgrasia* después no se vuelven a revoltar. Ahí la ves, ahí la ves, *sakándole* fiestas al primero *ke* pasa. Ah pero a mí si *ke* no me tumba ni una peseta. A ti *ké* te va a tumbar si tú *nunka* traes ni un kilo encima. ¿Y *ké* tiempo hace que anda así por las calles? Pues ya ni se sabe fijo la fecha de su desentangulamiento. *Disen ke* una noche salió hecha una furia de la *kasa*, se desnudó en un *parke* y *ke* desde entonces la ves *komo* la ves. Ave María Purísima, si a mi hija le da por *haser* esas *kosas* la mato de un *estakazo*. Pero, a Dios *grasia*, todas las *mías* son más honradas *ke* un *kaballo kapao*. Yo por esa parte no he tenido problemas, todos me han salido machos. A la verdad *ke* es una *desgrasia* para el pobre tener hijas hembras: si no se te *kasa kon* un sinvergüenza, se te *kasa kon* un muerto de hambre, y si no, no se *kasa* que es lo peor. *Porke* no hay nada más terrible *ke* una hija solterona: llega hasta a *kererlo* gobernar a uno. Y hasta es posible *ke* un día, sin *ke* se te *kase*, *apareska* aventada, *ke* éso sí es terrible. Así es. Así es... Pero, mira para eso, si aquella mujer es la hija de Don Polo, quién me lo iba a decir. Hace rato que la miraba y la miraba y mis ojos no daban crédito a lo que veían. Pero, qué barbaridad, si es ella. Y está más acá que un güín. Y fijate cómo se menea, lo hace para que la sigamos y la singuemos. Pero ya yo no estoy para esas maronas.

—Pues si yo tuviera un peso me le fuera encima.

—Qué vergüenza, con la hija de uno de tus mejores amigos.

—Pues por eso más que por nada lo haría...

—¡Qué barbaridad!

—Chist, que ahí viene... Aunque sea un pellizco le doy.

—Déjala, que parece que está más chiflada que otra cosa.

—Ahí viene...

—Pero, qué manera más estrambótica de moverse.

—¡Chist!

CAMINAR

El caminar es un arte, un arte que se aprende, y que se aprende fácilmente si se pone un poco de atención a esta regla: coloca los pies con la punta hacia adelante y apoya primero el talón siguiendo inmediatamente a tocar el suelo con la parte exterior del pie y la punta. Es decir: talón, arco y punta. Deja las rodillas suaves y ya verás como el peso va sólo de la parte posterior a la delantera. No arrastres los pies. Los brazos se balancearán en sentido contrario a las piernas, es decir, se echa atrás el brazo izquierdo cuando se adelanta la pierna derecha. Y verás como te deslizas.¹

—Así que eres nieto de Polo Estopiñán.

—Sí.

—Pues yo te aconsejaría que te fueras para tu casa y te quedaras tranquilo allá. Porque, óyemé lo que te voy a decir —y esto es a ti en confianza—, esto no se va a terminar nunca. Así como que estoy conversando contigo. Pégale el cuño. Aquí nos moriremos todos de hambre, pero esto no hay quien lo tumbe. Claro está que los rebeldes tampoco van a dar su brazo a torcer, y seguirán peleando hasta que San Juan baje el dedo. Pero pensar que esto se va a caer con cuatro escopéticas amarradas con yareyes, ni soñarlo. Así que haz lo que te digo, muchacho, vete para tu casa. Métete abajo de la cama, y quédate allí hasta que la cosa se aplaque un poco.

Jacinta vigiló de nuevo a que el viejo se quedase dormido, recostado al zaguán —ahora, como no había casi nada que vender, el viejo se pasaba el día dormitando en el zaguán—. Entonces, con extrema cautela se acercó —las piernas listas para salir huyendo—, introdujo los dedos en el bolsillo de la camisa del viejo, palpó, y, de un hábil tironeo, extrajo la llave de la venduta. Entró rápida, se apoderó de los papeles que protegían el interior de los tubos de quinqué, tomó el lápiz, cerró la venduta, puso la llave en su sitio, y casi de un salto se escondió detrás de la casa.

1. Isabel de Amado Blanco. «Más belleza para ti.» *Cuadernos populares*, La Habana, 1958.

Querida *ija*: te hago estas cuatro letras para decirte que *a* ocurrido una desgracia. Ay, pero no sé ni cómo decírtela. Es tan terrible... Ay *ija* mía, que el diablo se nos ha metido en la casa y no *ay* manera *deespantarlo*. Ay, el diablo. Y yo te estoy *escriviendo* no sé ni cómo, porque donde quiera que voy viene el diablo detrás y me arranca los papeles, y me los quema en el fogón, y me injuria diciéndome: «Vieja loca, cómo *aces* estas cosas, estáte quieta, so chiflada». Y me da dos o tres palmadas en la *boka*. Ay, tan duras las palmadas que si tuviera dientes ya me los *ubiera* sacado todos.

Ay hija, que las cosas están que trinan.

Ay: que no *ay* escapatorias.

Ay que nos estamos muriendo de *ambre*. Así como te lo estoy contando: de hambre.

En las últimas, *ija*: estamos ya en las últimas. Y el diablo detrás de mí con un candil encendido para atarugármelo en los ojos. Ay: que me quiere dejar ciega. Ay que no me deja vivir ni un momento en el día. Te escribo esta carta no sé ni cómo. Temblando de miedo te la *ago*, porque sé que si me coge me mata. Ay, hija qué desgracia la nuestra.

Ay y como si eso fuera poco, ahora tengo una nigua en el pie.

Ay y cómo *pika*.

Me *pika*, me *pika*, me *pika*.

Ay, y el diablo no quiere que yo me rasque el pie pues dice que yo no le dejo dormir con este reperpero.

Ay, que no puedo con tanta *pikazón*. La nigua, si tú la vieras, es así de grande.

Ay una nigua grandísima.

Ay si tú *bieras* qué tamaño tiene la nigua.

Ay *ija*, si la *bieras* te morías del susto.

Ay, yo nunca *abía* visto una nigua *dese* tamaño.

Ay y lo peor es que no puedo rascarme.

Ay, ese diablo maldito, ojalá caiga en un nigual.

Ay, ay, ay, *aora* mismo la cabrona nigua me está repicoteando en la planta del pie. Ay, *ke* escozor. Nigua condenada. Los otros días le dije que me dejara tranquila, y la muy desgraciada, se echó a reír. Sí tú hubieras visto aquello. Parecía como si fuera el pie quien se estuviera riendo. Porque la nigua no *sacaba* la cabeza.

¡Y el pie riéndose a carcajadas! Y luego el pie empezó a bailar y a hablar. Y tuve que meterlo en un cubo de agua *irviendo*.

Ay, de agua *irviendo*.

Ay de agua *irviendo*. Ay: dije que de agua *irviendo*. Qué barbaridad. Así están las cosas aquí. Y te *ago* esta carta en un pedazo de cartucho. Del cartucho que el viejo tenía enrollado adentro de los tubos de *kinké*.

Ay: los tubos de *kinké*.

Y ahora a lo mejor hasta se rompen.

Y el diablo me sacará los sesos.

Ay porque me dijo que me iba a sacar los sesos si le cogía una pizca más de papel.

Ay, y si no me lo *a* dicho, en cuando me vea utilizando su último cartucho me lo dice, para no perder la oportunidad de sacarme los sesos.

Ay que no tengo escapatorias.

Ay y la nigua maldita pica y pica.

Ay, *ija*, ojalá no vengas más nunca.

Quédate por allá fregando platos.

Quédate por allá limpiando pisos.

Quédate por allá, cuidando muchachos cagados y limpiando *kulos* de viejos.

Haz lo que tengas que hacer.

Ija mía: pero a esta mierda no te acerques ni en sueños.

Esto es el fin del mundo.

Esto es lo último.

Aquí estamos siempre de la Ceca a la Meca. Imagínate que ya no tenemos ni una vianda a que meterle mano.

Y el pueblo está a oscuras. Porque esos malditos rebeldes todo lo *an* jodido. Y el pueblo está a oscuras. Ay, pero ya eso te lo dije. Y las médiums ni se atreven a dar sesiones, pues tienen miedo de que se las lleven presas, confundiéndo las con revolucionarias o conspiradoras. Porque hasta las mujeres están metidas en este brete. Las muy putas: lo hacen para conseguirse un macho.

Ay, así están las cosas. Ay las cosas. Ay las cosas. Ay las cosas.

Ay: y se pondrán peores. Lo digo yo, que lo sé todo. Ay desgracia. Figurate tú que ya no puedes ni salir a la calle después de las siete de la noche.

Ay, después de las siete de la noche.

Ay y Adolfina se pasa el día entero en el excusado y no sale ni para Dios. Ay y todos los días hace los mismos.

Ay, y yo reventando. Y la puta ahí encerrada.

Y mientras tanto, Digna se pone a cantar con la boca tapada y yo me digo que cualquier día va a estallar por lo *terka* que es. Y mientras tanto, Celia se levanta a medianoche y empieza a conversar sola, y algunas veces también canta. Ay, y ello lo hace con la boca demasiado abierta. Ay que parece un sapo con pujos. Ay, si tú la oyeras... Cualquier cosa es mejor a tener que oír a la loca de Celia, que desde que se murió Esther no *ace* más que no hacer nada y pasarse la vida en las nubes. Ay, y yo a veces me digo si no será una treta de ella para no tener que lavar la ropa sucia, pues antes era ella la que tenía que lavarla. Yo no sé. Y que Dios me perdone. Pero a veces pienso que eso no es más que un paripé. Que un paripé para poderse pasar la vida sin levantar ni una tuza del suelo. *Abría* que ver... *Abría* que abrirle el pecho con un machete y ver qué tiene adentro.

Ay, ¿pero quién se atreve a abrirle el pecho con un machete?

Ay y mientras tanto, se pasa el día como Carmelina.

Ay, y ni *ostia ace* la pobre Celia, que a lo mejor es verdad que está loca de remate.

Ay, *ija*, qué prueba, qué prueba la de esta familia.

Ay, *ija*, y que en Dios se ensuelva lo que te voy a decir: pero la otra noche vi, entre medio dormida y medio despierta, a una rata más grande que el armario cruzar por encima de mi cama y, poniéndose las patas en la cintura, quedárase detrás de la cabecera. ¡Ay, es terrible! El diablo aquí en esta casa. Ay: si *ubieras* visto los ojos de la rata: eran azules. Eran rojos. Eran amarillos. Eran verdes. No tenía ojos. Tenía dos pedazos de brasa que chispeteaban, echaban candela; sí, mientras se desgandingaba a carcajadas. La muy condenada, así, con las patas en la cintura, detrás de mi cama. Muerta de risa. Riéndose, una rata enorme, como un dios. Ay: sí *aora* me acuerdo y pienso si no sería Dios mismo... ¡Jesús, qué digo! Pero, a lo mejor... ay, *ija*, en fin, lo que quería decirte es que tu hijo Fortunato se *a* ido con los rebeldes. ¡Ay, *ija*, que tu *ijo* Fortunato se *a* ido con esos malditos!

Ay, que no tenemos escapatorias.

Ay, qué destino tan triste.

Ay, Fortunato con los rebeldes.

Ay, ya seguro que está muerto.

Ay, qué destino.

Ay.

Si *ija*, con los rebeldes se fue el bobo. Porque quiero que sepas que se a vuelto bobo. Ay bobo, ay, bobo. Ay, bobo.

Fuimos a ver al Capitán en la Sierra de Gibara. Y me dijo que esperara unos días más, que pronto saldría otro contingente para la Sierra Maestra. Así que aquí estoy esperando. Y comiendo de lo poco que hay de comer en casa de la madre de Lencho. A la verdad que me da una vergüenza enorme, pero qué voy a hacer... A mi casa no voy ni muerto.

Fortunato

sé que en cualquier momento se me acerca el diablo y me saca los ojos. Ay, me *saka* los ojos... Y me *korta* las manos. Ay, me *korta* las manos si me *koge* escribiéndote. Ay *ija* así están las *kosas* en esta *kasa*. El diablo echa pestes y *ace* de nosotros lo que se le antoja. Y Polo encerrado en la venduta sin *ablar* ni media palabra. Aunque no tenga nada que vender, se encierra. Y Tico y Anisia me han acabado con toda la *losa*. Ay, si tú vieras, dejó un papel diciendo que se iba con los rebeldes porque nosotras éramos unas sencillas y no le dejábamos hacer nada. Ay, la loza. Ay, mi loza... Ay, eso decía el papel. Ay, pero lo peor no es lo que decía, sino lo que trataba de decir. Ay, lo peor, lo peor. Ay, lo peor. Ay, y como si eso fuera poco el tubo del *kinké* se hizo astillas anoche, al caerle adentro una mariposeta. Una tatagua grandísima que no quiso achicharrarse dentro del tubo, y lo tiró

Ay, bobo de remate. Se *a* vuelto bobo el muy bobo. Y últimamente estaba fabricando esencias con bigote de gato y *ojas* de toronjil. Ay el pobre Fortunato: a esta hora debe estar tieso. Y yo no sé si *vo-tarle* las botellas que tiene debajo de la cama, o esperar... porque, ¿quién quita que no esté tieso? Quién quita que esté *bibo* y entonces me forme un escándalo porque le he botado las botellas llenas de agua de chinganga. Ay, quién quita... Pero de todos modos te *ago* esta carta para que no digas que no me acuerdo de ti. Para eso te escribo, aunque temblando del miedo, porque

al suelo haciéndolo astillas. Y comenzó a dar brincos y brincos con las alas negras y grandísimas, encendidas, ay, hasta que se achicharró. Ay quién sabe qué presagio indicaba con ese achicharramiento. Y ahora estamos a oscuras pues Polo se ha negado a darnos otro tubo de *kinké*, pues dice que también se va a *acer* astillas enseguida. Ay, si tú vieras cómo cuida esos tubos de *kinké* que tiene en la venduta, como la niña de sus ojos. Y *ahora* los muchachos ponen los asientos en mitad del pasillo para que yo tropiece y me rompa las canillas. Ay, porque quieren que yo me muera, los muy condenados. Ay esos hijos de Digna y Moisés que son terribles. Ay, ese Moisés que preñó dos veces a mi hija, y me la devolvió hecha una basura. Ay ese Moisés que nos arrastró a este infierno... Ay y como si eso fuera poco *ahora* el tubo del *kinké* hecho astillas. Ay, y como si eso fuera poco, *ahora* Fortunato se a ido con los rebeldes y lo han muerto. Desengáñate, *ija* mía, que la vida es así. Ay la vida. Ay la vida. Ay la vida.

Ay: digo que la vida... Sí, desengáñate, que aquí lo que *ay* es que no morirse para ver cómo uno se muere poco a poco. Ay, yo que he visto tanto y cada día me parece que todo está todavía por ver. Ayyyy: *ahí* viene la bestia. *Ahí* está ya el diablo. Uno de los peores. Ay que no me vea la carta, que no la vea porque me la voy a tener que tragar. Ay ese diablo maldito, *ahí*, *ahí* está. Miren al diablo maldito ya aquí, ya aquí.

Ay: *ahí*... ya.

—¿Qué haces con ese cartucho, mamá?

—Nada. Estaba tratando de fabricar un tubo de quinqué.

—Dame acá ese papel.

—No puedo, es para el tubo...

—¡Que me des acá el papel, vieja maldita!

—Ay Dios mío, mándame la muerte. Mándame la muerte.

—¡El papel! ¡El papel! Desgraciada.

—¡La muerte! ¡La muerte!

—Yegua sinvergüenza, ¡trae acá ese papel!

—¿Qué bestia he criado. Qué bestia...

—¡A ver!...

—Ay, Dios, sálvame.

—Así que le estás escribiendo a la pobre Onérica...

—No pensaba echar la carta al correo. Era para que Dios viera que me acuerdo de ella.

—...«Adolfina nunca sale del excusado...» Tienes razón, mamá, nunca he salido del excusado...

—Ay, voy a desmadejarme a gritos.

—Si hubiera salido no estaría ahora mirándote la cara.

—Ayyyy. No me martirices. Ay.

EL TIEMPO

El observatorio nacional anuncia para mañana la posibilidad de algunas lluvias en la mitad oriental y de temperaturas frescas en todo el territorio nacional.¹

A cuarenta y siete hombres y siete mujeres los han hecho regresar después que casi habían llegado a la Sierra Maestra. Dicen que ya no admiten a más nadie sin armas.

Ahora sí que no sé qué hacer.

Me dan la noticia cuando estoy con Lencho en el taller de mecánica que antes era de uno de sus hermanos. Estoy haciendo plomos de pistolas con una escorfina... Me dan la noticia. La escorfina también parece que sabe la noticia. La noticia. La not. La escorfina tiene muchos dientecitos. Si usted viera una escorfina... Yo paso todos los dientes por el plomo en bruto para que éste coja la forma de una punta de bala y pueda entrar sin dificultad en la carne. La escorfina, con todos sus dientes redondos, entre mis manos. No aceptan a más nadie si no llevan un arma larga por lo menos. Así que éstas son tus manos, Fortunato. Así que si cojes una de esas manos y te las cortas, todo seguiría igual. Porque éstas son tus manos. Así que éstas son tus manos y entre ellas está la escorfina que se esmorece de la risa con todos sus dientecitos de acero niquelado, o de sabe Dios qué. Y ahí está Lencho, apenado. De modo que ya no puedes alzarte. Si no tienes arma no puedes alzarte. ¿Qué vas a hacer sin arma? Ahí, la escorfina. Ahí está el plomo a medio pulir. Alguien cogerá ese plomo y disparará con él. Alguien que no serás tú. Para ti no hay esas posibilidades. Suelta la escorfina. Qué haces en este lugar que no es para ti.

Pero cuál es tu lugar. Qué haces entre hombres que saben lo que hacen o que si no lo saben, no saben que no lo saben.

1. Periódico Norte, Holguín, 14 de diciembre de 1958.

Fortunato. Pero tú lo sabes. Tú bien sabes que aquí no debes estar. Ni allá tampoco. Yo...

Ahora deja este sitio, olvida este ambiente. Allá, el coro de mujeres malditas llora tu ida. Allá están llorando. Y tu madre... ¡Ay, no le des ese golpe a tu pobre madre, muchacho!

Ay muchachito travieso. A ver, déjame pasarte la mano por el pelo. A ver déjame darte unos golpecitos en la espalda. Vamos, hombre. Si todavía eres un niño. ¡Un niño! Mira a tu abuela cómo llora por ti. Quiero que sepas que Polo, sí, Polo, salió a buscarte en una bicicleta que alquiló. El pobre, tres pesos le cobraron por el alquiler de la bicicleta y en cuando anduvo en ella tres cuabras se le ponchó. Imagínate al viejo Polo montado en una bicicleta ponchada. Se destarró. ¿No es para reírse? Ah, pero si estás llorando. A ver, a ver. A ver cómo llora. Bee, beeee. Beeeeee. ¿Te acuerdas? La chiva hace beeee. Ríete, ríete. A ver... Deja la escorfina y vuelve de nuevo a tu casa. Beeee. Quisiste saltar. Qué locura. Pero ya puedes rectificar. A la casa. A la casa de las mujeres llorosas debe encaminarse la mariquitica. Para su casita. Be. Be, beeee. Vé para tu casita. La mariquita para su casita a consolarse en las faldas de su abuelita. Así hacen las chivas. Así; beeee. A ver, a ver; ¿cómo hacen las chivas? Las chivas hacen: beeee. Qué bien. Qué bien. Cómo sabe. A ver, otra vez.

—No, no me voy, coño.

12. Versiones

La situación del norte de la provincia de Oriente bajo los rebeldes era ésta: los rebeldes habían ocupado los pueblos pequeños y mantenían un control casi absoluto sobre los caminos y los campesinos. Estaban agrupados en frentes y columnas que se encontraban desde luego en los lugares más montañosos y retirados, donde al ejército de la tiranía le era muy difícil entrar. Los rebeldes del norte poseían pocas armas y éstas, en su mayor parte, se componían de antiguas escopetas utilizadas en la guerra de independencia, de algunos *springfiels*, y pistolas; en el caso de que hubiera una ametralladora, se encontraba, lógicamente en el campamento principal. En realidad, en la parte norte de la provincia, fue más el miedo a los rebeldes que los rebeldes mismos

quien aceleró el triunfo de los rebeldes. Los campesinos, orientados, se encargaban de difundir aquel miedo. Decían que los rebeldes estaban armados hasta los dientes con armas innumerables y eficaces. La gente del pueblo también se encargó de propagar esta noticia. Y los soldados, los casquitos, cuando salían de recorrido por el campo, iban ya tan sugestionados que al menor estruendo echaban a correr. Los rebeldes también corrían, desde luego —y con razón— cuando el ejército hacía una de sus arrasadoras incursiones por todos los pueblos de campo situados al norte. Al sur de la provincia de Oriente, a partir de Bayamo, los rebeldes eran más numerosos, tenían mejores armas, posiciones más estratégicas; podían hacerle frente a las incursiones del gobierno. Pero a pesar de todo, un destacamento de diez mil hombres bien armados (y en esto el gobierno no tenía ningún inconveniente) con los tanques que ya poseían y protegidos por las avionetas hubiese bastado para barrer a los rebeldes si hubiesen tenido el estímulo, el coraje, para hacerlo. Pero les faltaba la pasión, les faltaba la furia provocada por la injusticia, les faltaba el saberse totalmente acosados y sin regreso. Y con estos elementos sí contaban los rebeldes... Por el norte, las incursiones del ejército fueron más numerosas, los rebeldes, cuando esto sucedía, se refugiaban en las lomas, y los pueblos que habían sido tomados por ellos volvían a quedar en manos de los soldados de la tiranía. El ejército entraba entonces arrasando; se instalaba por unos días, saqueaba, quemaba vivos a algunos campesinos que, según los chivatos, eran revolucionarios o protectores de los revolucionarios. Durante aquellos viajes de recorrido por el norte raramente moría un rebelde, o un miembro del ejército. Sin embargo, las víctimas civiles fueron numerosas.

Los rebeldes tenían también sus boletines informativos, sus órganos de propaganda que, aunque clandestinos, llegaban a gran parte de la población. Recibían instrucción militar, al menos en los campamentos más importantes. Y su disciplina era más rigurosa que la del ejército.

En general, los rebeldes llevaban barbas y no solían bañarse muy a menudo. Algunos llevaban brazaletes rojos que decían LIBERTAD O MUERTE. Se alimentaban con carne de res que, para no morir de hambre, solicitaban a los terratenientes quienes, acobardados, la cedían. Los rebeldes, generalmente, repartían parte de la

carne entre los campesinos pobres, que eran casi todos. Algunas veces para apoderarse de armas invadían una guarnición militar. Si alguien moría generalmente tenía que ser abandonado al enemigo. Si era rescatado, se le velaba en casa de un campesino y, sin flores ni aparato fúnebre, era enterrado en cualquier sitio. Los rebeldes temían a las avionetas que, constantemente, planeaban sobre los campos, bombardeando. Pero la metralla caía, generalmente sobre un horno de carbón, una vaca, una casa, o un campesino. Los rebeldes sabían cómo protegerse de los disparos aéreos.

Para poderse trasladar tomaban, desde luego, los vehículos de los civiles. Los «incautaban» (ésta era la palabra de entonces). Si el propietario era una persona que no simpatizaba con el futuro régimen, debía olvidarse del vehículo. Si era un simpatizante, se suponía que lo donaba voluntariamente. También, desde luego, tenían organizaciones clandestinas para la recaudación de fondos a través de colectas, ventas de bonos, donaciones voluntarias de ropa, etcétera.

La prensa revolucionaria era siempre optimista. De sus noticias se deducía que de un momento a otro el gobierno de la tiranía iba a ser aniquilado. Pero realmente aquello no hubiese sido suficiente para alcanzar el triunfo si no hubiesen contado con dos armas infalibles: la indignación y la razón.

Precisamente por aquella época en que Fortunato andaba por Velazco, el ejército preparó una gran incursión que comprendía ese pueblo y todos los campos cercanos, hasta llegar a Gibara. A Velazco entró un día un capitán de la tiranía, famoso por los asesinatos violentos que había cometido a lo largo de su carrera. Se posesionó del pueblo, lo balaceó; ahorcó a muchos, quemó a otros. Cargó con todos los alimentos y luego siguió por la costa norte, balaceando y quemando. Su lema era «Con candela brava no hay carapacho duro...». Los rebeldes, refugiados en las lomas oían a veces el estruendo de la balacera. Eso fue alrededor de diciembre de 1958, es decir un mes antes de que cayera el gobierno y los rebeldes tomaran el poder. El hombre que dirigía estas operaciones se apellidaba Sosa Blanco, y hubo de esperar el triunfo de la Revolución para ser balaceado.

La mayoría de los rebeldes no tenía una idea determinada sobre el futuro, ni principios filosóficos estáticos. Cuando triunfó la Revolución muchos de ellos —que no conocían más que el

resto del pueblo la verdadera situación— fueron, lógicamente, los más sorprendidos.

—Ésta la ganamos de a Pepe cojones —dijo Lencho, y fue el primero en empinarse de la botella.

Estábamos todos sentados en el quicio de la tienda de su madre y habíamos conseguido bastante ron. Estamos aquí bebiendo y ya yo estoy rojo como un tomate. «Pásamela.» «Bebe, bebe sin pena.» Y cuando me dan la botella tomo más de la cuenta para que vean que estoy acostumbrado al ron.

—Ahora vamos a destapar ésta de Paticruzado del bueno.

—A mí me da lo mismo que sea del bueno que del malo. El problema es entrar en calor.

—Dicen que los casquitos le echan pólvora al ron para coger impulso y no apendejarse.

—Allá ellos que son gallinas. Nosotros lo tomamos como sea.

—Abre la otra.

—¡Esta revolución la ganamos de veinte maneras!

—Pásamela.

—Ahórrenla que ésa es la última.

—Pues, chico, yo creo que tu vieja tiene su botellita por ahí enterrada. Comerciante al fin...

—Tenía, que ya yo no le he dejado ni una.

—A ti no hay quien te ponga un pie adelante.

—¿Pero qué le pasa al holguinero que no bebe? ¿Es que ya está tumbado?

—Es de los buenos. Vino a juntarse con los rebeldes.

—¡Dígame usted!

—Caminando llegó hasta aquí.

—¡Hay que tener gandingas! ¿Así que caminando?

—Caminando. Y el caso es que ahora no lo pueden aceptar porque no trajo un arma larga.

—Ni corta.

—Imagínate tú qué problemas. ¿Y qué piensa hacer?

Mientras los demás siguen tomando, yo me voy hasta el baño y empiezo a vomitar. Desde el servicio oigo el escándalo de los

hombres ya borrachos. Estoy vomitando. Estoy vomitando y llorando como si fuera una mujer en estado. Los demás se emborrachan y se divierten y yo estoy vomitando... Ahora sí que no sé qué hacer, pues con Lencho y esta gente no quiero quedarme, pero para la casa tampoco quiero ir. Vomita y llora, como un verraco. Si la gente te ve te soltaría la carcajada en la cara. Lencho llega y me ve vomitando. Pregunta qué me pasa. Y yo enseguida me echo un poco de vómito en la cara para que no se dé cuenta de que también estoy llorando.

—Pues chico, yo que tú: me iba para la casa y me quedaba muy tranquilo.

—Pero no seas bobo, muchacho, quédate un tiempo más. Seguro que más adelante dan salida para la Sierra. Y entonces te puedes alzar.

—Lo que tienes que hacer es meterte a casquito. Sí, te metes a casquito. Te dan un rifle, y vienes para acá con él.

—¿Y por qué no matas a un guardia y le quitas el rifle? Si lo haces te admiten corriendo. Muchacho, con la escasez de armas que tenemos. ¡Te reciben con los brazos abiertos!

—Vamos a darnos otro trago y después pensamos lo que hacemos.

—No seas bobo: dile a tu madre que te reclame y te vas para los Estados Unidos. Y cuando esto se caiga, regresas. Eso es lo más conveniente y lo menos arriesgado. Muchos lo han hecho así. Después serán héroes. No seas bobo...

—Bebe, y haz lo que te parezca.

—Mata a un guardia.

—Buena idea.

—Vete con tu familia.

—¡Bebe, bebe!

—Lo que tienes que hacer es...

—Mira: fijate en lo que te digo...

—¡Atiéndeme!...

—Así que te rajaste, ¿no?

—Óyeme bien.

—No. Haz esto.

—No hay nada como las albóndigas...

—Haz esto y esto, y.

—Que jelengue.

—Grapac, Grapac, Grapac, Grapac, Grapac, Grapac.

Pues chico: lo que tienes que hacer es matar a un guardia, y quitarle el rifle. Yo mismo

te voy a regalar el cuchillo.

Mira:

te le acercas cuando menos él se lo imagine y se lo entierras en la espalda.

Le quitas el arma.

Y vienes corriendo para acá.

Y ya está.

¿O.K.?

(Ellos.)

A un rifle matar. Digo, a un guardia. ¡Hola, guardia! Aquí estoy y te vengo a matar. Hola guardia. Hola. Vírese usted de espalda que le voy a clavar este cuchillo. Hola. ¿Hola? Hola. ¿Hola? Hola. ¿Hola? Hola... Qué barbaridad, qué altura tiene este guardia. Pon una escalera porque si no no llegas a la espalda. Y sigue creciendo y sigue creciendo. Trépatelo. Hola guardia. Hola. Pero qué espalda más dura, Dios mío, golpeo y golpeo y el cuchillo en vez de enterrarse lo que hace es que se dobla. Qué barbaridad; el cuchillo se ha convertido en una escorquina. Qué barbaridad, la escorquina está muerta de risa. Qué barbaridad, la escorquina ha alzado el vuelo. Yo sabía que algo tenía contra mí esta escorquina. Ahora dirán que soy un ladrón y que he cargado con la escorquina. Hay que buscarla, hay que buscarla donde sea... Pero miren por dónde va: más arriba de las nubes.

—En fin, la cuestión es que sin arma no puedes alzarlo. En fin, la cuestión es. Dime cuál es la cuestión. Dicen que la cuestión. Ah, pero si están hablando de la cuestión. Pero no sabe usted cuál es la cuestión. Pues fijese, fijese: ahí está la cuestión. Ahí reside la cuestión. De ahí parte la cuestión. De ahí surge la cuestión. Y eso origina esta cuestión. ¿Qué te parece esta cuestión? En fin, al guardia, y al rifle matar. Dónde está la cara de la cuestión, o es que te luce muy cara la cuestión. Ay, la *kuestión*. Akokokokokokokokokooooo: la *kuestión*... Conseguir un rifle. He ahí tu CUESTIÓN.

—¡Adolfina! ¡Adolfina!... ¡Virgen Santísima! ¡Qué pensará hoy esta mujer para salir de ese condenado baño! ¡Virgen, haz que salga antes de que yo pierda el juicio!

una media hora en esta esquina, y si no consigo nada me iré para la otra.

Y si no consigo nada en aquella otra; me iré para la de más allá.

Y si no consigo nada en la de más allá: saldré hasta la carretera.

Y si en la carretera nadie me guiña un ojo: me iré para el ballú de Mayra la Caballa —he oído también hablar de él.

Y si allí no consigo: me iré entonces para El Repello de Eufrosia.

Y si allí no consigo: me iré para El Oasis.

Y si dentro del último bungaló nadie me hace caso: empezaré a dar gritos en mitad del parque Calixto García...

¿Y si nadie te oye?

Entonces me callaré y me reiré a carcajadas.

—¿Y si nadie te oye?

Empezaré a maullar.

¿Y si nadie te oye?

Me subiré a una mata de higuillos y desde allá arriba empezaré a llamar.

Cuidate que te puedes caer y darte un golpe.

Un golpe.

Muchos golpes. Imagínate que te coja la policía encaramada en ese árbol, ¿qué va a pensar? Que estás poniendo una bandera clandestina. Como están las cosas, ahí mismo te ahorcarán. Mejor es que te vayas ya para la casa.

Ni pensarlo: ésta es mi noche. Y si no consigo nada en El Repello de Eufrosia, ni en el bungaló, ni en el ballú ni en el bar, entonces empezaré a tocar en las casas. Me desnudaré y empezaré a tocar desnuda en cada casa.

¿Y si te sale un perro?

Ya he dejado el parque de San Isidoro, que en mala hora me porté por allí. Ahora estoy en la esquina de La Periquera. Dicen que éste era un lugar famoso por la cantidad de hombres y mujeres que se reunían. Pero ahora no venden ni café, y no veo ni un alma. Voy a estar

Ay, díganme entonces qué debo hacer, qué me falta, por qué nadie se me acerca.

LA VOZ

¿Cómo es tu voz? Aguda, grave, cortante, dulce, chillona, modulada? ¿te has detenido alguna vez a averiguarlo? Posiblemente no, y sin embargo la voz es tu primera presentación; es acaso el factor que mejor y más rápidamente revela los más íntimos recovecos de tu personalidad.¹

Y dirán, pero cómo lo conseguiste. Y dirán, pero si nosotros te lo habíamos dicho jugando. Y dirán, ves que teníamos razón al aconsejarte que hicieras eso. Y dirán, pero miren: tan bobo como parece y los tiene más grandes que Maceo.

Y podré alzarme.

Y dirán.

Washington. — El presidente Eisenhower envió un mensaje de felicitación al presidente Batista, felicitándolo con motivo del 20 de mayo. El mensaje de Eisenhower dice textualmente: «En este aniversario de la independencia de la República de Cuba, el pueblo de los Estados Unidos y yo en

Ya he decidido lo que voy a hacer: me iré para Holguín.

Llegaré a mi casa y me llevaré el cuchillo gordo.

Entonces velaré a un guardia y le clavaré el cuchillo.

Y le quitaré el rifle.

Y saldré corriendo.

Y volveré para acá.

Diré: aquí traigo el rifle ya puedo quedarme con ustedes.

Dirán: sí, sí.

Y todo el mundo cogerá el rifle.

Y dirán, pero si está nuevecito

Dejé la esquina de La Periquera sin conseguir nada. Fui para la otra esquina, y nada. Fui para la de más allá, y nada. Ahora estoy en la carretera, a la salida del pueblo. Lo único que pasan son camiones y tanques del ejército que parecen centellas. Creo que voy a tener que cambiar también de lugar. Ahora sólo me quedan los balluses. Y lo más bonito es que ni siquiera sé, a

1. Isabel de Amado Blanco, «Más belleza para ti», *Cuadernos populares*.

viamos los mejores deseos y felicitaciones a vuestra excelencia y al pueblo cubano».¹

Allá voy... Pero qué barbaridad, Dios mío, he caminado tanto que ya casi no puedo ni con las piernas. Y, de contra, los zapatos se me han hecho trizas. ¡Ay, mis únicos zapatos de salir!

COMPRE UN FORD Y
AHORRE LA DIFERENCIA
AGENTE EN HOLGUÍN:
ANTONIO DIEGO²

Me despido de Lencho y de su familia y me siento en el mostrador de la tienda a esperar que llegue el camión.

Me voy para Holguín a matar al guardia. Ahora una de las hijas de Lencho llora; desde aquí puedo oírla. Qué muchachos más llorones. La mujer de Lencho me miraba con ojos de vaca cansada. La pobre, me imagino lo que debe estar pasando. Cuando servían la comida, ella abría mucho los ojos, y parecía como si fuera a llorar. Así como quien no quiere las cosas, como con desgano, empezaba a comer chícharos y parecía como si de un momento a otro fuera a estallar en gritos. Yo la miraba y sabía que ella estaba diciéndose: si este muchacho no estuviera aquí, tocaríamos a más. Sabía que se decía eso, y sabía que tenía razón para que lo pensara... No creo que haya cosa más triste que sentarse a la mesa y que la comida sobre porque esté tan escasa que nadie se atreva a servirse hasta llenarse. Habrá cosas tristes, pero como esa fuente llena de chícharos ahí, en mitad de la mesa, y todo el mundo mirándola y todo el mundo sin atreverse a servirse la cantidad que el estómago le pide. Como esa fuente

no creo que haya tristeza semejante. No lo creo. Y sé que no la hay.

1. Diario Norte, Holguín, 23 de mayo de 1958.

2. Bisemanario *La Justicia*, Holguín, 7 de septiembre de 1933.

Ahora espero el camión que me ha de llevar hasta cerca de Holguín.

Regresaré a pie por todas las lomas con el rifle bien guardado. Vendré a pie y corriendo, y no sentiré el camino. Nada sentiré. El camionero es amigo de Lencho y por eso puedo irme en el camión. Está autorizado para llegar hasta Aguasclaras, y hasta ahora no ha tenido ningún problema con los guardias de la represa, aunque dicen que ya están registrando a todo el mundo, y al que consideren sospechoso se la arrancan allí mismo y lo echan a la corriente. Así han hecho ya con muchos, dicen... Lencho viene a despedirme hasta el mostrador de la tienda. La gente ya se ha enterado de que voy a matar a un guardia y me va rodeando como si fuera una cosa extraña.

—Está más loco que una chiva.

—¡Qué horror!

—Pero si es un muchacho.

—Parece medio comemierda.

—Ah, pero si ya es un viejo.

Ya llega el camión. Le doy la mano a Lencho, y, no sé por qué, pero una tristeza grandísima me va cayendo encima. Alguien me da un cuchillo y me dice: «Para que se lo claves hasta el cabo». «Deja eso», dice el chófer, «que si nos cogen con ese matavaca la pasamos negra.» Devuelvo el cuchillo pensando que en cuando llegue a la casa me apoderaré del cuchillo gordo y saldré corriendo con él. Ahora que me voy no tengo deseos de irme. Parece como si ya hubiera terminado mi alzamiento.

Vuelves, mariquita, para la casa. A la verdad que siento casi deseos de tirarme al suelo, y de ser no sé ni qué.

Ser

cualquier cosa

menos un muchacho que se va de la casa y tiene que volver a la casa. Ser cualquier cosa de lo que no soy. Pero, qué tonterías pienso, si nada más voy a llegar a la casa, coger el cuchillo y regresar para acá. A Lencho le digo que dentro de dos días estaré aquí. A lo mejor antes. A lo mejor... Cuídate, me dicen. A lo mejor... Así que ya vuelves para la casa.

Qué ganas de reír. ¡So babieca! Quién te manda a meterte en

estas zanaquerías. Así que ya vuelves. Ay, pero si me estoy muriendo de las ganas de reír.

—Cuidate.

—Dentro de dos días estoy aquí con el rifle.

—Trae cigarros, que ya por acá no aparecen.

El camión arranca y ya tú no tienes deseos de volver. Realmente pensaste que era otra cosa este asunto de estar alzado. Pero no es lo que tú pensaste porque lo que uno piensa no puede ser nunca lo que es porque es precisamente lo pensado. Lo que es no se piensa, ni es necesario pensarlo para darle forma, porque ya existe. Por eso lo imaginado es siempre lo que no existe, y lo que uno quisiera que fuera, quizá por eso mismo: por su imposibilidad de ser... El camión sobre el pedregal. Ustedes sobre el camión sobre el pedregal. El sol sobre ustedes, sobre el camión sobre el pedregal. El camionero va temblequeando por dentro. Si lo cogen se la pelan. Si los guardias de la represa lo llaman, se la arrancan. Y todo por tu culpa, comierda. Es que no sirves para otra cosa que para complicarle la vida a la gente. Que esto te sirva de ejemplo para que te enchoques en la casa y no saques ni un dedo afuera. ¡Oíste!

—Voy a volver, cojones.

TOMADO EL CUARTEL DE EL CRISTO

En horas de la noche del 26 de noviembre fuerzas de la columna 9 Antonio Guiterras tomaron el cuartel El Cristo, que se encontraba sitiado desde hacía varias semanas y cuyas últimas esperanzas eran los refuerzos que la tiranía trataba de hacerle llegar, los cuales fueron derrotados por cinco veces consecutivas en la carretera de San Vicente, cer-

Le pregunté la hora al soldado. Y me dijo que las dos y cuarenta y cinco exactas. Le pedí entonces un cigarro. Y me dio uno, sin hablar. Le dije: Por favor, tiene fuego. Y me prendió el cigarro sin hablar. Noté que caminaba más rápido. Le dije: Qué le parece el tiempo. Y me dijo que el observatorio nacional había anunciado un aguacero. Y ahora caminaba más rápido. Le dije: En tiempos así lo mejor es entrar en un bar y compartir una botella con alguien. Me dijo que cuando estaba de servicio nunca bebía. Y ahora casi corría. Le dije en-

ca de Santiago de Cuba. Se le hicieron al enemigo trece muertos, ochenta prisioneros y varios heridos de los cuales se entregaron dos a la Cruz Roja Cubana.¹

NO TE OLVIDES DE LAS PANTORRILLAS

Agárrate al respaldo de una silla, empínate sobre la punta de los pies bien juntos y agáchate lentamente hasta quedar en cuclillas pero sin sentarte en los talones. Mantén la espalda bien erguida. Alzate lentamente. Comienza por cinco veces. Puedes llegar a quince flexiones fácilmente. Este ejercicio de equilibrio sobre los pies afina los tobillos y contornea las pantorrillas.²

de la represa suena como a final, como algo que ni tú mismo puedes explicarte. Es un ruido tan seguido, tan alto, tan sordo e invariable que parece de otro mundo, de un planeta regido por otras leyes... El agua es casi roja porque ha llovido mucho en estos tiempos y todos los ríos de la región vienen a desembocar en

tonces: En tiempos así lo mejor es meterse en una cama con alguien. Pero no pude escuchar su respuesta. Pues ahora sí que iba corriendo... Atosigada por el humo, empiezo a toser. Jamás me había llevado un cigarro a los labios. Y lo tiro. Ahora sí que me encamino al Repello de Eufrasia.

Ya vamos a cruzar la represa. Si cruzo la represa estoy salvado. Si logro pasar por la represa sin que los guardias me llamen, estoy a salvo. Ya estás cruzando la represa. Tiemblas. Y de pronto descubres que llueve. Es casi seguro que van a detener el camión. Es casi seguro que los guardias te descubrirán y te dirán: Ah, zoquete, conque te pensabas alzar, ya nos habían informado... Y te llevarán preso. Y no tendrás escapatorias. El camión ya entra en la represa. El camión ya va por sobre el puente. En la otra punta, los guardias, metralleta en mano, te esperan. «Tengo los cojones en el cuello», dice el chófer. Y tú, y tú, y tú... El agua que cae

1. Boletín Informativo n.º 4, 2 de diciembre de 1958. Un centavo.
2. Isabel de Amado Blanco. «Más belleza para ti», *Cuadernos populares*, La Habana, 1958.

la represa. Qué de agua debajo del camion que pasa sobre ella como una hormiga por una compuerta hecha de bejucos. Qué de agua y qué de yo, y qué de guardias más allá de la represa. Ya van acercándose. Ahora te detendrán. Ahora. Pero ya tú no estás en el camión, sino que te has tirado por la ventanilla y... flotas.

Flotas más abajo de las aguas rojizas. Estás casi llegando a las turbinas. Sabes que si la succión de las turbinas te agarra, no tendrás escapatorias. Sabes que las turbinas te llaman. Óyelas... Estoy ahora flotando debajo de las aguas coloráscas y llego casi al entronque de las turbinas grandes. Me he de quedar fijo debajo de tanta agua. Abro los ojos y nada veo. Estiro las manos y no toco más que un agua pesada. El torrente aúlla. Y todo parece como si se acabara en estos mismos momentos... Lluve. El camión ya va a pasar junto a la posta. «Si nos agarran no hacemos el cuento.» Los guardias levantan un brazo y con ese gesto tu vida sigue flotando más arriba de las aguas. El chófer saca un brazo por la ventanilla y les contesta de la misma forma. Esto quiere decir que pueden pasar, que ya pasaron.

Pueden pasar. Pueden pasar. Esto quiere decir que por ahora te has escapado. Muchacho. Muchacho. De todos modos, era verdad que estaba lloviendo.

¡ÚLTIMA HORA!

Se rindió el cuartel militar de Imías. Destrozado totalmente el refuerzo. Ocupadas gran cantidad de armas y parque. Más de 40 heridos. Se llama urgentemente a la Cruz Roja para entregar los soldados heridos.¹

habían indicado las revistas de belleza, me paseé por el centro del salón, moviendo todo el cuerpo y taconeando alto; hasta le hice un

Lloviendo, y todavía nada. Entré en El Repello de Eufrosia. Supe que era El Repello por el órgano y por Eufrosia, que aunque no la conocía, era pintada a como me la habían descrito. Qué manera de haber hombres allí. Y todos con uniformes... Yo, haciéndome la experta, estola al desgairre, abanico semiabierto, la cartera ligeramente apoyada en las caderas, y el paso breve, tal como me lo hab-

1. Boletín Informativo n.º 1, 15 de noviembre de 1958.

guiño a Eufrosia para que viera que yo era de confianza. Pero la muy puta lo que hizo fue soltar la carcajada. Entonces me hice la desentendida y me reí también, pero sin alargar demasiado los labios para que no se me ajara la cara, tal como lo indican las recetas. Y ágil, levantada la redecilla de cristal, caminé erguida, hasta una esquina. El órgano comenzó a sonar de nuevo y yo empecé a abanicarme. Estaba sudando... Por fin un policía me sacó a bailar. Mientras bailaba noté que intercambiaba señales y se reía con sus amigos, que nos observaban desde un extremo del salón. Yo traté de llevármelo hacia el otro extremo, pero él siguió estancado en el mismo sitio. Bailamos casi todo lo que dura una pieza de órgano, que es algo muy serio, sin decirnos ni media palabra... A la verdad que yo no sabía qué era eso de que le diesen a una un medio por bailar una pieza, hasta que llegó Eufrosia y me dijo: «Vamos, suelta, que a ti te pertenecen solamente dos quilos». Y me tiró un vistazo de pies a cabeza que por poco me traga. De qué está hablando usted, dije. «Del medio», dijo furiosa. ¿Qué medio? «El que te dio el señor. No me vengas a decir que no has cobrado: aquí todas las putas cobran por adelantado para estar preparadas cuando yo pase. ¿No es así?» Y entonces el condenado policía dijo que sí, que ya me había pagado. Y yo, que cómo era posible. Y Eufrosia, que soltara el medio. Y los amigos del policía, rodeándonos muertos de la risa. Y yo, para terminar con aquello, abrí la cartera, le tiré un medio a Eufrosia y salí hecha una bala, en tanto que todo El Repello se retorció de la risa. Qué horror, Dios mío, mira que pensar que yo tenía interés en quedarme con tres quilos que no me pertenecían... Pero cómo ha llovido. Tengo la ropa empapada. A lo mejor cojo un resfriado y no puedo hacer el cuento. Aunque este cuento no puedo hacérselo a nadie. Qué va. Mejor es que siga.

¿RESFRIADOS?

CEDEN PRONTO A LA ACCIÓN DE BROMO-QUININA.

TÓMESE SIN DEMORA. Y

SE EVITARÁN PELIGROSAS COMPLICACIONES.

LAXATIVO

BROMO - QUININA

BUSQUE ESTA MARCA.¹

1. *El Eco de Holguín*, Holguín, miércoles 17 de octubre de 1932.

El camión me ha dejado a unas cuatro leguas del pueblo. Ahora lo mejor que hago es tirarme sobre la yerba y orinarme, mientras espero a que se haga bien de madrugada para ir a la casa y apoderarme del cuchillo. Allí estaré poco tiempo. Será cuestión de cinco minutos.

Fortunato

Me senté en un parque. Tiré el abanico que estaba ya destartalado, me quité las medias empapadas, exprimí la estola, y abrí un poco las piernas para que se me secara la falda. Esperé dos horas. Vino un viejo y me sacó conversación. Hablamos de sus hijos. De lo difícil que se están poniendo las cosas. De todo hablamos. Hasta que me dio las buenas noches. Y yo me fui para otro lugar. La falda, al menos, ya estaba seca.

Adolfina

Vengo caminando desde Aguasclaras y ya estoy casi llegando al pueblo. Pero mejor será que espere a que se haga aún más tarde. A la verdad que estoy muerto de cansancio.

Camino.

Camino.

Camino.

Camino.

Ésta es mi noche.

Camino.

Camino.

Camino.

Camino.

Entro en el ballú de «Mayra la Caballa».

Camino.

Camino.

Camino.

Camino.

Salgo del ballú de «Mayra la Caballa».

Camino.

Camino.

Camino.

Camino.

Ahora estoy en El Oasis. Éste es el último de los bungaloses. En un extremo hay una mesa con cuatro hombres solos. Parece que han tomado bastante. Cantan. Creo que uno me ha piropeado. Extiendo la estola, me quito los zapatos, y comienzo a bailar con la redecilla de cristal entre los dientes, mientras que con las dos manos

ONOMÁSTICO DEL PAPA

Se celebró con varios actos el onomástico de su soberano el Papa Pío Doce, y cuyo nombre civil es Eugenio Pachelli. Las oficinas del Vaticano permanecieron cerradas, y los diarios publican felicitaciones de Su Santidad, a quien desean larga vida al servicio de la Iglesia.¹

¡ÚLTIMA HORA!

Continúa el avance victorioso de las fuerzas rebeldes. Se entró en el pueblo de San Luis. Ocupadas cuarenta y cinco armas largas y gran cantidad de parque.²

HOY - TEATRO MARTÍ
UNA HORA CONTIGO
POR MAURICE CHEVALIER³

—Y tú, icabrona!

—Tú. ¡So pellejo podrido!

—¡Ay, podrida estás tú!, ¡jedionda!

—Ah, conque piñaceras conmigo, ¡toma!

—¡Ay, yegua, te voy a sacar los ojos!

comienzo a desabotonarme el escote, iluminada por los aparatos de carburo. Entonces un borracho me saca fiesta y me invita a un trago. El borracho parece interesarse seriamente en mí. Bebo y bailamos. ¡Al fin, Adolfina! Al fin estás danzando como tú querías. Otro borracho se me acerca y también quiere bailar conmigo. Pero el primero insiste en seguir bailando. Entonces yo tiro la estola, y bailo con los dos al mismo tiempo. Con los dos. Con los tres. Con los cuatro. Bailamos.

—Ahí adentro hay una puta que está dando un escándalo que da grima y se desnuda junto a un grupo de borrachos. La tipa parece que es de otro pueblo, porque yo no la recuerdo, y a mí sí que no hay quien se me escape. Si la vieras: está más desplumada que la cotorra de San Vicente. Yo no sé estas mujeres de la vida qué piensan de la vida, en vez de ahorrarse un dinerito y retirarse a tiempo.

—¡Como debiste haber hecho tú!

1. Periódico *Norte*, martes 3 de junio de 1958.
2. Boletín Informativo n.º 2, 21 de noviembre de 1958. Un centavo.
3. Bisemanario *La Justicia*, Holguín, 20 de diciembre de 1934.

-La que te va a descuarejingar soy yo, que ya estoy cansada de que me estés tirando pullas. ¡Coge!

-¡Ay!

Caminando despacio para hacer tiempo, llego hasta las faldas de La Loma de La Cruz. Desde acá arriba se ve todo el pueblo que reverbera, aunque no mucho. Mejor viro para atrás y no entro en la casa. Mejor... El pueblo se ha iluminado completamente. Es la luna. Una luna gigante que pasa ahora por encima de La Loma de La Cruz y de mi cabeza. Ahí está... Empiezo a bajar y camino hasta la casa, aunque con cautela no sea cosa que ya esté fichado.

Fortunato

Realmente hice todo lo posible. Eso es lo más triste del caso: que todo está hecho.

Traté de excitar a uno de los borrachos, pero, que va, no hubo manera de que ese pedazo de carne con ojo se calentara. Entonces me lo llevé para el yerbazal del parque Calixto García. Y traté de dormir con él aunque no hiciéramos nada. Traté. Y le dije duérmete, que no te va a pasar nada. Y le canté como si yo fuera una abuela de las que ya ni existen. Yo, cantándole a un borracho en el yerbazal del parque Calixto García, Virgen Santísima. Adolfina tirada sobre la yerba con un borracho apestoso.

Yo y el borracho.

1. Periódico *Norte*, Holguín, 6 de septiembre de 1958.

TEATRO ORIENTE
HOY = GRAN FUNCIÓN = HOY
ENSUEÑO
POR LANET GAYNOR Y
CHARLES FRAREL
AMOR
A MEDIA NOCHE
SÁBADO Y DOMINGO
EL ESCUADRÓN
PERDIDO¹

Yo soy Adolfina. Tóquenme ustedes. Vean que yo soy Adolfina. Mírenme ustedes.

Yo, Adolfina.

Caminando por este pueblo recondenado y mierdero va Adolfina... ¿No me ven? He salido del último ballú del mundo en brazos de unos borrachos.

Pero ni siquiera eso. El muy descarado se paró no sé ni cómo, y comenzó a gritar diciendo que yo lo había cartereado. Y qué palabras lanzaba. Así gritando y diciendo horrores de mí se fue a ver a donde estaban las putas, que ya habían cambiado de parque y dormitaban alrededor de Calixto García. Entonces todas ellas vinieron hasta donde yo estaba, tratándome a gritos de ladrona, mientras el borracho las incitaba para que me tasajeasen... No sé en ese instante, a ciencia cierta, lo que pasó. El caso es que comencé a dar unos chillidos tan altos, que hasta yo misma me sorprendí escuchándome. Y, enarbolando la cartera, arremetí a patadas, a carterazos, a piñazos y a dentelladas contra las putas, que eran docenas. No sé, a ciencia cierta, lo que pasó, pero sí sé que mis gritos fueron tan altos, y mis golpes tantos, y mi rabia y mi furia tan insuperables que todas las putas huyeron como centellas y hasta el mismo borracho se esfumó, dando alaridos... Entonces hice el último intento. Reuní bastante yerba seca y formé algo parecido a un cuerpo. Y me tiré sobre el montón de yerba y le dije no sé qué mormolleo de palabras. Se las dije. Pero era distinto. Pero no es lo mismo que sentirse al lado de una persona, aunque esa persona sea lo más cercano a las bestias. Aunque esa persona sea la bestia más horrible del mundo.

Así estoy

hasta que me digo: «Párate».

Hasta que me digo: ¿Será posible que hayas tenido que pasar por esto para que comprendieras la verdad?

Hasta que me digo: «Ya». Y abro los ojos. Y de pronto, aparecen las cosas: los pocos árboles, la calle, y tú, mujer ruina... Cómo es posible vivir sólo para mirar siempre esa calle recta de árboles escasos y también rectos. Cómo es posible seguir viviendo luego de haber descubierto que no hay más que esa calle recta de casas rectas que termina en una explanada recta. Cómo es posible tanta ternura, tanto deseo si sólo existe esa calle recta para exponerlos... Voy a levantarme, voy a quitarme la yerba mojada de la cara y de la ropa. Voy a tocarme una mano vacía con la otra mano vacía, y voy a tratar de llegar hasta la casa. Caminaré por la calle recta. Doblaré en la esquina recta. Si llego a la casa estoy salvada -¿salvada de qué?-. Si llego a la casa estoy reparada -¿reparada de qué? Si llego a la casa estoy protegida -¿protegida de qué?-. Si llego a la casa no estoy deshonrada

—¿deshonrada por quién?—. Si llego a la casa estoy cumplida —cumplida de todo... ¡No! No me voy a ir sin antes hacer el último intento. Siempre existe un último intento para después del último intento. Pero, ¿dónde está la redecilla? ¿Y la estola? ¿Y el abanico? ¿Y las medias? ¿Y la cartera? ¿Y la pluma? Dios mío. Si he perdido todo mi ajuar. Hasta un zapato me falta. Y ya está amaneciendo. ¡Ya está casi aclarando! Y otra vez el tiroteo. ¡Qué tiroteo, qué tiroteo! Oigan, oigan. Ahora sí que la cosa es en grande. ¡Qué estruendo, madre mía! ¡Qué clase de estruendo!... Al son de ese tiroteo haré el último esfuerzo. Al son de ese grandioso tiroteo empezaré a bailar aquí. A bailar, a llamar, a clamar, a cantar, a aullar. Así, así. ¡Qué tiroteo! Dios, ¡qué tiroteo! Y yo bailando. Yo descoyuntándome en el centro del parque Calixto García, al son de ese ensordecedor tiroteo. Yo, despetroncándome. Yo, desentanguilándome. Yo, desnudándome al ritmo del gran tiroteo... ¡Y ya llegan! Ya llegan los hombres espléndidos. Ya están aquí. ¡Ahora sí! Ya se acercan, ya me miran, ya me palpan, ya me tocan, ya bailan conmigo, a mi alrededor, por todos los sitios. ¡Qué hombres, qué hombres! ¡Y cómo vienen, Dios! Están desesperados, están locos por mí... Qué jóvenes, qué fuertes; qué voracidad, Dios. Qué manera de cimbrear bajo las telas. Con qué gentileza me tratan; con qué dulzura y violencia a la vez; con qué ternura y avidez. No discutan, no discutan por mí. Ay, qué uniformes, qué espaldas, qué manera de mover las piernas... Ya me toman, y me elevan, ya me llevan. ¡Virgen Santa! Y todos son príncipes.

Príncipes azules.

—¡Vamos!

TEATRO ORIENTE
HOY = GRAN FUNCIÓN =
HOY

SED DE CARINO
POR LEONARA URIC
SÁBADO 26
ABISMO DE PASIÓN
POR JEAN HARLOW¹

Tocar a la puerta. Esperar. Quién es. Soy yo, Fortunato.

—Ay, ¡Dios mío!

Tocar.

—No le abras, no le abras, que el muy condenado nos va a hundir.
¡No le abras!

Quién es. Soy yo, Fortunato. Ay,

El órgano suena como si diera gritos. El órgano suena como... Dicen que la vieron sola y después con un negro abajo del puente de San Andrés.

Dicen que la vieron.

Pero yo no sé si fuera verdad o si fue mentira. Pero yo no sé... Sé tan poco realmente, que pienso y me digo: no es verdad; pero quién sabe si a lo mejor, pensándolo bien, es verdad. Sé tan poco, realmente. ¿Qué piensan ustedes? Ay, dicen que el negro era un bandolero.

Digna

mi que es pájaro... De tal palo, tal astilla. El padre —porque yo sí sé quién era— se dedicaba a vestirse de guardia y asaltar a los folieros en mitad de los caminos reales. Antes no se veían estas cosas que se ven ahora.

¡Toca!

¡Toca!

¡Toca!

Lo que pasa es que antes las cosas eran distintas. Tú lo has dicho: ¡sí que eran distintas!... Ahí afuera hay una vieja pidiendo limosna. Dale algo. Toma: dale esta peseta, que a lo mejor un día me toca a mí hacer ese papel.

—La vieja está llorando ahí afuera.

Tu madre es una vieja que llora y hace cantar a un orinal. Tu madre. Y se ríe. Y enseña las encías. Tu madre...

El orinal no canta. El orinal llora.

No oyes cómo llora ese orinal que la vieja toca soplando una vara hueca como si fuera una flauta.

—Dale la peseta, ¡muchacho!

muchacho, qué alegría que hayas vuelto, no sabes cómo hemos sufrido por ti.

¡No le abras!

Soy yo, ábranme, que me vienen siguiendo. Ábranme, ábranme.

Dónde has estado todos estos días. Nadie sabía nada de ti. Pobre muchacho... Toca, toca, toca. He aquí la puerta.

—¡No le abras!

La casa. Ésta es la casa. ¡Vaya! si ésta es la casa. Ahí viene mariquita Pérez ya de llegada.

Ah, pero si es el hijo de Onérica la dejada.

Ah, pero si es ese guanajo que no sabe hacer nada.

Comebola y medio. Y toca, y toca, y toca. Dicen que ahora le ha dado por no cortarse el pelo. Para

Estás frente a la puerta. Estás tocando a la puerta. Ya vienen a contestarte. Te abrirán. No te abrirán. Sí te abrirán. ¿No? ¿Sí? Ya terminó la rebelión. Adentro, la vieja algún día tocará el orinal. Y tú tendrás que oírla. Y tú ya la estás oyendo. Y tú casi tocas con ella. Toca. Toca, muchacho... Ya te abren la puerta.

Seguida de un coro de príncipes vuelvo para la casa. Yo, Adolfina, la mujer más bella del mundo. Regreso ya a mi palacio rodeada de un enorme coro de príncipes. Cuéntenlos ustedes. Príncipes azules, príncipes rojos, príncipes amarillos, príncipes negros, príncipes verdes, príncipes violetas. Príncipes tan tiernos como muchachos acabados de despuntar; príncipes jóvenes y briosos como caballos sin estrenar; príncipes violentos, rotundos y rubios. Príncipes de todos los colores, radiantes y jóvenes como yo misma. Como la vida misma.

Yo y los príncipes.

Adolfina, la mujer de los príncipes. Regreso de mi gran noche. Vengo de recorrer las calles de la gran ciudad. Vengo rodeada de conversaciones, de proposiciones y de galanteos. Estéanse tranquilos, príncipes, que ya he dado señales a la servidumbre para que abran las puertas. Adelante, no tengan pena, no sean tan gentiles. Vamos, entren y cuéntenme algo que nunca haya oído. Estoy tan saturada de agasajos... Díganme algo que ni siquiera esté por oírse. Voy a dar órdenes de que nos sirvan en el gran salón. Pero, adelante, que ya están abiertas las puertas. Entremos.

Pero la mosca puede remontarse a alturas citables. Está en el cagajón de la vaca, sí; está en el bofe del perro recién atropellado, sí; pero también investiga la lengua del ahorcado; también se posa en la crin de un caballo, en la copa de un laurel, y, aunque quizá por equivocación, en la corola de las rosas. Millones de años-acoso la han hecho astuta; presiente generalmente nuestras intenciones. Antes de que hagamos el gesto preciso, alza el vuelo. Científicos especializados, entusiastas muchos, se han dedicado, con pasión de poeta, al estudio de este legendario insecto. Se clasifican ya más de mil quinientas variedades. Se sabe que es dañino, persistente e inmortal. Surgió, desde luego, con mucha anterioridad que el hombre. Documentos irrefutables testifican que la mosca estuvo presente en la crucifixión de Cristo, en el degollamiento de Clitemnestra y de María Antonieta, y que revoloteó, triunfal, sobre los huesos momificados del primer Faraón. La mosca habitó también la placenta funeraria que alojó al primer emperador Lao Tsé, el Gran Uno, el rey sagrado de la primera dinastía. Quizá de ahí proviene la hipótesis de que el color preferido de la mosca es el amarillo. Pero su gran debilidad, todos lo sabemos, la constituyen los cristales.

Tercera parte
Función

Cuando ya casi se va haciendo de noche y millones de mujeres desnudas salen como si fueran lagartijas de entre los troncos de las matas de anones. Cuando ya casi es el aguacero, y el cielo, un desgarramiento, y los demonios se esmorecen de la risa, y nos gritan: vengan, vengan. Cuando ya termina el día y empieza el día, y es todo un fuego helado. Entonces: salimos, Fortunato y yo. Con las alas soltando chispas y el pico bien abierto para podemos inflar; nos elevamos, hasta confundimos con el aureo que vigila desde arriba, nos entretenemos a veces haciendo el papel de pitirres. Y así, nos perdemos entre tanta claridad medio azulosa. Entre el blanquizal de todos los pájaros que van y vienen quién sabe para dónde y de dónde. Nos elevamos y nos elevamos, hasta que creemos estar elevados, y caemos, como siempre, en el Palacio de las Blanquísimas Mofetas, donde todos, alineados, en el gran salón y provistos de largas garrochas, nos están aguardando para comenzar, otra vez, el espectáculo. Caemos, en fin, en los brazos de las bestias, que, como nos consideran irrecuperables, ya casi nos empiezan a tomar cariño.

Esther-muerta

Adolfina abre la puerta y entra en la sala. El coro de príncipes, luego de haber cerrado la puerta, la sigue de cerca, recitando, solemnemente, los pasajes más exaltados de El cantar de los cantares. De vez en cuando levantan la falda de Adolfina, dejándole al descubierto las pantorrillas y los muslos retorcidos y achicharrados. En un rincón, Celia besa a su hija muerta y enseguida sale corriendo con ella a cuestas, como si fuera un mazo de leña seca. Digna canta con la boca cerrada mientras Jacinta raspa furiosamente una olla. Por la puerta del pasillo entra el coro de bestias con Fortunato muerto entre los brazos. Del techo comienzan a desprenderse los primeros demonios, resbalando por una soga que alguien amarró a la cumbre, Polo toma el atomizada y empieza a regar humo por toda la sala. La declamación de los príncipes desciende hasta apagarse completamente. Oyendo el mar, que suena dentro de un caracol, entran Tico y Anisia; traen caretas ilustradas con algunos de los rostros de la muerte.

TICO (*a Anisia*): Me das el caracol o no te digo lo que hay en el baño.

ANISIA: No te lo doy, pues yo sé mejor que tú lo que hay y lo que no hay ahí adentro.

TICO (*con voz apresurada, quitándose la careta*): ¿Qué hay? (*Se vuelve a poner la máscara.*)

ANISIA (*sujetándose con firmeza la careta*): Una niña tratándose de ahogar en la bañera seca.

TICO (*levantando la careta, de modo que sólo se le descubra la mitad del rostro*): Fría; estás fría.

ANISIA (con máscara): Una vieja caminando con las manos.

TICO (con más rapidez): Fría, fría, fría.

ANISIA (más rápido): Un caracol sin mar adentro.

TICO (a toda velocidad): Fría, fría.

ANISIA (sin máscara): ¡Esto! (Señala para Adolfina rodeada por los príncipes.)

CORO DE PRÍNCIPES (como reanimados, girando en torno a Adolfina): Eres preciosa, eres preciosa. (Algunos príncipes meten un brazo bajo la falda de Adolfina, pero lo retiran rápidos y desconcertados, adoloridos y temerosos.)

(Se oye el primer gran toque dado en la puerta de la calle. Nadie parece haberlo escuchado. Anisia esconde el caracol.)

DIGNA (saliendo al patio): Me sentaré aquí y esperaré a que llegue Moisés. Y cuando llegue solamente le voy a hacer una pregunta; y seguiré sentada. Y no me levantaré... (La voz de Digna es apagada por el estampido de millones de pájaros que parecen cantar, volar, chillar, provocando un barullo ensordecedor. Rompiendo ese barullo entra Celia con su hija muerta enjorquetada en sus hombros, dando la impresión de un largo personaje, irreal y deforme. Mientras Celia habla, Esther, furiosa y en silencio, le irá arrancando el cabello.)

CELIA: ¿No han visto cruzar por aquí a una gallina con las patas amarradas? La pobre, la ando buscando para desatárselas. La pobre, ya debe estar medio muerta. Pero, ¿díganme, es que nadie ha visto pasar a una gallina con las patas amarradas? Será posible. Por aquí tiene que haber pasado. Díganme por fin si la han visto o no la han visto. Pero, ¿era una gallina?... Dios mío, para mí que no era una gallina. Más bien parece que era un curiel recién reventado. ¿Díganme no han visto ustedes a un conejo recién reventado, o a una gallina con las patas amarradas? ¿Una gallina blanca, o un conejo, o una hormiga con las patas verdes? ¿Qué era...? ¿Dos garrapatas bailando la suiza? ¿Una gallina que no puede andar? ¿Y Esther? ¿Y Esther?... Avemaría Purísima, qué manera de haber churre en esta casa. (Sale. El estruendo vuelve a subir, baja, se apaga.)

ADOLFINA (caminando con las manos en las rodillas, mientras sostiene una botella llena de alcohol en la frente y una caja de fósforos entre

las tetas): Soy la viva estampa de la gran hermosura. Traigo dentro de mí todas las ternuras del mundo. Traigo la cartera más brillante que existe. Allá ustedes con sus tragedias. Yo traigo toda la sabiduría y este coro de príncipes que siempre me acompaña, que me sigue, que me acosa, que hace hastiarme de tanta dicha. Miren ustedes, escuchen ustedes; toquen, miren, palpen ustedes.

TICO Y ANISIA (marchando militarmente, las caretas bajo el brazo): Oh culo, oh culo, oh culo. (Aplausos cerrados, luego las notas del himno nacional.)

ADOLFINA (al son de las notas nacionales da un brinco, lanza al vacío la botella de alcohol y la vuelve a tomar): Porque yo invento mis refugios y me coronó reina.

CORO DE PRÍNCIPES: Eres preciosa, eres preciosa. (Adolfina se inclina y los príncipes le colocan una corona.)

TICO Y ANISIA (marchando militarmente): Oh, culo, oh, culo, oh, culo.

(Los mismos efectos.)

DIGNA (asomándose a la puerta): ¿Pero es posible que exista otro hombre que no sea Moisés?

ADOLFINA (moviendo los brazos y las nalgas, contestándole a Digna): «Morena soy, oh hijas de Jerusalem».¹ (Regresa al coro de príncipes que, desde el centro, la llama con gestos procaces.)

TICO (riéndose): Fría, fría.

ANISIA: Pero no me doy por vencida.

VOZ DE DIGNA EN EL COMEDOR: Muchachos, vengan y déjense de estar jugando con los bichos de la luz.

TICO (quitándose la careta): Tu madre te llama.

ANISIA (arreglándose la máscara): Nos llama tu madre.

DOS DEMONIOS (recogiendo las máscaras que Tico y Anisia tiran al suelo cuando salen hacia el comedor): Oh, la madre. La madre... (Cagan iluminados por potentes focos. Se limpian y salen cogidos de la mano y cantando una marcha infantil.)

VOZ DE ANISIA EN EL COMEDOR: Pórtate como si fueras un muchacho.

1. Salomón, El cantar de los cantares.

VOZ DE TICO: Muchachos somos.

VOZ DE ANISIA: Solamente yo lo sé todo.

VOZ DE TICO: Solamente yo sé que no lo sabes todo.

VOZ DE ANISIA: Y que los demás no lo sabrán todo hasta que nosotros no sepamos nada.

VOZ DE TICO: Y que no dejaremos de saberlo todo, pues nada nos interesa.

VOZ DE ANISIA: Soy un joven tan viejo que no hay viejo ya que me recuerde joven.

TICO: Ni viejo. *(Entran en la sala.)*

ANISIA: ¿A qué quieres que juguemos ahora?

TICO: Jugaremos a la villarda.

ANISIA: No, mejor a la casita.

TICO: A los pomos.

ANISIA: A los muertos.

TICO *(en voz baja)*: A la aceitera vinagrera pellizquito mágico.

ANISIA *(aún más bajo)*: A la marchicha.

LOS DOS *(con voces imperceptibles)*: Sosh, ahí está tu madre y la mía.

VOZ DE DIGNA EN EL CUARTO: ¿Pero es que no se van a estar tranquilos en toda la noche? ¡Ustedes van a acabar con mi vida! ¡Ya estoy recondenada!

TICO *(tomando la careta)*: Estoy que no los aguanto.

ANISIA *(tomando la careta)*: Condenados muchachos, ¿es que piensan matarme a sufrimientos?

DIGNA *(asomando la cabeza)*: ¡Desconsiderados! ¡Vejigos malcriados! ¡Acuéstense a dormir!

TICO: ¡A dormir!

ANISIA: A dormir. Vamos a dormir. *(Se quedan de pie, rígidos. Por un momento todo se vuelve irreal. Tico y Anisia semejan dos estatuas en un sitio extraño.)*

(Silencio. Los príncipes quedan abrazados alrededor de Adolfina, en el sofá. Los demonios desfilan despacio, sogá arriba, encaramándose en el techo. Polo reaparece por una esquina de la sala. Deja caer el atomizada. Apaga la única vela que permanecía encendida, y camina hasta el centro mientras abre y cierra la boca, como si hablara consigo mismo. En estos momentos suena el segundo toque desesperado en la puerta de la calle. Polo mirando hacia el techo sigue hablando solo.)

CORO DE BESTIAS *(en un rincón)*: Las Siete Cabrillas están en mitad del cielo; eso es barrunto de agua. Y la Cruz de Mayo está más derecha que nunca. Aunque es difícil saber cuándo va a llegar el vendaval. A lo mejor toda la siembra se pierde; igual que el año pasado, y el que viene...

UN DEMONIO *(bajando por la sogá)*: ¡Y el que vendrá después del que viene!

CORO DE BESTIAS *(girando alrededor de Polo)*: Me han propuesto comprarme la finca, y yo ya casi no me veo ni las manos cuando me las planto delante de los ojos.

UNA BESTIA: Y la yerba empieza a crecer y a crecer. *(Forma la yerba.)*

DOS BESTIAS: Y la yerba crece altísima y llega hasta la casa. *(Forman la yerba crecida.)*

TRES BESTIAS: Y yo hecho un viejo, sentado en el corredor, mirando la yerba crecer.

CORO DE BESTIAS: Crecer, crecer.

UNA BESTIA: Ay, me ahogo, la yerba me está ahogando.

CORO DE BESTIAS *(siempre girando alrededor de Polo)*: Me han propuesto comprarme la finca. Ahí están la Cruz de Mayo, y Las Siete Cabrillas y el Arado; pero, ¿quién quita que mañana no estén? Y llegue la ventolera y arrase con las matas de maíz. Y tengamos que salir a pedir limosnas. Es tan dura la vida en el campo. No hay desgracia más grande que ésta de tener que vivir pendiente de los favores de las nubes. No hay desgracia más grande que estar mirando siempre para arriba, para ver qué tiempo hará hoy y qué tiempo pueda que haga mañana, y qué tiempo se barrunta para pasado. Y uno aquí debajo, sin poder hacer nada. Y arriba el cielo lanzándonos rayos, truenos, centellas, vientos, piedras encendidas, granizos y torrentes. *(Los demonios soplando por la boca y por el culo, desatan una tormenta.)*

CORO DE BESTIAS *(desesperadas, tapándose los oídos)*: En marzo los vientos son insoportables.

DOS BESTIAS *(abrazándose, horrorizadas)*: En marzo los vientos casi nos arrancan del suelo, y nos hablan fuera de la tierra, hacia otros infiernos.

UNA BESTIA *(con las manos en alto)*: Usted aquí sólo oye ese viento terrible de marzo. Ese viento soplando sobre mis huesos.

Ese maldito viento quedándose sobre las cosas que desaparecen. Riéndose de mi desaparecimiento.

CORO DE BESTIAS: Viejo inútil, ¿qué esperas para largarte de este peñasco? Te vas a morir de hambre. Te sentarás en el corredor y la casa se te irá cayendo a pedazos. Y no podrás sujetarla.

BESTIA 1: Y no podrás siquiera recoger los pedazos que caen y echárselos encima.

BESTIA 2: Y tratarás de cubrirte con hojas, con yaguas, con cartones viejos.

BESTIA 1: Y el viento revolverá la basura, y te dejará desnudo; y no podrás siquiera tapar tu propia inmundicia, ¡viejo!

UN DEMONIO (*dándole una bofetada*): Vende la finca, vende la finca.

(*Todos los demonios soplan con más fuerza, algunos se cagan.*)

CORO DE BESTIAS (*cerrando la ventana*): Ya llega la ventolera. Y las vacas del otro lado del río. Seguro que se ahogan. Y yo aquí, viendo cómo el viento arranca las cosas de raíz. Y yo aquí, sentado, escuchando ese toque de guamo que anuncia mi muerte. Oigan ustedes ese guamo, fue el mismo que toqué yo el día que murió papá, que en paz descanse.

DOS DEMONIOS (*en alta voz*): Oigan ustedes ese guamo; fue el mismo que tocó mi padre el día de la muerte de su padre, que en paz descanse.

CORO DE BESTIAS (*en alta voz*): Oigan ustedes ese guamo; y fue el mismo que tocó el padre de mi padre el día de la muerte de su padre, que en paz descanse.

UNA BESTIA (*chillando*): El guamo, el guamo, el guamo. (*Toca el guamo.*)

(*El viejo camina de uno a otro extremo de la sala mientras los demonios lo golpean y le ponen zancadillas. El coro de bestias le sigue de cerca, sin soltar a Fortunato.*)

CORO DE BESTIAS: Como en un sueño veo mi vida, perdiéndose entre las plastas de las mierdas de vaca.

DOS DEMONIOS. Como en un sueño me veo, subiendo a la mata de anoncillos para anunciar mi muerte al toque de guamo.

JACINTA (*tirándole la olla*): Maldito viejo, habrías hecho mejor quebrando que vendiendo la propiedad. Es culpa tuya si no tenemos ni para llenar un diente picado. Y encima te vuelves cada día más avaro. Es el colmo. Uno de estos días voy a hacerme cortar la cabeza en esta oscuridad del diablo. Créeme, tienes interés en encender la luz y luego dejar de hablar solo. ¡Egoísta! Pero así revientes por avariento, esta vela se mantendrá encendida. Desgraciado, hasta con los muertos eres miserable. No rezas y tampoco quieres que yo trate de iluminarlos. Y de contra, te pasas la noche entera hablando solo, ahí, en la oscuridad. Tu ratonería te ha vuelto loco. ¡De ahora en adelante, yo seré la que lleve el timón de esta casa!

(*Al Jacinta gritar la palabra «casa», Adolfina se despierta y se incorpora lentamente en el sofá, mientras los príncipes, algo temerosos, se alejan, observándola a distancia.*)

ADOLFINA: En la casa las bestias saltan como si fueran mariposas, y mamá sirve la comida escasa sobre la mesa mosqueada. (*Los príncipes se alejan más aún.*)

CORO DE BESTIAS (*acercándose a Adolfina*): En la casa. En la casa. ¡En la casa!

DOS DEMONIOS (*saltando y acercándose*): En la casa hay una vieja amarrada al fogón que nunca se enciende.

TRES BESTIAS: En la casa, las ratas campean noche y día y ya no nos dejan pegar los ojos.

UN DEMONIO: En la casa hay un demonio que no me deja en paz.

OTRO DEMONIO: Y me pregunta quién soy, y qué espero, qué he hecho, y por qué vivo.

CORO DE BESTIAS: En la casa, en la casa, en la casa.

CELIA (*entrando*): En la casa las palomas se rebelan y nos echan fuera; nos golpean diciéndonos «lárguense». En la casa mi hija muerta. En la casa.

POLO (*entrando*): En la casa hay un viejo que no sabe nada del mundo, que lo sabe todo, que no sabe nada. Que desea la muerte, que desea la vida. Que dice no aguanto y se consuela contando las guineas, las guineas podridas.

UNA BESTIA: Y las Siete Cabrillas.

UN DEMONIO: Y los años pasados.

UNA BESTIA: Y los días que faltan.

UN DEMONIO: Y los días que sobran.

JACINTA (*entrando con la piedra de pilar especias en la cabeza*): Yo soy el ángel de esta casa y sin embargo me tratan a patadas. (*Se queda de pie, con la piedra en la cabeza, haciendo equilibrios.*)

DIGNA: En la casa hay una loca que canta con la boca cerrada, que camina por el techo en un solo pie y con los ojos también cerrados, que se sienta a medianoche en el palo podrido que está en el centro del patio. Y que algunas veces parece una mujer que la han trasladado de mundo.

TICO Y ANISIA (*entrando con las máscaras puestas y cogidos de la mano*): En la casa hay dos vejigos terribles que pretenden saberlo todo.

TODOS LOS DEMONIOS: En la casa hay un cartero que no para de tocar el pito.

CORO DE BESTIAS: En la casa se oye siempre un toque de guamo muy lejano.

DOS BESTIAS (*una a la otra*): Dicen que ese guamo lo toca un muchacho y que con él quiere anunciar que su madre ha muerto.

POLO: Oigan ustedes ese toque de guamo. Óiganlo ustedes.

TODOS: Óiganlo.

(Largo toque de guamo. Entran Esther y Fortunato muertos. Todo lo demás queda paralizado. Las bestias y los demonios forman un bosque. Tico y Anisia son el río. El resto de los familiares, echándose al piso, son piedras por las cuales cruzan ya los dos personajes.)

ESTHER (*saltando a una piedra*): Hace mucho tiempo que yo vivía con esa familia.

FORTUNATO (*ayudándola*): Todos estaban locos.

ESTHER: El hambre da por esas manías.

TICO (*sin dejar de ser río*): En la casa hay una muchacha que poco a poco ha ido llenando un gran pomo de estricnina.

ANISIA (*río*): La muchacha ya tiene el pomo rebosado.

TICO (*río*): En la casa hay un muchacho que ya ha reunido más de diecisiete pesos, y con ellos piensa largarse.

ANISIA (*río*): Y no volver nunca.

FORTUNATO: Oyes cómo nos llaman.

ESTHER: Me buscan y rebuscan, y nada: yo flotando, flotando, sin tocar el fondo y sin salir a flote.

FORTUNATO: Me buscan y me rebuscan y yo aquí sobre la casa, oyendo el chiflido del cartero, y los resoplidos de mi abuela.

TICO Y ANISIA (*sin las máscaras*): En la casa hay dos muertos que hacen que todo el mundo esté muerto.

TODOS LOS DEMONIOS: En la casa, los terribles relojes invisibles hacen tic tac, tic tac, tic tac, tic tac, tictictactictac.

DIGNA (*como piedra*): Tic tac tic tac tic tac. Tic. (*Todos comienzan a hacer tic tac, produciendo una letanía que sube hasta hacerse intolerable. De pronto, Adolfinia salta hasta el centro de la sala y da un grito. Los príncipes se alejan. Se oye un golpe en la puerta.*)

ADOLFINA (*poniéndose de pie*): ¡Ahí está Fortunato, tocando, en la puerta!

(Silencio absoluto. Todo queda paralizado. Se forma de nuevo el bosque. Mientras se vuelve a oír, pero muy lejano y lento, el rumor de los tic tac, Esther y Fortunato muertos caminan hasta el centro; comienzan a cruzar el río.)

ESTHER (*del brazo de Fortunato*): Todo el tiempo, todo el tiempo.

Tenemos todo el tiempo. Toco y no toco. Camino, cuando quiero, por el agua y a veces me consuela pensar que pudiera ahogarme... Pero debo recordar que tenemos todo el tiempo. Tú y yo, mi querido primo, con todo el tiempo del mundo para atravesar los recuerdos que nos hemos inventado. Todo el tiempo.

FORTUNATO: Y, sin embargo, nada podemos hacer con él. Imagínate lo que es decir «soy eterno». Imagínate que es esto de salir de aquí para ningún lugar, sin haber dejado ningún sitio, sin aspirar a llegar a parte alguna.

ESTHER: Imagínate que es esto de estar siempre aquí, oyéndonos, mirándonos.

FORTUNATO (*dando algunos pasos en el agua, como si galantease a Esther*): Me levanto temprano y me voy a clavar cajitas en la fábrica.

ESTHER (*a Fortunato, como si aceptara la galantería*): Yo sé bien que

a Baudilio le da lo mismo que yo me muera o que yo siga viviendo.

FORTUNATO (*aún más galante*): Temprano me levanto y es como si ya hubiera vivido todo lo que va a suceder en el día. Y así es. Sé que me voy a clavar un clavo en el dedo gordo y que me voy a dar varios martillazos, y que me voy a ahogar del calor, y que voy a sudar como un caballo. Y sé que Tomasico me va a regañar porque dejo las cajas mal hechas y el dulce se desparrama. Y sé que voy a bajar la cabeza y no voy a responder. Y sé que los demás muchachos se van a reír de mí... (*Se besan.*) A eso de las doce, abuela me llevará un poco de leche y un plato de potaje. Y sé que cuando me lleve el vaso de leche a los labios voy a decirme: «Así que esto es la vida». Y sé que una rabia grande me va a subir por dentro. Y sé que voy a morder el vaso y que voy a querer tragarme a mi abuela, aunque no me haya hecho nada malo. (*Abraza a Esther más apasionadamente.*) Y sé que me voy a comer el potaje y luego me voy a tirar sobre un saco de cabezales para descansar un rato. Y

entonces

me llegará el olor maldito de las guayabas podridas.

Y me lavaré la cara.

Y oíré el radio de Iluminada, al lado, pues siempre está a toda voz. Y luego,

volveré a coger el martillo. (*Cogidos de la mano caminan ahora sobre las piedras.*)

Llenaré las latas de puntillas. Y seguiré clavando mientras la caldera hace fuzzi y la voz de mi abuela se queda traqueteándome en los oídos.

TODO EL BOSQUE (*en un murmullo*): Trabaja, muchacho, trabaja. Trabaja para que te hagas un hombre.

ESTHER (*deteniéndose y deteniendo a Fortunato*): ¿Qué tú crees de Baudilio?

FORTUNATO (*volviéndose y tomándola en sus brazos*): Realmente, no sé si al mundo entero le pasará esto. No sé si el mundo entero mirará las cosas como yo las miro. A lo mejor solamente yo siento lo que siento. A lo mejor los demás están conformes. ¿O no se quejan...? Yo no sé. Yo soy una bestia que

hace cajas para que echen en ellas el dulce. Clavo de cuatro de la mañana a cuatro de la tarde. Mil cajas son dos pesos. La bestia clava y clava. (*Continúan caminando por sobre las piedras del río.*) Y el radio de Iluminada ya dio las tres. Y el humo de la caldera se hace dulce, y ya no siento deseos de morirme. Dentro de una hora saldré del trabajo y llegaré a la casa. Para llegar

a la casa

lo único que tengo que hacer es dar dos o tres pasos. Dentro de una hora reportaré mil cajas y me iré para la casa.

ESTHER: Pero no creas que me importa tanto Baudilio. Lo terrible es que todos son como él. Y que al padecerlo a él ya los estoy padeciendo a todos. Lo terrible es que aunque Baudilio fuera otro, seguiría siendo Baudilio. Lo terrible es que aun cuando no fuera así, todo seguiría siendo así... ¿No sientes como si estuvieras siempre llegando a un sitio aborrecible donde nadie nos espera, o si alguien nos espera es para ver qué puede quitarnos, qué defecto puede descubrirnos y anunciarlo? ¿No sientes el polvo, la humedad, el calor, y ese cielo horrible y resplandeciente, perdiéndose, fundiéndose con la tierra, al final, donde, quieras o no, estamos siempre llegando? ¿Será eso lo más terrible? ¿O hay algo más? ¿Habré dicho realmente lo que tenía que decir...? ¿O hay algo más que no puedo decir, que padezco y desconozco, y en eso consiste mi fracaso?

FORTUNATO: En mi casa, que no es mi casa, pero que de todos modos es «mi casa», manda Jacinta, manda el viejo, manda Adolfina, manda Digna. Y todos a su vez son mandados. Y los que no pueden mandar son mandados por todos.

ESTHER: Los cerros son grises, las piedras son grises; el cielo, de un gris níquelado, se aprieta ya con la tierra. ¿Quién puede esperarnos en esta sabana gris? ¿Qué, sino la certeza de un aguacero gris podemos presentir aquí?

(*Lentamente, Esther pasa a formar parte del coro de bestias que aún configuran el paisaje. Entonces se oye el tercer golpe desesperado dando en la puerta de la calle, esta última llamada es aún más violenta. Fortunato muerto desaparece junto con el paisaje. Todo vuelve a tomar su forma acostumbrada.*)

JACINTA (*tirándose de rodillas en el centro de la sala*): ¡Dios mío, ha regresado! ¡Qué golpe me deparas, Dios!

POLO (*desesperado*): ¡No le abran! ¡No le abran! Que si lo ven entrando en esta casa nos matan a todos, y le pegan candela a la venduta, como me lo tienen prometido. Cuidadito con abrir esa puerta. ¡Cuidado!

CORO DE DEMONIOS (*saltando por toda la sala*): Abran. No abran. Ay, no abran. Ay, abran. Abran esa puerta corriendo. No, no, no abran. Abran. No.

JACINTA (*aún de rodillas*): Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendito es el fruto de tu vientre. Santa María, madre de Dios... ¡Ay, no abran!

TICO Y ANISIA (*tomando las caretas y encaramándose en la soga*): Lo persiguen de cerca. ¿Abrir? (*Se quitan las caretas.*) ¿O no abrir? (*Se ponen las caretas.*) Aquí tienen ustedes a la gran familia. (*Lanzan con furia las caretas.*) De todos modos, yo iré practicando mi modesto y eterno oficio: verdugo en una época terrible. Naturalmente, queremos decir, en cualquiera. (*Solemnes descendiendo por la soga y quedan fijos, examinando su extremo.*)

CORO DE BESTIAS: Ya estoy en la casa. Tocó. Nadie sale. Duermen. Pero yo debo seguir tocando. Ya me han visto los vecinos. Ya está enterada la policía. Si no me abren la puerta no tendré escapatorias. Ya vienen a buscarme. ¡Abran! ¡Abran!

POLO (*arrancándole una pata a la mesa y parapetándose en la puerta, amaga, como queriendo decir: «Al que se acerque lo escalabro de un estacazo»*): Los guineos a tres por peseta, los tomates a como mejor los paguen, los plátanos a diez por quintal. Pero, estoy loco, los plátanos no se venden por quintales. Las albóndigas... Pero, ¿he dicho albóndigas? Qué barbaridad... ¡No voy a permitir que le abran a ese comemierda! Total, para lo que hacemos con él en la casa.

CORO DE DEMONIOS. Es un comemierda, es un buen muchacho, es una basura, es una gran persona, es un inútil, es un genio, no sirve. Ah, es de los buenos. Déjenlo fuera. Sávenlo. Que se muera... Pero ¿qué digo?

(*Polo empieza a acumular muebles contra la puerta de la calle.*)

—¡Adolfina!, ¡hace más de siete horas que estás encerrada en el baño! ¡Ahora sí que no puedo más!

Jacinta

DIGNA (*hablando con Adolfina*): Moisés no llega y yo lo sigo esperando. Moisés llega. Moisés no llega. ¿Llegará Moisés? Ay, mejor sería que abrieran la puerta, a lo mejor es Moisés...

(*Adolfina intenta decir algo, pero el coro de príncipes reaparece, adelantándosele.*)

CORO DE PRÍNCIPES: «Cuán hermosa eres, oh mi amada, compañera mía; cuán hermosa eres con tus ojos de paloma».¹

ADOLFINA (*titubeante*): «También eres tú hermoso, amado mío, tan suave como nuestro lecho florido. Las vigas de nuestra casa son de cedros del Líbano, y las puertas y ventanas son de hayas olorosas; de cipreses los...»² ¡Abran! ¡Abran! Abran malditos, esa puerta. (*Adolfina corre hasta la puerta pero Polo le impide abrirla. Afuera se oyen muchachos, perros ladrando; la algarabía de los niños.*)

CORO DE PRÍNCIPES (*acercándose más a Adolfina, tratando de contenerla*): «Toda tú eres hermosa, oh amor mío. Tus ojos son de paloma. Tus cabellos como majadas de cabritos que triscan en los montes de Galaad; tus dientes como rebaños de ovejas esquiladas que suben del abrevadero, que todas ellas paren mellizos, y estéril no hay una sola».³

ADOLFINA: ¡Abre esa puerta, viejo desgraciado!

CORO DE PRÍNCIPES (*aún más veloces y ceremoniosos*): «Tus labios, hilos de grana, y suave tu voz; tu habla, hermosa; tus dientes son pedacitos de granadas entre los rulos; tu cuello como la torre de David, edificada para encantamientos, y de donde cuelgan mil escudos áureos, escudos de valientes».⁴

CORO DE BESTIAS (*acercándose al coro de príncipes*): ¡Abran esa puerta!

CORO DE PRÍNCIPES (*aún más rápidos*): «Tus senos, como dos cabritos mellizos que apacentan entre los lirios».⁵

(*Adolfina atiende por un momento al coro de príncipes, pero enseguida vuelve a la realidad.*)

1. Salomón, El cantar de los cantares.
2. Salomón, El cantar de los cantares.
3. Salomón, El cantar de los cantares.
4. Salomón, El cantar de los cantares.
5. Salomón, El cantar de los cantares.

ADOLFINA: Abran la puerta, abran la puerta.
JACINTA: Padre nuestro qué estás en los cielos.

(El coro de príncipes y el coro de bestias empiezan a luchar unos con otros. Tico y Anisia colgados al extremo de la soga se mecen por toda la sala, planeando rompen con los pies los escasos búcaros, los retratos que están en las paredes, derrumban los asientos. Los demonios juegan a la marchicha a una señal hecha por Celia.)

ANISIA *(engrasando la soga y meciéndose en ella)*: Una mujer bailando en un solo dedo y arrancándose el pelo con los dientes.
TICO *(engrasando la soga y meciéndose en ella)*: Fría, fría como siempre.

(Al fin el coro de bestias vence a los príncipes y subiéndose por los escombros logran quitarle el pestillo a la puerta. Todos corren hacia ella, mientras que por el pasillo entran Esther y Fortunato muertos, cogidos de la mano. El resto de los personajes adquieren un aspecto irreal, inmóviles y de espaldas, semejan torres, barbacanas, poternas, atalayas, etc.: un castillo.)

ESTHER *(de pie en la puerta del pasillo)*: Entremos en este palacio.
FORTUNATO: Vamos a entrar. Vamos a ver si todavía vive gente en él.

ESTHER *(avanzando del brazo de Fortunato)*: En otros tiempos dicen que éste era el lugar ideal para los sueños.

FORTUNATO *(mirando las torres)*: Así sucede con todos los sitios donde la vida es imposible.

ESTHER: En otros tiempos dicen que aquí vivió una reina muy buena que mató a sus hijos para no verlos sufrir.

CORO DE BESTIAS *(completamente inmóvil y de espaldas)*: Las telarañas se interponen y todo huele a una soledad antigua. *(Forman las telarañas.)*

FORTUNATO: Y, a pesar de todo, aún me parece como si tocara algunas de las cosas que no están destinadas a perecer.

ESTHER: ¿Quieres decir, algo horrible?

FORTUNATO: Quiero decir algo vivo.

ESTHER *(afirmando)*: Quieres decir algo horrible.

ESTHER Y FORTUNATO *(avanzando)*: El tiempo se ha detenido y nosotros profanamos su muerte transitoria.

ESTHER: «Ha de ser el fin del mundo si avanzamos».¹

FORTUNATO: Es el fin del mundo si nos quedamos inmóviles.

ESTHER: Sé que aquí estuve una vez hace mil años.

CORO DE BESTIAS *(aún haciendo de telarañas)*: Mil años, mil años.

(Silencio prolongado. Luces muy tenues.)

(Entra Onérica por el pasillo, cerrada de negro y tocando un tambor. La cara muy blanca. Lleva la cabeza también cerrada de negro. Por un momento Onérica baila en mitad de la sala, al son del tambor. Pero enseguida continúa, tocando y caminando, con pasos marciales. Dando un espectáculo inimaginado.)

ESTHER *(a Fortunato)*: Ahí viene tu madre. Chist, no hagas bulla, no la espantes.

ESTHER: Dile algo, alcánzala y dile algo.

FORTUNATO *(llegando hasta Onérica)*: Mamá, mamá, ¿qué haces aquí? ¿Por qué no estás allá, cuidando muchachos cagados y gritones?

(Onérica continúa su camino. Se aleja sin dejar de tocar el tambor.)

ESTHER: ¿Será que está muerta?

FORTUNATO: Entonces, ¿por qué no me contestó?

ESTHER: Se cansaría de ti.

FORTUNATO: A lo mejor. Pero a mí me parece que me miró. Y que quiso darme a entender que me reconoció. Y creo que hasta tenía deseos de llorar y todo. Y creo que alguien la obligaba a seguir y a no dejar de tocar el tambor.

TICO *(inmóvil, irreal, haciendo de poterna)*: ¿Sería Dios?

ANISIA *(inmóvil, irreal, haciendo de veleta)*: ¿Sería el Diablo?

ESTHER: Pero por qué no te habló.

FORTUNATO: La pobre. Nunca habló. Nunca dijo nada. Nunca supo protestar. Ahora, cómo vamos a saber cuál es su deseo.

UN DEMONIO *(saliendo de entre las torres y golpeando en la cabeza de Fortunato)*: Sal a buscarla. Sal y háblale. Sal que seguramente la encontrarás llorando detrás de la casa.

TRES DEMONIOS *(apareciendo entre las torres)*: Sal, sal, sal.

1. Rimbaud, *Iluminaciones*.

FORTUNATO. No voy a ir, no voy a ir, no voy a ir (*sale corriendo a buscarla*).

ESTHER (*caminando hasta el coro de bestias que de espalda a ella vuelve a formar las torres*): Tóquenme las manos para que vean que están más frías que una rana. Tóquenme las manos. Miren qué frías las traigo. (*El coro de bestias siempre irreal, cruza las manos. Silencio. Esther va desapareciendo. Luego se oye un gran estruendo de golpes, patadas, maderas y latas que se vienen abajo. La puerta de la calle se abre completamente y por ella irrumpe Fortunato arrastrando todos los trastos que el viejo había acumulado. Todo vuelve de nuevo a la realidad.*)

CORO DE BESTIAS (*mientras Fortunato entra en la sala, y Polo se marcha por el pasillo, gritando y dando saltos*): Vengo a buscar el cuchillo gordo. No se asusten, gallinas. Vengo solamente a eso y enseguida me vuelvo a largar. Lo menos que quiero es seguir viviendo con ustedes.

JACINTA (*de rodillas*): Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo en Jesucristo, su único hijo que fue...

UN DEMONIO (*halando a Jacinta por el pelo*): Vieja, vieja. Llegó la hora de que te quitaras la careta. Asómate a la puerta para que veas a tu hija besándose con un negro.

VOZ DE JACINTA (*fuera de la sala*): Maten a esa maldita. Ya no es mi hija. Ya no la quiero como hija. Mátenla ahora mismo.

TODOS LOS DEMONIOS: Vieja, vieja, vieja.

ADOLFINA (*corriendo hasta Fortunato y abrazándolo, como si quisiera decirle «al fin llegaste, qué bueno que estás aquí»*): ¡Me andan buscando para cortarme la cabeza porque me han visto con el negro Cuquejo! ¡Con Cuquejo! Yo estaba desesperada. Yo soy una mujer desesperada. Después de mi muerte yo no sabía qué hacer y quise seguir viviendo por un tiempo, hasta que me cansé. Pero antes estuve con un hombre. Dormí con él. Y quedé preñada del negro. Pero, gracias al tiempo y a mí, me morí antes de que el muchacho naciera. Pero estuve en los brazos de un hombre, y supe lo que era eso. Y te confieso, francamente, que quedé desfraudada. Desfraudada estoy ya para siempre. Yo pensé que era otra cosa. Yo pensé...

CORO DE PRÍNCIPES (*solemnes, como si entonararan un himno*): «Hasta que despunte el día y huyan las sombras iréme al monte de

la mirra y al collado del incienso. Tú, toda eres hermosa, oh, amor mío; tu cuerpo es sin mancha. Y vendrás conmigo, oh esposa mía; vendrás del Líbano, y juntos contemplaremos el arenal, desde la cumbre del Ananá».¹

UN DEMONIO: Fríanle un huevo al pobre Fortunato que debe venir muerto de hambre.

POLO (*entrando temeroso y enfurecido*): Cuidadito con eso. Aquí está el cuchillo gordo. Ya lo tienes. Ahora mismo te puedes largar. Vete, que me perjudicas. Ay, vete, que si te coge la policía aquí le pegará candela a la casa (*llora*): Ay, que me van a matar a palos. Después de viejo. Después de haber pasado tanto trabajo para nada. (*Polo sigue llorando. Fortunato toma el cuchillo y trata de marcharse.*)

ADOLFINA (*sujetándolo*): Estoy en la esquina y me digo: «Si llegara alguien, si alguien me sacara conversación. Si alguien llegara y me dijese mal rayo te parta. Si me dijese eso aunque fuese, yo me salvaría».

FORTUNATO (*a Polo*): Con este cuchillo mataré a un guardia y le quitaré el rifle para poderme alzar.

DIGNA (*bailando con los brazos extendidos y una pierna en alto*): Voy a matar a un guardia para quitarle el arma, y después no me van a ver más nunca.

TICO Y ANISIA (*meciéndose en la soga y rodeando a Fortunato*): Querido hijo, querido hijo, qué herido hijo.

ADOLFINA (*mientras los príncipes la rocan de alcohol*): Saldré a la calle y empezaré a dar gritos, a dar gritos, a dar gritos (*sale seguida de los príncipes. En la calle se oyen los gritos de Adolfina, que otra vez comienza a arder. Fortunato intenta de nuevo salir.*)

CELIA (*interponiéndosele*): Oigan ustedes ese degalillamiento. Oigan ustedes ese cantar interminable. Yo soy aquí la única cuerda, porque yo soy aquí la única que atiende esas llamadas, que ni siquiera vienen dirigidas a mí. ¿Las oyen ustedes? (*Fortunato logra evadir a Celia.*)

DIGNA (*interponiéndosele*): Hijo, hijo. Beeeh. (*En cuatro patas, camina delante de Fortunato.*)

POLO (*enforquetándose en las espaldas de Fortunato*): Hijo, hijo, hijo.

1. Salomón, El cantar de los cantares.

(Fortunato logra llegar a la puerta, pero en ese momento entra Adolfina, trae manto y corona, aunque ahora está un poco más ennegrecida que antes, los príncipes apagan sus partes humeantes.)

CORO DE PRÍNCIPES (palmeteando el humo): «Me has quitado el corazón, hermana, esposa mía. Quitado me has el corazón con tus ojos y con el collar de tu cuello».¹

ADOLFINA (conduciendo a Fortunato a la sala): «Yo dormía y mi corazón velaba. Y oía a la voz de mi amado en la puerta, diciendo: ábreme, amada mía, paloma mía, mi perfecta mía, porque mi cabeza está llena de rocío y de mis cabellos caen las gotas de la noche».²

(Fortunato la contempla embelesado. Adolfina le arrebató el cuchillo y echa a correr hasta un rincón. El coro de príncipes la protege.)

CORO DE BESTIAS: ¡El cuchillo! Dame el cuchillo.

UN DEMONIO (haciendo muecas y burlándose): ¡Oh el cuchillo. El cuchillo de Mariquita Pérez!

POLO (a Jacinta): Dale el cuchillo a ese comemierda para que se acabe de largar.

JACINTA (a Polo): Dale el cuchillo, so viejo guanajo. Acaba de dárselo.

ESTHER MUERTA (apenas destacándose): Un empujoncito y ya llegas. Un movimiento de mis manos inexistentes y ya estás conmigo.

(Tico y Anisia juegan con el extremo de la sogá.)

TICO: En cuanto abuela se vaya de la cocina entraré yo y le robaré un poco de azúcar para hacer el pinol con el maíz que ya le robé al abuelo cuando se quedó dormido, recostado al mostrador de la venduta. (Hace un lazo con el extremo de la sogá.)

ANISIA (apretando el nudo del lazo): Antocha va la niña. Hurí, hurí, hurá.

1. Salomón, El cantar de los cantares.

2. Salomón, El cantar de los cantares.

TICO (probando el lazo en su cuello): Hoy jugaremos a los pomos.

ANISIA: Y daremos una fiesta.

TICO (sacando la cabeza del lazo): Y se enamorará la gente.

ANISIA: Y habrá bodas.

TICO (probándole el lazo a Anisia): Y haremos parir a las botellas solteras.

ANISIA (inspeccionando el nudo): Y a los hombres barrigones.

TICO (quitándole el lazo del cuello): Y luego la gente se morirá.

ANISIA (seria, con el lazo en las manos): Así tiene que ser.

TICO: Podríamos inventar otro juego.

ANISIA: No, si no es así no juego.

TICO: ¿No te sientes cansada? Hace tanto tiempo que estamos en lo mismo.

ANISIA: ¿Y qué otra cosa podríamos hacer?

TICO: Algún día habrá que terminar.

ANISIA: Sí, para empezar de nuevo.

(Fortunato intenta apoderarse del cuchillo, Jacinta se le acerca.)

JACINTA (tratando de convencer a Fortunato para que se quede en la casa): Ay, mis riñones. Ya no aguanto más ese dolor. Ay. (Se lleva las manos a la cintura y empieza a aullar.)

ADOLFINA (a Digna): Ya está bueno de malacrianzas, muchacho, ve para tu cuarto y acuéstate a dormir. No creas que te voy a dar el cuchillo. No sabes el susto que me has hecho pasar.

(Fortunato camina hasta el cuarto. De pronto, Adolfina, corre tras él y lo detiene, entregándole el cuchillo. Los príncipes se arrastran quejumbrosos.)

ADOLFINA: Vete. Vete ahora mismo y no vuelvas más nunca. No vuelvas más a esta casa maldita.

(Por un instante, Fortunato queda desconcertado, pero inmediatamente se apodera del cuchillo y echa a correr hacia el coro de bestias. Adolfina, arrepentida, por lo que acaba de hacer, corre tras Fortunato para arrebatárle el cuchillo. Pero el coro de bestias se lo impide. Por lo demás, el coro de príncipes la vuelve a rodear.)

CORO DE PRÍNCIPES (*en torno a Adolfina*): «¿Quién es esa que se muestra como el alba, como la luna; hermosa, fulgente, como el sol, temible como banderas de los ejércitos?»¹

JACINTA (*golpeando con el puño en la mesa de centro*): Adolfina, Adolfina. Es que no piensas salir en todo el día del baño. Ya esto es demasiado, lo que estás es riéndote de nosotros. Pero no creas que voy a aguantar más. Ahora mismo voy a coger el hacha y voy a tumbar la puerta. Ya esto es más de la cuenta. Yo con las tripas que me quieren estallar, y ella ahí, echándose agua en el bollo, y cantando como si fuera una reina. Qué va. Ya si que no aguanto más. Esta faina me va a volver loca. Pero no se va a salir con la suya, porque ahora mismo tumbaré la puerta del baño. (Golpea más fuerte.)

ADOLFINA (*corriendo y asomándose a la ventana*): «La voz de mi amado. He aquí que lo siento venir saltando por los montes y brincando por los collados».²

CORO DE PRÍNCIPES: «Levántate amor mío, hermosa mía. Y ven».³

(*Adolfina va desapareciendo entre el coro de príncipes. En tanto, el coro de bestias, en la sala, forma la esquina de una calle, con su poste para el tendido eléctrico.*)

CORO DE BESTIAS (*formando ya la calle*): Ya estás en la calle. Ya tienes el cuchillo debajo del cinto. Ahí viene un guardia. (*Una de las bestias se transforma en guardia.*) Ahí en la esquina se ha parado un guardia. Es la posta de la esquina. Ya llegó tu guardia. Ya palpas el cuchillo debajo del cinto. El cuchillo está frío. El filo del cuchillo es frío. Tú debes coger ese cuchillo por el cabo y clavárselo por la espalda a ese guardia. A ese guardia. A ese guardia. Ésa es tu salvación. Allá, en el otro pueblo te están esperando. El guardia tiene un rifle. El guardia. El rifle. Tú. La gente que te espera. El guardia: el rifle. Tú: la gente que te espera. Tú y la vida que se te ha hecho insoportable.

1. Salomón, El cantar de los cantares.

2. Salomón, El cantar de los cantares.

3. Salomón, El cantar de los cantares.

Tú, el guardia y el rifle. Es fácil. Es fácil. Se saca el cuchillo. Sacas el cuchillo. Se palpa la hoja. Palpas la hoja. Qué filo. Ay, pero qué filo. Ay, pero qué filo tan filo, qué filoso... Así. Ya tienes el cuchillo en una mano. Guárdalo tras la espalda, por si acaso el muy terraco mira para ti. La esquina está más oscura que la boca de un lobo. No hay nadie que te pueda ver.

En estos momentos el mundo es un guardia con un rifle, silbando en una esquina. Todo el mundo se ha trasladado para esa esquina y esa esquina es el mundo... Y más... Y tú estás parado en esa esquina y tratas de tocar el mundo. Tú imaginas la forma de ese mundo. Tú sabes que hay un mundo. El mundo... El guardia se rasca los cojones. El guardia te ha visto y por eso se rasca los cojones... El guardia te ha visto, y se rasca, pero no ha visto el cuchillo. Tú eres un muchacho medio bobo que camina por una calle de barrio. Nadie puede pensar que seas un rebelde... En la casa, los demonios saltan sobre los asientos hasta defondarlos. En la casa las bestias se abrazan diciéndote «hijo», «hijo». Y una cucaracha enorme sube a la cama y empieza a besarte en la boca. Todas las noches, todas las noches. Todas las noches lo mismo. Ese beso, ese beso que ahora sientes. (*Fortunato obedeciendo al coro de bestias, se coloca ya detrás del guardia.*)

ADOLFINA (*saliendo de entre los príncipes*): Ay, atajen a ese muchacho. Atajen a ese muchacho.

POLO (*corriendo hasta Adolfina y cogiéndola por el cuello*): Cállate la boca, maldita. ¿O es que quieres que nos maten también a nosotros?

TICO Y ANISIA (*acariciando la soga*): La muerte se aparece por un rincón de la calle.

ANISIA: La muerte, como todas las cosas auténticas de este mundo, es puta.

TICO: La muerte, como todas las cosas serias de este mundo, lo tira todo a relajo.

LOS DOS (*inspeccionando el lazo engrasado*): Ay, puta, ay, puta, ay, reputísima.

TICO. Levantas la mano. Y el cuchillo brilla. Y del poste sale un farol. El poste es una mata maldita que solamente tiene un solo gajo, y en ese gajo esa sola flor.

(La bestia que forma el poste extiende una mano y hace el farol.)

ANISIA: El farol es una flor que huele a muerto. El farol proyecta tu sombra delante del guardia.

UN DEMONIO: El guardia silba. ¿Ve la sombra? El guardia deja de silbar y se rasca, se rasca, se rasca los cojones. ¿Ve la sombra?

TICO: El árbol no tiene hojas. Sólo un gajito patiseco del cual sale un farol. El árbol es cruel, como la vida misma; por algo es parte de la vida. Y la vida misma es ahora un árbol sucio con una flor que echa chispas. *(Arrastra un taburete hasta donde está Fortunato.)*

ANISIA *(haciendo subir a Fortunato al taburete)*: Cuando volvamos a ser niños tiraremos con más tino. Cuando volvamos a ser niños romperemos a pedradas ese bombillo. Y entonces, tú no tendrás que morir así, sin tan gracia.

TICO *(mientras se sube a la espalda de Fortunato que sigue apuntando al guardia y le coloca la sogá en el cuello)*: No le perdonaremos a la vida la brevedad de la inocencia. Eso tampoco se lo perdonaremos.

ANISIA *(subiéndose a la espalda de Fortunato e inspeccionando el nudo)*: No le perdonaremos a la vida el no saber qué es la infancia hasta que no la hayamos perdido. Eso tampoco se lo perdonaremos.

ESTHER MUERTA *(saliendo de la sala y parándose en la puerta de la calle, de manera que solamente se recorta su silueta)*: Todo es tan vulgar que no me dan casi deseos de llorar. Todo es tan poco revelador que, cuando venimos a ver, lo mejor de lo mejor ha transcurrido, y nos quedamos así, esperando. *(Entrando en la sala.)* Realmente no sé ni qué decir. Estiras las manos y se vira el ángel, se vira el demonio, se vira Dios, en fin, se vira el guardia, y te quedas con las manos alzadas, y una sogá en el cuello.

(Lentamente el guardia se vuelve hacia Fortunato, transformándose otra vez en un demonio que, dando pequeños saltos se confunde ya con el resto. La esquina desaparece y queda solamente Fortunato sobre un taburete con las manos levantadas y una sogá en el cuello.)

TODOS *(enérgicos, mientras Esther se retira lentamente)*: Pero ahora hay que dar el ejemplo. Un muchacho ha tratado de brincar la tapia llena de vidrios del patio de su casa... Cuélguenlo del árbol más grande, para que nadie lo imite. De la mata más alta, de la que tenga más gajos y más hojas. Que todos los que diariamente pasan por allí, huyendo, sudando, reventándose, al detenerse bajo la sombra, al tratar de respirar levanten la cabeza, y miren: Porque ahora hay que dar el ejemplo.

(Tico y Anisia empujan de una patada el taburete que rueda hasta una esquina de la sala. Fortunato queda colgado, con la lengua afuera y gesticulando. El coro de bestias se marcha llorando por el pasillo. La luz se hace más intensa. Adolfiná, que por un instante parece reaccionar, intenta correr hasta Fortunato para salvarlo, pero el coro de príncipes la interfiere.)

CORO DE PRÍNCIPES *(rodeando a Adolfiná que ya casi está bajo Fortunato)*: «Las flores han aparecido sobre la tierra; el tiempo de la canción es venidero, y el arrullo de la tórtola empieza a escucharse en la comarca. La higuera ya muestra sus higos. Y las viñas en ciernes despiden olor. Levántate, amor mío, hermosa mía, y ven».¹ *(Conducen a Adolfiná hasta el taburete de la esquina y la sientan, zalameros y agasajándola.)*

(Polo, mirando hacia el cielo, camina hasta colocarse casi bajo Fortunato. En ese momento aparece Jacinta, quien da un aullido. Polo se detiene. Fortunato gesticula sobre su cabeza.)

JACINTA: Ahí está tu hija, con los dos muchachos en brazos y el jolongo de ropa. Moisés la ha dejado. Sal y tírale una piedra a ese desgraciado. A ese maldito debes matarlo. Ay, sal y al menos mávalo. Sal y haz algo porque yo me estoy recomiendo los hígados. Si tú no lo haces yo voy a salir y le voy a romper un tallo de plátano en la cabeza. ¿Permitirás que tu mujer salga y tú te quedes enochlado? *(se acerca más a Polo)*: Sal viejo maldito, sal viejo maldito, sal viejo maldito. *(Lo abraza. Salen abrazados.)*

1. Salomón, El cantar de los cantares.

DIGNA (*levantando todos los asientos, buscando*): A alguien tengo que decirle que todavía estoy viva, que aguardo no aguardando. ¡Que vivo! (*Grita.*) Aquí estoy para divertirlos. Aquí estoy para confundir a los que esperaban algo de mí. Con dos muchachos, una desgracia quedándose atrás y otra acomodándoseme delante. (*Parece descubrir a Fortunato ahorcado, ya apenas oscilando, se acerca a él, lo toca.*) Aquí estoy hasta que las cucarachas decidan otra cosa, o yo decida otra cosa... Si no fuera porque no puedo ver más allá de mis desgracias diría que estoy frente a un ahorcado; y que lo toco. Y que ese ahorcado es mi sobrino Fortunato. Pero mi jodienda es demasiado grande para poder compartirla con las que quieren entrar. (*Se aparta del muerto.*) Además, es tardísimo. (*A Tico y Anisia.*) Vamos, muchachos, vamos a acostarnos.

(*Tico y Anisia dejan de jugar con el ahorcado, recogen las caretas del suelo y se las entregan a los demonios. Tico toma el caracol y los dos se marchan junto con Digna, oyendo el mar.*)

ANISIA (*apartando rápida el oído del caracol*): Una lengua creciendo, una lengua creciendo en el fondo de un pozo sin fondo.

TICO (*apartando el oído del caracol y mirando fijamente a Anisia*): Progresas, progresas. Pero aún estás fría. (*Vuelve a atender al mar.*)

DIGNA (*ya en el pasillo*): Vamos, vamos... Qué barbaridad, esta casa está más oscura que una cueva. Todo el pueblo está igual. Ya esto es lo último. Y de contra el calor. Nos asfixiamos. Y pensar que estamos en diciembre... Adónde vamos a parar si seguimos como seguiremos.

(*Entra Celia, con Esther en los hombros, quien, rítmicamente, le va abofeteando el rostro.*)

CELIA: Te estoy buscando entre las últimas vigas de la casa, pero me enredo en un rescoldo de telarañas y allí me quedo agarrada. Entonces estiro las manos y un aguacero muy fino oigo que me va goteando. ¿Es ese aguacero acaso la nueva presentación de la muerte? (*Se coloca bajo Fortunato, mira para arriba.*) ¿O no es más que el sereno? Todo es tan misterioso que uno

aprende a dudar de las sensaciones que nos parecían completamente reales. Qué constante equilibrio entre dos vacíos para llegar finalmente al vacío. Hija mía (*el ritmo de las bofetadas aumenta*), en pleno éxtasis me voy a quedar más abajo de los techos y por encima de las vigas; me voy a quedar así, ni abajo ni encima. Suspendida en mitad de las desgracias, disfrutándolas. (*El ritmo de los golpes se hace aún más acelerado y violento...*) Ahora me llega la música y el aguacero cae, hasta ahogarme. Aquí están ya los pájaros. Oigan ustedes esos cantos, oigan ustedes esos cantos, oigan ustedes esos cantos. (*Se marcha mientras el estruendo de las bofetadas propinadas por Esther se hace aún más frenético, militar, sonoro. Así se pierden por el pasillo. Inmediatamente, todos los demonios se abalanzan hacia Adolfina.*)

TODOS LOS DEMONIOS (*tratando de sacar a Adolfina del taburete*): Guirindán, guirindán, guirindán.

CORO DE PRÍNCIPES (*interponiéndose, acariciando a Adolfina y volviéndola a sentar*): «Mi amado es blanco y rubio y se destaca entre diez mil. Su cabeza, como oro fino; sus cabellos crespos y negros como el plumaje del cuervo; sus ojos son los de la paloma que arrulla junto al agua de los arroyos; sus labios, mirra que gotea, lirios de la tarde».¹

TODOS LOS DEMONIOS (*sacudiendo a Adolfina por los hombros*): Guirindán, guirindán, guirindán.

CORO DE PRÍNCIPES (*rodeando a Adolfina, rápidos y zalameros*): «Sus mejillas como era de especies aromáticas y como las fragantes flores; mis labios, como mirra que trasciende; sus manos, como anillos de engastados de jacintos; su vientre, como un marfil adornado con zafiros».²

(*Adolfina se cubre el rostro con las manos y comienza a retorcerse en el taburete.*)

TODOS LOS DEMONIOS (*aún más violentos, tirando de Adolfina*): Guirindán, guirindán, guirindán.

CORO DE PRÍNCIPES (*reteniendo a Adolfina y manoseándola, cada vez*)

1. Salomón, El cantar de los cantares.
2. Salomón, El cantar de los cantares.

más rápido): «Sus piernas como columnas de mármol asentadas en base de oro fino; su porte, como el cedro del Líbano».¹
TODOS LOS DEMONIOS (*arrastrando a Adolfina hasta donde cuelga Fortunato*): Guirindán, guirindán, guirindán.
CORO DE PRÍNCIPES (*saltando ante ella, abrazándola, acariciándola, tratando de poseerla, gritando*): «Su voz dulzura y todo él deseos. Tal es mi amado, tal es mi amigo, oh doncellas de Jerusalem».²

(En este momento, Adolfina tropieza con los pies de Fortunato. Mira hacia arriba. Lo descubre. Suelta un chillido. El coro de príncipes se desvanece en el aire. Los demonios, frenéticos y triunfales saltan por toda la sala, destruyendo cuanto quedaba aún en pie, mientras hacen «guirindán, guirindán». Luego, tomando la misma posición de un coro clásico, se colocan a un extremo de la sala y comienzan a emitir el mismo sonido que habrá de comenzar como un toque lejano y lento de campanas, y que se irá intensificando al final, hasta hacerse intolerable. Mientras Adolfina camina por toda la sala, se asoma a la ventana. Abre y vuelve a cerrar la puerta. Luego cierra también la ventana y corre hasta el baño, encerrándose. En ese momento la puerta de la calle se abre de un golpe y entra Jacinta, con un hacha.)

JACINTA: Adolfina, ahora sí que vas a tener que salir de ahí quieras o no. Ya sí que no puedo más. *(Comienza a golpear la puerta del baño, el tono del guirindán aumenta. Se oye, por momentos, como un gran estruendo de pájaros que parecen huir, chocando con los árboles. La vieja alza el hacha, suelta un gran bufido, toma impulso, y derriba la puerta del baño; por ella sale Adolfina, convertida en una bola de fuego.)*

ADOLFINA (*ardiendo*): ¡Saldré a la calle, saldré a la calle y me acostaré con lo primero que encuentre!

(Adolfina desaparece, Jacinta se queda por un momento paralizada. Luego camina hasta el centro de la sala y se tira de rodillas debajo de Fortunato. En estos momentos el guirindán provocado por los demonios culmina, se hace intolerable. Se apaga. Silencio largo.)

1. Salomón, El cantar de los cantares.
2. Salomón, El cantar de los cantares.

VOZ DE TICO (*fuera*): Progresas indudablemente. Pero aún no has descubierto la palabra... justa.

VOZ DE ANISIA: Pero no me doy por vencida, ahora menos que nunca.

VOZ DE TICO: Ya te cansarás, boba.

ANISIA (*parándose en el centro de la sala*): ¡Nunca!

A Fortunato le ha dado ahora por ahorcarse bien de mañanita, y todos los días tenemos que despertarnos para descolgarlo.

Ellos

Apuntó al soldado con el cuchillo. El soldado se volvió. Gritó. Y él se detuvo. El soldado, encañonándole, llegó y lo desarmó. Inmediatamente llamó y, al instante, una docena de soldados lo rodeaban, mirándole, riéndose y apuntándole con sus relucientes métralletas. Así fue conducido hasta el cuartel. Cuando llegó todos se le acercaban para mirarlo, y hacían algún comentario. Para ellos él era un motivo de risa, de diversión, casi de seguridad; un desahogo. Él representaba un descanso para aquellos hombres jóvenes, acobardados y con necesidad, sin embargo, de desplegar, de gastar un poco de energía, de violencia. Hasta que llegó el responsable, un teniente, al parecer, todo no fue más que risas, burlas, y algunos golpes no muy fuertes, dados como por equivocación, por juego, con la culata de un arma, con el codo; un pisotón, también. Pero luego, bajo las órdenes del jefe, y qué forma de hablar, y qué forma de caminar, y qué forma de mirar y ordenar, las cosas cambiaron. Estaba ahora en una pequeña celda (*pero es que acaso existen celdas grandes, se preguntaba*), arriba, una diminuta ventana (*pero es que acaso ha habido alguna celda con ventanas que no fueran diminutas*): Por lo visto ya había adquirido el rango de personaje conflictivo, subversivo, peligroso, pues fuera, frente a la puerta, de hierro, naturalmente, un centinela vigilaba rifle en mano. Luego la puerta se abrió y el responsable, el quizá teniente, entró acompañado por otros, inferiores en grado y en todo. Por primera vez le iban a hacer un interrogatorio, por primera vez lo llamaron por su nombre y todos sus apellidos. Por primera vez en su vida era una persona importante, digna de la mirada, de la atención, del trabajo de varios hombres. La cosa fue breve. Nada de preguntas políticas. Nada de por qué ni para qué. A estas alturas ya eso no

cabía. A estas alturas el método era más simple. Se trataba, sencillamente, de saber quiénes eran los otros, sus compinches, los que trabajaban junto con él en la clandestinidad; los que ponían bombas, hacían atentados, desarmaban guardias; en fin, los que daban vida y publicidad a la Revolución. Se trataba, sencillamente, de saber eso, y rápido. Después de todo ya estábamos a fines del 58. Al principio, a Fortunato le pareció insólito que le hicieran tales preguntas. ¿Es que no se daban cuenta que iba solo?, ¿que era solo? ¿Es que no sabían que él no sabía? Que lo que quería sencillamente era irse por su cuenta de la casa, porque la gente, los ratones, el sol, el techo de fibrocemento y todo... Es que no se daban cuenta de que el problema no era de cómplices, sino de demasiados mosquitos, de espacios reducidos, de gentes, de mediodías restallantes. Además, desde luego, el olor a guayaba podrida impregnado en la pared, y la amenaza de que el guirindán en cualquier momento podría restaurarse. Porque mire, si al menos el baño fuera, estuviera independiente de la taza del inodoro, entonces... El primer golpe lo sacó de sus cavilaciones. Fue un golpe bárbaro: seco, certero, profesional. Pero aún él no recordaba nada; aún no sabía qué se le preguntaba; aún no venían nombres ni direcciones a su memoria. Y el responsable, el quizá teniente, miraba fijo, fastidiado sin duda por estar perdiendo tanto tiempo. De modo que el segundo golpe, otorgado gracias a la mirada airada del jefe, ganó en impacto, perfeccionó aún más su frialdad, su fuerza. Pero aún él no recordaba. Se negaba, el hijo de La Gran Puta, a delatar a sus compinches. Pensó en aviones. Aviones amarillos. E inmediatamente, quizá por un recurso mecánico e inconsciente de los sentidos, por el parecido de la palabra, en Avi, y luego, enseguida, en los muchachos que lo acompañaban a El Repello de Eufrasia. A Avi sí le había hablado una vez de alzarse, pero eso no era prueba suficiente para denunciarlo. Además, Avi se había negado, le había dicho, incluso, que él prefería meterse a casquito. No, Avi no. La voz dijo habla, y el golpe seco, perfecto, volvió a estallar en el estómago. Pero nada, aún no venían los nombres. De modo que el golpe perfecto hubo de repetirse, con su frialdad agresiva, clásica. Había una ventana, alta y enrejada. Quizá si mirase hacia arriba. Había luz. Y el golpe perfecto llegó de nuevo, y con él una andanada de insultos, sin duda racionales, justificados:

después de todo él estaba echando a perder el trabajo de aquellos hombres. Sí, visto desde un punto de vista legal, legal para ellos, él no tenía derecho a hacer eso. Era como una burla. Lo natural, lo que estaba acorde a la situación, a la costumbre, a la tradición, era que confesase, que dijera quiénes eran los otros, dónde estaban, cuál era el plan determinado, cuáles eran los jefes. «Acaso tú», le preguntó rápido a la vez que le otorgaba un golpe uno de los soldados; pero bastó la mirada burlona del quizá teniente, para que aquél se abochornase de pregunta tan estúpida. Cómo podía pensarse que este joven, con esa cara, con ese cuerpo que aún exhibía la torpeza de la adolescencia fuera el jefe de un grupo de rebeldes. Sin duda alguna, era uno de los tantos enlaces; un infeliz, puesto de carne de cañón, enviado para que se abasteciese de armas mientras ellos, los jefes, quedaban guarecidos, seguros, lejos. Y volvieron a golpear, y él aún seguía en silencio, sin delatar a los otros. Y hasta el quizá teniente lo miraba sorprendido, un poco turbado ante aquella terquedad. Porque no se necesitaba ser un cobarde, ni mucho menos un traidor, para confesar, para traicionar, para portarse como un cobarde, ante el dolor físico. Eso lo sabía bien el quizá teniente. Pero a pesar de todo, aun cuando los golpes siguieron repitiéndose, ahora en lugares más estratégicos, más sensibles, más secretos, y Fortunato dijo que no podía delatar a nadie porque no conocía a nadie que trabajase para los rebeldes en la ciudad, a ellos les sobraron justificaciones para no creerle. Y los golpes siguieron provocando la misma respuesta inútil. Entonces, el que era seguramente teniente, ordenó que utilizaran otros métodos, y se retiró de la celda. Y por primera vez, en aquellos momentos, al ver alejarse a aquel hombre que era quien había ordenado las torturas, Fortunato sintió miedo; miedo de quedarse solo con los otros. Al menos el seguramente teniente era alguien, existía, poseía cierta autenticidad, pero ellos, los otros, eran torpes máquinas, animales sin razón, sin pasión, sin un odio coherente, gente a quienes resultaba imposible ofender. Y por un momento quiso llamar al sin duda teniente, y decirle que se quedara, que, inclusive, lo torturase él mismo, pero el hombre, el único hombre (alto, firme, cruel, enfurecido: real), desaparecía ya por uno de los pasillos. La reja volvió a cerrarse, y Fortunato quedó solo con aquellos seres impersonales ante los cuales uno

se sentía totalmente desnudo, impotente, y hasta culpable... Ahora uno de ellos pasaba sus manos con movimientos mecánicos y hábiles por sobre su cuerpo, y aquel roce, por momentos, le trajo a la memoria el roce de otras manos. La mano de la madre pasando por su espalda, y él, regocijado, pensando que por hoy, había derrotado al abuelo. Pero al llegar a los testículos, la mano se detuvo, los bordeó, tomó uno en su gran cuenco y apretó con tal violencia, con tal precisión, que hasta el mismo Fortunato quedó sorprendido al escuchar sus propios gritos. Y más sorprendido, más desolado, quedó al comprender que a pesar de aquel dolor podía seguir gritando, tenía que seguir soportando. Los dedos se aflojaron, la presión cedió, y él sólo pudo sollozar por lo bajo, sin poder nombrar ni maldecir a nadie. Ahora comenzaban a aplicarle como una especie de mínimos punzones en el vientre; ahora alguien le taladraba el cuello con un artefacto encendido, ¿un cigarro, un tizón?, ¿una lengua de fuego? Había dragones, había dragones. En algún sitio los vio, y ahora volvían, míralos. Se iban ya... Pero ahora, con un curioso instrumento centelleante, como un juguete hecho para niños menores de seis años (así decían algunos, en su etiqueta) comenzaban a levantarle las uñas de los pies. Soy la dicha, pensó. Soy el gran estruendo, pensó. Soy la casta princesa que, bajo el árbol milenario, ve cruzar las tropas, agasajada y saludando, aguardando. Soy el duende medieval guareciéndose de los calores, incendios y conjuros en la penumbra de los campanarios reales. Soy el señor del viento, el señor de las aguas, el que regula el curso de las estaciones. Y más allá, y más allá, también a veces, ahora, de pronto, envuelto en todos aquellos rumores que él había desatado, que él había impulsado, sintiéndolos, se veía entrando, a tambor batiente, en un vasto jardín de altas paredes empedradas, rosas, rosas en todos los canteros, donde el sol, cayendo a plomo, anunciaba sin embargo la eminencia de un aguacero. Lo sacaron, lo arrastraron por el pasillo, soy la gloria, soy la dicha, soy las hojas cayendo, soy el estruendo del mar y los pequeños, ondulados, estremecimientos del guaninal cuando uno bate sobre él la palma de la mano. Lo montaron en un camión y a rastras lo hicieron bajarse en un potrero de altas yerbas, en las afueras del pueblo, cerca del camino real. Pero, óyeme, pero óyeme, y si en este momento un temblor, un estremecimiento, una gran lu-

minaria, digamos, recorriese la tierra y los hiciese desaparecer, y tú te vieras solo, libre, en medio de la gran explanada, ¿sabías entonces qué hacer; sabías entonces qué hacer con tu vida, podrías decirme entonces qué querías? Jazmines, sólo jazmines. Cerca de la finca de su abuelo vivían los Estradas, gente hacendosa; a pesar de que la tierra era poca y pura sabana, el hombre logró que se lo gozase un platanal; y la mujer, Amelia se llamaba, y tenía siete hijos y dos eran mellizos, y uno era inválido, a pesar de las negativas del tiempo y de la tierra y de todo, logró el más hermoso campo de jazmines del Cabo (en otros sitios se les llamaba gardenias) que en toda aquella región puede aún observarse. A veces, los domingos, a la hora de traer los terneros, él solía escaparse hasta aquel campo. Con el pretexto de que algún animal se había extraviado corría hasta aquella tierra pedregosa donde se levantaban los plátanos, llegaba hasta la plantación de los jazmines y se paseaba, saturado de olor, de blancura, de verde, sin atreverse a tocar las flores (a dos por medio las vendía Amelia), pero palpándolas casi con el aliento. Y el campo de jazmines surgió en la explanada ya conocida, y por él comenzó a pasearse. Pero ellos lo espiaban, alguien traía una soga; pero ellos no le permitían que llegase hasta aquel cantero. Voces, violentos tirones, ladridos y la sospecha de que Amelia pudiese estar en el portal, aguardando a que él estropease algún gajo para achujar los perros, para decírselo a su abuelo, para sacarle las uñas, o para apretarle un testículo. Lo hacían caminar ahora por entre las yerbas, y uno, el que llevaba la soga, lo empezó a golpear con ella, haciéndola restallar en sus espaldas. Para ellos, él era el triunfante, el que había vencido, el que se había salido con las suyas; y cada golpe que le propinaban, cada patada, cada sogazo, era un testimonio de su frustración, de su rabia. En realidad, ya ni siquiera tenían deseos de golpearlo. Había que liquidar aquello; había que regresar. Había sido, después de todo, un día inútil. Y cómo estaban los tiempos..., ¿dónde había oído decir eso, siempre?... Corre, le dijeron, y él, paciente, obediente, disciplinado, siempre atento a las órdenes de los mayores, cumplíndolas mientras secretamente, para él, las infringía al no concederles ningún mérito, ninguna categoría, al no considerarlas como algo digno de ser rechazado, echó a correr. Entonces ellos, esperaron a que se alejase, y a esa distancia le dieron el alto.

Y, siempre prudentes, apuntaron antes de que éste se volviera para poderlo acribillar por la espalda, y luego justificarse (si es que alguien a estas alturas se encargaba, se atrevía, se interesaba en pedir justificaciones) diciendo que el prisionero se había dado a la fuga, sin obedecer a la orden de «deténte». Pero ¿no estaba allí, ya casi frente al gran cantero? Pero ¿no estaba él seguro que de llegar podría inmediatamente guarecerse entre las grandes ramas, y nadie lo encontraría, y nadie lo molestaría más? Y por primera vez desobedeció las advertencias de los mayores y siguió corriendo, así que los soldados pudieron darse el lujo, gastarse la generosidad, de repetir el alto dos veces más, y abrir fuego justificadamente, con todas las de la ley. Llegó. Sin necesidad de abrir el pequeño portillo taponeado de mayas entró, y vio los espléndidos caballos fluyendo en el crepúsculo, atravesando el cielo y perdiéndose, y sintió entonces que el gran escozor entraba en él, traspasándolo, y comprendió que ya no se trataba de encontrar algo, sino de dejarlo todo y salvarse. Corría. Iba embaldado por la gran explanada y el olor de la enredadera llegando en ráfagas se le enredaba en los pies y era difícil abandonar aquel olor; pero ya no se trataba de memoria, ni de las sensaciones, se trataba de un hecho absoluto y difícil: no morir. Cayó y volvió a alzarse. Rechazó el olor y siguió corriendo. Pero alguien volvía a levantarle metódicamente las uñas; ahora una mano potente volvía a exprimírle uno de sus testículos; ahora se repetía el golpe certero, la bofetada, los garfios entrando por los lugares más insólitos. Y fue entonces, ahora que otra vez comenzaban a taladrarle el cuello, cuando comprendió que no era posible que todo aquello le estuviese sucediendo a él. Y fue entonces, ahora, cuando comprendió, y el cuello se abriría dando paso a los variados dientes finos, largos, un poco más gruesos, de acero, que él hacía tiempo que había dejado de ser él para ser todos; porque él era como el receptor de todos los terrores y, por lo tanto quien mejor podía padecerlos. ¿Acaso no había sido Adolfin y había medido la furia causada por las sucesivas abstinencias? ¿Acaso no había sido ya Digna y había conocido la soledad sin ningún tipo de pretensiones? ¿Acaso no había sido ya Polo y había experimentado las frustraciones en todas sus escalas? ¿Acaso no había sido él quien le había otorgado voz, sentido trágico, trascendencia, a aquellas criaturas que de haberse manifestado

por sí mismas hubiesen reducido la dimensión de su vida a un pequeño estertor, a un grito común, perdido, confundido en el barullo y la insignificancia de los demás gritos inútiles? Él era el traidor, el traficante, el encargado de dar testimonio, el superior. Deshaciéndose, para poder hacer. El intérprete cuya labor culminaba al llegar a su máxima agonía, al difuminarse, al desaparecer barrido por la furia del fuego. Y corriendo, jadeante, ya sereno, casi dichoso, comprendió que sólo en la violencia y en las transfiguraciones podría hallar su verdadera autenticidad, su justificación... Las transfiguraciones se habían cumplido, había sido capaz de realizarlas, de padecerlas, ahora sólo restaba la violencia para llegar a la absoluta culminación. Estallar. No ser más que un millón de partículas mínimas ardientes, rojas, contaminando toda la tierra. Estallar. No ser más que un precipitado chorro de sangre que salpica con su estallido el mundo. Y repartirse, violento, por todos los sitios. Y no llegar a más. Y no esperar que aquello sea el paso, la puerta, para el comienzo de un nuevo triunfo, de una nueva batalla, de otro infierno. No esperar jamás que aquel viaje violento, que aquel estallido dará sentido a un nuevo desarrollo, a otras estafas. Sencillamente reventar, y bañando paredes, árboles, latas, yerbas, disfumarse completamente. Había que seguir. Siguió. Había que agotar todas las energías. Hasta dispersarse totalmente. Hasta haber justificado completamente la caída... Había, a pesar de todo, un lago repleto de velas flotantes cuyas llamas parpadeaban pálidas y como devorándose en el horizonte. Y él corrió hasta aquel campo para impregnar con sus partículas todos los fulgores. Pero al llegar las velas fueron jazmines, lirios, flores de aguas flotando, juego de la luz en el agua, ventanas al crepúsculo, millones de cristales estallando y, finalmente, un campo de falos erectos, relucientes o, algo pálidos, emergiendo. Alguien cantaba, alguien volvía a cantar aquella horrible, despreciable, única canción que él podía memorizar completamente. («Una tarde fresquita de mayo...») Alguien llegaba, alguien volvía con aquella tonada, y posaba ya en su rostro unos inmensos garfios. Era la mosca, que, dueña además de indiscutibles cualidades histriónicas, parodiaba la antigua canción mientras revoloteaba, ceremoniosa y azul, sobre su cara... («A la playa me fui a bañar»)... Había un inmenso almacén lleno de palabras. Había que ver aquello: millones de

criaturas paleando, revolviendo, tratando de escoger, buscando, buscando mientras sucesivos derrumbes de palabras de agudas estrías, palabras de achaparradas proporciones, palabras de densidades inmanejables, palabras de filosos ángulos, palabras de inquieto rebotar, desajustadas, rotas, gastadas, hediondas, melladas, feas, mutiladas, clausuradas, neutrales, lloronas, pegajosas, ariscas, los sepultaban. Y él se vio también en aquel inmenso almacén, tan sólo armado de una pequeña pala, revolviendo, desolado y al azar, tanta inmundicia. Finalmente, asqueando, salió de la nave. Una lluvia fina comenzó a caer de pronto sobre su espalda, cubriendo rápidamente el atejón situado a la entrada del pueblo. Y por las gotas pesadas, tibias, lentas, Fortunato comprendió que entraba el invierno, el fugaz invierno del trópico, con su pegajosa humedad y los mismos soles brutales. No en balde estábamos ya a mediados de diciembre. Quizá para refrescarse, para tomar impulso y salir corriendo luego, alzó el rostro. Y entonces vio de nuevo a la luna fría y distante, fluyendo sin tiempo tras una cortina de nubes transparentes. Y de pronto, le pareció que la luna ya no lo miraba con odio, que no iba a caerle a trompadas, que no se interesaba ya por él, y que marchaba hacia otros asuntos. Y mientras espantaba la mosca, que otra vez zumbaba, le pareció que aquella cara amarilla, doliente y agria que giraba, era la cara de una persona conocida, quizá hasta querida por él mismo. Cómo podía ser. ¿Quién era? Pero no había por qué hacerse aquellas interrogaciones. No había por qué desorientarse ni perder el hilo de sus intenciones, de sus aspiraciones, ahora que, finalmente, sabía cuáles eran. No había por qué detenerse ni perder el tiempo en aquel sitio ni en ninguno. No había que perder la meta. Su meta, su único objetivo. Estallar. Y nada más. Allí estaba su victoria. Ahora sí, ahora sí. Y bufando, aullando, manoteando al persistente insecto que aún maniobraba bajo la lluvia, corrió hacia allá... Los tres hombres, guarecidos bajo el follaje del atejón, esperaron pacientes el fin de aquella carrera. El que sostenía la sogá hizo una señal para que apagarán la linterna. La luz de la luna iluminaba con fuerza todo el sitio. Momentáneamente dejó de llover. Y Fortunato, tocado por aquella luz, miró a lo alto. Y la vio. Vio a la luna, con su redonda cara de puta ofendida, fluyendo ahora por un vacío apacible. Y al fin la recono-

ció. Era Adolfina, que se deslizaba por el cielo, pálida y presurosa, aún buscando.

Vida de los muertos

Pero cuando finalmente el cuerpo acribillado, perseguido, tantas veces transportado, vejado, maltratado, el cuerpo que ya no habrá que envolver en trapos, que ya no habrá que precipitarlo, estimulado por sabrá Dios qué imposibles deseos; cuando finalmente el maldito cuerpo se encoge, se engarrota, y luego, en un rápido precipitarse, se queda fijo, tieso, frustrada la última voltereta, entonces, el río de los sueños que parecía infinito se detiene; cesan las interpretaciones, las fabulosas divagaciones, las transfiguraciones y los inventados consuelos. Y todas las infinitas elucubraciones que de la muerte hicimos hasta hace sólo unos instantes (ahora mismo) van perdiendo su esplendor, quedan desacreditadas, se esfuman, ante la evidencia (la gran evidencia) de un cansancio, de un sueño impostergable, de un dolor que de tan agudo es ya imposible resolverlo en imágenes. El río cesa, y allí concluyen todas las muertes inventadas, todos los finales que la certeza de un final desconocido nos obligaba incessantemente a improvisar, tergiversándolo. El río cesa, y con él las grandes luminarias flotantes, las figuras impalpables y sumergidas, los árboles que nunca florecieron tanto como en nuestra memoria, y todas las interpretaciones que justificaban la desdicha. El río cesa. La inmensa corriente en la cual confluían todas las posibilidades y cuyo desconsuelo hacía trascender los chillidos cotidianos se pierde devorándose, precipitándose, y su fragor se disuelve en el agudo que sube, que sube, hasta materializarse en una punzada en la espalda. Y todos los juegos se esfuman; y todas las huidas chocan entre sí, reventando, fundiéndose, formando un muro. Y todos los demonios se sumergen ya. Y Dios se resuelve en una pantalla blanca, en un pequeño casco que ojos desorbitados miran de cerca, en una piedra mínima, apenas brillante, no pulida, que viene a golpearnos una ceja. Y todas las voces que en un momento acudieron para conminarnos a cantar, a seguir, pierden sus desesperados estruendos, y todos los sonidos son ya el paso de alguien que viene, seguro, a testificar

nuestra muerte. Se acerca. El inmenso palacio se esfuma ante un histérico bamboleo de pestañas. Se acerca. Las innumerables angustias se disuelven ante esa extensión fija en la cual ya se precipita. Se acerca. Y el fuego, lo que siempre reservamos para cuando no hay otra salida, para ahora, termina dibujando un pequeño círculo, un punto mínimo que oscila obediente en los dedos del que viene a inspeccionarnos. El hombre llega; tira el cigarro. Y el puro, el pobre, el héroe es ya tan sólo la escoria en la cual han quedado las huellas de un pataleo.

La mosca es inmune al ruido, a la claridad; no la alteran las vibraciones. He visto flotar una mosca, aparentemente muerta, sobre un charco de agua más de un día, en espera de que una hoja, un viento, una gran evaporación, acudan en su ayuda. Hábil, sabe reconocer la respiración fingida del falso durmiente que espera su llegada. Hábil, establece rotundas diferencias entre la boca abierta del muerto y la del que sueña. Pero terca, persistente, se empeña a veces en un objeto superficial —una cabelle-
ra, la curva de una oreja, el triángulo de una nariz, el fulgor del terciopelo— y es capaz de perseguirlo por varios kilómetros, tan sólo para demostrarse a sí misma que puede hacerlo, o estimulada quizá por el rechazo, por la indiferencia, por la inutilidad de aquel objetivo. Como es un ser auténtico es un ser diabólico: conoce el secreto de las levitaciones y camina de patas para arriba aferrada al cielorraso. Como es un ser diabólico es un ser eterno: no le importa habitar en las cloacas, en las audiencias, en los ataúdes destartalados ni en las oscuras fosas de los excusados. Sabe que en algún tiempo (en el pasado, en el futuro, ahora quizá) estas costumbres obtendrán también su reconocimiento, se les descubrirá el carácter abnegado, noble, heroico de las mismas... Aunque al parecer hasta ahora, la mosca, demasiado apegada a la vida, a la naturaleza, es indiferente a las condecoraciones, no es necesario consignar que algún día revoloteará, acaso por pura curiosidad, sobre medallas tintineantes, sobre profundas copas, sobre pliegos honoríficos discernidos a ella... En los lentos mediodías de verano a menudo cae un chaparrón. El aire se vuelve transparente, ligero, lleno de olores. La mosca parece entonces infringir la bien conocida tradición según la cual ella nunca hace esfuerzos inútiles. Se eleva; juega y cecea, bañando-

se en el rayo que se filtra por entre los árboles y va a morir en el umbral de la puerta. De esta agitación, de este baño, de esta combinación del movimiento y luz nace la mosca verde, la mosca roja, la mosca violeta: el arquetipo mosca azul del trópico.

La Habana, 1966-1969



